Zuri Elidan









PLAY OFF







esencia

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Playlist (Canciones que inspiraron esta historia)

Prólogo

1. Montescos y Capuletos regu...

2. Cuando el río suena...

3. Memes y demás historias

4. Caer cuando ya estás en el subsuelo

5. No vendo mi vida, ¿o sí?

6. Cuando piensas que no hay más opciones...

7. Cosmopolitan y pelirrojos

8. La manzana es la culpable de todo

9. Cuando Daniela conoció a «Gabriel»

10. ¡Corten!

11. No te metas donde no te llaman

12. No fue culpa tuya

13. Toallas demasiado pequeñas

14. La puta lluvia

15. La puta lluvia 2.0

16. El tridente

17. Cara Acelga, el resumen de las semanas

18. El puto Jack

19. ¿Ya me hablas otra vez?

20. Me gusta, ¿vale?

21. No culpes al tequila de lo que te pasa por gilipollas

22. ¿Y qué más?

23. La reunión

24. La llamada

25. Road Trip

26. Silencios y espaguetis fríos

27. El silencio a veces grita

28. Confesiones tras la pared

29. No debería mirarle el culo

30. ¿Dónde narices me estoy metiendo?

31. Come y calla

32. Me arrepentiré toda mi vida

33. La mesa del comedor

34. ¿Interrumpo?

35. Mateo y sus brillantes ideas

36. Archie Jones

37. Problemas

38. Soluciones

39. ¿Quién dijo miedo?

40. Cuando las paredes empiezan a oprimirte

41. Cambio de planes

42. Y que comiencen los juegos…

43. Niño de cinco años versus hombre de treinta y tantos

44. Volvemos a la carga

45. ¿Qué tendrán los ascensores?

46. Disfruta de mi chica

47. Cena y clases de baile

48. REC

49. Mia mamma

50. La próxima Johanna Mason

51. Tengo que contarlo todo ya

52. Volver

53. La huida

54. Sube a casa, Gabriel

55. De vuelta a Los Ángeles

56. El último ritual

57. Pelirrojos 2.0

58. El partido

59. La nada

60. Espera, ¿qué?

61. Enzo Gabriel Silva

62. Despertar

63. Agradecido por estar vivo..., supongo

64. Cicatrices nuevas

65. No estoy solo

66. Esto no ha terminado

67. Él no, pero yo sí

68. El escudo y la espada

69. Cuando los focos se apagan

70. Cuando por fin te atreves

71. Por fin puedo respirar

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Créditos

Play off

Zuri Elidan

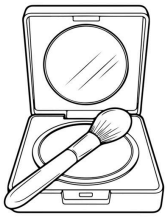
Esencia/Planeta

Para todos los que, en silencio, han dejado de creer en sus sueños:
sé que duele intentarlo y no lograrlo; sé que cansa esperar.
Pero, incluso cuando dudas, ese sueño sigue creyendo en ti.
No pienses que estás roto, tu luz sigue dentro de ti.
Porque los sueños no desaparecen; esperan en silencio
el momento en que vuelvas a creer.
Esta historia que tienes en tus manos habla un poco de eso:
de sueños que se rompen y de otros que esperan,
calladitos, su momento.

Playlist
(Canciones que inspiraron esta historia)

«The Door», Teddy Swims, Tiago PZK (versión de Tiago PZK)
«All by Myself», Céline Dion
«Maria Maria», Carlos Santana, The Product G&B
«Sweet Child o' Mine», Guns N' Roses
«Bad Dreams», Teddy Swims
«Crazy», Aerosmith
«Die with a Smile», Lady Gaga, Bruno Mars
«I Wanna Be Your Slave», Måneskin
«Overprotected», Britney Spears
«Too Much», Dove Cameron
«Man Down», Rihanna
«Love the Way You Lie», Rihanna, Eminem
«Con calma», Daddy Yankee
«Downtown», Anitta, J Balvin
«Necio», Romeo Santos
«Nothing Breaks Like a Heart», Damiano David
«Dardos», Romeo Santos, Prince Royce

Prólogo



Daniela

Tengo que admitir que no estoy pasando por mi mejor momento. Me acerco a los treinta y por primera vez siento que mi vida se escapa sin que yo pueda hacer nada. Visto desde fuera, es fácil pensar que, cuando no estás a gusto con la vida que llevas, lo que debes hacer es cambiarla. Hacer algo por mejorar, por sentirte bien y no perdida, como me encuentro en estos momentos. En la teoría todo es muy bonito, sobre todo cuando no es de ti de quien se trata, pero en la práctica es distinto. Si hubiera tenido una bola de cristal y hubiera sabido todo lo que vendría después, la solución habría sido fácil: no habría aceptado ese proyecto que terminaría siendo como una fuerza de la naturaleza que te lleva por delante sin que puedas hacer nada por evitarlo.

Pero vamos a empezar por el principio, porque, como en cualquier historia, todo tiene un evento canónico que lo cambia todo.

En un inicio, disfrutaba mucho con mi trabajo. Cuando tienes veinte años recién cumplidos lo ves todo con otros ojos, unos cargados de ilusión. Te metes en la boca del lobo sin saber que está

llena de dientes y babas. Pero a golpes aprendes y terminas espabilando o dedicándote a otra cosa. El problema era que yo me había mudado, había dejado atrás Jerome, el pueblo donde vivía en Arizona, dando así el salto a la gran ciudad para cumplir mi sueño, y estaba dispuesta a luchar lo que hiciera falta por conseguirlo.

Empecé desde abajo, ilusionada, pero con una cuenta bancaria en la que se oía hasta eco, comiendo pasta precocinada más veces de las recomendadas en un mes, consiguiendo una reducida cartera de clientas que me contrataban para sus eventos... Poco a poco, sin embargo, se fue corriendo la voz y mi agenda se fue llenando. Siempre con la maleta a cuestas llena de brochas, pigmentos y labiales, me movía por la ciudad, de casa en casa o de hotel en hotel, dependiendo del evento, para hacer magia con mis manitas.

Al principio disfrutaba con mi empleo, aunque alguna vez me encontré con personas bastante maleducadas, como en cualquier trabajo con el que tengas que tratar con la gente. Por lo general intentaba que mis sesiones de maquillaje fueran una experiencia agradable y amena para mis clientas, pero no siempre era una tarea fácil.

Por mis manos han pasado novias, invitadas, madrinas e incluso alguna que otra *influencer* de cuyo nombre prefiero no acordarme. Pero, como casi todo en la vida, lo poco gusta y lo mucho cansa, y después de estar cerca de cuatro años en la misma dinámica, comenzaba a estar un poco harta. Debo añadir que el trabajo era cada vez más complicado, porque, gracias a las que se hacen llamar «gurús de belleza», el sector está repleto de «profesionales y entendidas» a las que les encanta cuestionártelo todo. («Que sí, Karen, que sí..., que yo me puedo inspirar en esta foto retocadísima de JLo para hacerte el maquillaje, pero ni tú eres ella ni tienes veinte años, cielo... Es imposible que te deje igual y, ya que estamos,

tampoco puedo subirte las tetas hasta la garganta, milagros no puedo hacer, preciosa»).

Todo esto en conjunto hizo que empezara a estar un poco hastiada, como ya he dicho, y fue entonces cuando conocí a Valentina, mi hada madrina en este mundo moderno. Me contrató porque tenía un evento y fui a su hotel. Para mí era uno más de los muchos trabajos que hacía, por lo que no era raro que tuviera que ir a un lugar así para maquillar a alguien para cualquier reunión social.

—Hola, mi nombre es Daniela Miller, estoy buscando a Valentina Ferrani. Soy la maquilladora, me ha citado aquí —le dije al recepcionista con la mejor de mis sonrisas.

—Buenos días, señorita Miller, un segundo —me contestó en un tono muy amable mientras marcaba un número de teléfono y se disponía a hablar con alguien.

—Gracias —repuse dispuesta a aguardar.

—Disculpe la demora. La señora Ferrani la espera ya en la habitación 611. Tiene que coger el ascensor del final del pasillo, la llevará directa, este es el código. —Me dio una tarjeta con el membrete del hotel y un código QR, que supuse que sería para llegar a mi destino.

—De acuerdo, muy amable, que tenga un buen día.

Monté en el ascensor, pasé la tarjeta por el lector y una musiquita empezó a sonar, mientras un suave pitido avisaba de los pisos por los que íbamos pasando. Al alcanzar el sexto, una voz robótica me indicó por los altavoces que había llegado.

Cuando las puertas se abrieron, aluciné. Era una de las habitaciones más espaciosas y lujosas que había visto en mi vida. Debía de ser la suite ejecutiva o la presidencial por lo menos; trabajar allí iba a ser toda una experiencia difícil de superar.

La luz natural que entraba por los grandes ventanales era ideal, había también una gran mesa para poder preparar todo el material de maquillaje y, por si eso fuera poco, UN ESPEJO gigante. El sueño de toda maquilladora hecho realidad.

—¡Hola! Tú debes de ser Daniela. Yo soy Valentina, encantada. ¿Qué tal? ¿Has llegado bien? ¡Qué guapa eres! —me dijo mientras me daba dos besos de forma efusiva.

Valentina era una mujer elegante, se notaba, se sentía su porte y su saber estar. Pelo castaño, un poco más largo en los hombros, que llevaba peinado en unas ondas suaves colocadas de manera estratégica; estatura media, complexión delgada; caminaba con pasos firmes, pero a la vez era como si flotara. Su aura me dejó encandilada los segundos que tardé en responderle.

—Sí, encantada. Si te parece bien, voy a ir preparándolo todo para empezar cuanto antes. Si quieres puedes ir enseñándome la ropa que vas a llevar, o indicarme si tienes alguna preferencia en colores o algún *must* en cuanto a maquillaje.

—Me voy a dejar aconsejar por ti. Tienes vía libre para hacer lo que quieras.

¿Qué? ¿Estaba soñando despierta?

Dispuse todo el material sobre la mesa y empezamos la sesión.

Guiándome por su morfología, el tono de su piel, su pelo y, por supuesto, el vestido que llevaría esa noche, creé un look sencillo pero sofisticado, con los labios en un tono cereza que resaltaba aún más esa belleza madura que irradiaba. Estaba espectacular, y quizá está mal que yo lo diga, pero es que hacer mi trabajo era algo que se me daba fenomenal.

—Me fascina el maquillaje que me has hecho, Daniela. Esas manos obran magia —exclamó agradecida al mirarse en el espejo.

—Muchas gracias —contesté satisfecha porque apreciara mi labor.

Luego la ayudé a ponerse el vestido y las joyas que adornarían su cuerpo esa noche porque su estilista había pillado un atasco e iba justa de tiempo.

No era algo nuevo en mi trabajo tener que ayudar a vestirse a mis clientas: novias muy nerviosas con madres histéricas, incapaces de abrochar los diminutos botones de un vestido. En esa tarea, yo era la experta.

Una vez estuvo todo listo, empecé a recoger todo el material del improvisado set mientras Valentina esperaba a que su coche pasara a recogerla.

—¿Sabes, Daniela? —me dijo de pronto—. Llevo todo este rato dándole vueltas a algo... Me preguntaba si tendrías una tarjeta de visita con tus datos para volver a llamarte cuando te necesite.

Aquello era de lo más normal, y siempre llevaba unas cuantas en la cartera por lo que pudiera pasar.

—Sí, aquí tienes —le contesté mientras le pasaba una tarjeta.

En ese momento tocaron a la puerta, su coche estaba listo, y las dos salimos de la habitación. Al final del pasillo nuestros caminos se separaron porque dejé que pasaran ellos primero en el ascensor: yo no tenía prisa y me daba igual esperar al siguiente.

—Recibirás noticias mías, Daniela Miller. Gracias por dejarme tan estupenda.

—Disfruta de la noche, Valentina.

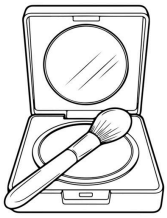
Una semana y media después, sonó mi teléfono. Era el secretario de Valentina, quería que me pasara por las oficinas de FerVal Producciones para una entrevista personal. En esa llamada me enteré de que ella era la directora general de una productora audiovisual bastante conocida en la ciudad y, al parecer, deseaba trabajar conmigo. El día que la maquillé fue para una premier y la fiesta posterior de una nueva serie que habían producido.

La entrevista fue genial, salí de allí con la propuesta de dos proyectos que me apetecían muchísimo. Aquello suponía para mí un cambio de aires, nuevos retos a los que enfrentarme, y estaba encantada. Me abrió muchas puertas, no voy a mentir, pues ese mundillo funciona así, por contactos. Si no los tienes es muy difícil que llegues a algo; no imposible, pero sí difícil. Y, gracias a la oportunidad que me dio Valentina, me fui abriendo hueco en el mundo del maquillaje profesional. Producciones, *shootings*, *backstages*..., todo lo que escondían esos lugares nunca más sería un secreto para mí.

Fue entonces cuando empezó mi camino a la felicidad, una un tanto efímera, todo sea dicho, aunque duró años. Después descubriría que ese mundo estaba lleno de sombras creadas por los focos y las luces, que brillaban y cegaban; sombras en las que, una vez entrabas, luego era ya muy difícil salir...

1

Montescos y Capuletos regu...



Daniela

(Voz en *off*): *Aún recuerdo el sabor de sus labios la primera vez que nos besamos... A la sombra de un pino, mientras las balas serpenteaban a nuestro alrededor...*

—Dime que nunca te olvidarás de mí, Julia.

—No podría ni aunque quisiera, John Albert. Bésame.

—¡CORTEN! —resuena la voz del director, gritando, una vez más —. Cindy, cariño, es John Romerto.

—Perdón, es que me he desconcentrado, y el nombre es un poco complicado de recordar.

Se oye un resoplido general por parte de casi todo el equipo. Cindy se ha «desconcentrado» ya la friolera de veinte veces. Cuando no es con el nombre, es que esa perspectiva quizá no saca a relucir su lado bueno o que de repente le entra la risa o cualquier otra chorrada. La escena es sencilla: dos frases selladas con un beso, mientras las dos bandas enemigas, los Capilotus y los Montejos, se

van disparando y, fin, a otra cosa, pero llevamos atascados unas dos horas en el mismo punto y todos empezamos a estar cansados, por no decir algo inapropiado. DOS HORAS para rodar una escena que en circunstancias normales estaría lista en treinta minutos, como mucho.

Llevo ya cinco años trabajando en la industria y, de todas las producciones de las que he formado parte, que han sido bastantes, esta sin duda se lleva la palma. Por desastre, por tediosa, por estar consiguiendo llevarnos al límite cada día y porque su director, Miguel Giró —un director español, del que me atrevo a afirmar que es una de las peores personas que he conocido—, es incapaz de reconocer que quizá se ha equivocado de profesión y en realidad su sueño y su trabajo frustrado es ser un PSICÓPATA de manual.

—Descanso de quince minutos, chicos —vocifera la auxiliar de cámara.

—Genial, hoy no salimos de aquí ni queriendo..., se ha retrasado toda la escaleta del día. Dentro de una hora tendríamos que estar todos en la playa, grabando la escena del atardecer —comento con Emily, la estilista.

—Pues se pospondrá para mañana, como llevamos haciendo durante todo el rodaje... Sin duda esta película será la que más se tarde en rodar de toda la historia del cine —contesta ella.

Emily y yo hemos coincidido ya en alguna que otra grabación y tenemos cierto grado de confianza; no somos amigas, pero sí colegas, y ambas estamos sufriendo en este rodaje lo que no está escrito.

—*Boyhood* tardó en grabarse más de una década, aún tenemos algo de margen para que eso pase —añade Andrés, uno de los chicos de sonido, que se ha acercado a nosotras.

—Tú no le des ideas a Psico, que, como su película va a ser un gran truño, está intentando rascar algún récord. A veces pienso que la peli es una tapadera y en realidad está haciendo una especie de experimento social con nosotros —dice Emily mientras se encamina hacia la mesa de catering seguida de Andrés.

Esos dos están teniendo un rollito que no se me ha escapado durante todo el rodaje. Cuando hay descanso, él aparece automáticamente a nuestro lado. No soy tonta, y se ve a la legua que yo le intereso una mierda, pero Emily siempre está conmigo. Estilismo y maquillaje van siempre de la mano.

En cuanto toque viajar para grabar en las localizaciones fuera de la ciudad, la tensión entre ellos va a poder cortarse con un cuchillo. El roce y las cervezas post día de grabación harán el resto.

—A ver, la de las brochas —me grita Miguel acercándose a mí.

Nunca, bajo ningún concepto, se debe nombrar al hijo de Satanás, porque sin duda el susodicho hará acto de presencia.

Llevamos cerca de dos meses de grabación y el muy imbécil aún no se ha dignado aprenderse nuestros nombres y siempre se dirige de muy malas formas a nosotros. No sucede lo mismo con los actores —Dios lo libre de cometer semejante atrocidad—, pero paga su frustración con el resto del equipo. Estoy convencida de que piensa que le debemos algún tipo de lealtad y quiere que se lo paguemos con sangre, sudor y lágrimas.

—Dime, Miguel —respondo, pero soy incapaz de dejarlo solo en eso—. Por cierto, me llamo Daniela. Por favor, llámame por mi nombre y sin gritos, que no estoy sorda, de momento... Aunque cuando acabe de trabajar contigo es posible que haya perdido algo de audición. —«Y años de vida», pienso.

—Lo que sea, da igual... —replica él—. Vamos a ver, ¿cómo piensas solucionar el problema?

—¿Qué problema? No te sigo, vas a tener que ser un poco más específico —le digo intentando mantener la calma.

—Está claro que la mierda de trabajo que haces está consiguiendo que nuestra actriz no dé la talla —me suelta el muy gilipollas como si tal cosa.

—¿Perdona? —añado sin terminar de creerme lo que acaba de decir—. ¿Serías tan amable de explicarme con exactitud en qué influye mi trabajo para que Cindy no sea capaz de decir sus frases de forma correcta? Yo qué sé..., prueba a llamar a Martha y que repase con ella los textos.

Martha es la *coach* de reparto, que debe de estar a puntito de mandarlo todo a la mierda, porque también está al límite, como el resto de nosotros.

—El problema es que tu trabajo es muy mediocre. Eres una auténtica incompetente, y por eso las cosas no están saliendo como deberían. ¡PONLE SOLUCIÓN YA! —dice alzándome la voz, haciendo que todo el equipo se gire para mirarme.

Este es el ambiente habitual de trabajo con Miguel: si algo sale mal, siempre paga su frustración con nosotros, aunque el noventa por ciento de las veces no tengamos nada que ver en absoluto.

Respiro hondo, cuento hasta cien, porque hasta diez es demasiado corto, y me muerdo los labios para no seguir sus pasos y decirle cuatro cosas a ese personaje.

El problema no es nuestro, ni de los chicos de sonido, ni de los camarógrafos, ni de la *script*, ni de los de arte, ni de los actores... Bueno, de estos últimos igual un poco sí, pero nadie del equipo es culpable de su nula capacidad de dirección ni de sus malas formas. Sin embargo, después de dos meses, y viendo que la cosa cae en picado cuanto más tiempo pasa porque la situación va cada vez peor, me está costando más callarme y no mandarlo todo a la

mierda. ¿De verdad me compensa aguantar a este tipo? Sé la respuesta: no.

Acepté el proyecto por hacerles un favor a los de la productora —llevaban poco recorrido en el sector, es independiente y aún no tienen muchos contactos—, porque la película en sí me parece un auténtico despropósito. Una adaptación de *Romeo y Julieta*, mezclando mafia de principios de 1920 pero ambientada en un mundo futurista y distópico; una aberración, si me preguntan.

No quería dejarlos tirados y por eso estoy aguantando a este ser del inframundo, pero en cualquier momento terminaré saltando, y entonces arderá Troya.

—Retomamos, chicos, todos en posición.

El descanso ha terminado y mi paciencia va por el mismo camino. Retoco a los actores, que ya están en el set, y después vuelvo a mi sitio.

—Prevenidos, ¡SILENCIO! ¿Sonido?

—Graba.

—¿Cámara?

—Graba.

—Cinco y acción. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡ACCIÓN!

Se oye el sonido de la claqueta al cerrarse, seguido de la voz en *off* y las balas de fogueo. Nos cuesta cinco tomas más terminar la secuencia y dos extras para grabar recursos. La jornada no ha sido nada productiva, y para el día siguiente tendremos que grabar los exteriores que han quedado pendientes.

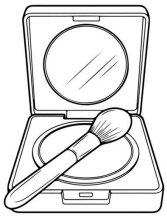
Odio rodar fuera porque todo se descontrola. Cuando dependes del tiempo y de las horas de luz, se necesita una gran organización, y en esta producción está claro que hay de todo menos eso.

Por la noche, cuando por fin llego a mi casa, pienso en cómo ha sido el día, pero lo que no me imagino es hasta qué punto me están

acechando los ojos del lobo.

2

Cuando el río suena...



Daniela

Me he despertado un tanto agobiada y muy cansada, física y psicológicamente, creo que hasta tengo fiebre. Están siendo unos meses complicados; levantarte sin ganas de ir a trabajar día tras día mina la moral a cualquiera. Estoy empezando a odiar mi trabajo, y odio odiarlo, pero no veo la luz al final del túnel.

Mi vida social se ha reducido a cero. De no ser por mi «casi algo», que se pasa de vez en cuando por mi casa cuando nos tenemos ganas, estaría sola. El problema es que yo estoy en un punto que ya ni eso me apetece, porque los fines de semana que no rodamos solo tengo ganas de encerrarme en casa. No deseo ver a nadie, y lo peor es que aún no hemos llegado ni al ecuador de las grabaciones, por lo que tendremos que seguir aguantando a Beyoncé *aka* Miguel Giró una buena temporada.

Siempre me he considerado una persona fuerte, dura y luchadora. Pero cuando durante dos meses largos solo oyes quejas y

menosprecios hacia ti y tu trabajo, en momentos de flaqueza, te lo empiezas a creer un poco.

Y hoy es uno de esos días en los que siento que no valgo para nada. La situación está comenzando a pasarme factura a nivel físico, y no me gusta sentirme así. Lo único que quiero es que las horas transcurran lo más rápido posible. Es viernes, y estoy segura de que la jornada se terminará alargando hasta bien entrada la noche. Acabo de recibir la escaleta del día y el corazón me empieza a latir nervioso. Todo en exteriores, cambiando de una punta a otra, debemos cumplir el horario a rajatabla porque necesitamos tener controlado el cambio de iluminación para que, *a posteriori*, no haya fallo de rácord, cosa que ya sé que va a ser imposible de cumplir tal y como marca en el *timing*. Hay mil cambios de vestuario, de maquillaje... El día pinta negro, pero si algo puede salir mal es por todos sabido que saldrá PEOR.

A las ocho y media de la mañana pasará por mi casa el vehículo de producción que me llevará hasta la primera localización, donde se rueda la primera escena que tenemos para esta jornada.

Cojo todo el material que voy a necesitar después de tomarme un analgésico para intentar controlar el mal cuerpo que tengo. Bajo en cuanto el coche llega y me monto en él, intentando fluir con el día de la mejor manera posible. (*Spoiler*: estoy segura de que voy a fallar de manera estrepitosa).

Llego al set y resulta que el conductor que tenía que traer a los actores se ha equivocado de camino y han terminado en la localización que tocaba por la tarde. Aunque ya están llegando, eso va a retrasar la planificación unos cuarenta y cinco minutos, así que empezamos bien.

El ambiente está tenso desde primera hora. Opto por quedarme al margen, tratando de volverme invisible. De mi boca no sale ningún

sonido, soy un ninja en modo zen. En absoluto silencio, voy hasta la mesa que me han montado como set de maquillaje y empiezo a colocarlo todo para tener el material preparado cuando los actores lleguen.

Se empiezan a oír gritos de fondo. Reconozco de inmediato la voz: llevo dos jodidos meses aguantando su horrible tonito casi a diario. Es como el clásico pitido que se te mete en el cerebro cuando tienes dolor de cabeza y no puedes dejar de oírlo. Es insufrible.

En ese momento entra Miguel en el set. Es bajito, no medirá más de un metro sesenta y cinco, tiene el pelo moreno y con algunas canas en las sienes. Suele vestir un poco bohemio, para dar un aspecto de hippie buenrollero —nada más lejos de la realidad—, siempre con colores neutros, porque para oscura ya está su alma. Y, por supuesto, lleva gafas de pasta, para dar ese toque intelectual tan necesario para visionarios como él. Tiene los ojos marrones, color caca si me preguntas a mí. Si tuviera que definirlo como un ser mágico, sería un duende: pequeño, feo y endiablado. Un ser del mal, vociferando a su primera víctima del día y haciendo que en mi cabeza retumbe su horrible timbre de voz cuando aún no son ni las nueve y media de la mañana.

—¡Estoy rodeado de inútiles, joder! ¡No sabéis hacer nada bien! —sigue gritando.

—Pe-pero no... no es culpa mía... —Esa voz... sé a quién pertenece, y al momento se me encoge el estómago.

—Ah, ¿no? Perdona, entonces, pensaba que eras la estilista. ¿No lo eres? —le dice de forma sarcástica a Emily, poniendo una voz aniñada que hace que me den ganas de arrancarle la lengua.

Tiene un don, eso no puedo negarlo: consigue despertar toda la violencia que se esconde dentro de mi ser.

—Sssí, sí soy la estilista, pe...

—Ni pero ni hostias, esto lo vas a tener que pagar tú. Y ahora quítate de mi vista o no respondo.

Menudo pedazo de gilipollas. No tengo ni idea de qué ha pasado con Emily, pero me apuesto cualquier cosa a que no ha sido culpa suya.

Voy tras ella, que ha salido corriendo y se ha refugiado detrás de una de las furgonetas del equipo de sonido.

—¿No estarás llorando por ese payaso? —le pregunto cuando llego donde está—. No se merece que derramemos ni una sola lágrima, no sabe gestionar su propio fracaso interior y lo paga con el resto de la forma más sibilina que puede. Es un imbécil, no dejes que te afecten sus comentarios, Em.

—Es que... es que... esta vez creo que tiene razón, ha sido fallo mío, Daniela —contesta hipando por la congoja.

—Lo dudo, pero ¿acaso somos máquinas diseñadas para no poder cometer ni un solo desliz? ¿Qué ha pasado que es tan grave para que te merezcas que te trate así? Ya te contesto yo: nada. Nada justifica el modo en que nos trata. ¿Quieres contármelo? —le pregunto usando el tono más dulce que puedo y agarrándola de la cara para que levante la vista.

—Pues que, mientras colocaba el vestuario de hoy en los burros, me he dado cuenta de que han arrancado la etiqueta de uno de los vestidos que va a usar Cindy. Lo estaba comentando con Andrés sin darme cuenta de que Psico estaba justo detrás y lo ha oído todo. Lo demás creo que ya lo has oído tú y todos los presentes...

En este mundillo es un secreto a voces que la ropa se devuelve después de utilizarla en los rodajes. Es una práctica que llevan a cabo la mayoría de los estilistas, salvo que las marcas sean patrocinadoras y cedan las prendas a cambio de salir en los créditos, aunque eso solo suele ocurrir en las grandes producciones. Lo

normal es que no se quiten las etiquetas de la ropa que se usa y después se valore qué piezas pueden devolverse, pues, salvo que en la toma haya que ensuciarse o mojarse, las prendas no se usan durante mucho rato, e incluso algunas ni siquiera llegan a utilizarse.

—Bueno, ¿y qué? No pasa nada, que le den.

—Ese vestido cuesta ochocientos dólares, Daniela. No puedo hacerme cargo de ese gasto —me confiesa Emily, llevándose las manos a la cara.

—Bueno, no te preocupes, ya veremos cómo lo solucionamos, hablaremos con Samuel. Venga, dame un abrazo, tonti —le pido rodeándola con mis brazos.

Samuel es uno de los CEO de la productora independiente que nos ha contratado. Y lo siento mucho por él, pero si alguien va a hacerse cargo del coste de ese vestido, será él o su productora.

—Ya están llegando los actores —oímos decir a María, la ayudante de cámara.

¡Por fin!

Mientras estemos ocupados y cada uno con lo suyo, todo irá mejor.



Paramos para comer y, para mi sorpresa, me percato de que la mañana ha ido como la seda, si no contamos con la escena protagonizada por Psico y Emily. Aunque vamos algo tarde, con un poco de suerte no terminaremos a las mil.

Tengo unas ganas tremendas de acabar. El analgésico que me he tomado por la mañana está dejando ya de hacer efecto y me siento

mal otra vez. No sé con exactitud qué me pasa, pero casi seguro que tengo alguna décima de fiebre de nuevo. Siento la espalda entumecida y tengo frío.

Miguel ha tenido alguna salida de tono habitual en él, pero ha sido llevable. Hacer llorar a Emily a primera hora de la mañana le ha servido para calmar el veneno que le corre por las venas. Nos quedan todavía cuatro escenas más por grabar, una en el centro de la ciudad, donde Julia y John se van a profesar su amor eterno imitando la mítica escena del balcón, solo que aquí no hay balcón, sino unas escaleras.

Julia arriba del todo y John Romerto abajo. No termino de entender el concepto, pero a mí me pagan por maquillar. Va a ser una escena un poco complicada en cuanto a logística, porque además de Cindy y Josh —los actores principales—, hay un montón de figurantes que tienen que pasar por mis manos y por las de Emily en tiempo récord. Pero solventamos el trabajo y empiezan a grabar.

—Y... ¡CORTEN!

A continuación se oye el maravilloso sonido de la claqueta que vaticina el fin de la escena. En principio parece que ha quedado bien, pero tenemos que esperar que la *script* revise la toma y la dé por buena.

—LO TENEMOS... ¿Hace falta grabar recursos? —pregunta María.

—No, lo hemos hecho antes —contesta Andrés.

—Perfecto. QUINCE MINUTOS DE DESCANSO Y RETOMAMOS —comunica María a todo el equipo.

Por fin, ya estamos más cerca de terminar, solo quedan unas tres escenas y seremos libres.

Y, aunque para estas tenemos que volver a trasladarnos a otra ubicación, saber que el final de la jornada está tan cerca me ayuda a sobrellevar lo mal que me encuentro.

Voy hacia la mesa de catering con la idea de coger un bocadillo y alguna bebida carbonatada que me dé alas. Con todo esto en las manos, busco un lugar donde refugiarme, lejos de la gente, porque siento que la cabeza está a punto de estallarme.

Voy por la mitad del bocadillo cuando, sin yo quererlo, soy testigo de una asquerosa conversación telefónica que ojalá no hubiera oído:

—No, tío, no hay ni una que se salve, ni borracho.

Solo puedo oír una parte de la conversación, lo que le contestan al otro lado del teléfono es imposible saberlo, aunque tampoco es que haga falta para que se me empiece a revolver el estómago.

—Además de feas, son unas inútiles, seguro que ni follar se les da bien...

Su risa asquerosa inunda mis oídos, y me entran ganas de vomitar.

—Y una mierda, esas putas no merecen más. Lo dices porque no las has visto. La única que tiene un pase es la de maquillaje; a esa me dan ganas de cogerla del pelo y meterle la polla hasta ahogarla, hasta que vomite la muy zorra. Seguro que le encantaría. Y la de estilismo..., a esa también se la metía. A saber por cuántos despachos habrán pasado para llegar donde están...

No puede ser verdad. Pensaba que Miguel Giró no podía darme más asco, pero está claro que la realidad puede superar la ficción. Además de un vale para nada, resulta que el infeliz es un misógino de mucho cuidado, uno de esos depredadores que andan sueltos por el mundo y que se creen superiores solo por tener algo colgando entre las piernas.

Sin pensarlo dos veces, voy decidida a plantarle cara.

—¡Ni en tus mejores sueños, escoria!

Miguel se queda paralizado por un momento. Pero después sonríe con una de esas sonrisas siniestras, se despide de la persona con la

que estaba hablando y se guarda el teléfono en el bolsillo con una lentitud y una frialdad que me provocan un escalofrío.

—¿No te han dicho que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación? —me suelta.

Es un sinvergüenza, y está claro que, además, orgulloso de ello. Menudo parásito.

—Me das un asco tremendo —le escupo mientras la rabia hace que la bilis me suba a la garganta.

Se acerca a mí invadiendo mi espacio personal, tan cerca que puedo oler su aliento asqueroso. Huele a mala higiene bucal.

—Seguro que a tu madre le habría encantado tragarse mi polla y no se habría quejado tanto —susurra en mi oído antes de dirigirse hacia el set como si nada.

Golpe bajo, muy bajo. Mi madre falleció hace un año y, aunque no lo había compartido con este gilipollas, está claro que él lo sabe. En ese momento, no sé qué me pasa: se me nubla la vista, lo empiezo a ver todo rojo y no soy capaz de pensar. Quizá sea la fiebre, que me ha subido. Quizá sea la tensión de tantos meses soportando oírlo hablar así de mí y de mis compañeras. Quizá la bajeza de hablar de mi madre de esa forma o todo ello junto, pero salto, y lo hago directa a la yugular.

—¡Escúchame, pedazo de mierda...! —le grito a la vez que le lanzo a la cabeza la lata de bebida que en estos momentos tengo en la mano.

Para mi sorpresa, doy en la diana, y digo esto porque la puntería no es una de mis virtudes.

Él se gira, alucinando y llevándose la mano a la cabeza, al lugar donde ha impactado la lata. Nadie hasta ahora lo había confrontado de esta manera, pero yo siento ya tanta rabia que me da todo igual. No pienso, solo actúo consumida por una rabia visceral. Me estoy

quemando por dentro, siento cómo el fuego me corre por las venas, cómo me tiemblan las manos, la furia ya se ha apoderado de mí y es demasiado tarde para frenarla.

—¿Te estás dirigiendo a mí? —me espeta con altanería.

—¿Ves algún pedazo de mierda más por aquí? Porque yo solo te veo a ti.

Y en ese momento comienza mi fin. No voy a reproducir todo lo que sale de mi boca. Ni cómo llega ese escupitajo a su cabeza.

No estoy orgullosa de cómo me he comportado ni de las cosas que he dicho (bueno, igual algo sí), pero no debería haber perdido las formas de ese modo. ¿He sentido satisfacción al ver cómo su cara se iba desencajando? Puede ser, pero sé que lo que he hecho no está bien.

Cuando ya me quedo a gusto, y sin nada más por decir, me doy cuenta del silencio absoluto que nos rodea. Es entonces cuando soy consciente de que quizá me he excedido un poco, pero ya es tarde para recular. Lo hecho hecho está, no hay vuelta atrás.

—Ahí te quedas tú y tu mierda de película. Yo me piro —es lo último que digo.

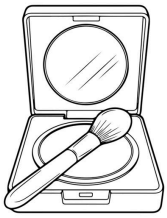
Y me retiro, recojo mis cosas y me largo.

Escribo un mensaje a Samuel pidiéndole perdón por dejarlos tirados en mitad del proyecto y diciéndole que necesito explicarle todo lo que ha ocurrido. Que lo siento mucho pero que no puedo trabajar ni un minuto más con Miguel Giró.

Cuando llego a mi casa, apago el móvil, me ducho y me meto en la cama.

3

Memes y demás historias



Daniela

Me despierto desorientada, sin saber dónde narices estoy y de dónde vienen esos insufribles pitidos. La luz entra tenue por una pequeña rendija entre las cortinas, que dejé cerradas anoche antes de meterme en la cama. Enciendo la luz de la mesilla golpeando todo a mi paso y me doy cuenta de que el ruido infernal proviene del timbre de mi casa.

—¿Se puede saber por qué no contestas al teléfono? Salta el buzón de voz todo el rato —me suelta una persona que conozco muy bien en cuanto abro la puerta.

—Buenos días a ti también, Mateo. Apagué ayer el teléfono cuando llegué a casa. Tuve un día... horrible. Pasa y hazme un café, por favor.

Mateo es el hijo de Valentina, y uno de mis mejores amigos. Es fotógrafo y camarógrafo. Hace algún tiempo trabajamos en una

campaña de moda juntos y congeniamos tan bien que una cosa llevó a la otra y nos hicimos inseparables.

—¿Tu móvil lleva apagado desde ayer? —pregunta mientras entra en mi casa. El tono serio de su voz me alarma un poco, porque no es algo habitual en él.

—Sí. ¿Por qué?

—Oh, Dios mío, no tienes ni idea de lo que está pasando —exclama llevándose la mano a la boca.

—Pues, teniendo en cuenta que, desde que llegué ayer a casa, he estado durmiendo..., no, no tengo ni idea. ¿Qué es lo que pasa? Y ¿por qué pones esa cara?

—Será mejor que te sientes...

«Mierda, esto debe de ser grave».

—¿Que me siente por qué? —pregunto—. ¿Qué ha pasado? Mateo, si me sigues mirando con esa cara, voy a empezar a pensar que lo que tienes que decirme es algo jodido —añado extrañada y un tanto cagada, la verdad.

—No sé muy bien cómo empezar, Daniela... Ayer, tú..., esto... Seguro que tiene una explicación, pero ¿hay alguna posibilidad de que ayer se te fuera un pelín la pinza y se la liaras a Miguel?

—Sí, bueno, se me fue un poco, sí. Hasta tal punto que lo mandé a la mierda. Pero ¿y tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?

«¿Tan rápido corren las noticias para que Mateo se haya enterado?», pienso.

—No me lo ha contado nadie, Dani —responde.

—¿Y entonces cómo lo sabes?

Esto cada vez se está poniendo más raro, y el ver a mi amigo dar tantos rodeos, cuando él siempre es superdirecto, no solo está consiguiendo ponerme nerviosa, sino también que empiece a sentir verdadero pánico.

—Lo he visto con mis propios ojos —dice.

—Eso es imposible..., no estabas allí. Venga, deja de vacilarme y dime quién te ha ido con el chisme. ¿Ha sido Emily?

—No, compruébalo tú misma —me dice negando con la cabeza mientras me pasa su teléfono.

Pulsa *play* en un vídeo de WhatsApp en el que se puede leer «Reenviado muchas veces», y es entonces cuando mi mundo empieza a desmoronarse. No me lo puedo creer... En el vídeo se me ve a mí gritando e insultando a Miguel. Soy yo, pero a la vez no... Doy auténtica vergüenza ajena, doy miedo, joder, esos gritos, esos aspavientos... La mirada de todos mis excompañeros, sus caras de horror... Y, claro, todo sacado de contexto, sin explicación previa. Parece que estoy atacando a alguien indefenso. Yo soy la depredadora, he quedado como una persona violenta y agresiva. Peligrosa para los que me rodean.

De manera automática, suelto el móvil de Mateo y me llevo las manos a la cabeza. El vídeo se reproduce sin parar una y otra vez por los altavoces de su teléfono.

—¿Có-cómo?... —tartamudeo intentando saber más, pero estoy en shock.

—Alguien estaba haciendo un directo justo en el momento en el que tú decidiste cagarte en todos los muertos de Miguel y atacarlo. Rápidamente empezaron a entrar personas al directo. Se ha hecho viral, Daniela.

—¿Cómo de viral?

—No se habla de otra cosa en redes. Millones de reproducciones, memes, *gifs*...

—Joder —digo mientras pienso que, si cierro muy fuerte los ojos, quizá me despierte de esta pesadilla.

—Lo mejor será que enciendas el teléfono y des de baja todas las redes sociales durante unas semanas, Daniela, porque deben de estar echando humo. No te voy a mentir, la magnitud de esto ha sido grande, pero ya sabes cómo van las cosas en el *social media*: en dos días todo el mundo se habrá olvidado. Solo tenemos que capear el temporal.

Hago caso a Mateo y, con manos temblorosas, enciendo mi teléfono. No me da tiempo a borrar ni desinstalar nada, porque cientos de notificaciones comienzan a colapsarlo. Dios, la cosa pinta mal. Llamadas, mensajes de texto, notificaciones de redes sociales, miles de menciones. No sé cómo manejar ni gestionar esta situación. Me siento sobrepasada.

¿Cómo ha podido desmadrarse tanto? ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

Lo borro todo sin entrar a mirar lo que se dice de mí, porque no podría lidiar con ello. Intento llamar a Samuel para hablar con él, explicarle toda la historia y dar la cara, pero tanto el teléfono de la oficina como el suyo propio comunican. Esto es mala señal, muy mala.

«Mierda».

—¿Y qué coño voy a hacer ahora, Mateo? —Estoy empezando a hiperventilar.

Mi amigo vuelve de la cocina, adonde ha ido minutos antes, mientras yo intentaba ponerme en contacto con la productora de Samuel.

—Primero tómate esta tila, te vendrá bien, y después ya veremos —me dice dejando una taza encima de la mesa del salón y sentándose a mi lado.

—¿Tu madre lo sabe también? —le pregunto acto seguido.

En todos los años que llevo en la industria, él y su madre han sido lo más parecido a una familia que tengo aquí, ahora que mi madre ya no está y mi padre vive a kilómetros de distancia. Decepcionarla es algo que me preocupa, y no quiero pensar qué opinión tendrá de mí después de ver semejante atrocidad.

—Dani, no creo que haya ninguna persona en este planeta con conexión a internet que no haya visto el vídeo —dice Mateo—. Claro que lo ha visto..., pero te conoce, sabe que hay algo más detrás, que tú no actúas así, no es tu forma habitual de comportamiento —añade intentando tranquilizarme—. Encontraremos la manera de solucionar esto, ya lo verás.

Quiero creerlo, pero intuyo que no va a ser así. La huella digital es casi imposible de borrar. Si ese vídeo se ha hecho viral en la magnitud que Mateo dice, estoy jodida. ¿Quién en su sano juicio va a querer contratarme después de esto?

Mi mejor amigo se queda junto a mí gran parte del día, dándome su apoyo moral y sopesando las opciones que tengo en estos momentos. El plan es que yo no mueva ficha hasta dentro de una temporadita, cuando las cosas estén algo más calmadas.

Como me es imposible contactar con nadie del equipo y de la productora de Samuel, opto por enviarle un mensaje diciéndole que me llame cuando le sea posible, pero parece que se lo ha tragado la tierra.

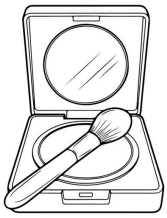
Y, por si todo esto fuera poco, Miguel ha dado una entrevista haciéndose la víctima, con la cabeza vendada para imprimirle más drama al asunto. Esto no ayuda en absoluto a calmar las aguas ni mi malestar, pero a él le viene de perlas para promocionar su mierda de película.

Solo puedo limitarme a hacer una cosa: seguir el consejo que me ha dado mi mejor amigo y mantenerme alejada de todo esto unos

días. Esperar encerrada en casa y rezar porque todo se olvide pronto y, con un poco de suerte, entonces poder limpiar mi nombre. Sin embargo..., la suerte nunca ha estado de mi lado.

4

Caer cuando ya estás en el subsuelo



Daniela

He esperado tres días en los que solo he encendido el móvil para hablar con mi padre, con Valentina y con Mateo. Este último me ha ido informando de todo de forma muy prudente.

El vídeo sigue circulando por las redes sociales, ha salido en algún canal local de televisión y en la sección amarillista de algunas revistas digitales, que aprovechan noticias como esta para subirse al carro de la viralidad e intentar conseguir más lectores.

Me siento como un animal herido y encerrado, sin poder hacer nada. Tomo la determinación de que ya basta, de que tengo que dar la cara. No sé si es la mejor idea, pero es lo que me pide el cuerpo.

He pasado suficiente tiempo en casa y me estoy ahogando: o le pongo remedio ya o me voy a volver loca. Me comen los nervios pensando que ese gilipollas ha salido airoso y beneficiado por la situación.

Respiro y tecleo el pin de mi teléfono, lo poso sobre la mesita del salón y espero a que terminen de llegar todas las notificaciones pendientes. No sé cuánto tiempo pasa, si es mucho o poco, pero a mí los minutos se me hacen eternos. Ha llegado el momento de afrontar mi nueva realidad, que sé que no va a ser buena.

Al abrir los e-mails, mis sospechas se tornan certezas. Empiezo a tachar de mi lista todos los futuros trabajos en los que ya han decidido que no van a contar conmigo, que básicamente son casi todos. Nadie quiere trabajar con el meme viral del momento y, joder, viendo aquel vídeo, que aún se reproduce en mi cabeza una y otra vez, lo entiendo. Hay excusas de todo tipo, algunas más elaboradas que otras, pero todas vienen a decir lo mismo: que estoy JODIDÍSIMA y que es el fin de mi carrera.

Cuando por fin consigo hablar con Samuel, está que echa humo. Si midiésemos el nivel de cabreo del uno al diez, él debe de estar en el mil.

—Me cago en todo, Daniela..., he estado dos putos días con la centralita colapsada... ¿En qué cojones estabas pensando?

—Según parece, no estaba pensando...

—Nos han llamado de todas las televisiones y medios digitales en cuanto se han enterado de que nosotros estábamos detrás del proyecto, intentando rascar más mierda de ti para echarte encima. La puta carroña periodística quería saberlo todo de la nueva estrella viral, la enajenada mental que ha agredido al pobre director de cine...

—Pe-pero, Samuel, si me dejas que...

—No, no te dejo nada, Daniela —me corta—. Te he hecho el favor de decirles a todos que no te conocemos de nada, que la maquilladora principal del proyecto no estaba ese día y que tú estabas sustituyéndola. Somos una productora joven e

independiente, ¿sabes qué podría pasarnos si se descubre la verdad?... Mira, es que prefiero no pensarlo. Confiábamos en ti, joder, lo último que esperábamos era que montaras este espectáculo.

—Las imágenes están sacadas de contexto, puedes preguntar a cualquiera del equipo, ellos te lo contarán todo.

—No, Daniela, las imágenes hablan por sí solas y nadie del equipo ha levantado la voz por ti. Nadie quiere acabar como tú y perder su trabajo. Tienes suerte de que Miguel no quiera demandar a ninguno de nosotros, deberías estar agradecida.

—¿Agradecida? ¡Y una mierda! —le contesto frustrada.

—No empeores las cosas. Y te pediría de manera encarecida que, hagas lo que hagas en adelante, nos mantengas al margen, ¿de acuerdo? Cuando recibamos tu factura, te abonaremos los días que has trabajado y nuestra relación laboral se habrá acabado. Buenas tardes, Daniela.

Y me cuelga. No hace falta que me diga más. Es evidente que me he convertido en persona *non grata* para él. Lo que más me ha jodido de la conversación es saber que nadie del equipo, ni siquiera Emily, ha dado la cara por mí. No me refiero en las redes sociales o frente a los medios, sino ante él. Pero cuando las cosas se ponen feas, los que creías que eran tus colegas muestran su verdadera cara.



Los días siguientes los tengo bastante borrosos en mi cabeza. Me autocompadezco y, a la vez, me torturo tratando de entender cómo

narices ha pasado todo esto, cómo mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en cuestión de horas.

La mañana de mi sexto día de infierno personal me digo que ya basta de lamentarse. Me arreglo y llamo a Andrew —mi «casi algo»— para ver si le apetece pasarse por mi casa. No es necesario que le dé más detalles, llevamos meses con este juego. Ninguno quiere una relación ni ponerle nombre a lo que tenemos, nos llamamos de vez en cuando, nos quitamos las ganas de sexo y ya está. Sin mayor complicación.

—Hola, And. ¿Qué tal? —lo saludo intentando mantener a raya los nervios que nunca había sentido cuando hablo con él. Mi voz suena algo ronca, y es que he pasado de estar todo el día hablando con personas a casi hablar conmigo misma en mi cabeza.

—Esto... ¿Quién eres?

¿Me está vacilando?

—¿Eres idiota? Soy Daniela.

—Ostras, Dani... ¿Qué... qué querías? —me responde con extrañeza.

—Nada, me aburría en casa y he pensado que quizá te apetecería pasarte, ya sabes...

—Me pillas un poco mal ahora mismo.

Su tono de voz me suena muy raro.

—Bueno, si quieres podemos dejarlo para otro día.

—No creo que sea buena idea... —dice.

—¿No? —le pregunto sin entender nada.

—Es que he visto el vídeo, Daniela, y creo que lo mejor es que no volvamos a quedar. No quiero que me vean por tu barrio y..., bueno, piensen que estamos juntos o algo.

—¿Eh?, ya, el vídeo... —murmuro incapaz de decir nada más.

Pensaba que precisamente a él le daría igual, ya que siempre asegura que pasa del qué dirán y se llena la boca con discursos sobre las redes sociales, dejando claro que son lo peor que le ha sucedido al ser humano.

—Sí... Bueno, adiós. Que te vaya bien, Daniela —y me cuelga.

Estoy unos minutos mirando estupefacta la pantalla de mi móvil, analizando lo que acaba de pasar. Me siento ridícula, imbécil, sin valor.

Y exploto.

Si hasta Andrew prefiere cortar toda relación conmigo por esto, está claro que mi vida ha acabado, por lo menos la que conocía hasta ahora. Supongo que ha borrado mi teléfono y por eso, cuando lo he llamado, no ha sabido quién era, y ese detalle hace que me sienta aún peor.

Una angustia se instala en mi pecho. Me desnudo por completo porque de repente siento que todo me oprime y no me deja respirar, y acto seguido me meto en la cama para sacar todo lo que llevo dentro, lo que llevo acumulando desde hace días.

Lloro todo lo que puedo y más, todo lo que mi cuerpo da de sí.

No tengo ni la más remota idea de qué voy a hacer con mi vida, cómo voy a superar esto. El rechazo de Andrew solo me ha hecho caer más abajo..., ¿se puede caer más cuando ya estás en el puto subsuelo? Pues, al parecer, sí que se puede, yo soy la prueba viviente de ello.

No sé cuántas horas paso llorando, lo que no voy a olvidar es el grito que pego al mirarme en el maldito espejo a la mañana siguiente cuando me despierto. Mi pelo rubio parece un nido de pájaros, pero de los de ciudad, que se ven obligados a hacerlos con plásticos y basura. Tengo los ojos hinchados de tal manera que casi no puedo ni abrirlos, han perdido toda expresión y brillo, y por mi

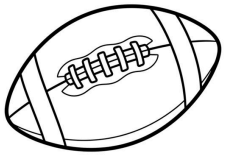
cara hay chorretones de máscara de pestañas; ni *waterproof* ni leches, mis lágrimas lo arrastraron todo a su paso.

Soy una escoria social para la gente y, ahora, con este nuevo aspecto, lo parezco también. Lejos de intentar reponerme, me compadezco un poco más de mí misma. Me hago un moño con el nido de pájaros, me limpio de mala manera los churretes de la cara y voy directa al congelador a sacar la tarrina de litro de helado. Pongo la lista de reproducción más triste que tengo y empiezo a cantar a voz en grito, helado en boca y al más puro estilo Bridget Jones «All by Myself» de Céline Dion.

Sí, en efecto, no se puede caer más bajo. Mi vida profesional se ha acabado, y la personal da auténtico asco.

5

No vendo mi vida, ¿o sí?



Un año después
Enzo

Mi representante lleva un año siendo un puto grano en el culo para que acepte este proyecto. Quieren que grabe un documental sobre mi vida, y sospecho que su insistencia se debe a la cantidad indecente de dinero que quieren pagarnos y de la que él se lleva un suculento quince por ciento. No le basta con la comisión que cobra cada vez que firmo un puto contrato millonario como jugador de la NFL. Maldito chupasangre, le partiría la cara si no fuera porque es mi mejor amigo, casi como mi hermano.

Nos conocemos desde niños, los dos nos criamos en un barrio de mierda a las afueras de la ciudad, de esos en los que, según te vas acercando, las calles se vuelven más silenciosas, las fachadas de los apartamentos más viejas y hay más suciedad acumulada en cada esquina.

Hemos visto —y vivido— muchas cosas, quizá demasiado pronto. Ninguno tuvo una infancia normal, y aunque siempre hemos sido muy diferentes, nunca nos hemos separado.

Cómo hemos llegado adonde estamos ahora se podría considerar una mezcla de suerte y esfuerzo. Me atrevería a decir que ha sido la única vez que los planetas se han alineado a mi puñetero favor, aunque poco después decidieran darme la hostia de mi vida. Habíamos soñado tantas veces con salir del barrio que, en cuanto tuve la oportunidad, lo hice y conté con él. Siempre se le han dado muy bien los números, y cuando empecé yo no me fiaba de nadie. Es como una especie de genio de las finanzas, y somos un pack indivisible.

Aunque, como siga tocándome los huevos, eso va a cambiar.

—Venga, Enzo, han vuelto a llamar. Cada vez están más insistentes, tío, y han subido de nuevo la oferta. Creo que esta vez deberías aceptar —me dice una vez más, clavando sus puñeteros ojos azules en mí.

—Deja de incordiarme. Lo último que me apetece es firmar nada con esa mierda de gente, y mucho menos tener una puta cámara pegada a mi culo. Es más de lo mismo: querrán indagar en mi vida, buscar donde no hay nada y, ya de paso, saber por qué llevo años alejado de las redes sociales. Seguro que se inventan algún romance o alguna mierda similar. Joder, sabes que cuando sucedió aquello me volví muy reservado con mi vida privada. —Me paso las manos por el pelo con exasperación.

Mi amigo me mira con cara de circunstancias. Estuvo allí, lo vivió conmigo; sabe por qué corté toda relación con los medios y por qué desde entonces evito cualquier cosa que implique exponerme.

—Creo que por lo menos deberías pensarlo. Se lo debes, tío. A él, y a ti también.

Es un cabronazo y sabe qué palabras decir para tocar ese botón que hace clic en mi interior, ese que hace que vuelva a sentirme una persona más o menos humana, con sentimientos y esas cosas.

—Él ya no está para verlo, Dylan. —Sí, se llama así porque su madre era muy fan de *Sensación de vivir* y de Luke Perry.

—Tío, en serio. Lee el e-mail aunque sea antes de decir un no tan rotundo, esta vez parece diferente.

—Joder, de acuerdo, reenvíame la puta propuesta. Le echaré un ojo —claudico mientras me levanto de la silla y me encamino hacia la puerta.

—Perfecto. Y no fuerces, ya sabes lo que dijo el...

—Que sí, mamá. Deja de tocarme los cojones, anda.

Y salgo de su despacho dando un portazo sin dejarlo terminar la frase.



Me levanto de la cama después de haber estado dando vueltas sobre el colchón sin poder dormir. Otra noche en que las pastillas no me han hecho efecto. Todo es una mierda desde el día en que lo perdí todo, pero ahora el peso que tengo sobre los hombros hace que sea menos llevadero.

Los sentimientos se van acumulando en mi interior y nunca he sido capaz de sacarlos. Hasta el momento en que todo se vaya a la mierda, y ya no falta mucho para eso. No entiendo por qué aún no he explotado, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos de mi vida, pero siento que estoy en el tiempo de descuento y que pronto todo terminará saltando por los aires.

Enciendo el ordenador y vuelvo a leer el informe médico que ya me sé de memoria. Me he convertido en una sombra de lo que fui, profesionalmente hablando. Ahora soy una especie de masoquista que disfruta con su dolor, porque, por más que lea ese maldito documento, eso no hará que mi situación cambie.

Lo cierro y abro el e-mail de Dylan. Leo la propuesta que me ha hecho llegar en cuanto he salido de su despacho y, joder, reconozco que es tentadora, pero el puto miedo a que todo lo que llevo escondiendo tantos años salga a la luz me puede. Es superior a mí: revivo aquello una y otra vez y me paraliza como si aún fuera ese chaval que se vio envuelto en toda esa mierda.

Sé que el hecho de ser tan hermético con respecto a mi vida personal suscita mucho interés en ella. Y que conseguir que grabe ese documental sería un pelotazo para quien se quedase con el proyecto. No soy imbécil, nadie sabe y todos quieren saber por qué la gran estrella del fútbol americano no tiene ni siquiera redes sociales en el siglo en el que vivimos, donde están todos los que son «importantes» en el mundo. Si supieran la verdad, de dónde vengo y que llevo viviendo una mentira casi toda mi vida, casi seguro que no tendrían tanto interés. Por otra parte, sin embargo, todo está a punto de cambiar, ya que no puedo mantener esta situación mucho más tiempo. Soy consciente de que estoy a punto de llegar al límite, y entonces tendré que dejarlo todo.

Es posible que cuando yo caiga, Dylan lo haga conmigo, por lo menos durante un tiempo, hasta que consiga que las aguas se calmen. Y, sí, es un genio de las finanzas y lleva mis cuentas de puta madre, pero las suyas... Es demasiado generoso con el dinero y, si no acepto, cuando llegue el momento, casi seguro que pasará una temporada incierta, y no deseo dejarlo en la estacada.

Maldita sea. Una vez más, el futuro de alguien que no soy yo depende de mí. Se me ocurre que tal vez el destino por fin me esté dando la oportunidad de contar mi verdad: es ahora o nunca. Y algo me dice que sí, que ha llegado el momento de que se sepa lo que pasó, aunque eso suponga mi final de manera definitiva.

Cojo el teléfono sin mirar la hora. En realidad, sé que me va a responder, porque es muy posible que esté de fiesta o que su cabeza rubia esté entre las piernas de alguna modelo que haya conocido esta noche. Tal y como espero, contesta al segundo tono.

—Lo haré —le digo en cuanto descuelga.

—Joder, Enzo. ¿No podías esperar a mañana por la mañana para llamarme?

—No —digo en tono cortante. O mi tono habitual, para ser sincero.

—Bueno, me alegro de que hayas recapacitado.

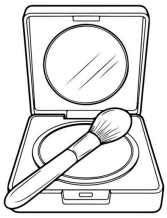
—Pero las normas las pongo yo. Quiero contar lo que sucedió.

—Pásate mañana por la oficina y redactamos juntos los cambios que quieras. Y ahora vete a dormir o a cascártela, que estoy ocupado.

¿Me arrepentiré de hacer esto? Casi seguro, pero sé que debo hacerlo, por él, por Dylan y por mí también.

6

Cuando piensas que no hay más opciones...



Daniela

El último año de mi vida ha sido un auténtico calvario. Desde que aquel vídeo se hizo viral —y, con él, la cancelación de todos mis trabajos, el rechazo de Andrew y las demás desdichas que vinieron después—, he tenido una crisis existencial muy *heavy*. Cada vez que lo recuerdo, un escalofrío de vergüenza me recorre entera.

Pasé de ser alguien con quien todo el mundo quería trabajar a ser un cero a la izquierda. Valentina trató en vano de echarme una mano, pero, por mucho que ella levantara teléfonos y tirara de su agenda de contactos, en cuanto oían el nombre de Daniela Miller, la respuesta era un NO rotundo. Además, vendió la mayor parte de las acciones de su productora y ya no podía ofrecerme trabajo ella misma, pero, para ser sinceros, todos los proyectos en los que habría trabajado terminarían envueltos en polémica. Y, aunque se diga que «no existe mala prensa, lo importante es que hablen de ti», a efectos prácticos nadie quiere eso.

Logré subsistir gracias a mis ahorros y a que gran parte de los encargos que había facturado antes de que todo se fuera a la mierda no los había cobrado todavía. En mi profesión es muy común que los pagos se efectúen a noventa días, así que he ido tirando con eso, pero estoy a punto de quedarme a cero y verme con una mano delante y otra detrás. He estado un año esperando en vano que mi suerte cambiara, esperando despertar de la pesadilla en la que se ha convertido mi vida.

Llevo unas semanas sopesando mis opciones y, viendo que mi teléfono no ha vuelto a sonar desde entonces y que nadie se ha puesto en contacto conmigo para ofrecerme algún proyecto, lo más probable es que acabe volviendo a Jerome con mi padre. Sé que él me recibirá con los brazos abiertos, pero regresar con el rabo entre las piernas a casa de papá no es que me haga especial ilusión.

Ahora las cosas están un poco más calmadas con respecto al famoso vídeo, pero soy un meme que perdura con el tiempo. Primero está el de la señora rubia señalando a un gato, después está la niña, rubia también, con cara de circunstancias cuando le dan la noticia de que van a ir de viaje a Disney, y luego estoy yo, que también soy rubia, con cara de loca y levantando la lata de refresco para lanzarla como arma arrojadiza. Tres bellezas doradas en la cúspide del éxito, nótese la ironía... No es verdad, estoy exagerando un poco, pero de vez en cuando suele aparecer de nuevo mi cara por internet.

Al principio fue muy duro. No me quedó más remedio que borrar todos mis perfiles públicos en redes sociales, sobre todo después de recibir una cantidad impensable de mensajes llenos de odio, amenazas de agresiones físicas e incluso deseándome la muerte. La gente se esconde detrás de un perfil falso y suelta auténticas barbaridades sin sopesar las consecuencias que puedan acarrear. Me

sentí desprotegida, no me fiaba de nadie, era imposible saber si alguno de los que se escondían detrás de aquellas palabras podría vivir cerca de mí, alguien que se hubiera cruzado conmigo en algún momento de mi vida o que hubiera compartido el mismo espacio.

Se filtró la zona en la que vivía en un blog y empezó a darme pánico salir a la calle. Cuando iba a comprar comida, lo hacía con una sensación de inseguridad bastante grande, notaba que la gente me miraba, que sabían quién era. Me emparanoié, así que opté por un cambio en mi peinado para que no fuera tan fácil reconocerme de primeras. No fue tan radical como cuando un 16 de febrero de 2007 la princesa del pop —*aka* «It's Britney Bitch»— se rapó el pelo, pero yo no molaba tanto para semejante hazaña. Me corté mi larga melena dorada a la altura de la barbilla y me hice un flequillo muy mono, así por lo menos sentía que pasaba más desapercibida. Empecé a vestir con ropa oscura y sudaderas amplias. Hacerme invisible se convirtió en mi nueva obsesión.

Ahora estoy en proceso de volver a dejarlo un poco más largo, pero el flequillo se va a quedar conmigo, por lo menos hasta que decida si me marcho de aquí o no y me sienta preparada para dejar de esconderme detrás de mi pelo.

Después de un año, estoy intentando volver a ser yo, aprender alguna lección vital y salir de esta siendo mejor persona, porque, al final, todo pasa por algo, ¿no? Sin embargo, lo cierto es que me está costando, porque era buena en mi trabajo, me gustaba lo que hacía y perderlo todo de la noche a la mañana, y de esa manera, me sigue pareciendo injusto.

Llevo un rato visualizándome de vuelta en el pueblo, pensando qué narices voy a hacer cuando regrese, cuando el zumbido de mi móvil interrumpe mis pensamientos. Veo el nombre de Mateo en la pantalla.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, guapo? —lo saludo sin mucho ánimo.

—Tan alegre como siempre, Dani. ¿Estás en casa?

—¿Bromeas? Pues claro, ¿dónde quieres que esté, si no?

—Perfecto, en diez minutos estoy allí. Mete una botella de vino en la nevera, tenemos algo que celebrar —dice, y me cuelga.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono y levanto los hombros sin tener ni idea de qué querrá celebrar mi amigo. Alguna conquista nueva, quizá. Conociéndolo, esa es una opción más que posible.



Abro la puerta cuando suena el timbre sin preguntar quién es. Mateo entra derrochando alegría, con una caja de cupcakes de mi pastelería favorita en la mano.

—¿Has metido el vino en la nevera? —me pregunta levantando las cejas con ritmo.

—Sí, pero ya te aviso que no estoy de humor.

—Bueno, pero eso no es ninguna novedad, Dani... Saca dos copas, anda. Que enseguida ese humor tuyo va a cambiar, y tu cara de seta mustia del último año también.

—Lo dudo, pero vale —respondo mientras me dirijo hacia la cocina a buscar las copas y el vino—. He estado mirando billetes para volver al pueblo, no creo que tenga mucho sentido alargar esto más. Ya le he dicho a mi padre que es posible que dentro de un par de semanas empiece a llevar cosas a su casa.

Mateo se ha sentado en el sofá y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. No entiendo a qué viene este derroche de alegría. Casi

diría que está feliz porque me marche de la ciudad.

—Siéntate, creo que tu padre va a tener que esperar un poco más para que vuelvas.

—No me queda casi dinero ya, es absurdo seguir aquí. Para acabar trabajando de camarera, casi prefiero hacerlo allí y por lo menos me ahorraré el alquiler. Cambiaré de aires.

—Cállate y escucha. Me han ofrecido un proyecto supersecreto, bueno..., técnicamente se lo han ofrecido a mi madre. Se trata de un documental de una estrella de la NFL, que ha aceptado hacerlo con una única condición: que ella esté al frente. El tío ha dicho que solo confía en ella. No sé muy bien la historia porque ya sabes que, cuando mi señora madre empieza a contar sus batallitas, yo desconecto, pero al parecer se conocen desde que él empezó su carrera o algo así. Total, que me lío..., el tío ha dejado claro que, si no se encargaba ella en exclusiva del documental, no lo hacía. Para mi madre ha sido toda una sorpresa. Aunque vendió la mayor parte de las acciones de FerVal y soltó el rollo de que quería dejar el *show business*, en realidad le va la marcha, así que no ha dudado en volver a ponerse en activo y ha aceptado el proyecto.

—¿Sí? Joder, me alegro mucho —le digo intentando sonar lo más alegre posible.

Y realmente me siento muy feliz por él. Pero tampoco es una novedad que Mateo siga al pie del cañón: en su campo, es uno de los mejores. Hay modelos que solo quieren trabajar con él para sus campañas, y eso es mérito suyo. Es muy bueno en lo que hace y se ha ganado cada reconocimiento. Yo he sido testigo de ello. Ser hijo de Valentina Ferrani tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes.

—Quita esa cara de mustia, tía, que ahora viene lo bueno... Mi madre quiere que estés tú también, Dani.

«Espera, ¿QUÉÉÉÉÉÉÉ?». Lo miro con los ojos muy abiertos, dudando de si lo que acabo de oír no es una especie de alucinación.

—¿Qué... qué quieres decir? —Deseo asegurarme de que lo que ha dicho es real y no imaginaciones mías.

—Pues que tiene vía libre para contar con quien ella considere para crear el equipo. Va a ser bastante reducido, y ya te he dicho que es un proyecto secreto, al parecer llevan mucho tiempo detrás de ese tío para hacer este documental sobre su vida. Nunca da entrevistas, no tiene redes sociales, es una especie de superestrella ermitaña o algo así. Es un proyecto importante, y ella quiere contar contigo.

—Pero ¿está segura? No quiero causaros problemas ni que os veáis envueltos en alguna polémica.

—No ha tenido dudas. Ya sabes que ha intentado por todos los medios que volvieras al trabajo, pero no ha dependido de ella. Si tú no estás o ponen algún problema si contamos contigo, mi madre rechazará el encargo. Además, vamos a ser muy pocos. Equipo reducido, Dani, aunque eso también significa que las grabaciones van a durar un poco más de lo normal. Este proyecto parece hecho para ti.

Sé a la perfección cómo es Valentina Ferrani, como también sé todas y cada una de las veces que me ha ofrecido dinero para echarme una mano, algo a lo que siempre me he negado. Y en cuanto ha surgido la oportunidad ha pensado en mí para volver a trabajar con ella.

—Yo..., no sé... ¿Y si alguien del equipo me reconoce? ¿Y si empieza otra vez a rular el vídeo y...? —Me paralizo solo de pensarlo.

—No hay mucho tiempo para pensarlo, Dani. Seguro que nadie se acuerda del vídeo ese... Y, si alguien se atreve a decir algo al respecto, a mi madre no le va a temblar el pulso para largarlo. Va a

haber cláusulas de confidencialidad y todo. Lo que pase durante las grabaciones y quiénes formemos parte del equipo va a ser *top secret* hasta que se estrene el documental. Venga, di que sí, volver a trabajar juntos... Como cuando empezamos... Tú y yo, mano a mano. ¿Qué dices? ¿Estás dentro?

Esta es la única oportunidad que se me ha presentado. No tengo nada que perder, porque ya lo he perdido casi todo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunto con una sonrisa tímida.

—Esa es la Dani a la que tanto quiero... Venga, brindemos —me dice descorchando la botella.

—No has contestado a mi pregunta, Mateo.

—Dentro de tres días —responde con rapidez—. Por cierto, la maleta sí que la vas a tener que hacer, porque vamos a ir a San Francisco.

La madre que lo parió...

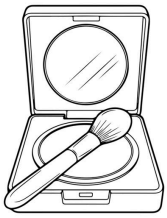
—¿CÓMOOOOOOOO?

Las grabaciones comienzan dentro de tres días y salimos hacia San Francisco en dos. Al parecer, tenían miedo de que el jugador de la NFL se echase para atrás y querían empezar cuanto antes. Me parece demasiado precipitado, pero en mi interior se vuelve a instalar esa sensación de anticipación que me hace sentir viva. Y que tanto he añorado.

En cuanto Mateo se va, aviso a mi casero de mi nueva situación y empiezo a prepararlo todo. Desempolvar mi material después de tanto tiempo se me hace extraño. Cojo la manta de pinceles rememorando aquella última vez que la guardé, y recuerdo a aquella Daniela que se estaba comiendo el mundo a bocados y que no tenía ni idea de que sería el mundo el que terminaría devorándola a ella.

7

Cosmopolitan y pelirrojos



Daniela

Preparar la maleta ha sido lo más trepidante que he hecho este último año. El vuelo salía a primera hora de la mañana, y Mateo y yo hemos quedado en el aeropuerto.

El vuelo ha salido sin retraso. Mi querido amigo ha alquilado un coche, porque siempre ha preferido conducir a —y cito de forma textual— «poner su vida en manos de un desconocido». Tiene sus manías y yo lo quiero así.

Nos hospedaremos en un hotel no muy alejado del estudio donde vamos a realizar las primeras grabaciones, lo cual se agradece, porque los exteriores siempre son algo más complicados, y empezar en interior me da más seguridad.

Hacemos el *check-in* en el hotel y vamos cada uno a su habitación, aunque no pasan más de veinte minutos cuando ya tengo a Mateo dentro de la mía. Me mira mientras deshago la

maleta y voy colocando la ropa que he traído en las perchas que hay en el pequeño armario.

—Espero que hayas traído algo decente para esta noche, Dani —comenta mientras se sienta en la silla que hay junto al típico escritorio de una habitación de hotel.

—¿Qué tienes en contra de mi ropa? ¿Y qué pasa esta noche? —contrataco yo, levantando una ceja.

—Tendremos que salir a celebrar la vida, ¿no? ¿O pensabas quedarte metida aquí?

—La verdad es que sí. Eso es justo lo que pensaba hacer.

—Pues *despiensa*, querida amiga, que esta noche salimos. Dentro de dos horas te quiero lista, me muero por llevarte a un local que es la caña.

—Mateo... —le advierto, mirando con firmeza sus ojos verdes.

—Ese es mi nombre, sí —me suelta lanzando un beso al aire mientras se va de vuelta a su habitación.

Sin nada más que yo pueda añadir, esta noche salimos. Tengo un poco de miedo; la última vez que quiso llevarme a un sitio que según él era la caña, aluciné con lo que me encontré dentro. Estábamos en New Lake, haciendo una sesión de fotos para Eiden Hugh, un chef que estaba en pleno auge. Su restaurante tenía una lista de espera de más de un año y su nombre corría como la espuma en el sector. Además de muy guapo, era como una especie de dios en su campo. Después del *shooting* invitó a cenar a todo el equipo. No suele ser habitual, pero Eiden es una de esas personas con un aura especial, que destila pasión por su trabajo. Cuando acabamos de cenar, fuimos al sitio donde Mateo se moría por ir, un lugar superelegante..., al menos en apariencia. Pero, a medida que transcurrían los minutos, empezó a parecer más una peli X que otra cosa, porque resultó ser un local liberal —sí, de esos de intercambio

de parejas— pero en plan megapijo. Quise matar a mi amigo en cuanto me percaté de dónde nos encontrábamos. Fue una de las experiencias más bizarras que he vivido con él, y espero que lo de esta noche no termine siendo algo así.



Dos horas y una larga ducha después, estoy lista. He optado por ponerme un vestido negro, que se ciñe a mis curvas a la perfección, y unas sandalias de tacón no muy alto, porque el último año mi calzado de confianza han sido las zapatillas de deporte y paso de destrozarme los pies. Me he recogido el pelo en un moño bajo despeinado y me he maquillado resaltando mis ojos marrones, rasgando mi mirada con un *eyeliner* del mismo tono y remarcando mis ojos con una sombra con brillitos dorados.

—Joder, pero qué guapo te has puesto —piropeo a mi amigo cuando lo veo. Ha optado por un pantalón de pinzas entallado de color negro y una camisa blanca, que lleva remangada con mucha gracia hasta los codos. El complemento siempre lo pone su pelo, que de unos años a esta parte va cambiando de color según su estado de ánimo. Estamos en la temporada de rojo fuego.

—Lo mismo digo, Dani. Da gusto verte con algo que no sea una sudadera tres tallas más grande que la que usas. Había olvidado que tienes ese cuerpazo, cabrona.

—Vete a la mierda, tío. Bueno, ¿dónde está ese antro de perdición al que vas a llevarme?

—Nunca me lo vas a perdonar, ¿verdad? —dice llevándose de forma exagerada la mano al pecho, como si le hubiera clavado un

puñal.

—No, nunca. Si mueres antes que yo, lo pondré en tu lápida.

—Ñiñiñiñiñi... Anda, vamos.

Y, con eso, ponemos rumbo a la puerta de salida del hotel.



Tengo que reconocer que esta vez el sitio sí que mola de verdad y, *a priori*, no parece que esté destinado al placer ni al BDSM. Es un local rollo *chill out*, bastante elegante, con una música agradable. Nada de cosas extravagantes ni gente desnuda, lo cual agradezco.

Hay dos espacios diferenciados: una terraza techada con un jardín vertical y unas mesas redondas para poder disfrutar fuera y el local de dentro, con una gran barra larga y unas escaleras al fondo, que supongo que llevan a los reservados, a juzgar por el segurata que hay justo delante de ellas. La luz es bastante tenue y cálida, lo que le da un ambiente íntimo al lugar.

Una vez dentro, noto a mi amigo algo inquieto, y lo conozco tan bien que sé que no va a tardar mucho en abandonarme, o bien para ir al baño o para encontrarse con alguien.

—Dani, voy un momento al reservado, que quiero saludar a un amigo, ahora vuelvo. ¿Puedes ir mientras a la barra? A mí pídeme un cosmopolitan. Te juro que no tardo —me dice juntando las manos a modo de disculpa.

—Claro, no te preocupes, te he visto venir desde que hemos llegado. Te espero allí —lo informo señalando la zona más tranquila y con menos gente del local.

Me imaginaba que las ganas de venir aquí de Mateo escondían algún interés más, aparte de los encantos del propio local. Mi mejor amigo conoce a gente hasta en el mismísimo infierno, y, por supuesto, aunque haya dicho «amigo», me apostaría el cuello a que o bien es un antiguo ligue o uno próximo.

Aunque estoy en un sitio algo más tranquilo que el resto, la barra está llena de gente, y me temo que van a tardar bastante en atenderme.

Veo con el rabillo del ojo que hay un tío pelirrojo que me está mirando con fijeza, y empiezo a incomodarme. No aparta la vista de mí y, para mi desgracia, observo que se acerca con paso decidido hacia donde me encuentro.

—Tu cara me suena mucho, rubia —suelta acercándose demasiado para hablarme, como si la música estuviera altísima, aunque no es el caso.

—¿Sí? Lo dudo —le respondo con una sonrisa falsa.

Me mira de una forma que ya conozco. Mi cara le suena, claro que sí, pero no es capaz de encajar las piezas que su cerebro tiene desperdigadas y saber de qué. Al principio me pasaba más a menudo y, aunque a la gente le costara, terminaban reconociendo que la chica del vídeo viral era yo. Aunque ahora no sea algo que me suceda constantemente, está claro que mi imagen sigue grabada en el subconsciente de algunas personas.

—Yo creo que sí, que nos hemos visto antes. Nunca olvido una cara.

—Te estoy diciendo que no —lo corto en seco—. Estoy esperando a un amigo y es la primera vez que vengo a este sitio. ¿Te importaría irte?

—Oh, venga, no seas sosa, rubia. Mientras esperas a tu amigo invisible te puedes tomar una copa conmigo.

—No tomo copas con desconocidos —espeto con un tono más borde, para ver si lo pilla de una vez y me deja en paz.

—Eso tiene fácil solución. Los baños de este local son geniales para conocer más a fondo a la gente...

—Oh, no me jodas. ¿Eso te ha funcionado alguna vez? Porque, la verdad, lo dudo mucho.

El pelirrojo se dispone a replicar y yo me preparo para levantarme y darle una patada en los huevos y que pase lo que tenga que pasar, pero entonces alguien nos interrumpe.

—¿Te está molestando este imbécil? —me pregunta otro desconocido.

Con la luz que hay en el local no puedo verlo con mucho detalle, pero sí con el suficiente para saber que es moreno, muy alto y guapo. De esos tíos a los que cuando ves en la calle no puedes evitar mirar y sonrojarte un poco.

—Pues la verdad es que sí... Se ve que no entiende la palabra NO.

—Jo-joder... Tú eres... eres... No sabía que fueras el amigo que estaba esperando. Perdona, tío. Ya me voy.

¿Qué coño ha sido eso?

—Vaya, ¿eres famoso por aquí o qué? —le digo riéndome al ver la reacción que ha tenido «don Baños» al verlo.

—No, para nada. Siento que ese gilipollas no se haya disculpado siquiera contigo. Tampoco quería meterme donde no me llaman, pero no he podido evitarlo.

—No te preocupes, la verdad es que intentaba que me dejara en paz por las buenas, pero no estaba resultando. Lo siguiente iba a ser darle una patada en los huevos.

—Ah, si llego a saber que ese iba a ser el siguiente movimiento, habría esperado un poco más... Habría disfrutado viéndolo, la verdad

—comenta mientras se ríe haciendo un gesto con la mano a la camarera para que se acerque—. No te han atendido aún, ¿no?

Niego con la cabeza y me quedo flipando con la rapidez de la chica en cuanto ve su seña. Yo llevaba un rato esperando y estaba empezando a sentirme invisible, pero ha bastado un segundo para que corriera a atender a este tío. Debe de ser el dueño del local o amigo de él, porque, si no, no lo entiendo.

—Hola, ¿qué os pongo? —pregunta la camarera incluyéndome, pero sin quitarle ojo al moreno que me acompaña.

Él me mira esperando que sea yo la que responda primero.

—Un cosmopolitan y... —titubeo porque no sé qué pedir—. Dos, dos cosmopolitan, por favor.

Odio esa bebida diseñada para hacer el mal desde que, una noche con Mateo, me pillé un pedo tremendo. No puedo ni olerlo, pero no se me ha ocurrido qué más pedir, me he quedado en blanco; la falta de costumbre, supongo.

—Yo, un botellín de agua. Y apúntaselo todo a Dylan, por favor.

La camarera asiente y se va a preparar las bebidas.

—Me llamo Mia, por cierto —miento, porque no tengo ni puta idea de quién es este tío y, aunque me ha librado del imbécil de antes, estoy flipando por las reacciones que está teniendo todo el mundo con él. Así que prefiero no decirle mi nombre real.

—Yo soy Gabriel, encantado.

—¿Vienes mucho por aquí? —le pregunto intentando indagar un poco más sobre él.

—No mucho, la verdad —contesta con sequedad.

—Ah, lo decía por... Bueno, da igual.

La camarera vuelve con las bebidas y las deja encima de la barra, no sin antes echarle una mirada muy sugerente con sonrisita incluida a Gabriel. Sin embargo, él no le hace ni caso, es como si

estuviera acostumbrado a que lo tratasen así, como si fuera algo habitual en su día a día. Coge la botella de agua, la abre y le da un trago largo. Me quedo atontada viendo cómo su nuez sube y baja a medida que el líquido desciende por su garganta.

—Y tú, ¿es la primera vez que vienes? No eres de aquí, ¿verdad?

—Vaya, veo que has estado muy atento a la conversación que he tenido con el pelirrojo, ¿eh? No, no soy de aquí. Para ser más exactos, no llevo ni veinticuatro horas en esta ciudad. He venido con un amigo que...

—Que te ha dejado sola —termina la frase por mí.

—Sí, ha ido a encontrarse con alguien, no creo que tarde mucho en volver.

—¿No bebes? —me pregunta señalando las copas que esperan encima de la barra.

—No, la verdad es que... odio el cosmopolitan.

—Pues, para no gustarte, te has pedido dos.

—Es que uno es para mi amigo. Como la camarera no me ha atendido hasta que has aparecido tú, he querido aprovechar —digo tratando de no parecer demasiado rarita o alguien con problemas de alcoholismo que se bebe las copas a pares.

—El que se ha ido y te ha dejado sola ante el peligro...

—Sí, ese mismo. Y puede que yo me haya puesto algo nerviosa y me haya dejado llevar pidiendo otro para mí —respondo poniendo cara de circunstancias.

—¿Por mí?

—No, es que he perdido un poco la práctica en esto de salir y me ha pillado desprevenida que la camarera viniera a atenderte tan rápido cuando yo ya llevaba un buen rato esperando.

—Ya veo, ya. —Suelta una carcajada ante mi sinceridad.

En ese instante empieza a sonar «Maria Maria» de Santana. El cambio de música me sorprende y me dejo envolver por el ritmo sin poder evitarlo. Gabriel me mira con seguridad.

—Me encanta esta canción —le aclaro.

—Una pena que estés sentada.

—¿Cómo dices?

—Que si te mueves así estando en esa posición, verte con total libertad sería la hostia.

—¿Estás intentando ligar conmigo, Gabriel?

Se acerca más a mí y su dulce olor me envuelve. Huele a vetiver, vainilla ahumada con un toque picante al final a jengibre. Hasta este momento ha mantenido las distancias, pero de pronto no me importaría en absoluto que siguiera acercándose más.

—No, Mia. Si lo estuviera haciendo, no tendrías ni que preguntarlo.

—Vaya —suelto haciendo un mohín.

—¿Decepcionada?

—Puede.

—No soy de los que ligan en un sitio así.

—¿Y en qué sitios lo haces?

Sonríe ante mi pregunta.

—¿Por qué? ¿Querrías descubrirlo? ¿Vendrías conmigo si te dijera dónde ligo?

Ahora soy yo la que no puede evitar reír y sonrojarse un poco.

¿Lo haría?

Su teléfono empieza a sonar y maldice por lo bajo al mirar la pantalla.

—Tengo que irme. Ha sido un placer conocerte, Mia.

—Lo mismo digo, Gabriel. Dale las gracias a Dylan por las bebidas.

—Lo haré. Y Mia...

—¿Qué?

—Yo no te habría dejado sola.

Y, tal como ha llegado, se va. Me quedo mirando las dos copas que esperan en la barra, sin tocar. No sé qué narices acaba de pasar ni quién es este tío, pero al parecer me voy a quedar con las ganas de descubrirlo.

No pasa mucho rato hasta que llega Mateo con la camisa mal abrochada y con su pelo rojo despeinado. Lo miro de arriba abajo sabiendo casi con certeza la historia que me contará después.

—¿Qué tal tu amigo? ¿Todo en orden? —pregunto con sorna.

—Ya lo creo, todo en orden y bien puesto —contesta muerto de risa.

—Toma, tu copa —le paso el cosmopolitan.

La coge y mira extrañado la otra bebida gemela, que aún sigue entera reposando en la barra.

—¿Te has pedido otro tú? Pero si lo odias...

—Lo sé, es una larga historia.

—Pues vamos a sentarnos a las mesas que hay fuera y empieza a contármela, guapa.

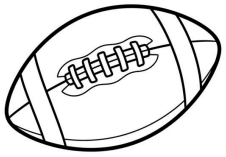


Llegamos al hotel a una hora razonable. Me ha venido genial esta noche con Mateo. Había olvidado lo mucho que me gusta tomar algo y reírnos sin parar de las chorradas que se nos ocurren. Vida social, te echaba de menos. El tonteo inesperado con Gabriel también ha estado muy bien, no vamos a engañarnos a estas alturas.

Mañana empezamos el rodaje y, antes de acostarme, dejo preparado todo lo que voy a necesitar. Esta vez no voy a fallar, no puedo. Valentina está dando la cara por mí, confía en quien fui y en quien soy. Ella siempre ha visto mi potencial mucho mejor que yo misma. Esto va a salir bien, *tiene* que salir bien.

8

La manzana es la culpable de todo



Enzo

Esto va a salir mal, ha sido una jodida mala idea. Observo a mi alrededor cómo los del equipo de arte van montándolo todo mientras mis nervios van en aumento. ¿Por qué cojones dije que sí? No hemos empezado y ya me estoy arrepintiendo.

Acepté con la condición de que solo una persona de mi plena confianza podía encargarse del proyecto. Era ella o nadie. También dejé claro que hasta que estuviera acabado no quería que se filtrara ni una sola promoción. Si algo del documental se contaba antes de tiempo, el contrato quedaría anulado y todo el material grabado hasta entonces tendría que ser destruido. Y no soy tonto, redactamos una cláusula de confidencialidad, con una cantidad bastante exagerada como multa. No quiero prensa, no quiero publicidad antes de acabar y no quiero ojos puestos sobre mi cabeza. Para hacer lo que tengo que hacer, necesito estar lo más tranquilo posible.

Mi relación con Valentina viene de lejos. Nos conocimos cuando yo estaba empezando mi carrera deportiva; su hijo tenía mi misma edad y ella ya dirigía FerVal. Supongo que debí de recordarle algo a él y le salió la vena maternal. Vio en mí a un chaval perdido que no sabía qué hacer. Ella conoce toda mi historia y, cuando llegó el momento, me protegió. Hizo todo lo posible —y más— por ayudarme. Yo no conocía a nadie cuando me vi envuelto en todo aquello, y, en cambio, Valentina conocía a todo el mundo. Con su silencio, durante todos estos años me ha demostrado su lealtad. Así que, si ella no se encargaba de esto, el proyecto no habría seguido adelante. Por supuesto, hay cosas que pasaron y que aún no sabe..., pero que terminará descubriendo también.

Cuando me llamó para decirme que quién me creía, que estaba muy feliz retirada de los proyectos grandes, le di las gracias, porque ya sabía que iba a aceptar. Nunca hemos dejado de estar en contacto, por tanto, es consciente de mi situación actual. Le dije que tenía vía libre para contar con el equipo que ella creyera conveniente y que grabaríamos en mi ciudad y, si hacía falta, en mi casa de la playa. Lo único que yo sé es que su hijo Mateo va a formar parte del proyecto y poco más. Tampoco me hace falta conocer más detalles, me fío de Valentina al cien por cien, sé que las personas con las que ha contado para esto son de su entera confianza. Que no le fallarán a ella y, por ende, tampoco a mí.

Dylan se ha encargado de alquilar un estudio, que es donde vamos a empezar con las primeras grabaciones. He accedido también a grabar en mi casa, en el estadio y, donde más me ha costado aceptar, en el barrio donde me crie y crecí. Aunque prefiero no pensar mucho en esto último, ya lidiará con ello el Enzo del futuro.

—Tío, ¿toda esta gente es necesaria? —le pregunto a mi amigo un poco agobiado.

—No empieces, ya lo hemos hablado y te pareció bien, Enzo. Tienen que dejar este sitio a punto, porque te has empeñado en que no fuera un plató como tal, para no levantar sospechas. Tranquilo, que cuando terminen casi toda esta gente se irá. Cuando empecemos a grabar, quedaremos aquí cuatro gatos. Lo que no entiendo es por qué estás dando vueltas por aquí como un pollo sin cabeza cuando aún faltan horas para empezar. No deberías haber venido tan pronto. Las estrellas de tu categoría suelen llegar tarde.

—No me toques los huevos, no podía quedarme más tiempo en casa esperando. Y no tenía nada más que hacer —le respondo levantando los hombros.

—Pues, en ese caso, te jodes por venir cuando no te tocaba. —Me da una palmadita en la espalda y me señala con el dedo en dirección a la puerta de madera en la que me niego a entrar de momento—. Vete a tu camerino o quédate calladito en una esquina. Porque tu cara de mala hostia está incomodando al personal.

—Igual no tendría esta cara si anoche no te hubiera hecho caso y me hubiera quedado en mi casa.

Dylan suelta una carcajada y me mira con sorna.

—No me vengas con esas, que Katie me contó cuando fui a pagar la cuenta que te vio muy bien acompañado por una rubia, y a juzgar por sus comentarios no parecías un mártir ni estar sufriendo. Ahora esfúmate con tus penas a otra parte y deja trabajar a la gente.

Me echo el pelo hacia atrás y resoplo, pero no puedo rebatirle nada, porque el cabronazo tiene razón, como la mayoría de las veces. Los trabajadores llevan un rato mirándome de reojo, y me he dado cuenta de que tienen sumo cuidado cuando pasan cerca de mí, como si fuera un perro a punto de tirarme a su yugular o algo así. Lo

único que estoy haciendo es molestar, pero ni de coña me voy a meter en el camerino, aún no.

Respecto a anoche, tuve que marcharme del bar porque me informaron de que alguien había avisado a la prensa de que yo estaba allí. Tal vez fue cosa del baboso tocapelotas aquel, no es la primera vez que me sucede algo así. Estoy acostumbrado, pero no por ello me toca menos los cojones tener que salir por la puerta de atrás cada vez que alguien me reconoce; ese es otro de los motivos por los que evito estar en lugares públicos.

Mientras el tiempo pasa y veo desde una esquina cómo terminan de montar las cámaras, los focos y demás mierdas, decido acercarme a la mesa que han puesto los encargados del catering. Cojo una manzana, no sé muy bien para qué, porque hambre no tengo, supongo que para tener las manos ocupadas. Me apoyo en la mesa y cruzo las piernas esperando que el tiempo pase rápido. Me gustaría tener el poder de viajar por él, estar ya en mi casa y que el día de hoy acabe, pero como no soy el puto Doctor Strange, me jodo y me quedo dándole vueltas a mi manzana mientras miro a la nada, procurando no cruzar la vista con nadie para no incomodar y que esta tortura acabe cuanto antes.

—Uy, gracias. Justo lo que necesitaba, he llegado demasiado pronto y me muero de hambre. —La voz proviene de una chica rubia a la que ya he visto antes, que me saca de mi tortura personal mientras me quita la manzana de las manos y le da un mordisco.

«Pero ¿qué cojones...?».

La miro sorprendido. Va vestida de negro: vaqueros, botines y una americana del mismo color que oculta las curvas que yo sé que hay debajo y que no he podido quitarme de la cabeza. Lleva el pelo casi por los hombros, un flequillo enmarcándole la cara y tiene unos ojos marrones que me miran muy abiertos, esperando una respuesta.

—¿Mia?

—¿Gabriel? —Se sorprende al reconocerme de la noche anterior—. No esperaba verte aquí. Vaya, qué casualidad. Menudo despliegue, ¿eh? ¿Eres el responsable del catering? —me pregunta lanzada mientras señala la mesa con la cabeza, esperando entablar conversación conmigo.

—Eh... Pues, al parecer, ahora sí.

Esta chica de mirada inocente no tiene ni puta idea de quién soy. Y, joder, me he quedado embobado mirándola comer la pieza de fruta sin cortarse un pelo por habérmela quitado de la mano. De la misma manera que anoche me quedé agilipollado observándola mientras empezaba a contonearse al ritmo de aquellos acordes de guitarra.

—Esto... En realidad, me llamo Daniela, no Mia, y soy la encargada de maquillaje. Perdona por no haberte dicho mi verdadero nombre anoche.

Vaya, por lo visto, los dos jugamos al mismo juego sin saberlo, más o menos.

—Así que estás hecha toda una mentirosilla, ¿eh? Primero pides una copa que odias y después me dices un nombre falso... ¿Qué más escondes, Daniela?

—Yo...

—No pasa nada, estoy bromeando. Te pega mucho más llamarte así.

La comisura de sus labios asciende, y esa sonrisa que me ha estado persiguiendo toda la noche, acompañando a mis pesadillas y dotándolas de un poco de luz, aparece ante mis ojos y algo que desconozco se asienta dentro de mí.

—¿Conoces a alguien más del equipo?

—Sí, vaya que sí... Conozco a algunos, y dicen que el protagonista del documental es un tanto gilipollas. Espero que no le dé por sacar al divo que lleva dentro. —No sé qué cojones estoy haciendo. Mi cerebro no está filtrando nada de lo que está saliendo por mi boca, pero jugar un poco a no ser yo, otra vez, me está gustando.

—¿De verdad? —dice algo preocupada.

—¿No sabes quién es? —le pregunto de vuelta como si no hubiera quedado claro ya.

—Pues la verdad es que ni idea... No he tenido mucho tiempo para informarme. Hasta hace unos minutos no me han dicho su nombre. Solo sé que es poco accesible. ¿Tú lo conoces? No ha llegado aún, ¿verdad?

—Sí, sí que lo conozco. Y creo que no está por aquí todavía.

Increíble, hacía años que no estaba con alguien que no tuviera ni la más mínima idea de quién soy. Anoche disfruté estando con ella por ese mismo motivo, aunque nuestro encuentro duró demasiado poco. Es una sensación un tanto rara, pero me está gustando. No me mira como suele hacerlo el resto de la gente, aunque este engaño no va a durar mucho. Unos minutos más a lo sumo, en cuanto Valentina nos presente como es debido.

No sé qué tiene esta chica, pero de repente quiero descubrirlo. La forma impulsiva en la que me ha quitado la manzana me ha hecho sentirme como si fuera otra persona, no como Enzo Silva, el quarterback de los Redhowls.

—¿Vas a estar aquí todas las grabaciones, Gabriel?

—Sí. Si no tengo más remedio, creo que tendré que estar aquí durante todo el rodaje. Si la estrellita se mete contigo, búscame, que yo mismo lo pondré en su sitio si hace falta. Ya comprobaste que se me da bien eso de espantar gilipollas. —Al decir esto veo cómo por algún motivo su cuerpo se tensa. Igual me he pasado de machito.

—Bueno, espero que eso no tenga que suceder; seguro que las cosas se pueden solucionar de otra manera. Me muevo bien en ambientes hostiles, aunque no creo que las cosas se tuerzan tanto como para llegar a eso. Bueno, yo me voy a ir a terminar de prepararlo todo. Ya nos veremos por aquí —asevera apresurando la despedida.

—Sí, ya nos veremos, Daniela.

La he cagado, está claro. Soy gilipollas. Pero su forma de mirarme me gusta mucho. Su presencia me ha hecho sentir tranquilo, me ha dado paz, y por unos minutos he podido olvidarme de quién soy, de por qué estoy haciendo esto y de lo que casi seguro terminará desencadenando este documental cuando llegue a su fin.

—Enzo, cariño, estás aquí. Llevo buscándote un rato. Dylan me había comentado que estabas esperando por ahí sin saber muy bien qué hacer. Ya casi está todo listo para empezar. —La voz de Valentina me devuelve a la realidad.

—¿Qué tal estás? —Me acerco a ella y le doy un abrazo—. Sí, bueno, ya me conoces, Valentina: la paciencia nunca ha sido precisamente mi fuerte.

—Comprendo a la perfección lo que está pasando por tu cabeza, puedes estar tranquilo, cielo. Vamos a estar en completa confianza. Me he encargado de manera personal de ello y solo hablaremos de lo que tú quieras. Lo sabes, ¿verdad? No tienes que verte forzado a contar nada con lo que no te sientas cómodo, tú llevas la batuta y el ritmo de esto. No lo olvides: podemos parar cuantas veces sean necesarias. Y ahora, vamos, que te voy a presentar al equipo.

—Gracias, Valentina.

Esta mujer, que conoce casi todas mis sombras, siempre se adelanta y consigue calmar a la bestia que me come por dentro. Por eso sabía que solo ella podía hacerse cargo de este proyecto y me

protegería sin esperar nada a cambio. Solo queda esperar que mi «Mia» particular no se cabree demasiado ahora que está a punto de enterarse de que Gabriel, el chico del catering, es en realidad Enzo, la estrellita gilipollas.

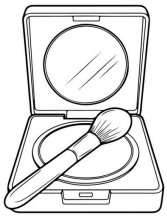
Cuando Valentina termina de presentarme a todo el equipo que va a formar parte del proyecto, me tranquilizo. Mateo, su hijo, me ha explicado un poco los planos que vamos a hacer. Es bastante sencillo, han preparado un set muy normalito, nada ostentoso, con un fondo negro que han iluminado de una forma estratégica para dar un aspecto de intimidad, un sillón en el que me sentaré y desde el que iré contestando a las preguntas que me irán haciendo.

En mi camerino está ya todo preparado, la ropa que me voy a poner lista en un burro que han dejado los estilistas para mí, y está también Daniela, esperando a que Enzo haga su entrada estelar.

No hay vuelta atrás, mi historia está lista para ser contada.

9

Cuando Daniela conoció a «Gabriel»



Daniela

«Dicen que el protagonista del documental es un poco gilipollas». Las palabras de Gabriel retumban en mi cabeza sin parar. Esperaba que el chico del catering no estuviera en lo cierto. No me apetecía tener que enfrentarme a otro tirano; no, después de lo que me pasó con Miguel.

He llegado demasiado pronto y, después de preparar mi arsenal de material en el camerino —y con lo nerviosa que estaba—, he decidido darme una vuelta por el plató para ver cómo iba a ser la iluminación. Como aún no estaba listo, he optado por acercarme a la mesa de catering e intentar calmar los nervios charlando con alguien del equipo para empezar a hacer piña.

Lo último que imaginaba era que Gabriel, el misterioso chico de anoche, fuera el encargado del catering. ¿Qué probabilidades hay de que eso ocurra? Ni de lejos podía imaginarme que hoy me

encontraría con él ni que durante las próximas semanas me tocaría compartir espacio.

Tampoco era buena señal que, de primeras, hablara mal de la persona con la que iba a tener que trabajar durante las próximas semanas. No tenía ni idea de quién era Enzo Silva (lo mío y el deporte en todas sus vertientes es un mundo desconocido). Nunca me ha interesado lo más mínimo la NFL.

He intentado hablar con Mateo, pero no he sido capaz de encontrarlo por ningún lado. El primer día de rodaje suele ser una locura, así que he vuelto al camerino a esperar.

—Dani, cariño, ya está todo listo. ¿Tú cómo vas? —Valentina abre la puerta, y no viene sola.

—Sí, lo tengo todo preparado. Solo falta que llegue... —Me quedo callada al ver quién la acompaña.

¿Gabriel? ¿Qué narices hace el chico del catering aquí con ella?

—Él es Enzo Silva. Ella es Daniela Miller, la encargada de maquillaje.

Miro por encima del hombro de Valentina esperando ver a Enzo Silva detrás de Gabriel, pero allí no hay nadie más.

—Encantado, Daniela. Soy todo tuyo —puntualiza el supuesto Gabriel mientras me tiende la mano y una sonrisa estúpida se apodera de su cara.

Mi expresión de no entender qué narices está pasando pone en alerta a Valentina.

—Daniela, ¿estás bien? Parece que has visto un fantasma.

¿Estoy bien? La respuesta casi seguro que es NO. O el tal Enzo tiene un hermano gemelo llamado Gabriel que trabaja en el catering —lo cual es bastante improbable— o yo me estoy volviendo loca y tengo alucinaciones.

—Sí, sí, perdona. Encantada, Enzo —respondo estrechando la mano que me ha ofrecido.

—Bueno, yo os dejo solos. Si necesitáis algo, me llamáis, estaré por aquí, supervisándolo todo.

Con la elegancia que la caracteriza, Valentina sale cerrando la puerta, y yo me quedo mirando al hombre que está enfrente de mí y que ahora ya no tengo muy claro quién narices es.

Es alto, moreno de piel y muy guapo. El pelo castaño le cae un poco sobre la frente, despeinado. Anoche no pude fijarme bien en el tono de sus ojos, pero ahora los veo: son color miel, y me están mirando, esperando que diga algo.

—Así que Enzo, ¿no?

—Eso parece, sí.

—Hay algún otro *alter ego* que deba conocer, ¿o solo estáis tú y Gabriel?

—¿Y cómo sabes que Gabriel no es mi segundo nombre?

—Eso no lo sé, pero dudo que seas el responsable del catering. Y, dicho esto, puedes sentarte y empezamos cuanto antes —le suelto algo cortante.

No sé por qué me ha mentido ni qué pretendía con ello, pero en una cosa sí que tenía razón Gabriel: este tío es un gilipollas.

Se acomoda en la silla en absoluto silencio y yo me pongo manos a la obra o, mejor dicho, a las brochas. No era así como pensaba que empezaría el día en mi vuelta al trabajo. Repaso mentalmente nuestros dos encuentros para tratar de entenderlo.

Cogí esa manzana de sus manos, en un acto de impulsividad y nerviosismo, dando por hecho que era el del catering y que quizá la estaba colocando con las demás frutas, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que anoche tampoco supe quién era. Quizá he

dañado su estúpido ego al no reconocerlo y esta es su forma retorcida de vengarse.

Empiezo poniéndole crema hidratante para preparar la piel, que resulta ser muy suave y cálida al tacto. Enzo cierra los ojos en cuanto mis manos lo rozan, como si solo ese contacto calmara algo dentro de él. Sigo aplicándole el corrector y la base mientras voy recordando la escena que hemos compartido momentos antes, y, sin darme cuenta, estoy siendo un tanto brusca con la esponja.

—¿Todo lo haces con tanta suavidad, Daniela? —me pregunta mirándome a los ojos.

—No, esta técnica solo la reservo para tipos como tú, *Gabriel* —le suelto sin pensar mucho en las posibles consecuencias de mi salida de tono.

Mi maldita boca, una vez más, haciendo acto de presencia. Pero me siento tonta, yo rectifiqué en cuanto tuve la oportunidad y él, en cambio, ha preferido seguir con el engaño.

—Ayer no tuviste reparo en pasar tu tiempo con un tipo como yo, Mia. Si estás esperando una disculpa por mi parte por haberte mentido, no la vas a encontrar. Tampoco creo que haya sido para tanto. Una bromita para destensar el ambiente de trabajo.

Resoplo y lo miro, pero no le contesto, no voy a entrar más en sus provocaciones. En definitiva, Enzo Silva es un imbécil. Me esperan unas largas semanas por delante, pero tengo que aguantar, necesito que este proyecto salga bien.

Cuando acabo con los retoques, le coloco un poco el pelo y se lo fijo. Cuando estoy satisfecha con el resultado, me pongo detrás de la silla, frente al espejo, para ver la imagen que se refleja en él.

El trabajo en sí es bastante sencillo, lo que solemos definir como un efecto «buena cara», para que luego en cámara los focos no se

coman todo el color de la piel. Tapar algunas imperfecciones y poco más.

—Ya estás. Si no te importa, antes de que te vistas voy a preparar lo que necesito para los retoques mientras grabamos. En un minuto te dejo solo.

—De acuerdo —agrega muy serio mientras se levanta de la silla.

Cojo una pequeña maleta que tengo para estos casos y voy metiendo lo que creo que voy a necesitar. Hasta que veo con el rabillo del ojo que Enzo está empezando a quitarse la ropa delante de mí. ¿Pretende cambiarse estando yo aquí? Ni de coña.

—¿Qué haces? —le pregunto en un tono bastante altivo.

—Daniela, creo que es evidente, ¿no? —contesta mientras tira la camiseta a la silla en la que antes estaba sentado.

«No mires sus pectorales, no mires sus pectorales...».

Pero claro que miro, no creo que haya nadie sobre la faz de la Tierra que sea capaz de no mirar. Mierda, es que el muy imbécil está muy bueno. Veo que sonríe de lado cuando se da cuenta de que estoy observándolo, y yo intento por todos los medios no ruborizarme.

—¿No puedes esperar a que salga del camerino?

—No —sentencia el muy caradura.

«Pero ¿qué...? Lo que me faltaba ya... Señor, dame paciencia...».

Pongo los ojos en blanco, termino de meter en la maletita lo que me falta y cierro la cremallera.

Abro la puerta del camerino, pero antes de salir me doy la vuelta y me dirijo a él, mirándolo a la cara. Mi corazón empieza a bombear rápido, porque estoy muy cabreada.

—Gabriel tenía razón: eres un gilipollas —y me quedo tan a gusto al decírselo que me da todo igual.

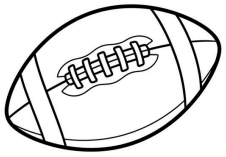
—Créeme, lo sé.

Salgo y cierro. Me apoyo en la pared que hay justo enfrente e intento recuperar la compostura antes de unirme al equipo de grabación.

Nota mental: voy a tener que bajarme alguna aplicación de relajación o *mindfulness* si no quiero que en cualquier momento esto se vaya a la mismísima mierda y termine de hundirme por completo. Porque todo indica que vienen curvas.

10

¡Corten!



Enzo

Sé que mi comportamiento ha estado fuera de lugar. Como también tengo claro que algo en la mirada de Daniela me grita que no debo dejar que se acerque demasiado a mí. Su forma de mirarme y su manera de contestar, aun conteniéndose para no mandarme a tomar por culo, me gustan, me hacen sentir que aún estoy vivo. Hace mucho que nadie me despertaba tanta curiosidad y, a la vez, lograba que todas las alarmas salten dentro de mí, gritándome que no se acerque más de la cuenta porque es peligroso.

Lo más sensato y sencillo habría sido disculparme, admitir que me había salido del tiesto, pero he preferido que siguiera creyendo que soy un gilipollas y luego no se lleve una decepción cuando descubra la verdad.

He empezado a desnudarme delante de ella por pura diversión. Ha sido algo impulsivo —cosa bastante rara en mí—, pero me apetecía llevarla un poco más al límite. He disfrutado viendo cómo su mirada

prendía en llamas a la vez que controlaba sus palabras para no decir lo que estaba pasando por su cabeza, lo cual ratifica lo imbécil que puedo llegar a ser.

Estoy seguro de que, si esto hubiera sucedido en otro contexto, me habría mandado a la mierda y no se habría limitado a llamarme gilipollas. Estoy jugando con fuego, lo tengo claro, pero, por alguna extraña razón, me apetece acercarme a las brasas lo suficiente como para comprobar hasta dónde aguanto sin quemarme.

Salgo ya vestido hacia el plató y siento cómo todas las miradas de los que están presentes se posan en mí, incluida la de Daniela, que me contempla de arriba abajo y pone los ojos en blanco.

Odio ser el centro de atención, odio que la gente espere algo de mí y odio tener que hacer esto, pero allá vamos.

—Vale, Enzo. Tú te sentarás en ese sillón de allí. Vamos a hacer primero unas tomas para comprobar la iluminación y el sonido. Hoy no vas a estar microfoneado porque vamos a grabar con percha. ¿Tienes alguna duda? —me pregunta Mateo, que se ha acercado a mí.

—No —contesto de forma seca mientras dirijo mis pasos hacia el lugar que me ha señalado.

Él se pone detrás de la cámara y empieza a dar indicaciones. No entiendo casi nada de lo que dice, así que me limito a esperar a que me digan qué narices tengo que hacer. No estoy en un ambiente en el que me mueva con destreza y, salvo las fotos que nos hacemos en equipo al principio de la temporada, no tengo experiencia en este ámbito. Muchos de mis compañeros hacen campañas de publicidad para marcas conocidas, pero yo he rechazado muchas de ellas en todos estos años, por no decir todas.

Veo cómo Mateo llama a Daniela y ambos miran el monitor que tiene delante. Él le dice algo y ella asiente con la cabeza y dirige sus

pasos hacia el lugar donde me encuentro.

Me mira clavándome sus ojos y, sin decirme nada, empieza a toquetearme el pelo. Su contacto consigue aliviar ligeramente la tensión que llevo acumulada desde que he puesto un pie en el plató. Pero, en cuanto dejo de sentirlo, de forma automática, mi cuerpo vuelve a notar el peso provocado por las cámaras que sé que me están enfocando, devolviéndome así a mi realidad. Necesito prolongar su presencia a mi lado.

—Oye, ¿no deberíamos tener primero una cita o algo? —comento en un intento por sentirla cerca un rato más.

Ella pone los ojos en blanco y suspira. Se cerciora de que mi aspecto sea el que debe ser.

—En tus sueños. Procura no volver a tocarte el pelo, por favor, Enzo —me pide, remarcando cada sílaba de mi nombre, antes de darse la vuelta y volver sobre sus pasos.

Siguen hablando y retocando las luces unos minutos más y luego Mateo me da la señal de que empezamos a grabar.

Al principio todo va bien, porque las preguntas que me hacen no son nada fuera de lo habitual. Pero todo cambia cuando empiezan con algunas que me cuestan un poco más y que hacen que vuelva a mí una incomodidad que llevo años evitando.

—¿Cómo llegaste a la NFL? —me pregunta Hannah, que será la voz en *off* que sonará haciendo las preguntas.

—Un golpe de suerte, sin más. Sé que cuesta creerlo y que suena a película, pero fue así.

—¿Y cuáles fueron tus primeros pasos? ¿Con quién compartías esos primeros momentos?

Y es ahí cuando todo se tuerce.

En el plató solo estamos Dylan, los de sonido, los de iluminación, Valentina, Mateo, Hannah, Daniela y yo, pero siento como si miles

de ojos estuvieran puestos en mí, esperando mi respuesta. Juzgando al chaval que fui, al que no supo tomar las mejores decisiones.

Me bloqueo y no sé qué contestar. Sopeso repetir el discurso que tengo interiorizado desde entonces, pero sé que es mentira y que si estoy haciendo esto es justo para contar la verdad. Mi cabeza comienza a dar vueltas y me muevo incómodo en el sillón. Todo me aprieta y me empieza a picar el cuerpo. Soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Muevo la pierna derecha a un ritmo frenético, sin sentirme dueño de mi propio cuerpo, mientras los recuerdos me golpean como ráfagas de viento. En el lugar donde empezó todo, yo no estaba solo. Enzo Silva, durante sus primeros años, siempre estuvo acompañado, aunque su presencia se haya borrado con el paso del tiempo.

Me doy cuenta de que todo el equipo me mira aguardando mi respuesta, y siento cómo unos sudores fríos, que conozco muy bien, empiezan a caer por mi frente. Miro a un lado y a otro de la sala, esperando algo que no sé exactamente qué es.

Siento los ojos de Daniela posados en mí. No entiende qué está pasando, y veo que está preocupada. «Pues sí, Mia, este soy yo..., un auténtico desastre, una auténtica farsa».

Dylan y Valentina cruzan miradas, saben que algo va mal. Ambos me conocen muy bien y sé que se imaginan lo que me está pasando. Ella le hace una señal a su hijo que este pilla al instante.

—Cortamos, chicos —dispone Mateo—. Vamos a tomarnos un descanso de quince minutos y luego seguimos.

Al oír sus palabras, algo se calma en mi interior.

—Vamos, Enzo, acompáñame, cielo —me susurra Valentina acercándose a mí mientras me invita a levantarme del sillón.

Asiento con la cabeza y dejo que me guíe, como si fuera otra vez aquel chaval que jugaba a ser adulto, perdido en mitad de la

oscuridad.

Mierda, la he cagado y apenas acabamos de empezar.

Cuando entramos en el camerino, me dejo caer en la silla y Valentina me ofrece un vaso de agua.

—Yo... lo siento. No sé qué me ha pasado, me he bloqueado —me disculpo, porque ignoro qué otra cosa puedo hacer.

—Sabes lo que te ha pasado, Enzo. Tranquilo, ya contaba con que esto no iba a ser fácil. Ya te he dicho antes que no tienes que hablar o contar lo que no quieras. Tú llevas las riendas. No es fácil abrirse en canal enfrente de una cámara para hablar por primera vez de aquello, y mucho menos habiendo gente que no conoces.

—Pero quiero contarlo y acabar con esto de una vez. Sabía que iba a ser difícil, joder, llevo años viviendo una mentira y necesito sacarlo.

—Cuenta la versión que todos conocen, si eso te va a facilitar las cosas, y cuando te sientas preparado, cuenta tu realidad. Nosotros nos ocupamos del resto, cielo. Tú puedes elegir cómo y dónde contarla. A tu manera, a tu ritmo.

—De verdad que lo siento —vuelvo a disculparme, y mis hombros caen por inercia al sentir una vez más el peso de los recuerdos.

—Tómate unos minutos para serenarte. Llamaré a Daniela para que venga a retocarte aquí mismo. Vamos a centrarnos hoy en contestar solo preguntas banales, sin entrar en el pasado ni el futuro. ¿Vale?

—Vale.

Antes de que Valentina me deje solo con mis demonios, la detengo.

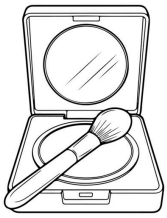
—Gracias.

Ella asiente y sale del camerino cerrando la puerta tras de sí, y yo tomo una gran bocanada de aire para llenar mis pulmones, aunque

como siempre me quedo a medio gas.

11

No te metas donde no te llaman



Daniela

No sé qué narices acaba de pasar, pero, a juzgar por la tensión que se ha originado en el plató, sé que algo no va bien. La mirada de Enzo paralizado era de auténtico terror, sé reconocerla porque he lidiado con ella en mis propias carnes.

En cuanto Valentina se ha dado cuenta, se lo ha llevado de aquí.

No hemos empezado con buen pie, y desde luego no me cae bien, pero tampoco me ha gustado ver su angustia y ese miedo reflejado en sus ojos.

—Daniela, cariño. Cuando puedas, ¿te importaría pasarte por el camerino de Enzo para retocarlo? —me pide Valentina cuando se reúne de nuevo con el resto del equipo.

—Sí, ahora mismo voy.

—¿Todo en orden? ¿Necesita que vaya? —le pregunta un chico rubio que se nos acaba de acercar. Lo he visto antes hablando con

Enzo, pero aún nadie me lo ha presentado y no sé exactamente quién es.

—Sí, no te preocupes. Cosas que pasan. Se ha sentido un poco indispuesto, ya sabes, pero ya está más tranquilo —contesta Valentina restándole importancia a la situación.

«Cosas que pasan» lo dudo, porque no suele ser habitual, y menos en alguien que irradia esa seguridad y ese pasotismo. Pero no voy a ser yo la que se meta donde no la llaman. Sea lo que sea lo que le haya sucedido a Enzo —y está claro que ellos lo saben—, yo no le voy a dar más vueltas. Pienso limitarme a hacer solo el trabajo por el que me pagan.

Me encamino por el pasillo y toco con los nudillos a la puerta del camerino antes de entrar. No sé qué me voy a encontrar cuando cruce el umbral, y hacerlo sin llamar me parece demasiado intrusivo.

—Pasa. —Es la voz de Enzo la que se oye al otro lado.

Cuando entro, él está sentado en la silla, con los hombros caídos y aspecto derrotado. Me mira y no logro descifrar qué es lo que esconden sus ojos, pero algo en mi interior se remueve al verlo de esa forma, porque puedo verme a mí misma hace un año.

—Me ha dicho Valentina que viniera a retocarte —digo usando un tono suave para dirigirme a él.

—Lo sé.

No añade nada más, y yo tampoco. En la habitación se instala un silencio que, por extraño que parezca, no es incómodo para ninguno de nosotros.

Empiezo a hacer mi trabajo y esta vez procuro ser mucho más delicada. Cuando termino y estoy a punto de salir por la puerta, noto cómo su mano me agarra de la muñeca con suavidad y me gira para que quedemos frente a frente.

—Gracias por no preguntar. Y lo siento... Tengo una habilidad innata para ser un auténtico payaso.

—No suelo meterme donde no me llaman ni disfruto metiendo el dedo en las heridas de otros. Y, para que quede claro, anoche no me pareciste ningún payaso, aunque hoy sí, y bastante —confieso siendo lo más sincera que puedo.

El tío que conocí anoche no se parece en nada al que tengo delante hoy. Ese me cayó bien, y empiezo a pensar que es su verdadero yo, que no es tan duro ni tan altivo como quiere mostrarse ante el mundo.

—Gracias otra vez. No suele ser lo habitual una vez que la gente sabe quién soy o me reconoce. No estoy acostumbrado a que no pregunten, a que no quieran saber.

—Bueno, hay gente para todo, pero no todos somos iguales ni estamos cortados por el mismo patrón.

—Desgraciadamente, en mi mundo sí —murmura bajando la mirada.

—Nunca es tarde para cambiar el mundo del que nos rodeamos, Enzo.

—Es fácil decirlo y no tanto llevarlo a cabo, pero créeme si te digo que estoy en ello y por eso estoy aquí. ¿Podemos empezar de nuevo?

—Vale. Ya que vamos a tener que trabajar juntos, prefiero que nos llevemos bien.

—Me llamo Enzo Silva, gilipollas profesional. Encantado. —Me tiende su mano y yo no puedo evitar sonreír.

—Daniela Miller, odio los cosmopolitan y, desde ayer, también a los pelirrojos. Mucho gusto. —Acepto su mano mientras una sonrisa se instala en su cara y por fin su expresión se relaja—. Nos vemos fuera, Enzo.

Salgo por la puerta, pero de pronto choco con alguien que se disponía a entrar.

—¿Así que esta es la rubia de anoche?

—Joder, Dylan, si lo dices así parece otra cosa —le recrimina Enzo al chico en cuestión.

—¿Dylan? ¿Él es el Dylan al que mandaste que apuntaran todas nuestras bebidas? —pregunto una vez que ato cabos. Tiene que serlo, es demasiada casualidad.

Y es que, cuando fuimos a pagar al terminar la noche Mateo y yo, la camarera que nos había atendido nos dijo que estaba todo pagado. Al parecer, no solo le había dicho que apuntara las primeras bebidas que pedí estando con él, sino todo lo que tomáramos durante la noche. Debió de hacerlo cuando se marchó sin que yo me diera cuenta.

—¿Enzo? —preguntamos Dylan y yo a la vez, esperando que nos conteste.

Él nos mira y levanta los hombros.

—Sí y sí —nos dice alternando la mirada entre el rubio y yo—. ¿Y bien? —añade dirigiéndose al que, según he oído decir a alguien del equipo mientras venía para aquí, es su representante.

—¿Y bien, qué?

—¿Que para qué has venido? ¿O solo ha sido para ponerte a escuchar detrás de la puerta como un cotilla?

—He venido a ver cómo estabas, imbécil.

Vale, Dylan me cae bien. Además de hacerse cargo, sin saberlo, de nuestra cuenta del bar, sabe poner en su sitio a Enzo.

—Ya, sí, claro... Era de suponer que algo así iba a pasar, ¿no? —Veo que Enzo titubea al contestarle a su amigo, y siento que sobro.

—Yo os dejo para que podáis hablar —digo, y añado dirigiéndome a Dylan—: Por cierto, gracias por las copas.

—De nada, guapísima. Cuando quieras repetimos —me contesta el rubio con una sonrisa mientras me guiña un ojo.

Me uno al resto del equipo para esperar que Enzo y Dylan vuelvan al plató para seguir con las tomas y continuar con la grabación. Veo entonces que Mateo está solo y me acerco a él.

—Menudo comienzo, ¿no? —le digo al tiempo que suelto un suspiro.

—Bueno, ya sabes que sin drama no hay trama. Pero mi madre está tranquila, como si ya contara con que esto iba a pasar. Así que, hasta que ella pierda los nervios, todo va bien —me aclara mi amigo mientras me pasa un brazo por encima del hombro.

—Tu madre no pierde nunca los nervios. Es la persona más calmada que conozco. Enzo parecía mucho más tranquilo cuando he salido de su camerino, así que no creo que tarde mucho en volver.

—En realidad, a pesar de este contratiempo, vamos dentro del *timing*. Todo bajo control, ya sabes que me gusta ir con margen. Y ¿qué has hecho para que esté más relajado después de tu visita?

—No seas idiota, Mateo. —Me zafo de su brazo con suavidad para tenerlo de frente.

—He hablado un poco con Dylan, y resulta que ayer coincidimos en el local. No me ha costado mucho deducir que Enzo es el desconocido de anoche, con los datos que tú me diste más los que Dylan ha aportado. ¿Cómo narices no sabías que era Enzo Silva? Vale que el tío no tiene redes sociales, pero es la puta estrella de los Redhowls desde hace años, hay cromos con su cara, tía.

—No he visto un partido de la NFL en mi vida. Ya sabes que los deportes no son lo mío. Te recuerdo que hasta esta mañana ni siquiera sabía cómo se llamaba. Si lo hubiera sabido, habría hecho una búsqueda rápida en internet. Además, me dijo que se llamaba Gabriel... Yo qué sé, Mateo.

—Ahora ya lo sabes, Mia... —añade muerto de risa porque está disfrutando mucho con la situación.

—No seas cabronazo, lo de anoche no fue nada.

—Ya... Aunque, mientras estabas contándome la batallita, parecías de lo más emocionada.

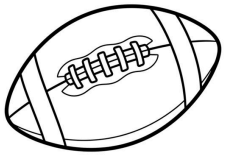
—No empieces... —lo amenazo, porque no me apetece ver hacia dónde va a degenerar la conversación.

—Vale, vale. Ya me callo.

Los dos vamos detrás de las cámaras mientras esperamos para poder retomar el trabajo.

12

No fue culpa tuya



Enzo

—¿Estás bien, tío? —me pregunta Dylan una vez que Daniela se ha ido.

—¿Tú qué crees? Sabía que no iba a ser fácil. —Acerco las manos a mi cara, pero recuerdo que Daniela acaba de retocarme el maquillaje y me detengo—. Mierda.

—Si no te ves capaz, podemos pararlo. Igual tenías razón y no ha sido buena idea. Hacía mucho tiempo que no te veía como te he visto hace unos minutos ahí fuera.

—Llevo años cargando con lo que pasó, y ahora que todo está a punto de acabar, necesito contarlo, joder. Poner punto final a esta historia y a mi puto pasado, que me atormenta cada día.

—Lo que pasó no fue culpa tuya, Enzo. De nadie, en realidad. Éramos unos críos. Tú, yo y...

—Yo no lo siento así —lo corto antes de que pronuncie su nombre —. He sido un cobarde desde aquello, y no quiero seguir siéndolo.

—No creo que haya nadie capaz de lidiar con todo el peso que llevas tú, ni de aguantar toda la mierda que cayó cuando ocurrió. Hiciste lo que era mejor para todo el mundo, incluido él. ¿Te ves preparado para destaparlo todo, caiga quien caiga?

—Sí.

—Pues entonces no hay nada más que añadir.

Unos minutos después vuelvo a estar sentado en el sillón delante de la cámara. Voy a tocarme el pelo, pero recuerdo las palabras de Daniela y no lo hago. Sin saber por qué, la busco con la mirada entre el equipo y por fin sus ojos se encuentran con los míos. Una sensación de calma me invade, justo lo que necesito para lo que estoy a punto de hacer.

—Enzo, ¿quieres que sigamos donde lo hemos dejado, o pasamos a otras preguntas? —me pregunta Mateo.

—Seguimos donde lo hemos dejado.

—Perfecto. ¿TODOS PREPARADOS? Hannah, retomamos en el mismo punto.

—Entendido —le contesta ella.

Veo cómo el piloto de la cámara empieza a parpadear y cambia de color. No tengo ni puta idea de si yo estoy preparado, pero allá voy.

—¿Y cuáles fueron tus primeros pasos? ¿Con quién compartías esos primeros momentos?

Respiro y muevo la cabeza intentando destensarme un poco antes de responder.

—Siempre fuimos tres. Dylan y yo nos criamos juntos, creo que ya éramos amigos antes incluso de llegar a nacer. Más que un amigo, siempre ha sido como un hermano para mí. Pero había alguien más que completaba nuestra ecuación perfecta. Éramos como un tridente. Archie Jones llegó al barrio cuando tenía cinco años, con una sonrisa de oreja a oreja, una cabeza llena de rizos negros y un

balón entre las manos. No recuerdo un solo momento de él en que el balón no lo acompañara. Si hoy en día soy quien soy es gracias a él. Con él empezó todo y, quizá, con él deba terminar.

Me parece increíble haber sido capaz de pronunciar su nombre en voz alta. Veo la sorpresa de los presentes, de algunos porque no tienen ni idea de quién narices es Archie y de otros porque volver a oír su nombre nos duele demasiado. Su nombre, como lo que pasó, se ha difuminado con el paso del tiempo. Se ha emborronado hasta quedar en un recuerdo doloroso para los que lo queríamos. Y una mancha en la conciencia de los que se aprovecharon de su inexperiencia y de sus ganas de comerse el mundo.

—Siempre has sido muy hermético en cuanto a tu vida privada, ¿cómo ha influido eso en tu carácter y en tu forma de ver el mundo?

—No siempre fue así. Recuerdo que, cuando firmé mi primer contrato, montaron una fiesta en mi honor. Una fiesta de la que ojalá pudiera recordar algo, pero pasar de vivir de manera humilde a tenerlo absolutamente todo hace que no siempre tomes las mejores decisiones y te dejes llevar por personas que *a priori* pueden parecer buenas para ti, pero que no lo son en absoluto. Cuando fui consciente del pozo en el que me había metido, ya era demasiado tarde. Así que decidí cortar con todo, parar en seco, pasar de cien a cero y centrarme solo en lo profesional. Dicen que a base de golpes se aprende, podría decir que yo tuve que aprenderlo de la peor manera.

—Sorprende que nos digas esto cuando tu imagen siempre ha rozado la perfección.

—Sí, entiendo lo que puede parecer visto desde fuera, sobre todo cuando hay un equipo detrás que se encarga de borrar tus huellas y las suyas propias. Quizá en apariencia pueda parecer perfecto, «el

chico bueno de la NFL», pero por dentro hay muchas sombras que se esconden.

—¿Es ese uno de los motivos por los que has accedido a hacer este documental?

—Efectivamente. Después de tantos años de silencio, creo que ya va siendo hora de que todo el mundo se entere de la verdad. Compartir la oscuridad de mis inicios y mostrar que la fama no es tan bonita como la pintan. Las estrellas no brillamos tanto, si lo hacemos es porque nos pulen para ello. Ha llegado el momento de que el mundo sepa la verdad. El verdadero motivo por el cual vivo escondido tras los focos.

—CORTEN —se oye la voz de Mateo, que da por finalizada la grabación.

Por primera vez en años siento que estoy haciendo algo bien. Quiero levantarme, pero temo que las piernas vayan a fallarme. Es irónico que un tío como yo, que mide más de un metro noventa, pueda sentirse tan efímero y débil.

Aunque no haya entrado mucho en detalles, acabo de compartir una parte importante de mi pasado, una muy vulnerable, con auténticos desconocidos, y no sé cómo cojones debo actuar ahora.

La primera en acercarse es Valentina, no podía ser otra. Para ella, nada de lo que he contado es nuevo, por eso mismo sabe cómo debo de estar sintiéndome ahora.

—Lo has hecho muy bien, Enzo. Para ser el primer día, ha estado más que bien. Pensaba que tardarías más en abrirte, y debo decir que no creía posible que dijeras tan pronto su nombre en voz alta.

—Gracias. Yo tampoco sabía que iba a ser capaz de hacerlo. —No lo fui ni en los años que acudí a terapia ni en cada visita a casa de su madre, porque no volví a sentirme merecedor de volver a llamarlo por su nombre.

—Buen trabajo, Enzo. Tómate todo el tiempo que necesites, nosotros vamos a ir recogiendo algunas de las cosas y preparando otras para la jornada de mañana.

—De acuerdo.

—Archie estará orgulloso de ti.

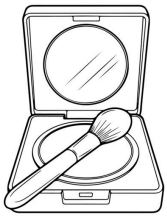
—Lo dudo —susurro cuando veo que Valentina está lo suficientemente lejos para poder oírme.

Fue en una de esas fiestas donde todo empezó a truncarse para él. Mientras seguíamos celebrando que yo estaba dentro de la NFL, él firmó, sin saberlo, el principio de su fin, y eso será algo con lo que tendré que cargar el resto de mi vida.

Cuando por fin consigo reunir fuerzas para moverme, busco a mi mejor amigo con la mirada, porque sé que para él recordarlo todo va a ser duro también. Pero su media sonrisa y el sencillo gesto que me dirige inclinando la cabeza me indican que se siente orgulloso de lo que estoy haciendo y que estamos en el mismo barco, con la diferencia de que esta vez ambos agarramos el timón en la misma dirección y con la misma fuerza. Puede que a Archie le deba todo lo que he conseguido, pero a Dylan le debo el estar aún aquí, el ser. No me dejó caer, no me ha soltado desde entonces y, si por alguien tuviese que poner la mano en el fuego, sería por él, sin miedo a quemarme.

13

Toallas demasiado pequeñas



Daniela

Cuando terminamos de recogerlo todo, Mateo ha decidido ir a tomar algo con el resto del equipo, pero yo he preferido volver al hotel. He cogido un Uber que me ha dejado en la misma puerta.

La jornada ha sido intensa. Las confesiones de Enzo me han pillado con la guardia baja. Me imaginaba que lo suyo era solo fachada, sobre todo después de la breve conversación que compartimos en su camerino, pero saber que lleva cargando con algo tantos años me ha cogido por sorpresa.

Tengo la curiosidad de buscar quién es ese tal Archie al que se ha referido, pero me ha parecido mala idea al segundo de pensarlo. Es su historia y tiene derecho a contarla él. Nadie mejor que yo sabe lo que duele que te juzguen por las apariencias sin llegar a saber la verdad, y soy consciente de que nada de lo que pueda encontrar en internet va a acercarme a la realidad.

No hemos vuelto a hablar cuando hemos terminado de rodar. He visto en su cara esa necesidad de estar solo. Estaba sobrepasado y vulnerable, y he querido respetar su espacio. Su carga emocional podía sentirse con cada palabra. No debe de haber sido nada fácil para él, y lo peor es que creo que esto es solo la punta del iceberg.

Además, tampoco es que seamos amigos, hemos hecho algo así como las paces por el ambiente en el trabajo y porque nos quedan muchos días por delante en los que pasaremos tiempo juntos.

Estoy tan cansada que cuando he llegado al hotel lo primero que he hecho ha sido dejarlo todo tirado encima de la cama, desnudarme y meterme en la ducha. Era lo único que me pedía el cuerpo. Cuando el agua se lleva gran parte de la pesadez que siento, salgo, me pongo el pijama y me meto en la cama, hoy ni *skincare* ni nada, mañana será otro día.



No sé a qué hora llegó Mateo anoche, pero, a juzgar por las ojeras, mi querido amigo, o lo que queda de él, no debe de haber dormido mucho. Me mira con carita de niño bueno desde el umbral de mi habitación.

—Dime que puedes hacer algo con esta cara, por favor —me pide en tono suplicante.

—Pasa, anda, no sabía que estaban haciendo audiciones para un *remake* de *The Walking Dead*. Joder, tío, vaya pintas llevas —le vacilo entre risitas—. ¿Os liasteis mucho?

Entra mientras yo busco en mi neceser de maquillaje el corrector tono salmón de Kryolan. No hay nada en el mundo que este

corrector no pueda disimular.

—Menos risas, guapita, o empiezo a desempolvar las fotos de tu último año en la indigencia personal. Como mi madre me vea así, me corta los huevos.

—Si eres capaz de hacer semejante guarrada, me chivo a Valentina. Esas fotos debían ser destruidas.

Hay tal nivel de confianza en nuestra relación que más de una vez nos han confundido con hermanos. Hemos reído mucho juntos durante todos los años que llevamos siendo amigos, pero también hemos llorado lo que no está escrito. Dicen que los verdaderos amigos se descubren en los malos momentos, y no recuerdo ninguno en el que él no estuviera acompañándome.

—Mimimimi... Ponme a prueba, Danielita —se burla.

—¿Con quién has estado hasta estas horas? —le pregunto cogiéndolo del mentón para empezar a aplicarle el corrector—. Mira hacia arriba.

—Con nadie. Los del equipo se tomaron una y se fueron —suelta como si tal cosa, pero sé que me está mintiendo.

—Mateo, ni de coña esperarás que me crea que has estado solo hasta las seis de la mañana, ¿no? —Empiezo a difuminar el corrector dando golpecitos con la esponja—. Cierra los ojos.

—Pues, te lo creas o no, así ha sido.

—Vale, pues cuando quieras me lo cuentas. Voy a por los polvos y la borla, que deben de estar en el baño, para que mi obra de arte no se mueva y no se descubra que en realidad eres un puto oso panda.

Me dirijo al baño a buscarlos. Sé que Mateo me está mintiendo, lo que no sé es el motivo... ¿Por qué no quiere contarme con quién ha estado toda la noche?

—Mira hacia arriba —vuelvo a indicarle mientras matizo la zona de su ojera.

—¿Te has enfadado?

—No —miento, porque claramente sí lo estoy.

—Sí.

—Según tu versión de los hechos, no tendría por qué estar enfadada si no me estás ocultando nada, ¿no? —lo reto mirándolo enfurruñada.

—Bueno, vale, igual no puedo decirte con quién he estado porque esa persona digamos que...

—Pensaba que la época de los *heterocuriosos* y sus consecuencias ya la habías superado —lo corto, porque ya sé lo que viene a continuación.

—No es eso, joder, Dani. Esto... esto es más peliagudo.

No es la primera vez que mi amigo se ve envuelto en una «no relación» con algún chico que lo usa por curiosidad y, aunque parezca que Mateo esté por encima del bien y del mal y que ese tipo de cosas no le afectan, sé que no es así. Pensar que pueda estar pasando por lo mismo ahora no me hace ninguna gracia. Lo último que quiero es que lo hagan sufrir.

—Vale, ya estás. Vuelves a parecer una persona que ha dormido como un tronco. —Miro mi móvil para comprobar la hora—. Ahora deberíamos irnos si no queremos llegar tarde.

—El coche está esperando abajo.

—OK —añado secamente mientras termino de coger las cosas que voy a necesitar para este segundo día de rodaje.



Cuando llegamos al plató, está prácticamente todo montado ya. El fondo negro ha sido sustituido por una pantalla verde porque hoy van a repasar con Enzo sus mejores partidos. Irán narrándolos y luego, en postproducción, añadirán las imágenes. En teoría, hoy debería ser todo más relajado, más fácil.

Llego, saludo a todo el mundo y voy directa al camerino de Enzo para empezar cuanto antes. La puerta está cerrada, así que llamo antes de entrar por si él está ya dentro, pero como nadie me responde al otro lado, abro directamente pensando encontrar el lugar vacío.

—Joder, mierda. ¿No me has oído llamar o qué? —le pregunto al comprobar mi error.

Enzo está dentro, concretamente, saliendo de la ducha con tan solo una toalla blanca demasiado pequeña para tapar su cuerpo. O sus partes, más bien. Y, para más inri, esta resalta mucho más su piel bronceada, mientras pequeñas gotas resbalan por su torso. Me quedo con la mirada fija en una de ellas, una que baja por su pelo húmedo, pasa por su cuello y se va deslizando despacio por su pecho y sus abdominales hasta desaparecer bajo la tela de la toalla.

«JO-DER».

—Perdona, no te he oído llamar —me aclara más ancho que largo.

Y una mierda que no, me he asegurado de tocar varias veces y muy fuerte.

—¿No tienes ducha en tu casa? —le pregunto un poco borde, soltando el último pensamiento que se ha quedado en mi cabeza.

—Sí, claro que tengo, una bien grande en la que caben perfectamente dos personas. ¿Quieres que te invite un día? —me propone con descaro, acompañando la proposición con un gesto de lo más sugerente.

—No, gracias. Estoy muy contenta con la ducha para una sola persona de mi hotel. Lo que no entiendo es por qué tú no usas esa ducha tan grande que tienes en tu casa.

—He ido a entrenar y he venido directo, y quería estar limpio, no sabía que tenía que darle explicaciones de lo que hago a la chica de maquillaje. La próxima vez, llama más fuerte, Mia.

¿«Mia»? Conque esas tenemos, ¿eh?

—La próxima vez entraré directamente sin llamar, *Gabriel*.

Suelta una carcajada que llena todo el camerino. Debo de parecerle la mar de graciosa, oye.

—¿Volvemos a llamarnos por nuestros nombres en clave? —me pregunta avanzando un poco hacia donde estoy.

—No sé, dímelo tú, que eres el que ha empezado. Voy a dejar la maleta aquí y me marcho para que puedas vestirte —le digo escabulléndome por un lateral mientras me acerco a la mesa tapándome los ojos con la mano que me queda libre.

—Por mí puedes quedarte, no tengo ningún problema.

No, a la vista está que no tiene ningún problema. Si yo tuviera su cuerpo, tampoco lo tendría, la verdad.

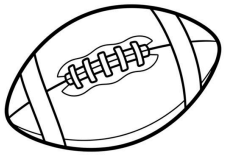
—Pero yo sí, idiota.

Y salgo de allí roja como un tomate. El humor de este tío cambia como por arte de magia. Empezamos bien el día, vaya que sí.

¿Y ahora cómo narices voy a concentrarme en ser profesional y sacar las imágenes que mi retina acaba de grabar en mi memoria? ¿Quiero borrarlas?... Igual no.

14

La puta lluvia



Enzo

Joder, hacerla sonrojar se ha convertido en mi nuevo hobby. No sé qué me pasa con esa chica, no le encuentro una explicación, porque yo no suelo comportarme de esa forma ni mucho menos suelo pasearme mostrando mi cuerpo por ahí. Soy, sin duda, el más pudoroso de todo el equipo. En los vestuarios, mis compañeros suelen tener la polla más fuera que dentro de la ropa.

Por supuesto que la he oído llamar a la puerta. Había dos opciones: que fuera Dylan o que fuera ella. Y, dado que mi amigo y representante no ha dado señales de vida y que no suele llamar para entrar en ningún sitio, solo podía tratarse de Daniela.

¿Podría haberle dicho que esperara un segundo y yo ponerme algo encima? Sí, pero si hubiera hecho eso, ¿dónde estaría la gracia?

Tontear un poco con ella me ha parecido una manera genial de cambiar el rumbo de mi día, ya que he ido a entrenar esta mañana y, bueno, las cosas no han salido como yo pensaba. A mitad del

recorrido todo se ha torcido. Me he puesto de muy mala hostia, se me ha hecho tarde y me he sorprendido descubriendo que mi humor ha cambiado drásticamente cuando he pensado que la persona que estaba llamando a mi puerta era ella; lo demás ha venido solo.

He pasado de ser un imbécil de manual a comportarme como un puto adolescente. «Genial, Enzo, vas mejorando, campeón».

Cuando estoy vestido, no con la ropa del rodaje, sino con la que siempre llevo de repuesto en el coche, decido hacer un poco más el capullo y le envío un mensaje a Mateo para que venga «la de maquillaje». Me muero de ganas de verla entrar de nuevo por la puerta con los ojos inyectados en ira.

Oigo unos pasos firmes acercándose a mi camerino. Hago mentalmente una cuenta atrás.

Tres, dos, uno...

Y...

La puerta se abre de golpe anunciando su llegada y yo sonrío de forma pícara.

—¿Cómo que «la de maquillaje»? Tengo nombre, lo sabes perfectamente, y no era necesario que le escribieras a Mateo para que viniera. Estás... —resopla con fuerza antes de seguir con la retahíla, está cabreada de cojones— estás como a cinco pasos de distancia, podrías haber ido tú. No habría hecho falta ni que te molestaras en pronunciar una sola palabra. Tan solo con asomar tu cabezota, habría venido.

—Vale, tienes razón.

—Ah, ¿sí? —pregunta sorprendida, y sus hombros se relajan.

Creo que esperaba que yo siguiera pinchándola un poco más.

—Tienes nombre y lo sé, perdóname, *Mia*. —Su cara se ha ido transformando de la sorpresa al cabreo a medida que las palabras han ido saliendo por mi boca y su cerebro las ha asimilado.

—Te has levantado muy gracioso esta mañana por lo que veo, ¿no?

—La verdad es que estaba teniendo un día de mierda —le confieso.

—Pues no lo parece, en absoluto.

—Eso es porque ha cambiado en cuanto has aparecido tú por la puerta.

Pero ¿qué cojones estoy diciendo? Para el carro, Enzo, que esto se te está empezando a ir de las manos.

—Claro, porque has decidido que yo sea la diana de todas tus ocurrencias, ¿no? Pues búscate a otra de la que reírte, guapo. —No puede estar más equivocada y acertada a la vez.

—Vale, vale. Lo pillo, ya paro. Perdona —me disculpo, porque uno es gilipollas pero no me apetece seguir tentando a mi suerte.

—Siéntate para que podamos empezar —me ordena dirigiendo su mirada a la silla de mi camerino.

—¿Te parezco guapo? —«Solo un poquito más y ya paro, lo prometo».

—Me pareces idiota. SIÉN-TA-TE, por favor —dice marcando cada una de las sílabas.

Tengo que reprimir una carcajada. Esto está siendo de lo más entretenido.

—A sus órdenes —respondo cuadrándome como si estuviera en una academia militar.

Va a hablar, pero se abstiene. Lo que no logra esconder es su mirada de advertencia. Me siento e intento mantenerme serio.

Es curioso cómo cuando se trata de ella me cuesta mantenerme en un plano distante, algo que con el resto de las personas hago sin apenas esfuerzo desde hace tantos años.

La observo mientras va sacando todo el material de la maleta y lo coloca minuciosamente encima de la mesa.

Cuando lo tiene todo listo, se pone manos a la obra.

—Voy a tener que secarte el pelo primero.

—¿También eres peluquera? —pregunto mientras ella enchufa un pequeño secador que tiene una forma un tanto extraña. Es como un palo largo con una boquilla con un agujero en medio.

—Pues no, pero a veces toca hacerlo. Y, como te ha parecido una buena idea ducharte antes de grabar, no me queda más remedio. No podría cortarte el pelo y que quedara bien, pero tengo nociones básicas de peinado, lo justo para que luzca en condiciones. Tu pelo es bastante agradecido, a poco que le haga quedará perfecto.

—Ah..., ya.

Cuando termina con el secador, siento sus manos sobre mi cara. Me está poniendo una especie de crema con una textura un poco rara pero que huele muy bien, como dulce. La extiende con delicadeza y yo cierro los ojos cuando sus manos me masajean suavemente.

—Vamos, que esto te interesa lo mismo que el apareamiento del mejillón. —Coge una pequeña brocha de las muchas que tiene—. Abre los ojos y mira hacia arriba.

Hago lo que me pide.

—¿Quieres hablar de apareamientos? —pregunto con sorna, y ella vuelve a fulminarme con la mirada—. Supongo que si yo te empiezo a hablar de lo que hacemos en los entrenamientos te aburrirías también.

—No sé qué te hace pensar eso.

La tengo tan cerca que podría tocarla con tan solo un movimiento de la mano. Lleva una chaqueta de color gris, remangada, y unas pulseras de colores que tintinean cada vez que mueve las manos.

—Me hago una ligera idea de lo que te interesa la NFL cuando no tenías ni puta idea de quién cojones era yo —añado.

—Oh. —Hace un puchero y luego se ríe—. ¿Acaso herí tu ego al ignorar quién era el gran Enzo Silva? —me pregunta mientras sigue aplicándome otra cosa por toda la cara, una crema más líquida que la primera que me ha puesto, pero que es del mismo color que mi piel.

—Te equivocas. —Conecto mi mirada con la suya a través del espejo—. Conseguiste otro efecto en mí.

—¿Cuál?

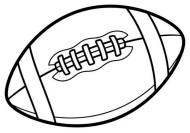
—Me hiciste sentir más vivo que nunca, Mia.

Cuando pronuncio esas palabras, rompe el contacto visual volviendo la cabeza hacia la pequeña esponja que tiene entre las manos.

—Bueno, esto ya está. Voy... voy a ponerte el fijador —dice titubeando un poco. Me atrevería a asegurar que está algo nerviosa después de mi última confesión.

¿Herir mi ego? Empiezo a pensar que lo que puede terminar herido no va a ser eso precisamente.

Cuando termina sale de la habitación y yo me quedo sopesando cómo reaccionará cuando se entere de la verdad. ¿Pensará que soy un monstruo? ¿Un cobarde? Una presión familiar se instala en mi pecho.



Después de estar grabando un rato, parece que todo está fluyendo bastante bien en el plató. Las tomas de hoy están siendo mucho

más fáciles que las de ayer, me siento muy cómodo recordando las jugadas y los partidos más memorables de mi carrera. Nada demasiado personal, anécdotas y buen rollo. Lo tengo tan interiorizado que podría estar horas hablando de esto sin tener que ponerle demasiada atención.

Paramos para comer y Valentina aprovecha para preguntarme qué tal me encuentro hoy. En ese momento llega Dylan, tarde y en un estado... Resumiré diciendo que se nota que ha dormido muy poco.

—Dichosos los ojos... ¿Se te han pegado las sábanas o has olvidado que hoy tenías que trabajar? —Me acerco a él, ya que se ha quedado en una esquina del plató.

Nos saludamos chocando los puños.

—Ni una cosa ni la otra. He estado en la oficina, algunos tenemos un trabajo de los de verdad y no nos dedicamos solo a hacer el gilipollas corriendo por un campo con un balón.

—Pues tu cara dice otra cosa, hermano —lo pincho un poco más.

—Mi cara puede decir misa. No sabía que necesitabas una niñera veinticuatro siete que te vigilara.

Pero ¿qué mosca le ha picado a este?

—Frena un poco, tío, vaya humor te gastas hoy.

Veo que, desde que Dylan ha hecho acto de presencia, Daniela no le quita ojo. Lo está mirando sin perder uno solo de sus movimientos. ¿Qué sucede aquí?

—No siempre vas a ser tú el que tenga malas pulgas, los demás a veces también podemos tener un día de mierda.

—Vale, vale. —Levanto las manos en señal de rendición.

No insisto más, porque está claro que hoy mi amigo tiene la mecha corta. Y cuando se pone así es mejor dejarle su espacio.



Cuando retomamos, grabamos alguna toma más y Mateo da la voz de que hemos acabado. Dylan se ha marchado hace rato sin dar muchas más explicaciones; ya hablaré con él. Ha estado raro de cojones, y para que yo diga eso, es que la situación ha sido muy extraña. Valentina también se ha ido antes de que acabáramos porque tenía que coger un avión a Los Ángeles para atender unos asuntos. Volverá dentro de una semana, pero, conociéndola, sé que, aunque no esté físicamente, su ausencia no se va a notar, porque estará llamando para saber qué tal va todo.

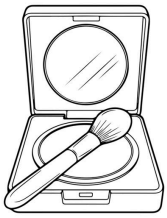
Hoy parece que todo el mundo tiene prisa por irse, y sin darme cuenta me he quedado prácticamente solo. Ya solo estamos Mateo, Daniela y yo.

Voy al camerino, me cambio y recojo mis cosas. Luego me despido de ellos con un escueto adiós, pero no sé si me oyen, porque están hablando en la otra punta del local.

La calle me recibe con unas nubes negras y una puta lluvia que hace que salga corriendo para meterme cuanto antes en mi coche.

15

La puta lluvia 2.0



Daniela

Termino de recoger mis cosas y voy a hablar con Mateo. No me ha pasado por alto que Dylan estaba muy raro. Por no hablar de las ojeras que tenía, que me han recordado bastante a las que lucía mi amigo esta mañana. Puede ser casualidad, pero mi instinto no suele fallarme, y esos dos esconden algo. Sin embargo, voy a esperar que sea Mateo quien decida cuándo y cómo va a contarme lo que sea que haya pasado.

Enzo debe de haberse marchado también, porque no lo veo por ninguna parte.

—Dani, ¿te importaría pillarte un Uber y volver tú al hotel? Yo tengo que irme ya, debo hacer algunas cosillas —me pide mi amigo cuando nos vamos acercando a la salida.

—Claro, no hay problema. ¿Todo bien?

—Sí, rubia. Todo sobre ruedas.

—Si tú lo dices... —susurro para mí mientras veo cómo se aleja en otra dirección con el móvil en la oreja.

Está lloviendo a mares. Puta lluvia. Los días así me gustan cuando estoy en mi casa con una bebida calentita o una copa de vino blanco y veo una película o leo un buen libro; pero esperar en la calle mientras me refugio debajo de un minitoldo no es mi plan ideal para una tarde como la de hoy.

Saco el móvil para buscar la aplicación del Uber, cuando me doy cuenta de que me he quedado sin batería.

«Mierda, lo que me faltaba». Ya no queda nadie en el estudio y, aunque el hotel no está muy lejos, me voy a empapar entera hasta llegar allí.

Oigo unos neumáticos que frenan cerca de donde estoy y el ruido de un motor. Por inercia, levanto la vista y veo un Aston Martin Vantage de color azul parado frente a mí.

La ventanilla del conductor se baja y veo una cabeza de color castaño que me es familiar y una sonrisa de medio lado que, aunque no quiera reconocerlo, hace que burbujee algo en mi interior.

—Sube, que te acerco, Mia.

¿En serio? Dudo y sopeso mis opciones. Puedo montarme en su coche y dejar que me acerque hasta el hotel o ir andando bajo la lluvia cargada como una desgraciada. Me trago mi orgullo y asiento con la cabeza. Enzo se baja rápido para ayudarme a subir la maleta de maquillaje al maletero, que es ridículamente pequeño, pero un poco más grande de lo habitual en los coches deportivos.

—Gracias —le digo una vez estoy dentro del vehículo—. Para querer pasar desapercibido, no tienes un coche muy normalito, ¿no?

—Lo que tengo es buen gusto. Otros en mi misma situación prefieren un Lamborghini o, peor aún, un puto Hummer. No te metas con McFly, que es muy sensible.

—¿Le has puesto nombre a tu coche? —Lo miro boquiabierta.

—Pues claro, es mi compañero fiel. Esta cosita nunca me dejará tirado, y además vuela. Deberías mostrarnos más respeto, ya que te vamos a librar de mojarte entera —agrega mientras acaricia el salpicadero del coche.

—Estás fatal... —murmuro, pero a la vez no puedo evitar fijarme en cómo sus manos tocan con suavidad la superficie, y mi piel se eriza.

¿Qué narices me pasa?

Mi mente viaja sola al momento raro que hemos compartido en el camerino. «Me hiciste sentir más vivo que nunca», esa frase se ha repetido en mi cabeza durante todo el día de hoy. Los dos nos hemos puesto un poco intensos en ese momento y no he entendido muy bien por qué. Pero, por más que lo intento, no puedo evitar sentirme... No sé muy bien cómo me siento, pero siento algo, es lo único que tengo claro.

—Ya es la segunda vez —manifiesta, pero no entiendo muy bien a qué se refiere.

—¿Cómo dices?

—Digo que, desde que te conozco, ya es la segunda vez que tu querido amigo Mateo te deja sola y tengo que venir yo al rescate, Daniela.

—Como bien dices, Mateo es mi amigo, no mi guardaespaldas. No vamos pegados todo el día en plan siameses. Cada uno hace su vida.

—Pero te ha dejado sola en las afueras de una ciudad que no conoces, diluviando y, por si fuera poco, cargada hasta arriba.

—Te repito que no es mi guardaespaldas. ¿Qué te pasa?, ¿es que estás celoso o algo así? Porque pareces muy obcecado en hablar mal de mi amigo.

—¡Esa sí que es buena! —exclama—. Primero me acusas de haberme ofendido porque no supiste quién era cuando nos conocimos, y ahora me preguntas si estoy celoso de tu amigo, al que sé que no le interesan lo más mínimo tus atributos femeninos...

—No me refería a ese tipo de celos, no seas ridículo. ¿Y a ti sí te interesan?

—¿El qué?

—Mis atributos femeninos.

Enzo se queda un rato observándome con su mirada color miel, pero niega con la cabeza y evita responderme.

—¿Adónde llevamos a la señorita? —pregunta cambiando de tema.

—¿Puedes dejar de incluir a tu coche en la conversación como si fuera una persona?

—No, y contéstame o te llevaré a mi casa para que pruebes mi famosa ducha para dos personas y descubras lo que me interesa y lo que no.

Sus palabras se me clavan muy dentro y hasta el fondo, y siento un cosquilleo bajando por todo mi cuerpo.

—¿En esa ducha entra tu coche también?

—No, pero se me ocurren otras cosas que poder hacer en él.

—¿Mancillarías el honor de McFly? —pregunto exagerando mi tono de voz mientras me llevo una mano a la boca.

—No, no es su honor el que mancillaría precisamente...

Siento cómo el rubor sube por mis mejillas; con este hombre en mi vida, me ahorraría una pasta en colorete.

Pero ¿qué narices hago siquiera pensando en eso?

Creo que prefiero al Enzo gilipollas del primer día que a este ser vacilón. Al otro por lo menos era más fácil dejarlo en jaque y este, en cambio, me deja en mate a mí.

—Al Hampton Inn, por favor.

—Oh, vaya, qué fácil ha sido.

—¿El qué?

—Hacer que te sonrojes esta vez, Daniela. —Y, para más inri, me guiña un ojo mientras pone en marcha el motor del coche, que suelta un rugido, y nos incorporamos al tráfico de la ciudad.

Entre lo mucho que está lloviendo y la hora que es, nos movemos bastante lentos. Todo indica que vamos a pasar más rato del que pensaba encerrados en este habitáculo.

—¿Te importaría poner algo de música? —le pido. Necesito un poco de distracción para dejar de pensar en Enzo y en la forma en que coge el volante.

La habría puesto yo, pero este coche tiene tantos botones que tengo miedo de tocar uno y salir despedida por los aires como si del mismísimo Batmóvil se tratara.

—¿No te gustan los silencios, Daniela?

—No, no especialmente.

No le doy más explicaciones, pero de haber sido así le podría haber dicho que este último año lo he pasado sumida en la tristeza. Que los únicos compañeros que he tenido han sido mis propios pensamientos y que, no, no son los silencios los que no me gustan, sino lo que estos suelen traer a mi mente en consecuencia.

Aprieta un botón del volante y, para mi asombro, el punteo de una guitarra que reconocería en cualquier parte resuena por todo el coche. En cuanto Enzo se da cuenta, pasa la canción con un rápido movimiento del dedo. ¿Se ha puesto nervioso? Sonrío sin poder remediarlo.

Empieza a sonar «Sweet Child O’ Mine» de Guns N’ Roses. Este género musical me pega mucho más con él, con sus *vibes*, que la canción anterior que ha sonado.

—¿Siempre has querido dedicarte profesionalmente al maquillaje? —Su pregunta me coge un poco por sorpresa, pero le contesto de buen ánimo.

—Sí, desde pequeña ha sido un mundo que me ha llamado la atención. Mezclar colores, estudiar la morfología de una persona, resaltar de la manera correcta la belleza en un rostro para que las facciones creen esa armonía perfecta. Podía pasarme horas pintándome en el tocador de mi madre. Para mí siempre ha sido como crear una obra de arte, jugar con las luces, con las sombras, con los tonos fríos y cálidos. La cara de las personas es para mí como un lienzo en blanco. Al final decidí dar el paso y mudarme a Los Ángeles para tratar de hacerme un hueco en el sector. En el pueblo de donde soy habría sido imposible llegar a nada. No fue fácil, pero poco a poco lo fui consiguiendo.

«Hasta que un gilipollas se cruzó en mi camino y mi mala leche y las maravillosas redes sociales hicieron el resto», pienso.

—¿Y tus padres cómo se lo tomaron? —Con su pregunta, me doy cuenta de que llevo desde que llegué a San Francisco sin hablar con mi padre.

—Siempre me han apoyado en todo lo que he querido hacer. Ser hija única tiene sus ventajas, supongo —respondo levantando los hombros.

En algún momento de mi infancia quizá sí que eché en falta tener a alguien con quien jugar, pero lo bueno es que no tuve que compartir con nadie más el tiempo de mis padres.

—¿Y cómo llevan eso de la distancia?

—Bueno, la que peor lo llevó fue mi madre.

Cuando me marché solo le faltó obligarme a llevar un GPS incorporado con una microcámara para saber dónde y cómo estaba

exactamente. Le daba mucho miedo que me pudiera pasar algo en una ciudad tan grande.

—Seguro que está muy orgullosa de ti.

—Lo estaba, sí.

—¿«Estaba»? ¿En pasado? —me pregunta extrañado por mi respuesta.

—Murió de cáncer hace unos años.

—Joder, lo siento. No pretendía...

—No, no pasa nada. Se marchó demasiado pronto, sí, pero la sigo teniendo presente en mi día a día. Mi padre y yo hablamos mucho de ella, mantenemos su recuerdo vivo. Una vez leí en un libro que quizá se trate de eso cuando pierdes a alguien, que quizá tan solo dejes de visualizarlo físicamente para empezar a verlo en todo lo demás. Puedes verlo en los colores de un atardecer, en las pequeñas gotas que trae el mar con su brisa y te salpican la cara, en las conversaciones que mantienes con la gente que lo quería, y después dejas que el recuerdo se encargue del resto.

—Vaya...

Enzo fija la mirada en la carretera y dejamos que la música que suena por los altavoces nos abrace. Él no vuelve a decir nada más y yo tampoco.

La voz femenina del GPS indica que ya hemos llegado al hotel. Fuera sigue lloviendo a mares.

Mi compañero de trayecto apaga el motor y nos bajamos del coche. Abre el maletero para sacar mi maleta, y nuestros dedos se rozan cuando intercambiamos el asa de esta. Un hormigueo me recorre la mano y se pierde en cuanto su contacto desaparece, dejando solo el frío y rugoso tacto del mango entre mis dedos.

—Gracias por traerme..., a ti y a McFly.

—Ha sido un placer, Daniela.

—Buenas noches, Gabriel —me despido sonriendo.

—Buenas noches, Mia.

De vuelta en mi habitación, lo primero que hago es poner a cargar el móvil para llamar a mi padre, que responde al segundo tono.

—Hola, princesa. ¿Qué tal todo por allí?

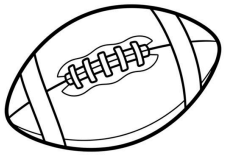
—Hola, papá. Muy bien, ¿y tú?



Me meto en la cama sintiéndome un poco triste después de la conversación con mi padre. Es el mejor hombre del mundo y siempre ha estado cuando lo he necesitado. A veces la distancia me pesa, y más pensando que él está solo, pero sabe que lo que hago me hace feliz y, aunque el último año ha sido duro para ambos, saber que tengo otra oportunidad para seguir cumpliendo mi sueño lo llena de orgullo y esperanza.

16

El tridente



Enzo

Cuando la he visto debajo de la lluvia he tenido que parar el coche. Lo que me ha desarmado por completo ha sido olvidar la canción que iba a sonar cuando pusiera la música. Llevo días con esos acordes metidos en la cabeza y en modo *repeat* en mi lista de reproducción. Me es imposible evitar recordarla en cuanto suenan los punteos de la guitarra de Carlos Santana. No es la música que suelo escuchar, y ella lo ha sabido, lo he visto en su cara, y seguro que mi reacción ha terminado por confirmárselo. Con ella, estoy retrocediendo en el tiempo como Benjamin Button, y estoy entrando en mi era adolescente de ir cagada tras cagada dejándome llevar por mis hormonas.

Llego a casa y meto a McFly en el garaje. No tengo hambre, pero me obligo a comer algo para poder tomarme las pastillas. Llevo todo el día aguantando el dolor y no lo soporto más. Es posible que, si

empezara a tomarlas en cuanto la molestia aparece, y no cuando ya he cruzado el límite, fuera todo más llevadero.

Voy a la cocina, cojo un vaso del armario y lo lleno de agua, abro el bote con su inconfundible color naranja que está en la encimera de granito negro y me echo dos píldoras en la mano. Me las meto en la boca y las trago ayudándome del líquido frío que cae directo a mi garganta, y es entonces cuando lo veo.

El marco de fotos.

Está tumbado en el mueble de madera oscura del salón. Debe de haberse caído en algún momento del día, o quizá haya sido Marty, mi querido gato.

Como viene siendo habitual en él, en estos momentos debe de estar usurpando mi cama de dos por dos y ni se ha molestado en venir a saludarme cuando he llegado. Se podría decir que compartimos el mismo carácter de mierda. Pero él sin duda está en una escala muy superior a mí porque usa mi cama, mi sofá, me exige comida, me mira con condescendencia y, cuando lo considera oportuno, tira mis cosas y no se le despeina ni un bigote.

Voy hacia allí para ponerlo en su sitio, pero esta vez me detengo a observar la foto, una que me transporta a un momento feliz en el que todo era más fácil.

Tres chavales posan sonrientes mirando a la cámara, pasando los brazos por encima de los hombros del de al lado. Dylan con su pelo rubio, yo, que por aquel entonces llevaba el pelo rapado, y Archie, con sus rizos locos. Está sonriendo de esa manera tan suya que marcaba sus hoyuelos y con la mirada vivaz que lo caracterizaba. Joder, lo teníamos todo y no lo sabíamos. Por detrás, en segundo plano, se ve a sus hermanos pequeños jugando en el parque que había en el barrio.

A diferencia de Dylan y de mí, que somos hijos únicos, la familia de Archie fue aumentando con el paso de los años. Nathan, Ezra y la pequeña Emma nos mantenían ocupados casi todas las tardes.

A pesar de que nos criamos en un barrio conflictivo, donde la violencia era la realidad del día a día y donde diariamente nos cacheaban para poder entrar en el colegio o en el instituto, habíamos conseguido ser felices con nuestro grupo de tres. Nos manteníamos alejados de toda la mierda que respirábamos en las calles donde pasamos gran parte de nuestros primeros años de vida. Crecimos cada uno con sus propios problemas familiares y con la precariedad como nuestro segundo nombre.

Soñábamos con salir de allí y tener un futuro, una vida mejor para nosotros y nuestras familias. Y cuando parecía que por fin estábamos a punto de conseguirlo, todo se truncó.

Me siento en el sofá con la foto entre las manos, recordando, reviviéndolo todo. Oír a Daniela hablar de su madre con ese cariño y esa entereza me ha dejado una sensación muy extraña en el pecho. Porque ojalá yo sintiera lo mismo cuando pienso en Archie, cuando lo recuerdo día tras día.

—¿Estás bien, tío? Archie, cojones, deja de hacer el gilipollas —le digo a mi amigo.

Al principio pienso que está de broma, que me está vacilando. Pero cuando me acerco más a él, veo que está muy pálido, casi inerte.

—Archie, esto no tiene ni puta gracia —vuelvo a decirle un poco más asustado—. Responde, joder, hermano.

Me acerco más a él y lo zarandeo ligeramente esperando que responda al estímulo. Pero nada, no hay respuesta.

—¡ARCHIE! —grito, y empiezo a sacudirlo y la desesperación comienza a inundarme por completo, como esa ola que no esperas

que sea tan fuerte y te golpea por sorpresa, llenándote los pulmones de agua e impidiéndote respirar.

—Enzo, ¿qué pasa? ¿Qué son esos gritos? —me pregunta Dylan, que ha acudido alarmado para saber por qué me encuentro en este estado de nervios.

Cuando es consciente de lo que sucede, se acerca donde yo estoy.

—No responde, Dylan —le digo mirando el cuerpo de Archie mientras sigo intentando que mi amigo muestre alguna señal, algo, lo que sea para aferrarme a ello.

—Enzo, para. —Me agarra por detrás tratando de calmarme de alguna manera.

Es entonces cuando los ojos de Archie se tornan blancos y empieza a convulsionar.

—Llama, llama a una puta ambulancia —le suplico, porque sé que yo seré incapaz de hacerlo.

Las imágenes que llegan a mi mente son nítidas y claras, como si me encontrase otra vez allí. Como si estuviera pasando todo de nuevo. El marco se me cae de las manos y el cristal se hace pedazos y yo... yo vuelvo a romperme con él.

Todo lo que vino después de aquello pesa sobre mí. Me autoconvencí de que lo que hice fue lo mejor para todos. Que era lo correcto, que estaba protegiendo a Dylan, a la familia de Archie y a mí mismo. Pero el tiempo se ha encargado de demostrarme que estaba muy equivocado.

Luego entré en una espiral de autodestrucción, y en eso se convirtió mi vida. Todo lo que pasé en los meses posteriores, las pesadillas que tenía —y que sigo teniendo cada noche— me recordaban constantemente que no había escapatoria. Era un jodido niño aún, un chaval que no tenía ni puta idea de lo que era la vida y de que no siempre las personas se acercan a ti pensando en tu

bienestar, sino en el suyo propio. Personas que solo ven en ti el símbolo del dinero, una puta máquina de dar pasta, de enriquecerlos más y más.

¿Cómo no me di cuenta antes? Igual porque estaba demasiado ocupado mirándome el ombligo, dejándome cegar por el brillo de las luces y los focos que me enfocaban, que me guiaban sin saberlo a un pozo sin fondo.

Dejé de prestar atención a lo verdaderamente importante y le fallé, joder. Esa última conversación que tuvimos, como un presagio de que su vida podía irse a la mierda, regresa a mi cabeza cada vez que su recuerdo aparece arrasándolo todo.

Lo que sucedió fue culpa mía. No fui capaz de ayudarlo.

El ruido del cristal contra el suelo debe de haber despertado a Marty, que llega al salón contoneando su cuerpo y estirándose. Se para justo delante de mí y me mira como si pudiera leerme, como si me dijese sin palabras que soy un auténtico desastre. Pasa rozándome las piernas y luego se sienta a observarme con sus grandes ojos verdes. No sé por qué el destino nos puso en el camino del otro, pero aquí estamos. Yo lamentándome y él quieto, esperando a ver cuál será mi siguiente movimiento.

—Todo está bien, chico. No te preocupes —le explico como si pudiera entenderme.

Vuelve a frotarse contra mi pierna; casi no tolera que lo coja ni lo acaricie, lo máximo que llega a hacer es eso. Es como si supiera la mierda que llevo por dentro. Estamos un rato más así, hasta que se cansa de mi pesadumbre y se marcha como ha venido, dejándome solo con mis pensamientos otra vez.

Todo lo que toco lo destruyo.

Lo corrompo.

No merezco ser feliz si él tampoco puede serlo ya.

No sé si algún día conseguiré sanar lo que me corroe por dentro. Desde luego que, en recaídas como la de hoy, aunque mi terapeuta me dijera que era normal y que tendría días peores y días mejores, empiezo a pensar que sacarlo todo fuera será lo que termine dándome la paz que realmente no sé si merezco, pero que anhelo y necesito.

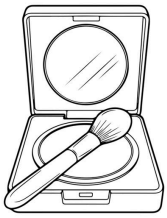
Estos días me he dejado llevar, por momentos he sentido que había una pequeña esperanza para mí, jugando a no esconderme, pero ¿hasta cuándo?

Hasta que todos se enteren de quién soy en realidad, hasta que sepan lo que hice y lo que no.

Y entonces vuelvo a ponerme la máscara de frialdad que me ayuda a sobrellevar la culpa que arrastro conmigo. La que nunca debería haberme quitado, ni siquiera con ella.

17

Cara Acelga, el resumen de las semanas



Daniela

Llevamos ya dos semanas de rodaje y todo ha ido de mal en peor. A Valentina le han surgido unos contratiempos y va a tener que quedarse en Los Ángeles por tiempo indeterminado, pero eso no le impide estar presente. Nos llama a diario, como no podría ser de otra manera, para asegurarse de que todo va bien, aunque no es así, pero ella no lo sabe.

Por mi parte, tuve que capear que Liam, uno de los chicos de sonido, tratara de indagar si habíamos coincidido en alguna otra producción, porque mi cara le sonaba mucho. Mateo estuvo atento todo el rato a la situación y finalmente no tuvo que intervenir. Liam se quedó conforme con la explicación que le di, diciéndole que quizá le sonara porque tengo una cara muy común, y no insistió. La historia por suerte quedó como algo anecdótico, por lo menos de momento, y confío en que siga siendo así.

Continuamos en el plató, pero hoy por fin terminamos de grabar aquí.

Durante estos días —creo que por la ausencia de Valentina— hemos grabado algún *teaser* y han seguido con las entrevistas a Enzo, pero sin entrar en preguntas demasiado personales.

Su cambio de actitud es de lo más llamativo. Prácticamente no habla con nadie que no sea Dylan, responde con monosílabos cuando le preguntas algo y, en cuanto Mateo da por finalizada la jornada, se despide escueto y se marcha sin decir nada. Vamos, que ha vuelto a ser el imbécil del primer día, o casi diría que peor.

No sé a qué se debe ese cambio tan drástico. Cuando me dejó en el hotel el día de la lluvia parecía una persona del todo diferente. Pensé que, no sé..., parecía que realmente estábamos empezando a ser algo así como amigos. Pero a la mañana siguiente, cuando entré en el camerino, me recibió un tío por completo desconocido con una mirada fría como el hielo. Como vi que no estaba receptivo, no insistí en saber sus porqués. No ha habido más bromas, ni tonteo, ni nada parecido. Enzo cambia más de estado de ánimo que Barbie de profesión. ¡Que le den!

Mañana grabamos en el estadio y estoy un tanto nerviosa, porque por fin va a haber un poco más de movimiento, ya que voy a tener que maquillar a gran parte del equipo en el que juega Enzo.

—Debo deciros que me alegro de que hayamos terminado ya en el plató. Le estaba empezando a coger manía a este sitio —les confieso a Mateo y a Dylan cuando damos por finalizado el día y estamos recogiéndolo todo.

—Ya somos dos, Dani —dice Mateo.

—Tres —añade Dylan riéndose.

La relación con él ha ido en dirección opuesta a la de Enzo. Es un tío genial, superdivertido, siempre tiene alguna broma y consigue

que nuestro trabajo sea lo más ameno posible. Estos días también lo han grabado a él, no como representante de Dylan, sino como amigo de la infancia, y han sido los momentos más entretenidos de las jornadas. Al menos para nosotros, ya que el susodicho ha mantenido su cara de perro con malas pulgas incluso cuando su amigo contaba alguna tierna anécdota o travesura que hacían de pequeños.

—¿Cara Acelga se ha ido ya? —suelta Mateo refiriéndose a Enzo, que es como lo ha apodado mi amigo debido a su estado de ánimo estos últimos días. La verdad es que el mote le viene que ni pintado.

—Sí, en cuanto has dicho que habíamos acabado ha cogido sus cosas y se ha marchado, una vez más y para sorpresa de nadie, sin decir ni adiós. Cada día lo pone más fácil —aclaro yo.

—Dylan, no sé cómo llevas tantos años aguantándolo; eres un puto ser de luz —dice Mateo—. Ayer me dieron ganas de estrangularlo con mis propias manos cuando empezó a quejarse por todo. Estuvo especialmente gilipollas. Luego pensé que, si lo hacía, mi madre me cortaría los huevos a su regreso, así que me contuve. Le tiene algún tipo de cariño especial que no logro llegar a entender. ¡Pero qué tío más raro!

Mateo está en lo cierto, porque ayer fue muy complicado trabajar con Enzo. No paraba de resoplar y todo le parecía mal. Mi amigo le ofreció parar de grabar y dejarlo para otro día, dado que no estaba muy colaborativo, pero eso también le pareció mal. Así que respiramos y seguimos adelante con la grabación intentando hacer caso omiso a la actitud tocapelotas en extremo del protagonista.

—Podría defenderlo, pero no sé qué mosca le ha picado estos días. Tenéis toda la razón. Intentaré volver a hablar con él, aunque no sé si conseguiré algo, porque ayer me mandó a tomar por culo. Es cierto que tiene un carácter complicado, pero suele ser más

llevadero —comenta Dylan, y tiene razón, yo misma fui testigo de cuando Enzo lo mandó a tomar viento al ver las intenciones de sermón que tenía su amigo.

No es tonto y sabe que está comportándose como un imbécil, pero aun así hay algo que le impide dejar de serlo, es como un alma torturada.

—Llevadero, dice... Ese tío debe de tener un palo metido por el culo como mínimo. Los primeros días pensaba que debía de ser porque estaba nervioso, pero no. Es gilipollas y ya. ¿Suele follar con frecuencia? Porque igual es ese el puto problema —pregunta Mateo, partiéndose de risa con el último comentario.

—Hostias, tío, no te cortas ni con cuchillos, ¿eh? —bromea Dylan, y se carcajea acompañando las risas de mi amigo.

Yo pongo los ojos en blanco, los dejo con su conversación y me voy hacia el camerino para seguir recogiendo mis cosas. No me interesa saber cuándo ha sido la última vez que Enzo ha estado entre las piernas de alguien. Es un dato absolutamente innecesario para mí que me hace sentir incómoda, aunque no debería ser así. Porque qué más me da a mí con quién se acuesta o con qué frecuencia.

Respecto a Mateo y a Dylan, creo que mi intuición falló de manera estrepitosa. Pensaba que esos dos habían tenido algún tipo de lío por lo raro que se comportaron el otro día, pero nada más lejos de la realidad. De que pasó algo en lo que estuvieron los dos implicados no tengo dudas, pero creo que no era el tipo de implicación que creí en un inicio. Se llevan superbién, tienen una relación de camaradería como si se conocieran de toda la vida y se entienden genial, principalmente cuando se trata de meterse con Enzo.

Y volviendo al Cara Acelga, durante estas semanas se ha dirigido a mí como Daniela, ni un solo «Mia», y aunque sea una chorrada, ese

rollito que teníamos estaba empezando a gustarme. Era como algo nuestro y, por más que me cueste reconocerlo, lo he echado en falta. Con él parecía fácil volver a reír, volver a ser la antigua yo, o por lo menos empezar a ser la versión más parecida a lo que fui.

Cuando lo tengo todo recogido, voy a encontrarme de nuevo con los chicos.

—Yo estoy ya. ¿Por aquí qué falta? —les pregunto para saber si puedo ayudar en algo más.

—Pues, en realidad, tú; los de sonido acaban de irse en las furgonetas con el material y las cámaras. Los focos los hemos recogido nosotros, así que está todo listo. Dylan se queda a hacer una última revisión, pero nosotros podemos irnos ya hacia el hotel si quieres.

—No me importa aguardar y así nos marchamos los tres juntos.

—No os preocupéis por mí, podéis iros ya. Además, estoy esperando a alguien —dice Dylan poniendo morritos sugerentes.

—Vaaale, entendido. Así que molestamos...

—Rubia, tú precisamente no me molestas nunca. Cuando quieras, ya sabes. Creo que nuestros hijos saldrían preciosos y muy rubios. Yo lo pensaba bien —suelta, y el muy descarado me guiña un ojo.

—Bueno, ya estamos... —añade Mateo, porque Dylan es un vacilón. Ya nos hemos acostumbrado a sus coqueteos constantes. No es algo que haga solo conmigo, lo hace con todo el mundo, por lo que no lo tomo en serio.

—Nos vemos mañana —se despide Dylan mientras nosotros vamos hacia la salida.

—Disfruta de tu plan, Romeo —contesta Mateo mientras le hace un gesto un poco obsceno, llevándose dos dedos a la boca en forma de «V» y metiendo la lengua entre ellos.

—Ya sabes que sí. Hasta mañana, chicos.

De vuelta en el hotel, empiezo a preparar todo lo que voy a necesitar para la jornada de trabajo del día siguiente. Hemos quedado muy temprano con el coche de producción y no quiero andar con prisas.

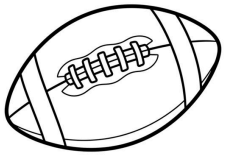
Hasta ahora el trabajo ha sido bastante relajado, pero todo indica que mañana va a ser una locura. He estado viendo algunos de los *making of* que los chicos del equipo tienen publicados de algunas campañas de publicidad en las que han participado y han sido de todo menos tranquilas.

En esas superproducciones de marcas grandes cuentan con más personal, pero en esta estoy yo sola ante el peligro y, como no sabemos de qué humor estará Enzo, presiento que va a ser toda una aventura.

¿Alguien dijo miedo?

18

El puto Jack



Enzo

El día que tengo por delante es, sin duda, uno de los que menos me apetece enfrentar. La relación personal que mantengo con mis compañeros de equipo no es muy buena. En el campo es otra historia: sé cuál es mi trabajo y lo hago bien. La adrenalina del juego, las técnicas, la emoción... Ahí dentro tenemos que ser una piña, pero fuera es otro rollo.

Los veteranos como yo ya saben lo que hay, me conocen lo suficiente después de tantos años y ya no intentan acercarse. Los chavales que entran nuevos son otro cantar, lo hacen con ilusión y no solo por jugar de manera profesional, sino por conocer y compartir vestuarios con sus ídolos de la infancia. Yo suelo ser la gran decepción en casi todos los casos. Así que tener que grabar allí hoy con ellos se me hace cuesta arriba. Aprovechando que estamos en las *summer weeks* y no hay partidos, les hemos pedido como un

favor que participen en el documental. No sé qué rollo les habrá soltado el entrenador, pero aquí se van a presentar la mayoría.

Si al día que me espera hoy le sumamos mi manera de comportarme en estas últimas semanas en el plató, que sé que ha dejado bastante que desear, mi ánimo no puede estar peor. Y aunque Daniela no me ha dicho nada directamente, no hace falta ser un puto genio para darse cuenta de que de primeras no entendía nada y de segundas me ha dado por perdido, que es justo lo que yo pretendía, pero no por ello me jode menos, y ojalá todo fuera de otra forma.



Cuando llego al estadio y aparco el coche en mi plaza, veo que Dylan me está esperando para la gran charla. Se ha asegurado de cogerme a solas, y antes de que abra la boca ya sé lo que me va a decir.

—Ahórratelo. No hace falta que me sermonees, que no eres mi madre —le suelto antes de que empiece su discurso en cuanto me bajo y cierro la puerta de McFly.

—Los cojones me voy a ahorrar. El otro día lo dejé pasar por no montar el numerito delante de todos, pero hoy me vas a escuchar, quieras o no. —Se pone delante de mí para cortarme el paso. Soy más alto que él, pero mi amigo tiene los cojones más grandes del planeta y sabe que, por muy mal que se pusieran las cosas entre nosotros, yo nunca le haría daño—. ¿Se puede saber de qué va todo esto?

—No han sido días nada buenos y punto. Pero ya lo pillo..., intentaré comportarme correctamente, ¿vale?

—No, no me vale, tío. No me vengas con esas. En la vida te he visto actuar de este modo, y mira que te he visto de todas las formas posibles. Así que dime de una vez qué coño te pasa y lo solucionamos.

—Déjalo, Dylan. No me pasa nada, pero ya capto el puto mensaje.

—Es por ella, ¿no?

Qué listo es el muy cabronazo, y cómo me jode que sepa leerme mejor que nadie.

—¿Por quién? —No va a funcionar hacer como que no sé a quién se está refiriendo, pero voy a intentarlo.

—No te hagas el tonto, Enzo. Es por Daniela, te gusta.

—Tú te has vuelto loco. ¿Piensas que tengo quince años? No me gusta nadie, joder.

—No era una pregunta. Lo sé y puedes negarlo todo lo que te salga de los huevos, pero te conozco. Veo cómo la miras, por mucho que intentes disimularlo y te comportes como un imbécil.

—Lo que tú digas. ¿Alguna cosa más o ya podemos irnos a hacer nuestro trabajo?

—Te machacas demasiado. No pasa nada porque sientas algo por alguien, para variar. Y esa chica es..., joder, hasta yo podría plantearme tener una historia con ella. ¿Tú has visto cómo le quedan los vaqueros? Ufff.

Ese comentario hace que me tense y apriete la mandíbula. El muy cabronazo me está poniendo contra las cuerdas buscando mi reacción.

—No vayas por ahí, Dylan —le advierto.

—Lo que yo pensaba... Pues haz algo, imbécil. Y, ya de paso, haznos un favor a todos y deja de cagarla de una vez y de ir por ahí

como un alma en pena. ¡Vive un poco, hostias!

Se da la vuelta para subir al campo, sin esperarme.

¡Pues sí que empezamos bien!

Cuando llego a los vestuarios, Daniela, que siempre es muy puntual, ya está allí, preparándolo todo.

—Hola —la saludo de manera escueta.

Está preciosa. Hoy se ha hecho una coleta, y pequeños mechones de pelo rubio se han soltado de ella cayendo por su cuello y su nuca. Lleva unos pantalones cortos, unos botines marrones y una camiseta verde que resalta su piel.

—Hola, Enzo —me contesta muy seria. Ya no hay sonrisas para mí —. Si me das un minuto me pongo contigo antes de que llegue el resto.

—De acuerdo.

Y me siento a esperar a que me indique el siguiente paso.

Le han puesto una mesa donde está colocando todo lo que va a usar, con un espejo y unos focos con luz más cálida, porque entiendo que los fluorescentes del vestuario no son precisamente lo mejor para realizar su trabajo.

—Podemos empezar cuando quieras. —Me señala con la mirada la silla que está junto a la mesa.

Me siento sin decir nada.

El tiempo pasa lento.

El puto silencio y la tensión que se ha formado en el ambiente son insoportables.

Y, cuando termina su trabajo conmigo, sé que tengo que hacer algo. Las palabras de Dylan aún resuenan en mi cabeza, y o lo hago ahora o terminaré volviéndome loco.

—Daniela, yo quería decirte...

Pero antes de que pueda acabar la frase, el alboroto de unas voces me corta. Justo en el mejor momento, armando el habitual alboroto, llegan los chicos, encabezados por el puto Jack. Él entró en el equipo dos años después de que yo llegara y, aunque durante todos estos años he pasado siempre de sus intentos de provocarme y nunca he dejado que la cosa fuera a más, tampoco le permito que me pisotee. Él sigue empeñado en hacer crecer una rivalidad entre nosotros que no existe, porque paso de sus mierdas y sus intentos de llamar mi atención.

—Pero bueno, chicos... ¡Mirad a quién tenemos aquí! El gran Enzo Silva nos honra con su presencia. ¿Qué pasa, estrellita? Al final has terminado pasando por el aro, ¿eh? —dice con sorna, y me toca especialmente los cojones.

—Se acabó la paz —sentencio con mala hostia.

—Cambia esa cara, hombre. Y empieza a darnos las gracias por prestarnos a participar en tu pantomima —suelta mientras busca la aprobación del resto del equipo, pero se queda solo.

Yo no seré la persona favorita de los chicos, pero él tampoco, y una vez más queda claro.

—Puedes irte si te sale de los cojones, no creo que nadie te haya obligado a estar aquí —lo encaro, y el ambiente empieza a caldearse.

Daniela me agarra del brazo y me frena. Pero eso llama la atención de Jack.

—Bueno... ¿Y tú quién eres? —le pregunta repasándola con la mirada.

—No te impor... —empiezo a decir yo, pero ella me corta.

—Me llamo Daniela y soy la encargada de maquillaje. Estaría genial que dejarais vuestras disputas a un lado para facilitarnos a todos el trabajo de hoy. —Usa un tono de voz calmado y muy

profesional, intentando aplacar los ánimos, pero sin empequeñecerse por la testosterona que se respira en el ambiente, y no sé por qué un sentimiento de orgullo llena mi pecho.

—Tienes razón, preciosa. Disculpa mis modales —le contesta Jack mientras le dedica una amplia sonrisa que me encantaría borrarle de un puñetazo.

En ese momento entran Mateo y Dylan y yo decido que lo mejor que puedo hacer es salir de aquí para evitar problemas mayores. Les dedico un saludo a ambos al cruzarme con ellos.

Voy directo al campo que tantas veces he pisado y que tantos buenos momentos me ha dado, aunque también malos. Repaso mentalmente cada uno de los pasos que he dado aquí, y una nostalgia me inunda cuando justo en ese momento llega el entrenador.

—Ey, chico. ¿Qué tal vas? —me saluda Harry viniendo hacia mí.

—Bueno, ya sabes. Todo igual, sin novedad en el frente. —Ambos sabemos a qué me estoy refiriendo, por lo que no hace falta que entre en detalles.

Sigue esperando que ocurra algo que no va a pasar, lo sabe tan bien como yo.

—¿Cuándo vas a decirlo?

—Cuando acabe todo. Hacerlo ahora solo formaría un revuelo que no necesito. Tengo que estar más centrado que nunca.

—Entiendo, pero debes saber que empiezan a hacerse preguntas. Estamos capeando el temporal como podemos, pero que no estuvieras presente en los últimos partidos justo antes de acabar la temporada hizo que saltaran las alarmas —me confiesa meneando la cabeza—. Eres fuerte, te irá bien.

—No es mi situación la que me preocupa. —No hace falta que le diga nada más.

—También lo sé. Puedes contar conmigo, lo sabes, ¿verdad? Lo que necesiten y esté en mi mano se lo daré. Solo tienes que pedirlo.

Harry llegó después de que todo pasara, cuando cambió el equipo directivo. Estoy seguro de que, si él hubiera estado al frente en aquel entonces, las cosas habrían sido muy diferentes para todos.

—Espero no tener que llegar a ese punto. Pero te lo haré saber si se da el caso.

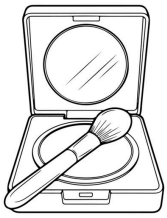
—Me voy a los vestuarios a poner orden, aunque espero que se estén comportando.

Asiento con la cabeza y Harry me da una palmada en la espalda antes de volver a dejarme allí, solo, esperando a que el resto se una a mí para empezar.

Las cámaras ya están preparadas, solo falta comenzar con el espectáculo.

19

¿Ya me hablas otra vez?



Daniela

Gracias a Dios que ya han empezado a grabar, porque un minuto más metida en ese vestuario y me habría pegado un tiro. Han sido todos muy simpáticos, pero son como unos cachorros de border collie, llenos de energía inagotable. Hemos compartido bromas y me he reído bastante, pero he terminado con la cabeza como un bombo.

Para ellos todo esto es una novedad, dado que el protagonista es Enzo.

Aunque *a priori* no parece que tenga una relación cercana con ninguno, muchos le tienen una gran admiración y cariño, a juzgar por cómo me han hablado de él. Me pregunto si él lo sabe o, por el contrario, piensa que ha pasado sin pena ni gloria por la vida de estos chavales. El único que apostaría que no puede ni verlo es Jack. Si no llego a meterme en medio, no sé qué habría pasado entre

ellos. Me he puesto algo nerviosa, pero por suerte poco después han llegado Mateo y Dylan y la tensión se ha disipado.

Jack ha sido bastante baboso conmigo haciendo comentarios fuera de lugar. Soy partidaria de que haya buen rollo en las sesiones, pero hay que saber dónde están los límites y él parece no conocerlos, y si no hubiese estado trabajando lo habría mandado a la mierda. Al rato ha llegado su entrenador para poner un poco de orden en el gallinero y todo ha ido sobre ruedas.

Mateo está dirigiendo las tomas con una soltura propia de él mientras los cámaras van detrás grabando primeros planos. Los chicos hacen pases y jugadas para que parezca que están en pleno partido, pero en realidad está todo guionizado y yo voy detrás de ellos con el espray de agua con glicerina para conseguir un efecto de sudor y que todo parezca lo más real posible.

Hemos grabado también las entrevistas individuales en el pasillo donde tienen todos los trofeos y las fotos de los jugadores.

La jornada está saliendo mejor de lo esperado y estamos cumpliendo con el *timing* y la escaleta del día. ¡Ver para creer!

—¡CORTAMOS!, hemos acabado. Muy bien, equipo —exclama mi amigo cuando ya lo tenemos todo.

Los chicos empiezan a aplaudir y a vitorearse los unos a los otros. Ellos han terminado ya, ahora nos quedaremos solos con Enzo para seguir grabando algunos planos de recursos con él.

Pero primero vamos a comer. Nos han preparado unas mesas en una sala que tienen destinada para ocasiones así, con varios platos que se ajustan a las necesidades de deportistas como ellos para que los chicos puedan seguir su dieta, aunque no haya empezado la temporada.

—Bueno, yo quería hacer un brindis por Enzo —anuncia de pronto Harry—. No es nada fácil llegar a ti, chaval, pero estoy muy

orgulloso de que hayas aceptado hacer este proyecto para que todos puedan conocerte un poco más y ver la gran persona que eres.

El resto de los integrantes del equipo se ríen por sus palabras y brindan.

—Gracias, gracias a todos por prestaros a participar —contesta Enzo algo incómodo, levantándose de la silla en la que estaba sentado—. Ya sabéis que esto no se me da muy bien... Y ahora, por favor, no me hagáis pasar más vergüenza y comed de una vez.

Yo no puedo reprimir una risita. Es que ver a un tío como Enzo, tan grande, tan..., bueno, tan él, sonrojarse de esa manera me resulta muy tierno.

Seguimos disfrutando de la comida de forma distendida; yo estoy sentada entre Dylan y Justin, un chaval que acaba de llegar al equipo, cuando una voz al otro lado de la mesa interrumpe todas las conversaciones.

—Bueno, bueno, vamos a lo interesante... Mateo, podrías hablarnos sobre alguna de las modelos con las que has trabajado, ¿no? Ya sabes..., tallas, colores, galleta de té u Oreo... —suelta Jack, y las risas y el buen rollo se van a la mierda. ¿Puede haber un comentario más pasado y de mal gusto que ese?

—¿Y qué quieres que te cuente? ¿Lo inalcanzables que son para ti? —le contesta mi amigo llevándose el vaso a la boca para darle un trago a su bebida.

—Lo de inalcanzables lo dices tú... Pásame el teléfono de alguna y después te cuento —intenta defenderse él, claramente ofendido.

—Menos lobos, Caperucita, que este mundillo es muy pequeño y la gente habla mucho en los *backstages*, sobre todo de tamaños. —Estallan unas risas generales y veo cómo la cara de Jack cambia al instante.

Se lo tiene merecido, la verdad, no me da ninguna pena.

—¿Es siempre así de imbécil? —le pregunto bajito a Dylan, que está a mi lado.

—Peor, es una de las personas más odiosas con las que puedas cruzarte. Y que te lo diga yo, que vengo de un barrio donde la mayor parte de mis excompañeros de instituto tienen cuentas pendientes con la justicia, es mucho decir. Hay que tener mucho cuidado con este.

Me quedo pensando en lo que me cuenta Dylan, y la verdad es que estoy de acuerdo con él. Jack es el tipo de persona que piensa que por tener fama y dinero puede hacer comentarios ofensivos y quedar por encima de todo el mundo. Aunque en este caso no parece que a nadie le haga gracia especialmente. Es ese tipo de individuo que se esfuerza demasiado por ser popular, cueste lo que cueste, y no se da cuenta de que para brillar no hace falta apagar a otro, que eso debe darse de un modo natural y no impuesto.

Tras la salida de tono, el resto del almuerzo discurre más tranquilo y sosegado. Vamos dando por finalizada la comida y poco a poco los chicos se van marchando. Todos y cada uno de ellos se despiden de mí diciéndome que esperan volver a coincidir conmigo en otras campañas.

«Ojalá sea así», pienso.



Antes de retomar la jornada voy al baño porque hace rato que me estoy haciendo pis y no aguanto más. Salgo, me lavo las manos y me mojo un poco la nuca para refrescarme. Tengo la espalda

supertensa por las malas posturas del día de hoy y por ir detrás de deportistas de élite que me sacan cabeza y media de altura.

Lo que queda ahora es fácil: retocar a Enzo y terminar de grabar lo que nos falta, pero no veo el momento de llegar al hotel y meterme en la cama.

—¡Eh, rubia! —oigo que dice una voz detrás de mí, y me doy la vuelta para mirar.

—Me llamo Daniela —replico muy seria al comprobar de quién se trata.

—Pero yo prefiero llamarte rubia —espeta Jack mientras se acerca a mí.

—En ese caso, mejor no me llames. —Mi trabajo con él está ya finalizado, así que no pienso aguantar ni uno solo de sus comentarios de mierda, y menos si me los hace de manera tan directa. No sé qué se cree, pero conmigo está muy equivocado.

—Oh, venga ya. ¿Eres de esas? —pregunta con una sonrisa socarrona acercándose más.

—¿De esas, cuáles? Sorpréndeme.

Que se vaya aproximando a mí según vamos hablando no me hace sentir nada cómoda, pero no pienso retroceder ni un solo paso. No le voy a dar el gusto de pensar que me está asustando ni que tiene algún tipo de poder sobre mí. Porque sé que justamente eso es lo que les gusta a los tipos como él.

—De las que se hacen las difíciles cuando en realidad lo están deseando —continúa dando otro paso más en mi dirección.

—Contigo, ni aunque me supliques, gilipollas. Y, como sigas acercándote, voy a acabar estampándote la rodilla en los huevos, cretino —amenazo encarándome con él y levantando un poco el tono de voz.

—Vale, vale... —dice alzando las manos, rindiéndose y retrocediendo.

—Eso me parecía —sentencio mientras paso por su lado.

Otro gilipollas más que piensa que por ser famoso puede hacer y decir lo que le dé la gana. Odio a la gente así, me superan.

Me tomo unos minutos para que mi respiración vuelva a la normalidad, porque sin ser consciente está algo acelerada por la situación y por el recuerdo de lo que viví hace un año. Lo he amenazado, pero en este contexto no sé qué habría pasado si él no se hubiera ido y hubiera seguido con su ataque, no creo que hubiera sido capaz de defenderme físicamente. Tengo miedo de que me vuelva a pasar otra vez lo que me pasó con Miguel y volver a estar en boca de la gente mientras me ridiculizan.



Cuando consigo regresar a la normalidad, salgo para reunirme con el resto del equipo que aún está allí.

Pero lo que no esperaba encontrarme es a Jack con las manos en la nariz, que le está chorreando sangre, y que Dylan está agarrando a Enzo, que se halla fuera de sí.

—¡El que debería tener miedo eres tú, estás acabado, pedazo de mierda! —oigo gritar a este último mientras intenta zafarse del agarre de su amigo.

Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—¡JODER, me has roto la puta nariz! —le grita a su vez Jack.

—Y deberías darme las gracias por no partirte también las piernas. Voy a acabar con tu mierda de carrera, aunque sea lo último que haga. ¿Me estás escuchando?

—No, no me jodas, tío. Estaba de broma. Venga, por favor. Lo siento, ¿vale?

—Vaya, ¿quién es ahora el gatito asustado? Acabas de cavar tu propia tumba.

—Enzo, basta —le dice Harry—. Dylan, llévatelo de aquí.

—¿Qué es lo que ha pasado, Mateo? —le pregunto a mi amigo, intentando aclarar por qué en un corto espacio de tiempo todo se ha salido de madre.

—Cara Acelga, que se ha lanzado a la pelea con el infeliz ese. Se le ha ido la cabeza, no sé qué cojones le ha dicho, pero se ha puesto como un loco. Si Dylan no lo llega a frenar... —Mi amigo resopla y yo sigo sin entender nada—. Pero mejor pregúntale y que sea Enzo el que te lo cuente.

—¿Y por qué debería preguntarle yo a él? No, si muy normal estaba yendo el día...

Cojo la chaqueta que me he quitado mientras comíamos y salgo de allí diciéndole adiós con la mano a Mateo.

—Avísame cuando Rambo esté preparado para seguir grabando —me contesta él, y yo le levanto el pulgar en señal de «okey».

Voy directa a los vestuarios para ver si alguno me explica qué narices ha pasado. Enzo tiene carácter, pero no parece de los que a la primera de cambio se van partiendo la cara sin motivo alguno.

La puerta está abierta, y oigo voces que vienen de dentro.

—Pero ¿tú te has vuelto loco?

—Pues igual sí... Pero, joder, si hubieras oído lo que ha dicho el muy imbécil, tú mismo habrías reaccionado igual que yo. Que si era una gatita asustada..., que si tenía una mirada temerosa que le ha

puesto la polla tan dura que le dolía... Yo es que me cago en su puta vida, mierda —cuenta Enzo sin poder contener la rabia dirigiéndose a Dylan.

¿De quién se supone que está hablando? ¿De mí? ¿Jack le ha dicho eso?

—Ya, pero el problema es que solo te lo ha dicho a ti, nadie más lo ha oído, y te has abalanzado sobre él como un loco desquiciado. ¡A ver cómo soluciono yo esto!

—Me suda la polla. ¿Qué me van a hacer? ¿Sancionarme sin jugar? ¿Echarme del equipo? —Enzo suelta una carcajada fría que llena todo el vestuario—. Joder, lo volvería a hacer, le volvería a partir la cara en cuanto su nombre saliera de nuevo de su puta boca.

—Vaya... —contesta Dylan meneando la cabeza.

—¿Qué?

—Menos mal que decías que no te gustaba, ¿eh? —Y le da un golpecito en el hombro a su amigo.

Están los dos de pie hablando frente a frente, y entonces Enzo se sienta en uno de los bancos del vestuario.

—No es eso, Dylan —musita mientras deja caer los hombros y se lleva las manos a la cara.

—Ya lo creo que sí. Y cuanto más tardes en admitirlo, más tiempo seguirás amargado y comportándote de esta manera —contesta su amigo, repitiendo el gesto de antes sobre su hombro.

—Hola —digo con un hilo de voz—. ¿Todo bien por aquí?

Al oír mi voz, Enzo se levanta del banco y Dylan sonríe con picardía.

—Anda, mira... Os dejo para que Daniela haga su trabajo. Trata de tranquilizarte un poco, tío. Yo voy a hacer el mío también, que es para lo que me pagas: he nacido para extinguir los fuegos de otros. Daniela, a ver si puedes arreglarle la cara al tonto este.

Asiento con la cabeza.

—Claro, para eso estoy aquí. Hasta ahora, Dylan.

Se marcha y nos quedamos solos. Nada más entrar en los vestuarios hay un pasillo largo que desemboca en un amplio espacio cuadrado donde han instalado mi zona de trabajo. Al fondo hay unas puertas que dan acceso a las duchas. También hay un banco, y justo al lado se encuentran los asientos de los jugadores, que, más que las clásicas sillas, parecen pequeñas butacas, todas ellas con sus respectivos nombres. Encima de los asientos se encuentran las taquillas. Ahí está la vida del equipo, donde se guardan todos sus secretos. El de Enzo está al final, junto al pasillo, donde además hay una especie de tabique en el que ahora tengo la espalda apoyada.

—¿Estás bien, Daniela? —me pregunta en un tono de voz suave y delicado, que consigue que se me erice la piel, mientras se acerca un poco a mí.

—Ya vuelves a hablarme con frases completas y no con monosílabos —le suelto con algo de ironía, que no piense que voy a pasar por alto los días en los que me ha ignorado.

—Lo siento, ¿vale? Sé que me he comportado como un gilipollas estas semanas. Iba a disculparme antes, pero justo han llegado todos, y después...

—Y después le has partido la cara a Jack. ¿Puedo saber por qué?

—Pero ¿tú estás bien? —insiste un tanto ansioso, pasando por alto mi pregunta.

—Estoy perfectamente, sí —le contesto intentando tranquilizarlo—. ¿Te ha dicho algo de mí? ¿Por eso le has pegado?

Enzo asiente y da un paso más en mi dirección. Estamos bastante cerca el uno del otro en este momento. Lo miro a la cara, en su gesto queda lejos esa rabia contenida que tenía cuando hablaba con

Dylan hace unos minutos, todo ha sido sustituido por... ¿preocupación?

¿Está preocupado por cómo pueda haberme hecho sentir Jack?

—Ya te dije cuando nos conocimos que sé defenderme. No sé qué ha dicho para que reaccionaras así, pero creo que justo ha conseguido lo que pretendía. ¿Quieres que hable con Mateo y lo dejamos aquí por hoy? Lo que queda se puede grabar en otro momento.

—No, no hace falta, no quiero seguir retrasando a la gente —admite algo avergonzado.

Es evidente que no le hace ni pizca de gracia tener que retrasar el trabajo de los demás, y ahora que está más calmado se ha dado cuenta de que lo que ha pasado fuera no va a hacer que su imagen mejore, sino que se vuelva el centro de atención.

Acerco mi mano con timidez, casi pidiéndole permiso en silencio, y le cojo la cara con suavidad. Observo que se le está empezando a formar un moratón en la mandíbula.

—Vamos a tener que tapar esto. Te ha dado fuerte, ¿eh?

Él resopla ante mi apreciación.

—Deberías haber visto cómo lo he dejado yo —suelta orgulloso.

—Enzo...

Levanto la cabeza ligeramente y nuestras miradas conectan. Me pierdo en sus ojos y sus manos se deslizan con suavidad por mis caderas. Mi respiración empieza a agitarse con el simple contacto de su roce a través de mi ropa. Estamos cerca, y con un solo movimiento leve de cabeza, nuestros labios se rozarían. No entiendo muy bien cómo hemos llegado a estar así, ni cómo el ambiente se ha llenado de una bruma cargada de tensión que hace que cueste hasta respirar.

—Daniela, yo... —dice con voz ronca mientras apoya la frente en la mía.

—No, no lo digas —le pido en un susurro, temiendo que sus palabras puedan cambiar nuestra relación.

Enzo se separa de mí como un resorte y toma distancia, yo trato de coger aire y desvío el pensamiento hacia otra cosa que no sea cómo se habría sentido su boca tomando la mía. O si una de las manos que reposaban suavemente en mis caderas hubiera tomado la iniciativa y se hubiera dirigido hacia otra posición un poco más al centro de mi cuerpo.

—¿Volvemos a estar bien, Mia? —me pregunta siguiendo mis pasos hacia la improvisada mesa de trabajo.

—Tendré que pensarlo, Gabriel —respondo con una sonrisa en los labios.

No puedo olvidarlo todo a la mínima, sus repentinos cambios de humor y su frialdad. Como tampoco puedo olvidar que aquí yo estoy trabajando. Quiero que tengamos una buena relación, pero lo que sea que pudiera haber pasado si realmente hubiéramos sido Gabriel y Mia no puede ser, no, siendo Enzo y Daniela.

Consigo taparle la marca carmesí de la mandíbula y enseguida estamos de vuelta con el equipo.

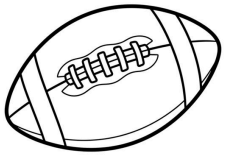
Cuando acabamos de grabar llega Dylan, que le hace un gesto a Enzo para que vaya donde está él mientras yo los observo desde la distancia. Este asiente con la cabeza y se marchan juntos.

Nosotros terminamos de recoger todo y revisar lo que haya quedado y salimos.

Llego al hotel agotada, tanto mental como físicamente. Supongo que otro día más en la oficina superado.

20

Me gusta, ¿vale?



Enzo

Cuando termino de grabar, Harry y Dylan se reúnen conmigo. Han conseguido que el puto Jack no presente cargos gracias a la insistencia de mi amigo y la presión del entrenador. Ambos han sabido jugar sus cartas en mi favor, dándole a entender que me sancionarían de cara al equipo. Estoy deseando ver el careto de gilipollas que se le va a quedar cuando descubra que hay pocas cosas que puedan hacer ya contra mí, pero para eso tendré que esperar. Lo que no va a esperar es la charlita que Dylan está dispuesto a darme mientras volvemos del estadio. Ha decidido dejar su coche allí e ir a recogerlo mañana para poder torturarme de camino a casa.

—Tú dirás —me espeta mientras yo giro el volante y pongo el intermitente de la derecha justo antes de incorporarme a la calzada.

—¿Diré qué exactamente? ¿Acaso no ha quedado todo claro ahí dentro?

—Todo no, Romeo —se cachondea.

—No empieces de nuevo —lo aviso una vez más.

—Admítelo.

—No.

—Sí.

—Joder. No vas a parar, ¿verdad? —Exhalo y pego un frenazo porque un semáforo se ha puesto en rojo y, por ir distraído discutiendo con él, lo he visto tarde y por poco me lo salto.

Es uno de esos que tienen cámaras, y no me apetece que me pongan una multa de tráfico para acabar de redondear mi fantástico día.

—Me parece muy absurda esa pregunta, me conoces demasiado bien para saber la respuesta —añade mi amigo encogiéndose de hombros y girando las palmas de las manos hacia arriba.

Y, mierda, tiene razón, sé que no va a parar hasta que yo admita en voz alta lo que ambos sabemos.

—Vale, tú ganas. Me gusta —confieso por fin.

—Lo sabía.

«Menuda sorpresa», pienso.

El semáforo se pone en verde y continuamos la marcha. Primero voy a llevar al tocapelotas de Dylan a su casa, salvo que en el último momento cambie de idea y quiera que lo deje en otro sitio.

—Vete a tomar por culo.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta esta vez.

—Nada. ¿Te llevo a tu casa? —le digo esperando que deje el tema ya y acabar con esta tortura a la que me está sometiendo. Lo único que quiero ahora mismo es olvidar que he estado a punto de besar a Daniela en el vestuario, algo que él no va a saber.

—Sí —afirma tajante, pero la sonrisa petulante que me devuelve me indica que no va a dejarlo estar—. ¿Nada?... Nada es lo que has

estado haciendo hasta ahora. ¿No se supone que el rollo este del documental es también para poder dejar atrás todo lo anterior?

—Sí, pero...

—Pero nada, Enzo... Cuando esto acabe, ¿qué vas a hacer?, ¿irte a una puta esquina a seguir lamiéndote las heridas? No me jodas, tío.

—No me voy a ir a ninguna puta esquina a llorar, gilipollas.

Ya casi estamos llegando a su casa, y lo agradezco. Necesito que se calle de una vez, porque, como siempre, sé que tiene razón, y cuanto más tire de mí será peor, pues terminará consiguiendo que lo acepte.

—¡Venga ya! Es la primera vez en..., ¿cuánto tiempo?, ¿años?, que admites que alguien te gusta, que veo que te comportas como un humano con alguien que no es de tu puñetero círculo cercano. Y que conste que no me quejo de que prácticamente sea yo el único que forma ese círculo, pero, tío, ya va siendo hora de que vueles del nido de papá Dylan. No puedes no hacer nada. Grábate esto en el cerebro: no puedes no hacer nada —me repite vocalizando más lento—, eso no es una opción.

—Hoy he estado a punto de... —Me callo antes de seguir, por poco le cuento lo que he estado a punto de hacer en los vestuarios.

—¿De qué? —me pregunta intrigado.

—De nada, mierda. Olvídalo, está claro que ella no... que ella no está interesada. —Aparco justo enfrente de su apartamento y paro el motor del coche.

—Eso ya lo veremos —me dice antes de bajarse.

—Dylan... —digo dedicándole una mirada de advertencia.

—Enzo...

Acto seguido, se apea, lanza un beso al aire y cierra la puerta de McFly.

No sé qué cojones piensa hacer mi amigo, pero creo que debería empezar a preocuparme.

Pongo música porque necesito evadirme un poco e intentar dejar la mente en blanco. «Crazy» de Aerosmith suena a través de los altavoces. Ironías de mi maravillosa lista de reproducción, que siempre tiene la extraña habilidad de elegir la canción perfecta en el momento indicado.

Enciendo el motor, me reincorporo al tráfico y acelero mientras la voz de Steven Tyler me acompaña.



Entro por la puerta de mi casa y el cansancio hace acto de presencia. Voy directo a la ducha, pero antes Marty pasa por mi lado y maúlla.

—¿Tienes hambre, pequeño diablo? —le pregunto mientras me encamino a la cocina.

Él sigue mis pasos y espera mirándome mientras preparo el cuenco con una comida húmeda que me cuesta un riñón. Un día cometí el error de comprársela como un capricho, una especie de premio, pero desde entonces mi querido gato naranja se niega a comer otra cosa que no sean estas latitas prémium. Este hijo de gata come casi mejor que yo. Si pudiera hablar, seguro que me diría que me diese prisa.

—Que disfrute usted de su cena, *miaujestad*.

Como si Marty hubiera entendido el chiste malo que acabo de soltar, me mira unos segundos con su cara de pocos amigos, se

contonea con esa gracilidad que lo caracteriza y se acerca al cuenco con su comida.

Dirijo mis pasos, ahora sí, a la ducha. El agua está fría de cojones, pero al principio y al final me gusta así. Una vez alcanza la temperatura adecuada, voy sintiendo cómo mis músculos se van relajando y mi mente empieza a repasar el día de hoy, o cierta parte del día..., para ser más exactos.

Verla entrar en el vestuario y comprobar que estaba bien, que las mierdas que me había dicho Jack no eran ciertas. Aun así, he necesitado su confirmación, asegurarme de que estaba bien y, después..., mis manos reposando en sus caderas, escuchar cómo su corazón se aceleraba por mi cercanía, nuestros labios casi rozándose, lo que casi hago, lo que casi le digo, y...

Mi polla cobra vida propia.

Se endurece solo con el recuerdo y la anticipación de algo que no ha pasado y posiblemente no vaya a pasar. La tengo tan dura que me duele. No he follado desde que empezamos el rodaje, por falta de tiempo y porque solo puedo pensar en todas las cosas que le haría a Daniela. Tengo una lista mental de todas y cada una de ellas.

Bajo la mano y agarro mi polla con firmeza mientras el agua sigue cayendo por mi cuerpo. Empiezo a pensar en que es su mano, su boca, su cuerpo el que me roza, el que me lame, y la mía se mueve sola deslizándose a lo largo de mi erección. Pienso que ella está aquí conmigo, que estamos los dos en la ducha.

Acelero mis movimientos sintiendo mi propio placer, mi respiración se torna pesada, hasta que al final me corro con fiereza y suelto un gruñido gutural que retumba en las paredes del cuarto de baño.

Genial, me acabo de pajear pensando en una tía a la que ni siquiera le intereso..., voy de mal en peor.

Me pongo una toalla alrededor de la cintura y me dirijo al vestidor. Cojo unos calzoncillos y una camiseta negra. Sí, soy ese tipo de tíos que no usan pijama y que se mueven por su casa con esas dos piezas de ropa o solo con una de ellas.

Me muero de ganas de ver a Daniela con tan solo una de mis camisetas, algo que nunca pasará, pero soñar es gratis.

Cuando vuelvo a mi habitación, veo cómo la pantalla de mi móvil se enciende. Es una notificación que me avisa de que me ha llegado un mensaje. A estas horas solo puede ser una persona: Dylan.

Mañana cena y noche de copas. 😎

No cuentes conmigo.

Me la suda. Mañana a las nueve
paso por tu casa. Ponte guapo
y cambia esa cara de acelga. 😝

Pero ¿qué cojones...? ¿Cara de acelga?

¿De qué va esto, tío?

De que me apetece pasar tiempo
de calidad con mi mejor amigo.
¿Tan raro es? 👼

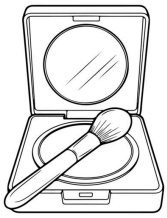
Sí.

Me la pela, gilipollas. Nos vemos mañana, ya me
darás las gracias después.

Tiro el móvil sobre la cama cagándome en mi mejor amigo. A saber qué cojones ha liado ahora. En los próximos dos días no grabamos, y tenía pensado salir a correr y pasar el día encerrado entre estas cuatro paredes, pero supongo que mis planes han cambiado.

21

No culpes al tequila de lo que te pasa por gilipollas



Daniela

He dormido genial, me he despertado sin que suene la maldita alarma del teléfono, bueno..., o las alarmas, pues soy del *team* de poner varias para que me suenen cada diez minutos. El final del día de ayer resultó bastante intenso y mi cuerpo pedía a gritos poder descansar sin interrupciones.

Hoy no grabamos, y Mateo ha pensado que nos vendría bien salir a tomar algo por la noche, en plan tranquilos, como en los viejos tiempos. Y la verdad es que me apetece mucho. Empiezo a sentirme muy bien retomando poco a poco cosas que hacía antes.

Después de desayunar en mi cuarto, porque hoy he decidido darme el capricho de llamar al servicio de habitaciones, y de hablar con mi padre para ponerlo al día de cómo me va todo, decido dar una vuelta por la ciudad. Desde que llegué no había tenido tiempo de salir sola y perderme entre la gente.

Hago una lista de los típicos sitios que quiero ver y añado una cafetería supermona a la que me apetece un montón ir. Como hasta las ocho no he quedado con mi amigo, tengo casi todo el día por delante para mí sola.

Dicen que el tiempo pasa volando cuando estás disfrutando y sin preocupaciones, y no podría ser más cierto. Después de pararme en unas cuantas tiendas, disfrutar de un delicioso café con un sándwich y visitar la pintoresca librería Black Bird y su acogedora terraza exterior, miro el reloj y me doy cuenta de que son casi las cuatro de la tarde.

Pido un Uber y pongo rumbo al hotel para ducharme y empezar la sesión de maquillaje. Hoy me apetece lucirme, y sé que cuando despliegue todo mi arsenal personal y me siente frente al espejo, las horas pasarán sin darme cuenta, y como llegue tarde voy a tener que oír a Mateo.

Decido llevar el pelo suelto y liso, el flequillo me lo peinaré después, cuando termine de maquillarme. Me lo voy a poner de lado porque empieza a estar con la suficiente largura como para que me sea imposible llevarlo recto sin que me tape los ojos. Así que lo agarro con una pinza y empiezo con la sesión de chapa y pintura.

Pero antes pongo algo de música. «S&M» de Rihanna empieza a sonar por el altavoz de mi móvil.

Una vez que tengo la piel hidratada con las correcciones y la base puesta, tal y como he vaticinado, los minutos se han convertido en horas para cuando termino con los ojos. He usado dos tonos de marrón y he delineado el ojo de forma suave para alargar mi mirada. Un perfilador y un *gloss* color cereza para los labios y mucho *blush*, porque nunca es suficiente colorete.

Cuando estoy satisfecha con el resultado global, libero el flequillo, me lo peino y empiezo a vestirme. Son ya las siete y media y solo

me falta ponerme el vestido rojo que me he comprado en mi excursión del día y unos taconazos negros con unos lazos para atar a lo largo de la pierna. Esta noche voy con todo.

Meto en el bolso mi kit de supervivencia nocturna: tiritas, el *gloss* para retocarme los labios, pañuelos de papel, la cartera, el monedero y el móvil. También cojo un blazer *oversize* y me echo un último vistazo en el espejo. El vestido me queda como un guante, está mal que yo lo diga, pero remarca exquisitamente cada una de mis curvas. Me gusta la imagen que me devuelve, me siento sexy.

Voy en busca de Mateo para empezar la noche. Toco con los nudillos en su puerta y espero a que me abra.

—Joder, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? Nena, estás impresionante. —Suelta un silbido cuando sale de su habitación.

—Gracias, tú tampoco te quedas atrás, ¿eh? ¿De qué vas hoy? ¿De mafioso moderno?

Mi amigo se ha engominado el pelo consiguiendo un efecto mojado y se lo ha peinado hacia atrás. Lleva unos pantalones de pinzas negros, una camisa del mismo color con los primeros botones desabrochados y una chaqueta de cuero.

—He reservado en un italiano que me ha recomendado el recepcionista del hotel y después vamos a Black Dog. Creo que ese sitio te va a encantar.

—Ah, ¿sí?

—Ponen música latina y siempre hay alguna sorpresa —dice entre risas.

Me gustaría preguntarle qué es lo que le hace gracia, pero viniendo de Mateo sé que es mejor no preguntar, esta noche prefiero fluir.

Salimos del hotel y vamos al restaurante.

Está todo buenísimo, hemos pedido una pizza napolitana para compartir y un plato de pasta carbonara. Cuando terminamos, el Uber está ya en la puerta esperándonos para llevarnos al local. Mateo odia no ser él el que conduce, pero coche y alcohol son muy mala combinación, así que para noches como las de hoy le toca pasar por el aro.

Al bajarme veo la larga cola que hay para entrar y me desanimo un poco, pero, para mi sorpresa, mi amigo se la salta y va hasta la puerta. Yo lo sigo, sin entender muy bien qué pasa. Hay dos puertas: una es la entrada general y la otra es la vip.

—Hola, soy Mateo Ferrani. Estamos en lista —dice.

Lo miro incrédula por lo que acabo de oír. ¿Que estamos en lista?, ¿en qué lista? Sopeso la opción de que mi amigo se esté tirando un farol.

Para mi sorpresa, el portero revisa la hoja que tiene delante y asiente con la cabeza, nos abre la catenaria de color rojo y nos da acceso al interior.

—¿Cómo que «en lista»? Mateo, ¿qué narices acaba de pasar?

—Contactos, Daniela —responde—. Te he dicho que habría sorpresas...

El sitio es espectacular. Nada más entrar, hay un pasillo lleno de espejos iluminado con luces rojas que hace que entres de lleno en el *mood* y una gran pista de baile con luces azules que parpadean al ritmo de la música.

Pero, al parecer, nosotros no nos vamos a quedar aquí. Sigo a mi amigo, que camina delante guiándome con mucha seguridad, lo que me hace pensar que sabe perfectamente adónde va, mientras se mueve por el local con una soltura que me deja pasmada. Llegamos a una zona tapada por una cortina de terciopelo negro que imagino que lleva a los reservados.

Con el volumen de la música no entiendo lo que Mateo le dice al chico que está parado delante de otra catenaria, aunque supongo que le está dando otra vez nuestros nombres, porque él asiente y nos vuelve a dar acceso abriendo también la cortina.

Unas escaleras separan la zona vip del resto. Arriba hay una barra, otra pista de baile más pequeña que la de abajo, unas puertas que diría que son los baños, unas cristaleras desde las que se puede ver la pista central del otro piso y varios sofás con mesas bastante separados los unos de los otros, dando intimidad a las personas que los ocupan.

—¿Buscas a alguien? —pregunto cuando veo que Mateo mira hacia los lados.

—No especialmente —dice él.

Y es entonces cuando llama mi atención una mano levantada y el pelo rubio de alguien a quien conozco bien. A él y al moreno que lo acompaña.

—Mateo, yo te mato —lo amenazo empezando a entender lo que está pasando aquí.

Dylan y Enzo nos esperan sentados en uno de los sofás más alejados de los demás. Mi amigo toma la iniciativa y va directo hacia allí. No sé de qué va esto, pero me temo que no es casualidad.

—Déjate de asesinatos y disfruta de la noche —dice Mateo volviéndose y guiñándome un ojo.

—Joder, Daniela. Sabía que te había visto bien, pero ¿estás segura de que no quieres casarte conmigo? —suelta Dylan cuando llegamos a su altura, levantándose del sofá.

Enzo, por el contrario, parece estar petrificado. Creo que él, al igual que yo, no tenía ni idea de esta casualidad del «destino». En cambio, nuestros respectivos amigos no parecen nada sorprendidos por lo casual de nuestro encuentro.

—Hola, menuda coincidencia, ¿no? —aventuro yo, mirando a mis tres acompañantes.

—Sí, el hada de la nocturnidad hace magia. ¿Qué queréis beber? —contesta Dylan tomando la iniciativa.

—Yo un cosmopolitan y Dani, un margarita —pide Mateo por los dos.

—Venga, vale, y chupitos de tequila para todos. Ahora vuelvo.

—Enzo, parece que te han metido un palo por el culo... ¿No saludas o qué? —bromea mi amigo, y Enzo, al oírlo, se levanta del sofá como si volviera de pronto a la realidad.

—Mateo —lo reprendo, porque no se corta ni un pelo—. Diría que está tan sorprendido como yo.

—Sí, perdonad. No esperaba veros aquí —confiesa Enzo, y suena sincero.

—No te preocupes, a mí me ha pasado lo mismo —añado tratando de suavizar el ambiente.

—Voy a ayudar a Dylan con las bebidas —anuncia Mateo dejándonos solos.

Me empiezo a oler el percal. El rubio y mi amigo, el traidor del pelo rojo, nos han hecho una encerrona en toda regla.

—Tú también crees que ha sido cosa de ellos, ¿verdad?

—No tengo ninguna duda —afirma Enzo, por fin más tranquilo, soltando una carcajada mientras intenta disimular su mirada recorriendo mi cuerpo.

—Bueno, ya que estamos, vamos a disfrutar de la noche, ¿no?

—Sí. Estás impresionante, Daniela —suelta entonces.

—Gracias, tú tampoco estás mal —añado guiñándole un ojo.

Miento un poco, porque la verdad es que está muy guapo, casi diría que irresistible. Lleva una camiseta negra de manga corta bajo la que se le marcan a la perfección los bíceps y un pantalón chino de

color beige. Una incipiente barba muestra que hoy no se ha afeitado, y me pregunto si rascará al contacto con mi piel.

Los chicos vuelven con las bebidas, pero los cuatro chupitos de tequila se han convertido en ocho. Lo dejan todo en la mesa que hay enfrente del sofá y nos sentamos mientras empieza a sonar «Con calma» de Daddy Yankee.

Damos por iniciada la noche, que promete ser bastante interesante. Dylan nos pasa a cada uno un vasito de tequila coronado por una rodaja de limón.

Nos echamos un poco de sal en la mano, lamemos, bebemos y chupamos el cítrico. El líquido dorado baja por mi garganta, calentando mi cuerpo a su paso, y hago una mueca.

—¿No te gusta, Dani? —pregunta Mateo riéndose por mi reacción.

—No seas cabrón, sabes que hace tiempo que no bebía un chupito de tequila.

—En cuanto te bebas el segundo, se te olvida. —Y me pasa el otro vaso.

—Pero este y no más, que al tequila lo carga el diablo.



Varios chupitos, margaritas y bailes después, la sorpresa del principio ha dado paso a un buen rollo increíble y me lo estoy pasando como nunca. Dylan y Mateo son dos payasos bailando y moviendo el culo sacando sus pasos prohibidos, ante las carcajadas de Enzo y las mías. Están dando un show digno de *Magic Mike*, meneándose y rozándose el cuerpo con las manos. Si alguno de los

dos se queda sin trabajo, seguro que pueden hacerles un hueco en el espectáculo del Hippodrome Casino.

Empieza a sonar «Downtown» de Anitta y J Balvin, y yo comienzo a moverme al ritmo hipnótico de la canción. Me dejo llevar sintiendo cómo el alcohol fluye por mi cuerpo y lo libera. Aunque sé moverme bien, el tequila solo ha ayudado a desinhibirme un poco más. Veo que Enzo me está mirando fijamente otra vez; lleva toda la noche manteniendo las distancias conmigo, pero no me ha quitado los ojos de encima en ningún momento.

Me muero por bailar con él, y en un acto de valentía me acerco a su lado.

—¿No bailas? —le pregunto cuando llego a su altura.

—Prefiero verte a ti.

—Oh, venga, no serás de esos que prefieren mirar desde una esquina cuando se mueren por actuar, ¿no?

—Para nada, debe de ser el tequila, que me hace ser tímido.

—No, Enzo. No culpes al tequila de lo que te pasa por gilipollas. ¿Bailas o me busco a otro?

—Vas a matarme.

—Que yo sepa, nadie se ha muerto por moverse un poco.

Él niega con la cabeza y tensa la mandíbula.

Me agarra por la cintura y me pega a su cuerpo, sorprendiéndome al ver cómo se balancea a la perfección al ritmo del *dembow* de la música. Lo sigo, frotándome con su anatomía. Nuestros cuerpos están tan pegados que no entraría ni un fino papel entre los dos. Las manos de Enzo se deslizan con maestría por mi cuerpo, haciendo que mi interior se encienda y desee más.

—Joder... —dice él de pronto, pero se interrumpe y no continúa.

—¿Qué? —lo tiento.

—Nada.

—Dilo.

—Si lo digo, pueden pasar dos cosas: que mañana no te acuerdes o que no vuelvas a dirigirme la palabra.

—Venga ya. No creo que sea para tanto —suelto entre risas—. No sabía que bailaras tan bien.

La música ha cambiado y ahora suena «Necio», de Romeo Santos y Carlos Santana, y a ambos se nos escapa una sonrisa. Enzo, que sigue con su mano en mi cintura, me pega aún más a su cuerpo. Me guía a la perfección y yo permito que marque el ritmo de nuestros pasos. Me dejo llevar disfrutando del control que tiene sobre nuestros movimientos, y nuestros cuerpos cada vez se rozan más al ritmo de la bachata.

Cada vuelta es una excusa para acercarnos un poco más. Enzo me gira y me atrae de nuevo hacia él, su boca se desliza a lo largo de mi cuello sin llegar a tocarlo. Mis ojos se cierran unos segundos dejándome llevar por las sensaciones que me está provocando.

—Hay muchas cosas que no sabes, Daniela —dice con aire misterioso contra mi oído, dedicándome una sonrisa que hace que empiece a perder la cordura.

—Ya veo. Podrías ser profesor de baile sin ningún tipo de problema.

—Solo si tú eres mi primera alumna. Estoy dispuesto a darte clases particulares, solos tú y yo.

—¿Me estás haciendo una propuesta?

—Te estoy diciendo que vengas a mi casa y que sigamos con la práctica allí, despacio, al ritmo de la canción que bailaste cuando nos conocimos. Porque no consigo sacarla de mi cabeza.

JODER, joder, joder, joder. Esto sí que no lo esperaba. Sí que la noche escondía sorpresas, sí.

De pronto siento calor, mucho. Un calor que se desliza por todo mi cuerpo, quemándome por dentro. Mi mente empieza a imaginar que si se mueve la mitad de bien que ahora mismo en otras situaciones...

«Para, Daniela».

Enzo desliza la nariz por mi cuello mientras seguimos moviéndonos al ritmo de la música. Dudo que de verdad haya dicho lo que creo haber oído, o es que me ha subido demasiado el alcohol y estoy flipando.

—Ya te he advertido lo que podía pasar si lo decía en voz alta —me recuerda al notar mi reacción.

—Si mañana no me acuerdo, ¿me lo volverás a proponer? —le digo al oído.

—Mañana no nos vamos a ver, Daniela.

—Entonces lo quiero por escrito —le replico entre risas.

Cuando la canción acaba, volvemos al sofá, donde ahora están Dylan y Mateo, sin apartar los ojos del otro.

—¿Quieres que te lo escriba en una servilleta y te lo firme? —me pregunta Enzo.

—No, definitivamente no —niego soltando una carcajada.

—Déjame tu teléfono un momento —dice a continuación.

Y, sin pensar, lo saco del bolso, que está encima de la mesa, y se lo doy. Lo coge, marca un número y me lo devuelve.

—¿Qué has hecho?

—Hacerme una llamada perdida. Ahora tengo tu número y tú, el mío. Te lo dejaré por escrito para que puedas recordarlo cuando te despiertes.

No llevo tantos tequilas encima como para olvidar lo que me ha dicho, diría que se me ha quedado grabado en cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Espero que luego no te acobardes —lo reto mientras guardo su número en la agenda y vuelvo a meter mi móvil en el bolso.

—Diría que ya no hay vuelta atrás, Mia —dice acercándose a mi oído, y mi piel se eriza cuando su voz me recorre de arriba abajo.

Nuestros amigos empiezan a aplaudirnos cuando nos sentamos.

—Menudo espectáculo el vuestro, ¿eh, Danielita? —me comenta Mateo al oído.

—¿No era eso lo que querías al organizar esta noche a traición?

—Más o menos, sí —confiesa mi amigo.

—Solo hemos bailado —aclaro yo levantando los hombros.

—Menos mal, guapa... Pero viendo cómo se ha movido en la pista de baile ha quedado claro cómo puede ser en otros lugares más... horizontales —vacila él, muerto de la risa.



La noche termina y nos despedimos. Cuando llego al hotel y subo a mi habitación, me desmaquillo, me pongo el pijama y me meto en la cama. Entonces mi móvil suena avisándome de que tengo un nuevo mensaje. Es de Enzo.

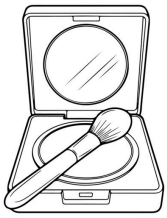
Para que no te olvides. 😉

Veo que sí que te has acobardado. 😓

De eso nada, porque esto no ha hecho más que empezar.

22

¿Y qué más?



Daniela

Sonrío al leer el mensaje que me acaba de enviar.

«Así que quieres jugar, ¿no? Pues juguemos», pienso.

Si me duermo ahora mismo,
quizá mañana no recuerde
a qué te refieres.

Yo creo que cuando te levantes aún
vas a seguir pensando cómo sería.

¿Cómo sería qué?

Pasar la noche conmigo.

¡Ay, Dios! En el fondo sé que esto es un lío de narices, pero mi cabeza está algo nublada por el alcohol y me dejo llevar por la emoción del momento. Total, tampoco pasa nada por unos mensajitos tonteando, ¿no?

¿Así, directamente, sin una cita antes ni nada?

Una cita y todo lo que me pidas.

«Interesante». Me muerdo el labio y me giro en la cama mientras pienso qué contestarle a lo que me acaba de decir.

¿Y que más incluye ese «todo»?

Tengo una larga lista hecha, pero no sé si estás preparada para saberlo.

Vaya... ¿Y quién te dice a ti que yo no tengo una?

¿Tú también tienes una lista?

¿Y qué pasaría si te dijera que sí?

Que me encantaría repasarla punto por punto.

Te la tendrías que ganar, señor Silva.

¿Y qué tengo que hacer para ello, señorita Miller?

¿No eres capaz de imaginártelo?

Puedo imaginarme muchas cosas cuando se trata de ti, Daniela. Pero me encantaría que fueras más específica.

Estás jugando con fuego, Enzo, lo sabes, ¿verdad?

Mi cabeza funciona a mil por hora y no sé qué narices estoy haciendo, pero mi cuerpo va solo, imaginando las cosas que

podríamos hacer. Junto las piernas para hacer presión e intentar calmar lo que se está despertando en mí.

Por ti merece la pena quemarse.
Llevo muy bien las altas temperaturas.
Y siempre está la opción de quitarse ropa.

¿Es otra propuesta indecente?

Mi cabeza no es capaz de filtrar lo que mis dedos están escribiendo. Porque la necesidad que siento de pronto está empezando a ser insoportable.

¿Te gustaría que así fuera? Porque
me estoy conteniendo e intentando
no liarla mucho.

¿Puedo hacerte una pregunta?

Claro.

¿Qué habría pasado si aquella noche no te
hubiera llegado aquel mensaje? ¿Si hubieras sido
de verdad Gabriel
y yo Mia?

Es una pregunta que ha acudido a mí de forma recurrente y que, ahora que me siento más liberada, me he atrevido a hacer.

Todo.

«Todo» pueden ser
muchas cosas, Enzo.

Mi mente ya está perdida imaginando una realidad que no existe, mientras que mi cuerpo pide a gritos algo de atención.

Exacto.

Joder, Enzo.

¿Qué, Daniela? ¿Sigues pensado
que soy un cobarde?

En absoluto.

Me encantaría estar ahí contigo y no tener que
decirte las cosas, simplemente hacerlas.

No lo pienso, no lo filtro... Solo escribo y le contesto.

A mí también me gustaría.

Joder, Daniela, no puedes decirme
eso y esperar que no haga nada.

No sé cuánto tiempo me quedo con el móvil en la mano sin saber qué responderle, porque siento que lo que escriba puede ser el detonante que haga que todo cambie.

Contéstame.

¿Y qué es lo que quieres hacer?

Creo que lo sabes bien, pero lo normal será
empezar teniendo una cita.

Me quedo mirando la pantalla del móvil. Ahora sí que no sé qué responderle, mierda. En ese momento soy consciente de que la he cagado, de que he dejado que este tonteo vaya demasiado lejos. Y al final todo se torna en mi contra y la que actúa como una cobarde soy yo, porque decido no volver a contestarle y dejarlo en visto.

Joder, Daniela. ¿Qué me estás haciendo?
¿Daniela?



Abro los párpados despacio mientras noto que la cabeza me da vueltas. Tengo la boca superseca y un bostezo escapa de ella mientras me froto los ojos. No tengo ni idea de qué hora es, pero debe de ser bastante tarde, a juzgar por la luz que se cuela a través de las cortinas del hotel. Doy manotazos por la mesilla que hay al lado de la cama buscando mi teléfono, pero no lo encuentro. Noto algo debajo de la cabeza y muevo la mano torpemente para ver de qué se trata. Es mi móvil; debí de dormirme con él. Lo cojo para mirar la hora y...

Entonces lo recuerdo todo, los mensajes, el tonteo, la cita, y que mi yo perjudicado por el alcohol decidió tomar el camino más fácil dejando sin respuesta los últimos mensajes de Enzo.

Mierda. Si es que lo sabía, el tequila y yo no somos buenos compañeros. Encima no puedo fingir que no me acuerdo de nada, porque está la puñetera conversación como prueba. Bueno, dignidad ante todo. Solo espero que lo que ha sucedido no cambie nuestra relación laboral enrareciendo el ambiente.

Estábamos bajo los efectos del alcohol y nos dejamos llevar, ya está.

Me levanto para intentar ponerle solución al dolor que martillea en mi cabeza y a la sed que siento. Cojo un analgésico de mi neceser y una botella de agua del minibar y me la tomo dando un largo trago.

Vuelvo a la cama y me siento con el móvil en la mano otra vez. Debería responderle a los mensajes que dejé sin contestar.

¡Buenos días! Uff..., me quedé dormida. Igual nos pasamos un pelín con los chupitos anoche,

¿no?

Tarda poco en aparecer el doble *check* que me indica que Enzo ha recibido el mensaje y veo en la pantalla que está escribiendo. Unos nervios se instalan en mi estómago al esperar su respuesta.

Mi móvil empieza a vibrar y una foto aparece en la pantalla. Valentina me está llamando. No es posible que lo sepa, ¿no?

—Hola —respondo intentando mantenerme serena y que no se me note que estoy como un flan.

—Hola, Daniela, cariño. Perdona que te moleste, pero tenemos que hablar.

—Esto... Sí, claro, di-dime —titubeo.

—He intentado localizar primero a mi hijo, pero ha sido imposible. Tiene el móvil apagado.

Su llamada me ha pillado totalmente desprevenida y con la cabeza embotada.

—Supongo que seguirá dormido. Ayer... —me aclaro la voz y sigo hablando— ayer salimos a cenar y se nos hizo un poco tarde. Ya sabes que suele apagar el teléfono cuando se mete en la cama.

—Sí, sí, lo sé. Y no te preocupes, no tenéis que darme explicaciones sobre lo que hagáis en vuestro tiempo libre, bueno, ni en general. Sabéis que tenéis mi plena confianza. Si lo ves antes de que yo consiga hablar con él, dile que me llame, es urgente.

—Por supuesto.

—Yo estaré de vuelta la semana que viene, pero revisando lo que tenemos ya grabado con el guion, creo que es buen momento para hacer un cambio en la escaleta.

—Entiendo, se lo comento a Mateo en cuanto lo vea, si te parece bien, y ya lo habláis vosotros.

—Vale, pero quiero hablar de ello con los dos. Estaría bien poder hacer una videollamada para explicaros los cambios que tengo

pensados.

—Vale, por mí no hay problema. Me parece perfecto, Valentina.

—Estás haciendo muy buen trabajo, cielo.

«Si ella supiera...».

—Gracias —contesto mientras me muerdo el labio recordando lo que pasó anoche y cómo se fueron calentando las cosas entre Enzo y yo.

—No hay de qué. Hablamos dentro de un rato, ¿vale? Mientras tanto voy a intentar localizar a mi hijo.

—De acuerdo, hasta luego.

—Chao, chao.

Y ambas colgamos. Me quedo con la intriga de saber los cambios que quiere que hagamos, pero eso de momento tendrá que esperar. Ahora tengo otro mensaje que leer de Enzo.

> Hola, sí, quizá se nos fue un poco
> de las manos, pero espero que no
> se te haya olvidado. Creo que tenemos algo
> pendiente, ¿no? 😉

No, desde luego que no se me ha olvidado nada. El alcohol me dio alas, pero no me ha borrado la memoria.

Como no sé qué contestarle, lo dejo en visto otra vez. Como siga así, me voy a convertir en la reina del *ghosting*. Necesito estar más centrada para decidir qué le voy a responder, y ahora mismo está claro que no lo estoy.

Me dispongo a meterme en el baño cuando alguien aporrea mi puerta. Pero ¿qué pasa?... ¿Todo el mundo requiere mi atención esta mañana o qué? Debe de ser Mateo.

—¿Has hablado ya con tu madre? —le pregunto cuando abro la puerta.

—No, ¿por? —me pregunta extrañado.

—Me ha llamado a mí porque contigo no ha podido hablar. Quiere que tengamos una reunión por videollamada. Ha pensado hacer algún cambio en la escaleta y quiere que estemos los dos.

—Esta mujer no nos da tregua ni a kilómetros de distancia. —Miro a mi amigo y las pintas que tiene. Está bastante peor que yo, pero cuando nos despedimos ayer no estaba tan mal.

—¿Has dormido bien?

—No he dormido, reformula tu pregunta.

—Pero si nos despedimos en la puerta, Mateo —le digo sin entender adónde quiere llegar.

—Ya, pero puede que hubiera alguien esperándome.

—Joder.

—Sí, joder.

—¿Y qué querías? Justo iba a darme una ducha —alego señalando el baño con el dedo.

—Por mí no te cortes, voy pidiendo mientras tanto algo de comer. Me muero de hambre. ¿Tortitas y patatas?

—Vale, pide kétchup también, porfi.

Me vendrá genial llenar el estómago.



Salgo de la ducha renovada, la comida ya está en la habitación y, después de vestirme con ropa cómoda, me siento junto a mi amigo para empezar nuestro improvisado pícnic resacoso.

—En qué lío andas metido, ¿eh?

—¡Ay, Dani! Me he enamorado.

—Eso no es ninguna novedad. —La vida amorosa de Mateo es casi tan movida como la laboral, un no parar, vaya.

—Creo que esta vez es diferente, es un antiguo amor. De la universidad.

Esa parte de su vida no la conozco tan bien, pero sí que me contó que, en esos tiempos, tuvo una historia con un chico que estudiaba en la misma uni que él y, aunque lo suyo fue algo bastante intenso, al final ambos decidieron centrarse en sus respectivas carreras.

—¿Es el amigo al que fuiste a saludar el día que llegamos? —Mateo asiente—. ¿No está casado, ni quiere probar cosas nuevas ni nada por el estilo?

—No, oficialmente ha salido del armario y, no sé... Lo que pasa es que él vive aquí y yo, pues no. No quiero empezar nada serio con nadie y tener que compartirlo con la distancia.

—Entiendo. Me tenías preocupada, llegué a pensar que te habías liado con Dylan —le confieso entre risas.

—¿Con el querubín? Quita, quita. —Niega poniendo cara horrorizada—. Me parece que a ese la única polla que le interesa es la que le cuelga a él entre las piernas —suelta muerto de risa.

—Ya, a esa conclusión he llegado yo también —afirmo mientras cojo una patata del plato gigante que nos han traído y la mojo en kétchup—. Deberías llamar a tu madre. Dile que, si quiere, hoy sobre las siete de la tarde podemos tener la reunión. ¿A ti te va bien? Así nos da tiempo a recuperarnos un poco. No vuelvo a probar el puto tequila, te lo juro.

—El tequila igual no, pero a cierto moreno igual sí, ¿no? —Mucho estaba tardando en sacar el temita.

—Eres idiota.

—Y tú, una suertuda. La verdad es que Cara Acelga está como un tren y, ¡oye!, ayer me empezó a caer hasta bien.

—No quiero cagarla, y menos por algo que no va a llevarnos a nada, no puedo fastidiar esta oportunidad —le digo, y me callo todo lo demás.

—Deja de decir tonterías, eres lo bastante profesional como para no mezclar las cosas y complicarlas. Podrías ser Hannah Montana y tener lo mejor de los dos mundos, por el día lo maquillas y por la noche te lo tiras. —Mi amigo se ríe solo ante su chiste sin gracia mientras yo lo miro levantando una ceja—. Sé que ese tío te gusta. Además, como no tiene redes sociales ni nada y vive en una especie de burbuja del siglo pasado, no sabe lo peligrosa que eres con una lata de refresco.

—No, él no, pero el resto del mundo sí.

Cada vez pienso menos en aquello. Antes era un tema que ocupaba prácticamente todos mis momentos, pero desde que estamos aquí casi no lo recuerdo, y necesito que siga siendo así.

—Vive un poco, Dani. Que llevas un año de retraso —me aconseja con una sonrisa sincera en los labios—. Te aviso cuando concrete la hora con mi madre. Te quiero.

—Yo también te quiero, putón.

Cuando Mateo sale de mi cuarto, me quedo pensando en sus palabras y decido contestarle a Enzo. Sé que soy capaz de no mezclar lo personal con lo profesional, aunque las dos cosas se hayan enredado, pero no debemos ir más allá. Aunque me muero de ganas, es algo que no puede pasar. Prefiero que nuestra relación siga siendo meramente profesional.

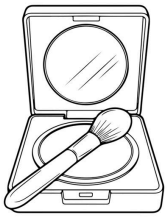
No, créeme, no me he olvidado
de NADA. Pero quizá lo mejor para los dos y
también para el proyecto
es que esto no vaya a más.

Entiendo. Por mí, todo OK.

Bueno, pues ya está. La tirita puesta. Aunque su escueta respuesta hace que me sienta un poco decepcionada, es lo mejor. Ahora solo tengo que conseguir mantener una distancia prudencial con él y todo irá sobre ruedas. No creo que vaya a ser muy difícil cuando solo nos vemos unas horas al día y estamos rodeados de gente, ¿no?

23

La reunión



Daniela

Mateo ha pedido hacer uso de la sala de reuniones del hotel, lo cual es bastante ridículo porque somos dos personas y un ordenador. Pero aquí estamos, entrando en Zoom para conectarnos con Valentina. Al cabo de unos segundos, esta aparece en la pantalla con una imagen tan perfecta como de costumbre.

—Hola, chicos. ¿Todo bien por ahí? —nos saluda.

—Sí, mamá —contesta Mateo con una gran sonrisa. Qué zalamero es cuando quiere.

—¿Dónde estáis? —Valentina lanza la pregunta extrañada. Supongo que esperaba ver de fondo alguna de nuestras habitaciones del hotel, y no el cuadro gigante negro y rojo que tenemos justo detrás de nuestras cabezas y que ocupa gran parte de la pantalla.

—A tu hijo le ha parecido buena idea pedir la sala de reuniones de la que dispone el hotel.

La madre de mi amigo se pellizca el puente de la nariz con el pulgar y el índice después de oírme.

—Mateo, hijo...

—¿Qué? Esto es una reunión, ¿no? Pues eso.

—Vale, bueno. Como os he comentado a los dos, he estado revisando el material que tenemos y creo que sería un buen momento para cambiar un poco la escaleta y adelantar las grabaciones en casa de Enzo.

—Ya, en realidad no descuadra mucho y, mientras, podemos seguir adelantando en otros ámbitos. Como revisar lo que hemos grabado hasta ahora, por si se nos ha pasado algo.

Yo aquí me pierdo y no tengo mucho que aportar, solo escuchar lo que dicen Valentina y Mateo, lo que me lleva a no entender qué pinto en esta reunión. Porque a mí me pasan las escaletas con poca antelación, no decido qué ni dónde se graba.

—Yo, lo que digáis, por mí no hay problema, ya sabéis que me adapto —añado sin poner pegas, porque es la realidad. No forma parte de mi trabajo tomar esas decisiones.

—Perfecto, Daniela, porque tú eres una parte esencial, dadas las circunstancias.

Pongo cara de sorpresa, porque si antes no entendía nada, ahora menos aún.

—¿Yo?

—Ya has podido comprobar que Enzo es bastante hermético con todo lo que tiene que ver con su vida privada, y dejó expresamente escrito que accedía a grabar en su casa con la condición de que no hubiera camarógrafos ni personal en ella.

—Y, entonces, ¿cómo lo vamos a hacer? ¿Y por qué soy yo parte esencial? —vuelvo a preguntar, porque sigo sin entenderlo.

—Va a ser algo más íntimo, más de andar por casa, para que me entiendas. Enzo dispondrá de cámaras y todo el material necesario para que nos enseñe cómo es su día a día en primera persona y se irá grabando él mismo. Pero alguien tiene que ocuparse de comprobar los encuadres, la luz y, por supuesto, hay que seguir cuidando la imagen... —nos explica con más detalle Valentina.

—Ya, ¿y eso me incluye a mí por...?

—Porque él también dejó por escrito que podría decidir quién sería esa persona, siempre con nuestro visto bueno, por supuesto.

—¿Y esa persona soy yo? —Creo que voy encajando las piezas, aunque siga sin entender muy bien por qué Enzo me habría elegido a mí.

—Así es. Él te propuso a ti, y Mateo y yo creemos que estás de sobra capacitada para desempeñar las tareas necesarias que se van a requerir.

—Bueno, sí, creo que puedo hacerlo, tampoco será muy diferente de como hemos trabajado hasta ahora. Marcaríamos un horario y, después de terminar, yo volvería al hotel, ¿no?

—No exactamente —puntualiza Valentina. Cada vez que empiezo a entender algo, me dice otra cosa que hace que me pierda de nuevo.

—¿No?

—Bueno, verás, es que no se va a grabar en su apartamento. Tendrás que trasladarte con él a una casa que tiene a las afueras de New Lake. Y quedaros allí hasta que terminéis de grabar.

«¡¿QUE QUÉÉÉÉÉÉ?!».

—Esto... —Trago saliva despacio, analizando lo que Valentina acaba de decir.

—Tranquila, cielo. Por supuesto, estaremos en contacto durante todo el tiempo para guiarte en todo lo que necesites. Pero quiero que entiendas que esta parte es esencial en el proyecto. Mientras

tanto, todo el equipo y, Mateo, eso también te incluye a ti, volverá aquí para ir revisando el material que tenemos ya grabado y empezar también a montar en postproducción. No era la idea inicial, porque esto se iba a grabar al final, pero he pensado que sería bueno para el proyecto y que a Enzo lo ayudará a soltarse un poco más con las cámaras al estar en un ambiente más relajado. Lo que viene después no va a ser fácil para él y, cuanto más cómodo esté, mejor para todos. Ya lo hemos comentado y le ha parecido buena idea que lo hagamos de esta forma. Así que, si vosotros estáis también de acuerdo, nos ponemos en marcha para no perder tiempo.

De repente, esto se ha convertido en una conversación de dos, entre Valentina y yo, mientras Mateo está callado y aguantándose la risa. Ella cree que mi problema es que no me veo capaz de realizar el trabajo que me están pidiendo, pero ese no es el motivo real de mi reticencia. Sé muy bien que puedo desempeñar las tareas que me están pidiendo perfectamente, lo que no tengo claro es si conseguiré salir airosa estando unos días en casa de Enzo, solos.

—¿Y cuándo deberíamos salir?

—Eso tendrás que concretarlo con él. Se ha ofrecido a que vayáis los dos en su coche hasta allí para que no haya filtraciones ni problemas de ningún otro tipo. Porque, después del incidente con Jack en el estadio, tememos que pueda traernos algún contratiempo. Por eso también hemos pensado que alejarlo de la ciudad ahora mismo ayudará. Así que, cuanto antes os pongáis en camino, mejor.

Me quedo callada gestionando la bomba que acaba de soltar Valentina cuando ella interrumpe mis pensamientos.

—¿Te parece bien, Daniela?

—Eso, ¿te parece bien? —añade mi amigo mientras me da golpecitos con la rodilla en la pierna por debajo de la mesa.

—Ah, sí, sí, no hay problema. Si creéis que lo mejor es hacerlo de esta manera, pues ya está.

No..., me parece fatal, la peor de las ideas. No se me había pasado por la cabeza que esto pudiera llegar a suceder. Enzo y yo encerrados en su casa, después del tonteo que tuvimos anoche, de las promesas hechas al aire... Definitivamente, es una idea malísima, pero no puedo compartir mis motivos con ellos.

—Perfecto, Daniela, cielo. Siempre es una maravilla trabajar contigo, qué fácil lo pones todo. Mateo, tú pon al día de los cambios al equipo y organiza la vuelta, por favor.

—Entendido, jefa —le contesta mi amigo cuadrándose como si su madre fuera un general.

—Mateo, déjate de tonterías, anda. Daniela, me avisas cuando hables con Enzo. Él ya sabe que esta tarde me iba a reunir con vosotros, así que estará esperando tu llamada para organizar el viaje.

—Así lo haré. Gracias, Valentina —le digo mientras asiento con la cabeza.

—Gracias a vosotros por el esfuerzo y el cariño que sé que estáis poniendo en esto. Lo dicho, chicos, vamos hablando, y sed buenos.

—Adiós, Valentina.

—Adiós, mamá.

Después de despedirnos, cerramos la ventana del programa y apagamos el ordenador.

—¿Tú cuánto sabías de todo esto?

—Algo, pero no todo. De que tú eras la persona que Enzo había seleccionado para acompañarlo me he enterado cuando he hablado hoy con mi madre.

—Podrías haberme avisado.

—¿Para qué? Yo no veo el problema, Dani —dice Mateo con retintín.

—No, claro. No hay ningún problema, pero simplemente me habría gustado saberlo y no llevarme la sorpresa.

—¿Hay algo que no me estás contando, querida amiga? —me pregunta al no creerse del todo lo que le estoy diciendo mientras salimos de la sala de reuniones con el portátil en la mano.

—Para nada. Todo perfecto, pero me habría gustado saber que iba a tener que hacer las maletas y pasar unos días fuera, nada más...

—¿Seguro que solo es eso?

—Sí, sí. ¿Qué otra cosa iba a ser, si no? —Sonrío para que no sospeche el verdadero motivo de mis dudas.

—Pues nada, creo que tienes una llamada que hacer, ¿no? —añade con ironía cuando nos paramos frente a la puerta de mi habitación.

Al parecer, así es y, después del último mensaje que me ha enviado tras decirle que prefiero mantener nuestra relación tan solo en el ámbito profesional, es una de las cosas que menos me apetece, pero no puedo hacer nada más.

Lo de intentar alejarme de él y limitarme a vernos solo en las jornadas de rodaje tendrá que esperar, porque vamos a tener que convivir en el mismo lugar.

—Claro, os informo en cuanto sepa algo. —Una sonrisa fingida se instala en mis labios.

—Compra condones —me suelta Mateo riéndose de mí.

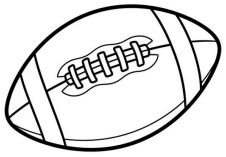
—Que te den.

Le cierro la puerta en la cara y dejo salir el aire que he ido reteniendo sin darme cuenta mientras veníamos hacia aquí. Me siento en la silla que hay en mi cuarto y dudo de si ahora es buen

momento para llamar a Enzo o no. Pero... ¿realmente encontraré uno adecuado? No, es mejor no seguir pensando y hacerlo ya. Busco su nombre en la agenda de mi móvil y le doy al botón de llamada.

24

La llamada



Enzo

Llevo todo el día leyendo una y otra vez los mensajes que intercambiamos anoche. Podría culpar al alcohol, y en parte sí que fue consecuencia de ello, pero lo hice porque me apetecía. Me dejé llevar un poco después de la conversación que tuve con Dylan. ¿Me arrepiento? La verdad es que no, pero su último mensaje me ha dejado un tanto tocado; entiendo a la perfección sus motivos y los respeto, pero no por ello me jode menos. Quizá Daniela piense que lo que pasó es algo que yo normalmente hago, pero es la primera vez que me muestro así con alguien. Cuando tu existencia se basa en ocultarte, andar pidiendo citas y tontear por mensaje dejando la evidencia no entra en tus planes. Mi forma de intimar podría decirse que es más mecánica que todo eso. Gracias a Dylan, que me hizo un perfil en una aplicación de famosos donde todos buscamos lo mismo, sin complicaciones.

Tenía la intención de haberlo aclarado con ella directamente hoy, pero no he podido después de que dejara claras sus intenciones de no mezclar las cosas.

Con lo que no contaba era con que Valentina me llamara a primera hora de la mañana para decirme que hay un cambio de planes e informarme de que iba a comunicárselo a Mateo y a Daniela para empezar cuanto antes. Proponerla a ella para que me acompañara a New Lake fue algo que sugerí el tercer día de rodaje. Me hacía sentir seguro y cómodo y, si debía elegir a alguien del equipo para meter en mi casa, era ella o nadie. Luego ya no podía echarme para atrás, o Valentina querría saber la razón o los motivos que no voy a contarle, así que no he tenido más opciones que aceptar.

Solo espero que Daniela no piense que esto ha sido una decisión de última hora motivada por su rechazo, ni que mi intención es obligarla o presionarla para tener algo conmigo.

Mi teléfono empieza a sonar y veo su nombre en la pantalla. Sabía que Valentina iba a decirle que me llamara para que nos organizáramos entre nosotros con el viaje, lo que no sé es qué voy a encontrarme al otro lado de la línea.

—Hola.

—Hola, Enzo. Valentina ya me ha comentado los cambios y..., bueno..., quiere que nos pongamos de acuerdo y le confirmemos cuándo salimos. —Su voz suena muy profesional, pero me atrevería a decir que está algo nerviosa.

—Entonces, ¿has dicho que sí? —le pregunto un poco extrañado. Por mi cabeza ha pasado la posibilidad de que se hubiera negado.

—No me habéis dejado muchas opciones.

—Siempre las hay, ¿no? —Simplemente podría haberse negado.

—En este caso, no. No las hay. Así que tú dirás. Ya que lo de proponerme a mí ha sido cosa tuya. —Ahora su voz suena bastante molesta.

Mierda, lo sabía. Sabía que pensaría lo que no era.

—Sí, respecto a eso, quería aclararte que no... —empiezo a decir, pero ella me corta antes de que pueda seguir y explicarle lo que ha pasado en realidad y cómo fueron las cosas.

—No necesito que me aclares nada, Enzo —replica—. Es mi trabajo. Solo dime cuándo tienes pensado salir y lo prepararé todo. Debo comunicárselo también a Mateo para que nos den el material audiovisual que vamos a necesitar. —Con su forma de dirigirse a mí, sé que no es el momento de intentar nada más.

—Vale, entiendo. Podríamos salir mañana mismo si te parece bien —propongo algo serio.

—¿Mañana? De acuerdo —contesta tajante.

—Si quieres, escríbeme luego con la hora que te va bien para pasar a recogerte.

—No, nada de mensajes. Mañana a las doce estaré lista. Buenas noches, Enzo.

«Nada de mensajes, claro. Faltaría más».

—Hasta mañana, Danie...

Me ha colgado. Genial. Está cabreada y ha pensado justo lo que no quería que pensara. Nos esperan varias horas de viaje juntos y tendrá que escucharme, lo quiera o no.



A las diez de la mañana del día siguiente, ya lo tengo todo preparado. Tampoco es que tenga que llevar muchas cosas, en mi casa a las afueras de New Lake tengo de todo.

Valentina me ha confirmado a primera hora que Mateo ya tiene listo todo el material que debemos llevarnos.

Dylan se va a quedar a cargo de Marty esta semana. Mi gato profesa el mismo odio por él que por mí, así que mi ausencia no va a suponerle un gran cambio.

No he tenido noticias nuevas de Daniela, aunque, visto lo visto, tampoco las esperaba.

Son las doce en punto y estoy en el aparcamiento del hotel esperando que ella y Mateo lleguen. McFly se ha quedado en el garaje porque en el maletero iba a ser imposible meterlo todo, así que he cogido mi Lincoln Navigator, en el que no creo que vayamos a tener problemas de espacio.

—¿Qué tal, Cara Acelga? —me saluda Mateo, que llega solo y cargado con un montón de maletas que supongo que serán los equipos que voy a necesitar.

—Hola, y no me llames así. ¿Esto qué es? ¿Pretendes convertir mi casa en un estudio de Hollywood? —pregunto señalando todo lo que trae.

—No te asustes, que parece mucho, pero es muy fácil de usar. Falta lo que traiga Daniela, pero creo que son dos maletas. Aunque dudo que vayáis a tener problema de espacio. Joder, esto es enorme —dice haciendo referencia al maletero cuando empieza a meter el material en su interior.

—Me lo suelen decir mucho. —Le guiño un ojo—. Y, por cierto, ¿dónde está? Me ha extrañado que no vinierais juntos.

—¿Dani? Ahora baja, no te preocupes, Romeo. Por cierto, ¿todo bien entre vosotros?

Noto cierta inquietud en su pregunta, como si esperara algún tipo de confirmación por mi parte. No sé qué sabe, así que opto por mentir.

—Sí, ¿por qué? ¿Te ha dicho algo? —tanteo.

—No, por eso te lo pregunto a ti.

—Pues, en ese caso, sí, todo perfectamente.

—Mira, por ahí viene la rubia.

Me doy la vuelta para comprobar que en efecto es de Daniela de la que habla. Ella se acerca con dos maletas tal y como ha comentado Mateo. Intento ayudarla, pero se niega.

—Puedo sola. Gracias —dice pasando por delante de mí sin detenerse.

—Ya lo sé, solo estaba tratando de... Bueno, da igual —corto la frase en un susurro siguiendo sus pasos hacia el coche.

—Avísame cuando llegues, Dani. Te he dejado un regalito en la maleta de maquillaje —agrega Mateo haciéndole un guiño, y ella pone los ojos en blanco acompañando el gesto con un suspiro.

—Sí, os aviso en cuanto lleguemos, no te preocupes. Y tú, cuando aterricéis mañana en Los Ángeles, avísame también —responde abrazando a su amigo mientras se despiden.

—Pues nada, chicos, disfrutad de estos diítas —se despide Mateo con una amplia sonrisa socarrona.

—Nos vemos —contesta ella subiéndose al coche por el lado del pasajero.

—Adiós —digo mientras abro la puerta de mi lado.

—¿Enzo? —me llama Mateo, y me doy la vuelta para saber qué quiere.

—Dime.

—Cuídala, ¿vale? —me pide a modo de advertencia. No sé con quién coño se piensa que está hablando, pero precisamente no soy

yo el que la ha dejado sola a su suerte en más de una ocasión.

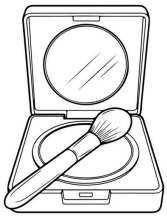
—Adiós, Mateo —me despido sin contestarle, y subo al coche.

Meto la llave en el contacto y arranco ante la atenta mirada de unos ojos marrones.

Empieza el viaje.

25

Road Trip



Daniela

Hemos salido de San Francisco y estamos ya en la autopista. No hemos hablado prácticamente nada desde que ha empezado el trayecto, y el ambiente no puede estar más enrarecido, es asfixiante. Sin embargo, estoy cabreada y quiero que se note, que lo sepa y que le quede claro que, aunque he aceptado hacerme cargo del trabajo, no voy contenta.

—¿Quieres poner algo de música? —pregunta Enzo, rompiendo así el silencio.

—No —digo tajante. La música podría mitigar la incomodidad que está claro que siente, y no me da la gana.

Él me ha elegido a mí para que lo acompañe, pues bien, ahora que se aguante y acarree con las consecuencias.

—Daniela, ¿piensas estar así todo el viaje? Faltan varias horas para llegar, y creo que deberíamos intentar que esto fluya de otra manera.

—¿Qué pasa? ¿No disfrutas de mi grata compañía? ¿Qué creías que iba a pasar, Enzo? Si pensabas que iba a estar encantada con esto, estabas muy equivocado —contesto con sarcasmo.

—Daniela, soy muchas cosas y la puedo cagar un millón de veces, pero esta vez la que se está equivocando eres tú. Y si me dejaras, te lo podría explicar.

—Pues no, no te dejo.

Ante mi respuesta, él agarra fuerte el volante y tensa la mandíbula.

—Pues vas a tener que oírlo, aunque no quieras —replica—. Porque lo que estás pensando no es lo que ha sucedido. No haría eso, Daniela. No obligaría a nadie a hacer nada que no quisiera, y tú ya me has dejado clara cuál es tu postura con respecto a nosotros.

—Oh, sí, por supuesto... Y, entonces, ¿por qué sugeriste mi nombre? Qué casualidad, justo después de los mensa... —Me interrumpo antes de decirlo, tomo un poco de aire y sigo—: Justo después de que te dijera que nos relacionáramos solo en el ámbito profesional. Yo creo que no hay mucho que aclarar, ¿no te parece? Está todo cristalino. Tuviste una pataleta porque te rechacé y has movido los hilos para que pasemos unos días solos. No soportaste que no supiera quién eras, y no has soportado que te haya dicho que no.

Enzo suelta una carcajada cargada de frialdad ante mi retahíla de palabras, lo que me hace empezar a dudar de si lo que estoy diciendo es realmente cierto.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Crees que soy capaz de hacer algo así? ¿Para qué? ¿Para vengarme porque no supiste quién era la primera vez que nos vimos? —pregunta, y su tono denota un ligero dolor.

—¡Sí! —afirmo levantando la voz. El corazón me va a mil por hora, y creo que me he pasado un poco al decirle todas esas cosas, porque en realidad no, no creo que sea así, o por lo menos no del todo. Pero ya es tarde para no hacerme cargo de lo que acaba de salir por mi boca.

—¿De verdad piensas que debo hacer estas mierdas para echar un polvo? ¿O que tengo la mente tan retorcida como para manipular a todos y así poder llevar a cabo una absurda venganza en tu contra?

—Yo... —No soy capaz de añadir nada más, porque en estos momentos me siento ridícula por haber montado este lío.

—Si fueras otra persona, seguiría dejando que lo pensaras, pero, joder, no me sale de los cojones que tú creas algo que no es verdad. Estoy harto de callarme. No, Daniela, no te propuse a ti después de decirte que me muero por tener una cita contigo, y ni mucho menos lo decidí cuando me dijiste que preferías no mezclar las cosas. ¿Me jodió? Sí, pero lo acepté. Nunca usaría mi posición para obligarte a hacer nada. A Valentina le di tu nombre poco después de empezar la grabación, fue una sugerencia y no una imposición. Ella me preguntó si ya tenía a alguien en mente cuando hubiera que grabar en mi casa y le di el tuyo.

—¿Por qué?

Enzo se queda callado y mi pregunta queda suspendida en el aire. Parece que la valentía que lo apremiaba hace unos minutos se ha esfumado como la arena de la playa entre los dedos. No responde, tiene la mirada fija en la carretera y está agarrando el volante con ambas manos.

Pone música y «Nothing Breaks Like a Heart» en la versión de Damiano David comienza a acompañarnos en esta conversación que ha terminado casi antes de empezar. En la que parece que aún quedan cosas por decir y silencios por llenar.

Da un golpe en el volante, quita la canción justo después del primer estribillo y resopla. Lo miro y oigo cómo el cuero del volante suena con el duro roce de sus manos. Se está debatiendo entre si decir algo o no.

—Enzo...

—Me calmas.

Ambos hablamos a la vez, empastando nuestras voces. Yo pronunciando su nombre y él soltando dos palabras que creo que no he oído bien.

—¿Cómo? —pregunto esperando que lo repita y no quede en el aire lo que acaba de decir.

—Me calmas, me das paz, yo qué sé..., llámalo como quieras. Por eso le sugerí tu nombre a Valentina. Porque, si tenía que elegir a alguien del equipo para dejarlo entrar en mi casa, serías tú. No me volvió a preguntar ni hemos vuelto a hablar del tema hasta ayer, y pensé que, si me echaba atrás, si decía que no quería que fueras tú, podría meterte en un lío, y por eso no dije nada. Pensaba que serías tú la que diría que no, pero en cambio aquí *estamos* —recalca esa última palabra para que quede claro que no solo ha sido cosa suya —. No me culpes de algo de lo que no soy el único responsable, Daniela.

—Yo...

—Sé la imagen que doy al resto del mundo, llevo años construyéndola yo mismo. No dejo que nadie se acerque más de la cuenta. Odio ser el centro de atención, pero tengo el trabajo que tengo. Responsabilidades que debo atender y el puto foco mediático apuntando en mi nuca, esperando a que me salga un poquito de mi estricta vida. Tengo varios motivos por los que acepté hacer este documental. Pero no me está resultando fácil. Y llegaste tú sin tener ni puta idea de quién era yo y, joder, me gustó sentirme normal. Me

gustó ser solo Gabriel. No me molestó cómo actuaste, Daniela, todo lo contrario. Devolviste algo a mi interior que no sabía que era posible recuperar. Pero supongo que recogemos lo que sembramos, y no hay nada que pueda hacer para que tu opinión sobre mí cambie. No te preocupes, el primero que se odia a sí mismo soy yo.

Miro al hombre que acaba de decirme todas esas cosas y me siento avergonzada por haberlo juzgado sin tener todos los datos, por haber pensado siquiera que fuese capaz de hacer algo tan ruin. Enzo vuelve a poner la música, sube bastante el volumen, aunque no resulta molesto, y yo me quedo en silencio pensando en todo lo que me acaba de decir, pero sin saber qué puedo añadir.

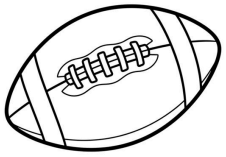
La he cagado.

La he cagado mucho pensando cosas que no son y no dejándolo explicarse ayer. Dando por sentado otras solo porque él es quien es, sin conocerlo, sin que me haya dado motivos.

Recuerdo cuando hace un año tampoco me dejaron dar mi versión y todos creyeron unas imágenes sacadas de contexto que nada tenían que ver conmigo. No sé cómo, pero debo arreglar esto. Tengo unos días para hacerlo. ¿Lo conseguiré?

26

Silencios y espaguetis fríos



Enzo

No aguantaba más, todo lo que le he dicho me ha costado mucho soltarlo, pero ahora me siento más liberado. Parece que le estoy cogiendo el gusto a no callarme. No podía soportar que Daniela pensara esas cosas de mí. El resto del viaje lo hacemos en silencio y, unas horas después, llegamos a New Lake.

Es una ciudad que me gustó desde el momento en que puse un pie en ella. Playa, el rollito sano del surf y buen tiempo casi todo el año... Me compré un terreno alejado del bullicio y mandé construir una casa en la que poder refugiarme de todo y de todos. No paso aquí todo el tiempo que me gustaría, pero cuando todo acabe lo más seguro es que termine instalándome de forma definitiva.

Abro el portón que da acceso al interior del terreno y aparco el coche en la entrada. Me siento en la obligación de no ser un cretino y enseñarle el lugar donde va a tener que estar estos días. No quiero

que se sienta mal y, en la medida de lo posible, me gustaría que estuviera cómoda.

Daniela se baja del coche y se dirige al maletero para coger sus cosas.

—No, déjalo, por favor —le pido agarrándola de la mano de manera sutil—. Ya lo meto todo yo. Primero quiero enseñarte la casa para que puedas descansar.

Ella me mira y se para a mi lado.

—Vale, como quieras —casi susurra en un tono apagado.

Entramos por la puerta principal y me sigue de cerca en silencio. No me gusta verla tan taciturna.

—Este es el salón, con acceso al jardín trasero. —Señalo las puertas de cristal que dan al porche y a la piscina.

—Ajá —asiente sin mucho entusiasmo.

—Por aquí está la cocina, y por ese pasillo de allí se va a las habitaciones. La casa es de una sola planta. —No sé por qué digo esto último, porque es algo obvio.

Abro la puerta de una de las tres habitaciones y se la enseño esperando que le guste, porque he pensado en esta para ella.

—Si te gusta puedes quedarte aquí, si no, te enseño la otra. Las dos tienen baño propio, pero esta da también al jardín y tiene más luz natural. He pensado que quizá te gustaría más.

—Sí, es perfecta, gracias.

—La contigua es la mía. Voy a por las maletas, ahora vuelvo. Siéntete como si estuvieras en tu casa, Daniela.

Me voy mientras la dejo en la habitación mirándolo todo.

Cuando vuelvo, está en la puerta de la entrada, esperándome. Lo dejo todo justo al lado y cierro. Daniela coge la maleta con su ropa y la otra la deja junto con el material de grabación.

—Voy a refrescarme un poco y a ponerme más cómoda. Gracias, Enzo.

—¿Tienes hambre? Había pensado hacer algo de pasta.

Ella se da la vuelta para responderme.

—Sí, claro, lo que hagas estará bien —me contesta sonriendo tímidamente.

Esto no está yendo como esperaba y me genera un mar de dudas. Lo último que quiero es que se sienta incómoda. No aquí, no conmigo. Se marcha y yo me quedo embobado mirando cómo se aleja. La conversación ha sido algo tensa para los dos, pero confío en que la cosa cambie con el paso de los días.

Antes de venir he llamado al servicio de limpieza que se encarga del mantenimiento de la casa mientras no estoy. Quería que lo dejaran todo perfecto para nuestra llegada y, ya de paso, que llenaran la nevera y la despensa con cosas que podrían gustarle a Daniela.

La cocina no es lo mío, solo sé hacer dos cosas más o menos bien: pasta en casi todas sus versiones y huevos revueltos. En el equipo, los nutricionistas nos dan las dietas con los alimentos que podemos —y debemos— comer, y casi siempre suelo contratar a un chef privado que se encargue de dejarme la comida de la semana preparada.

Termino calculando fatal y haciendo tal cantidad de comida que podrían alimentarse seis personas como mínimo. Pongo la mesa y espero a que Daniela salga de su habitación.

Después de más de quince minutos esperando, decido acercarme. Llamo a su puerta suavemente, pero no obtengo respuesta. Pego la oreja y no oigo ningún ruido dentro. Vuelvo a llamar más fuerte, porque quizá no me haya oído, pero nada. Así que decido entrar.

—¿Daniela?

Veo que está en la cama, hecha un ovillo y dormida profundamente. Lleva puesto un pijama azul, así que después de cambiarse debe de haberse tumbado a descansar un rato y habrá caído agotada por el viaje.

Voy al salón y cojo una manta del aparador blanco que está junto a la televisión y vuelvo a su habitación para ponérsela por encima. Cuando la tela toca su cuerpo, se mueve un poco, pero no se despierta. Cierro las cortinas y salgo.

Me siento a la mesa y como los espaguetis fríos. Cuando termino, cojo lo que ha sobrado de la comida, lo pongo en un táper y lo meto junto con su plato en la nevera. Apago las luces y me voy a mi cuarto.

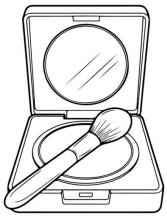
Al final, el día ha sido largo de narices, y mi cuerpo me pide a gritos dormir o por lo menos intentarlo, hasta que las pesadillas decidan lo contrario.

Salvo por lo pesado del viaje, el dolor que suele acudir a mí no ha venido y no he tenido que tomarme las pastillas, aunque sé que es muy posible que esta situación no vaya a durar mucho. Pero ahora mismo me da algo de paz.

Cierro los ojos y mi cuerpo se relaja, hasta que mi mente y la oscuridad vuelven a transportarme al pasado.

27

El silencio a veces grita



Daniela

Me siento como en una nube, y el suave tacto que noto encima de mi cuerpo es muy placentero. Un dulce olor me invade de pronto y un suspiro escapa de mis labios. Huele a algún tipo de suavizante que me relaja, pero que no reconozco. Me encuentro en un estado de duermevela cuando me doy cuenta.

Abro los ojos rápidamente y solo hay oscuridad. Busco por inercia la mesilla del hotel para comprobar mi móvil, pero no estoy en mi habitación. Me levanto y me cuesta unos segundos recordar dónde estoy. Debí de quedarme dormida después de la ducha, genial.

Salgo de la habitación intentando hacer el menor ruido posible. Busco a tientas el interruptor de la luz, pero no tengo ni idea de dónde está, así que vuelvo sobre mis pasos y cojo el móvil para alumbrarme con la linterna.

Llego a la cocina y veo que está todo recogido (lógico, son las tres de la mañana). Mis tripas se quejan porque no he cenado. Recuerdo

que Enzo me dijo que iba a hacer pasta y, con la promesa de ese plato, mi estómago vuelve a rugir. Enciendo la luz de la campana extractora y la estancia se ilumina de una manera tenue. Busco la nevera, porque la cocina está panelada, y, cuando la encuentro, la abro. Veo un plato lleno hasta arriba con una nota delante escrita con una letra redonda y muy bonita:

Por si te despiertas con hambre.

Lo cojo, junto con un tenedor, y me apoyo en la encimera para disfrutar de la comida. Sí, soy de esas personas que prefieren comer tanto la pizza como la pasta frías. Escuchamos, pero no juzgamos. Enrollo los espaguetis y me los meto en la boca, están muy ricos y mi cuerpo agradece el bocado.

—¿No prefieres calentarlos un poco? —Me sobresalto al oír una voz ronca y veo la silueta de un cuerpo en penumbra que se acerca a mí.

—Joder, qué susto me has dado —le contesto.

Cuando la luz lo ilumina, veo que Enzo va sin camiseta, con tan solo unos pantalones de pijama que le quedan amplios. Está algo despeinado. Debo de haberlo despertado con mi excursión nocturna a la nevera.

—Perdona, no pretendía...

—No te preocupes, estás en tu casa. Me gustan así, fríos. Están buenísimos —le digo cuando termino de tragar el bocado que tenía en la boca—. Me quedé dormida al salir de la ducha. Lo siento, no quería despertarte.

—Ya me di cuenta al ir a buscarte para cenar. No pasa nada, estaba despierto.

—¿A estas horas? Pensaba que estarías dormido ya.

Me tranquiliza saber que no he sido yo la causante.

—Y lo estaba, pero me he desvelado —confiesa mientras mira el plato que reposa en mis manos.

—Yo, como ves, tenía hambre.

Su mirada me recorre y va subiendo lentamente, hasta que sus ojos entran en contacto con los míos.

—Me están entrando ganas de comer a mí también —suelta sin poder esconder una sonrisa. Un mechón de pelo cae por encima de su frente y se lo echa hacia atrás, consiguiendo que los músculos de su torso se tensen y que yo me quede con la boca seca al verlo.

Intento ordenar mis ideas y cambiar de tema, llevo desde que hemos dado por finalizada la conversación del coche con una bola de palabras que necesito decirle.

—Enzo, yo... siento mucho haberte juzgado de esa manera sin saber todo el contexto de la historia. No debería haber dado por sentado nada, debería haberte escuchado. Me siento un poco tonta ahora mismo, porque no era mi intención hacerte sentir mal. En realidad no pienso lo que te he dicho, solo estaba enfadada.

A pesar de que he soltado todo lo que sentía, no logro deshacerme por completo del nudo que tengo dentro.

—No pasa nada. Acepto tus disculpas. —Sus palabras suenan sinceras y sin un ápice de rencor.

—No quiero estar mal contigo, ni tener esta sensación oprimiéndome el pecho —confieso moviéndome un poco y protegiéndome de la tenue luz que nos ilumina.

Las palabras sinceras, las difíciles, siempre son más fáciles de decir cuando no sientes el foco cegador encima de ti.

—De verdad que ya está, deja de darle vueltas. Por mí, todo olvidado —repite tranquilizándome.

Siento que necesito explicarle algo más. Necesito que sepa por qué me siento tan mal por lo que ha ocurrido entre nosotros.

—No, no está. Hace un año pasé por una situación horrible que hizo que todo mi mundo se viniera abajo. La cosa terminó por descontrolarse y se sacó de contexto. Mi vida cayó con la misma facilidad que cae un castillo de arena cuando la marea sube. Me quedé sin trabajo, sin «amigos», y, como consecuencia, sin vida social. Este es mi primer empleo desde aquello y necesito que salga bien. Es mi última oportunidad para dejar atrás lo que pasó. Sé lo que es que nadie confíe en ti, que te juzguen sin dejarte explicar tu realidad. Y sentir que te he hecho lo mismo... No, no puedo... De verdad que lo siento mucho, he sido muy injusta contigo —confieso al fin, aferrándome al plato como si fuera una especie de escudo mientras bajo la mirada.

Enzo me lo quita de las manos y lo deja en la encimera. Me levanta la cabeza cogiéndome con suavidad por el mentón y su tacto hace que un escalofrío me recorra entera.

—Daniela, te he dicho que está todo bien. No pasa nada, ¿vale? Por mi parte está todo aclarado y olvidado. Es normal, han sido muchas casualidades y sin tiempo para poder analizarlo todo. Pero no te martirices, por favor. No por esto.

—Vale —acepto, y algo en mi interior se calma. ¿La culpa? Puede ser.

Enzo me tiene atrapada entre su cuerpo y la encimera, pero no me siento en absoluto acorralada, todo lo contrario. Nos miramos a los ojos sin decir nada más. Nos tentamos en silencio. Un silencio que grita lo que ambos sabemos. Yo, por miedo a que las cosas se compliquen más y él, respetando mi decisión.

—Daniela —dice mientras yo trato de recordar que ese es mi nombre.

—¿Sí? —contesto intentando levantar un poco la voz, pero lo que consigo es que de mi boca salga un gallo ronco.

—Será mejor que volvamos a nuestras habitaciones e intentemos descansar. Mañana toca montarlo todo para empezar a grabar, y algo me dice que Valentina estará pendiente de saber cómo vamos.

—Tienes razón.

Enzo se separa dejándome libre y un incómodo frío me abraza. No debería sentirme así por su lejanía, pero creo que ya no soy dueña de mi propio cuerpo.

—Gracias por la cena.

—De nada.

Cuando estoy a punto de entrar en mi habitación y Enzo en la suya, él se para y se gira para mirarme de frente.

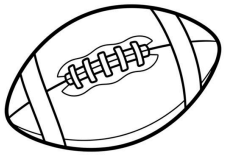
—Descansa, *Mia* —me dice acompañado de una sonrisa que derretiría hasta el jodido iceberg que hundió el Titanic.

—Descansa, *Gabriel* —le digo yo con sorna mientras me meto en la habitación y cierro la puerta.

Se podría decir que hemos superado la primera noche, pero si esto ha sucedido en tan solo unas horas que llevamos juntos, empiezo a temer cómo será cuando tengamos que pasar tiempo el uno con el otro. Trabajar juntos mano a mano, sin nadie más. La idea me pareció mala cuando me la propusieron, pero ahora estoy viendo con una claridad apabullante que no ha sido mala: ha sido pésima, y no sé si saldré de una pieza cuando todo esto acabe.

28

Confesiones tras la pared



Enzo

Tengo todas las maletas abiertas y desperdigadas por el salón. Llevo un rato delante de ellas, mirándolas sin saber por dónde cojones empezar. Hay trípodes, varias cosas blancas de plástico —que reconozco haber visto antes, pero no sé cómo se llaman—, alguna cámara pequeña y micrófonos.

Resoplo porque no tengo ni idea de cómo usar todo esto ni dónde debo colocarlo. Y justo así es como me encuentra Daniela cuando sale de su habitación.

—Impone, ¿verdad? —me pregunta con las manos en la cintura.

—No sé qué tengo que hacer con todo esto, espero que tú sí, porque si no me temo que, cuando Valentina nos llame para ver cómo vamos, tendré que decirle que soy un inútil y que abandono el barco.

—Bueno, entonces debe de ser tu día de suerte, porque tienes delante a la persona que va a salvar tu culo. —Sus palabras me

calman, y ella me dedica una dulce sonrisa.

Está preciosa recién levantada. Lleva un moño despeinado y tiene los labios hinchados por las horas de sueño. Aún no se ha cambiado de ropa y lleva el mismo pijama azul con el que la encontré dormida en la cama.

—Joder, menos mal —resoplo aliviado.

—¿Pensabas que tenías que hacerte cargo tú solo de montar un equipo del que claramente no ibas a saber nada?

—Yo qué sé...

—Tú propusiste que viniera yo, pero Valentina y Mateo sopesaron las opciones. Si no hubieran estado seguros de que sabría qué hacer con todo esto, no habrían dado el okey.

—Tiene sentido, sí.

—¿Has dormido bien?

—¿Por? ¿Tan mala cara tengo? —bromeo.

—No, no quería decir eso.

—Lo sé, Daniela, solo estaba de coña. He dormido bien, para ser yo.

La realidad es que, desde que nos despedimos en la puerta de nuestras respectivas habitaciones, debí de pegar ojo un par de horas más a lo sumo. He perdido la cuenta de los años que llevo sin dormir más de ese tiempo seguido.

—Descansas poco, ¿verdad?

—¿Y tú? ¿Has estado cómoda en tu primera noche? —me intereso pasando por alto lo que me acaba de preguntar, porque no sé qué contestarle sin entrar en explicaciones que no me apetece dar.

—La verdad es que sí, esa cama es como estar en una nube.

—Me alegro. ¿Quieres café? He hecho una cafetera cuando me he levantado, sírvete una taza. Hay infusiones, matcha y alguna cosa

para comer, por si te apetece... Como no sabía qué sueles desayunar, pedí que compraran un poco de todo.

—Café está bien, gracias.

Se va hacia la cocina y yo miro de nuevo las maletas llenas de cosas, esta vez más tranquilo al saber que no tengo que ocuparme solo de montar todo esto.



Pasamos más de medio día decidiendo dónde colocarlo todo. La destreza de Daniela sobre qué puntos de mi casa tienen mejor iluminación y sobre a qué altura deberíamos colocar las cámaras para conseguir el mejor plano me deja totalmente asombrado. Pese a que, *a priori*, este no es su trabajo, se nota que lleva años empapándose de todo lo que la ha rodeado en los proyectos en los que ha trabajado. Yo, en cambio, me he sentido bastante inútil sin mucho que aportar.

Valentina nos ha llamado hace un rato para saber cómo íbamos y para informarnos de que esta noche nos pasará el *briefing* con el guion. Deberían habérnoslo enviado por la mañana, pero nos ha dicho que le ha sido imposible tenerlo listo a primera hora.

Hemos hecho algunos planos de prueba en el jardín para ver cómo quedaban y poder instalar un set fijo ahí. Hemos marcado con cinta amarilla los lugares donde deberán ir el trípode y la silla. También hemos colocado puntos de grabación en el gimnasio de la casa, que le he enseñado hoy, y hemos dejado alguna cámara de acción al alcance para grabar recursos allí. Pero hasta que nos

lleguen las indicaciones de Valentina no podremos adelantar nada más.

—Bueno, pues ya está todo listo. —Sacudo las manos como si no nos hubiera llevado apenas esfuerzo y no nos hubiéramos tirado horas colocando y descolocando todo.

—Y has aprendido un montón sobre material audiovisual, ¿verdad? Soy una buena maestra —añade satisfecha.

—Sí, es mucho más fácil decir *«softbox»* que «pantallas de plástico blanco». Lo siguiente, una clase de maquillaje, por favor. Y así quizá pueda robarte el puesto cuando deje la NFL.

—Ni lo sueñes, mantente alejado de mis brochas o desatarás mi furia —me amenaza mientras entorna los ojos, intentando parecer agresiva pero consiguiendo justo lo contrario.

—Frena un poco, fiera. Dejemos las amenazas lejos de la paz de mi hogar.

Le empieza a vibrar el móvil y mira la pantalla con el ceño fruncido.

—Es Mateo, tengo que contestar.

—Claro.

—Hola, ¿qué tal todo por ahí? —pregunta al responder y llevarse el teléfono a la oreja.

La veo cómo se aleja directa a su habitación.

Se me hace extraño lo fácil que me resulta estar con ella, consigue que me evada de mi realidad. Estoy empezando a ablandarme.

Me resulta muy raro darme cuenta de cómo mis pensamientos cambian y se vuelven de otro color menos oscuro cuando Daniela está cerca.

La tarde está cayendo y en todo el día solo hemos parado diez minutos para comer algo rápido. Nos merecemos un descanso, y se

me ocurre que quizá le apetezca picar algo y tomar una copa de vino en el jardín porque fuera hace buena temperatura. Cuando termine de hablar por teléfono, le preguntaré qué le parece la idea que acabo de tener. Lo iría preparando, pero no quiero hacerla sentir incómoda y prefiero preguntárselo antes.

Saco un vaso del armario y lo lleno de agua, pero justo antes de darle un trago me quedo paralizado. Un dolor intenso y punzante me recorre la rodilla, sube por la pierna como una descarga eléctrica y hace que el vaso se deslice por mi mano y se haga añicos en el suelo. Joder, ha sido tan fuerte que aún noto espasmos en la parte de mi cuerpo donde siempre se origina la molestia. Lo que me pone en alerta es que este episodio no ha sido como los de las otras veces, ha sido diferente. Me agarro con fuerza a la encimera y respiro lo más profundo que puedo, esperando que el dolor cese del todo. Cuando consigo recomponerme y mi respiración se vuelve más pausada, me doy cuenta de que me he mojado entero con el agua, pero antes de ir a cambiarme de ropa voy a recoger este desastre. Cuando me aseguro de que no queda ni un solo cristal en el suelo, lo tiro todo a la basura.

Por suerte, parece que Daniela no se ha dado cuenta de lo que ha sucedido, porque si no seguro que habría aparecido por aquí. Prefiero que sea así, es lo mejor.

De camino a mi habitación, veo su puerta entornada, y ella sigue hablando por teléfono. Escuchar conversaciones ajenas no es lo mío, así que hago caso omiso y entro en mi cuarto.

Me quito la ropa y la tiro al suelo, cojo unos pantalones cortos de deporte y una camiseta básica negra y me los pongo.

Mis pensamientos me llevan de nuevo al episodio que he vivido hace unos minutos. Debería llamar y avisar, porque, a juzgar por la intensidad del dolor, parece que ha empeorado, pero sé cuál será la

respuesta. El tiempo se acaba y esto es solo un nuevo aviso de mi puta realidad.

Salgo del bucle en el que me he metido mientras recojo el montón arrugado de prendas que hace unos minutos he dejado en el suelo. Lo llevo al baño para meterlo en el cesto de la ropa sucia y cojo el bote de pastillas para tomarme una cuando unas voces llaman mi atención. Es Daniela, hablando por el altavoz con Mateo. Mi cuarto de baño da pared con pared con su habitación y se oye todo de manera nítida.

Oigo cómo su amigo dice no sé qué de «Cara Acelga»... ¿Están hablando de mí?

—Joder, Mateo. Ya hemos hablado de eso, ¿no?... Bueno, sí, ¿y qué?

—Que deberías hacer algo... Cara Acelga está muy bueno, y yo creo que tú también le pones, no hay más que ver cómo te mira. Por mucho que digas que no, sigo pensando que me ocultas cosas.

Con esto me queda claro que Daniela no le ha contado nuestro pequeño intercambio de mensajes ni nada de lo que hemos hablado después.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Lanzarme a por él y luego, ¿qué? Las cosas no son tan fáciles, y tú lo sabes mejor que nadie.

—Así que ¿no lo niegas?

—¿El qué?

—Que te gusta y que han pasado cosas.

—Estoy hecha un lío.

«Pues ya somos dos, Daniela».

—Estás hecha un lío, pero no niegas que ha pasado algo. ¿Dani?...

—Ya sabes que mentir no se me da nada bien.

—Joder, lo sabía. Soy tu mejor amigo y me escondes algo tan importante. Me siento ultrajado ahora mismo.

Por la forma de decirlo, Mateo está intentando sonar ofendido, pero se nota que sabe que su amiga está a punto de ablandarse y confesar.

—No es lo que piensas.

—Pues entonces cuéntamelo...

—Puede que después de la noche de fiesta, intercambiáramos algún mensaje.

«Ahí está...».

—Algún mensaje del tipo... ¿mensajes guarros?

—No... No de ese tipo que estás pensando.

—Pero sí admites que habéis tenido una especie de acercamiento.

—Algo así, tonteamos un poco y nada más.

—¡ERES UN PUTÓN! —Las carcajadas de su amigo retumban en las paredes de mi cuarto de baño.

—Calla, joder, no grites, que te va a oír. Tengo el altavoz puesto.

Ya es tarde para eso.

—Pues por si acaso me está oyendo: Enzo Silva, tú también eres un PUTÓN. Fóllate de una vez a mi amiga, que está necesitada.

Me tenso al oír mi nombre y me siento como un niño pequeño al que acaban de pillar robando chocolate a escondidas. No quería, pero me he quedado hipnotizado escuchando la conversación. El toque de atención de Mateo me ha hecho volver a la realidad, y decido salir del baño.

Mientras me alejo oigo cómo ambos estallan en carcajadas.

Una vez que estoy fuera finjo que toso de manera exagerada para que Daniela sepa que estoy aquí. Llamo a su puerta y asomo la cabeza.

—Hola, Enzo. Dame un segundo —me saluda mientras veo cómo coge el teléfono y se lo lleva a la oreja—. Mateo, te dejo, ¿vale? Luego hablamos.

Yo espero mientras ella se despide de su amigo.

—Ahora sí, perdona. ¿Querías algo? —pregunta mirándome de arriba abajo—. ¿Te has cambiado de ropa?

—Qué observadora. He tenido un pequeño percance en la cocina, nada importante. Me preguntaba si te apetecía tomar algo en el jardín.

—¿Contigo?

—Hasta donde yo sé, no hay nadie más en la casa.

—No, no quería decir eso. Estaba descentrada, perdona —se excusa viniendo hacia mí—. Sí, claro que me apetece.

—Vale, pues voy a prepararlo todo. ¿Te gustan el queso y las uvas?

—Sí.

—Perfecto —asiento mientras ambos nos dirigimos hacia la cocina.

Salgo al jardín y dejo las copas, el vino y el queso francés *morbier*, que vamos a acompañar con unas uvas que lleva Daniela en la mano y unos *sticks* de pan. Lo dejamos todo en la mesa, nos sentamos en las sillas de ratán y luego abro la botella de vino blanco. Sirvo un poco en las dos copas, aunque yo no voy a beber, y le acerco una a Daniela.

—Gracias. —Se la lleva a los labios y le da un sorbo—. Mmm..., está muy rico.

—Dáselas a Dylan cuando lo vuelvas a ver. Él es el entendido. Tiene acciones en StoryBook Envy Wines, un viñedo en Calistoga. Le encanta todo el tema de la enología.

—Aunque él haya elegido el vino, tú me lo has servido y has tenido esta idea, así que prefiero dártelas a ti, Enzo.

—Después del día que has tenido, era lo menos que podía hacer. No suelo disfrutar mucho del jardín cuando vengo aquí.

—Pues deberías, las vistas son impresionantes y se respira mucha paz.

—No es lo mismo cuando estás solo.

—No me irás a soltar ahora el rollo de que nadie salvo yo ha venido a tu casa, ¿verdad?

Niego con la cabeza, y ella suelta una risita.

—Mi madre y Dylan han estado aquí, pero salvo ellos, nadie más.

—¿Te llevas bien con ella? —me pregunta llevándose la copa de vino a los labios de nuevo.

—¿Con mi madre? Sí, pero no vive aquí. Es italiana y, en cuanto me lo pude permitir, le compré una casa allí. Nunca fue del todo feliz aquí y yo no podía pasar mucho tiempo con ella. En la medida de lo posible, quería guardar su anonimato. Una vez al año viajo a Manarola para pasar una semana con ella.

—¿No tienes a nadie más?

—Eres demasiado correcta preguntando. ¿Te refieres a mi padre?

Daniela asiente.

—Lo siento, no quiero ser indiscreta ni parecer una cotilla.

—No me molesta que me preguntes por mi vida. No llegué a conocerlo. Mi madre llegó aquí siendo muy joven, conoció a un hombre que se lo prometió todo y luego no cumplió nada. Se quedó embarazada de mí y, cuando el desgraciado lo supo, se marchó y la dejó tirada. Me sacó adelante ella sola. Se mataba a trabajar para que no me faltara de nada, o por lo menos nada esencial. Lo menos que podía hacer por ella era intentar que fuese feliz.

—Seguro que es una gran mujer, viéndote a ti, lo hizo muy bien. Aunque tienes tus cosillas. —Esto último lo dice entornando los ojos y soltando una risita.

—Se lo diré de tu parte.

Nos quedamos un rato en silencio, bebiendo y comiendo. El sol empieza a esconderse en el horizonte y comienzo a notar un calorcito especial en mi interior que hacía mucho que no sentía.

—Espero que te quede un hueco para algo más. —Saco un paquete de detrás de la silla.

—¿El qué? —Muevo lo que he reservado para el final, le enseño la bolsita naranja de Reese's en miniatura y Daniela abre mucho los ojos—. ¿De verdad? Son mis favoritos. ¿Cómo lo has sabido?

—Además de tener mis cosillas, también soy muy observador, y te he visto devorarlos medio a escondidas en los rodajes.

Verla comerlos es jodidamente sensual, incluso se le escapa un gemido de satisfacción con cada bocado que da. Joder, podría vivir en ese sonido el resto de mi vida.

Compartimos la bolsa mientras el tiempo pasa en silencio.

—El último Reese's por tus pensamientos —le propongo.

Daniela tantea mi mirada unos segundos y atrapa su labio inferior con los dientes.

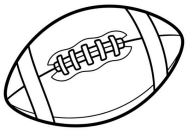
—Estaba pensando en cómo habría sido si Mia y Gabriel hubieran acabado juntos aquella noche.

Se levanta de la silla y se acerca a mí.

—Gracias —susurra en mi oído.

Acto seguido, me da un beso en la mejilla, me quita el último chocolate de la mano, se lo mete en la boca y se va, dejándome solo con la miel en los labios y totalmente desarmado.

Esta chica va a matarme.

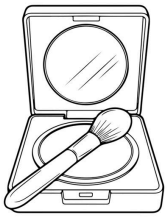


Cuando me meto en la cama, pienso que nadie, salvo Dylan y Archie, sabe la historia de mi madre. Lo mucho que sufrió por tener que criarme en el barrio donde vivíamos, por no poder darme la vida que ella pensaba que me merecía y por no poder pasar todo el tiempo que habría querido conmigo. Se deslomaba a trabajar para que yo tuviera ropa, una educación y comida que llevarme a la boca. Pero no era suficiente, y el sentimiento de culpa inundaba sus ojos azules. No obstante, yo siempre he valorado lo mucho que luchó por mí, lo mucho que lo sigue haciendo en la distancia, el amor que me da, todo lo que me enseñó que merecía la pena y lo que no.

Y, a pesar de su empeño, de su amor y de las lecciones que me transmitió sobre lo que realmente es importante, soy consciente de que, al final, terminé sucumbiendo a aquello de lo que ella intentó protegerme durante tantos años. Pese a eso, siempre ha estado de mi lado, sintiéndose orgullosa del hombre en el que me he convertido. Porque una madre es capaz de perdonárselo todo a su hijo.

29

No debería mirarle el culo



Daniela

La tarde de ayer fue casi mágica, me gustó mucho compartir ese momento en el jardín con Enzo, conocerlo un poco más, que me hablara de su madre, de su relación con ella y de cómo había sido su infancia.

Valentina nos envió un e-mail bastante extenso con las indicaciones de qué quería que grabáramos durante los días que vamos a estar aquí. Nada complicado ni demasiado personal. Yo, por mi parte, siento que estoy empezando a levantar las barreras en mi relación con Enzo. Y empiezo a dudar de si merecería la pena descubrir los «¿qué habría pasado si...?» en los que a veces me sorprendo pensando.

El protagonista de esos pensamientos está en el gimnasio grabándose, y voy hacia allí para ver si necesita algo. Me quedo embobada en el umbral de la puerta, mirando cómo sube y baja la pesa que tiene en una mano. Hay que ver lo bueno que está.

Observo cómo sus músculos se tensan cada vez que la sube y la baja y emite una especie de gruñido que me resulta de lo más sexy. Cuando se levanta para dejar la pesa en su sitio, me fijo en los pantalones de deporte que lleva y en que le quedan de muerte. Le hacen un culo que hace que mi mirada se centre en esa parte de su anatomía.

Mierda, no debería estar mirándole el culo.

—¿Te gusta lo que ves?

«Pillada».

—No, no estaba... —intento excusarme lo más rápido que puedo desviando la vista.

—Joder que no. No pasa nada, no me molesta que me comas con los ojos —aclara mientras se ríe y niega con la cabeza.

—¡NO TE ESTABA COMIENDO CON NADA! —exclamo levantando un poco el tono de voz.

—Ya lo creo que sí. Mira, acércate, justo aquí, ¿ves? Me falta un trozo —agrega señalándose el culo.

—Eres idiota.

—Y tú una mirona, señorita Miller.

—Bueno, vale. Tengo ojos y los uso. ¿Algún problema, señor Silva? —pregunto poniendo los brazos en jarras.

—En absoluto, puedes mirar todo lo que quieras. —Me dedica la sonrisa más juguetona que me han ofrecido en toda mi vida.

Siento que cada vez estamos entrando en terreno más pantanoso, y esta es solo la segunda mañana que compartimos juntos. Cuando estamos rodeados de más personas me cuesta menos mantener la mente fría y la distancia con él, no perder el foco, pero estando solos, me resulta más difícil separar ambas cosas.

—Venía para ver si necesitabas algo —le aclaro.

—Y, ya de paso, llevarte una alegría —me vacila con sorna. Desde que estamos aquí también estoy conociendo a otro Enzo, mucho más alegre y juguetón, y eso no está ayudando tampoco.

—Veo que te has levantado graciosito esta mañana, ¿no?

—Quizá...

—Bueno, ¿necesitas algo o no?

—¿Me puedes alcanzar esa toalla de ahí, por favor? —Señala un trozo de tela azul que está encima de una de las máquinas del gimnasio que justo me queda al lado.

—Sí, toma. —Se la lanzo en un burdo intento de darle con ella, pero la coge al vuelo—. Buenos reflejos.

—Si no los tuviera, no me pagarían lo que me pagan por hacer mi trabajo, Daniela. —Se seca con la toalla y se acerca a mí—. ¿Has desayunado?

—No, he venido directa aquí en cuanto me he levantado, ¿y tú?

—Primero entreno, luego desayuno.

—Podemos hacerlo juntos. —Enzo me mira con los ojos muy abiertos—. Desayunar, digo.

—Ya... —Suelta una risa por lo bajo que no me pasa inadvertida—. Lo que dijiste ayer ¿es verdad?

—¿Puedes ser un poco más específico? Digo muchas cosas.

Sé perfectamente a lo que se refiere porque ha sido un pensamiento recurrente a lo largo de la noche, pero me estoy haciendo la tonta.

—Sobre tus dudas de cómo habría sido pasar la noche conmigo cuando nos conocimos. —Directo y sin titubear—. Si hubiéramos sido Mia y Gabriel.

—Puede —pronuncio con mirada inocente. Pero de inocente, nada, soy culpable y estoy lista para que me lleven a la cárcel.

—¿Puede? Oh, venga, Daniela, no juegues conmigo. Porque yo lo estoy intentando, estoy intentando respetar tu decisión, pero si me dices esas cosas me lo pones jodidamente difícil.

—Ni yo misma estoy segura de que quiera que respetes mis decisiones. —Hale, ya lo he dicho—. Voy... voy a la cocina a preparar café.

Me doy la vuelta y salgo huyendo de allí porque no soy capaz de enfrentarme a mis palabras y necesito un poco de aire y mucha distancia. Soy una kamikaze que va directa a estrellarse contra un muro de contención, y por mucho que intento pisar el freno para parar, este no funciona.

Mi huida no resulta exitosa, porque no he llegado muy lejos cuando siento cómo una mano fuerte me agarra del brazo y hace que me detenga en seco.

—No, no te vas a escapar ahora, Mia —me susurra cuando ya me tiene bajo su cercanía, atrapándome con su cuerpo contra la pared.

—No me estoy escapando de nada, Gabriel. Como te he dicho, voy a hacer café. —Lo miro fijamente a los ojos intentando desafiarlo.

—¿Qué has querido decir con lo de que no estás segura de que quieres que respete tus decisiones?

—He querido decir justo lo que he dicho...

—No juegues más conmigo, porque no habrá un segundo aviso. La próxima vez que sueltes algo parecido a lo que acabas de insinuar no pienso controlarme tanto —me advierte.

—Creo que para eso ya es tarde —le confieso, porque a no ser que caiga un meteorito que haga que el mundo se detenga, veo cada vez más complicado que en estos días que vamos a pasar juntos y SOLOS no acabemos complicando las cosas entre los dos. La tensión que existe es innegable, y empiezo a estar un poco cansada de mantener las distancias.

Enzo está peligrosamente cerca de mí. Su piel está caliente después de entrenar y su mirada está clavada en mis labios y la mía en los suyos. Dios, creo que necesito besarlo. Necesito sentir su boca sobre la mía, sus manos sobre mi cuerpo, saber cómo se sentirá su barba rozando alguna parte sensible de mi piel... Espera, ¿barba?

—No te has afeitado —logro decir en un suspiro por su cercanía.

Enzo me mira sin saber muy bien por qué he hecho esa apreciación y luego sonríe de medio lado.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—No, bueno, sí. O sea, no, no es por eso... Mierda. Es por el rácord, idiota. Lo que hayas grabado durante la mañana no sirve si sales con barba, Enzo. Hay que seguir la misma estética para que no haya problemas luego en montaje a la hora de juntar las imágenes y no haya saltos de continuidad.

Aprovecho que mi contestación lo pilla desprevenido para zafarme y escapar por debajo de su brazo de la «cárcel Enzo» en la que me había encerrado.

—Mierda —suelta él.

—Sí, mierda. Aféitese, señor Silva. Voy a hacer café —agrego con una sonrisa triunfal mientras me alejo camino de la cocina.

—Daniela, no pienso dejar esto así.

—Tampoco pretendo que lo hagas.

Consigo salir airosa de la situación en la que yo solita me he metido, al menos por ahora.



Unos minutos después de nuestro intercambio de pensamientos peligrosos, o de los míos más bien, el olor a café inunda la estancia. Saco dos tazas del armario y lo sirvo. No tengo ni idea de cómo lo toma él, así que la lleno sin añadirle nada más. Al mío le pongo un poco de leche.

—¿Así que nada de lo que he grabado sirve? —me pregunta entrando en la cocina, afeitado y con el pelo mojado y peinado hacia atrás.

—Lo preguntaré, pero casi seguro que no —contesto negando con la cabeza—. Lo siento, ha sido fallo mío, debería habértelo dicho ayer cuando terminamos de montarlo todo.

—No pasa nada. Mejor habernos dado cuenta ahora. Por suerte, suelo entrenar dos veces al día, volveré a grabarme esta tarde y que así puedas seguir mirando también. —Levanta las cejas de forma sugerente.

Cuando se pone así no puedo contener que una sonrisa tonta invada mi cara.

—Que no te estaba... Mira, da igual. Toma —le digo pasándole la taza de café—. Como no sé cómo te gusta, no le he añadido nada.

—Gracias, lo tomo así, solo. —Lo miro haciendo un gesto que deja claro que ya lo suponía—. ¿Qué? No te sorprende, ¿verdad?

—La verdad es que no. Te pega bastante.

—Solo y amargo, ¿eh? —bromea acercándose la taza a la boca para darle un trago al café.

—Lo has dicho tú, no yo.

Ambos nos reímos a la vez. Yo habría dicho que le pegaba tomarlo así porque es intenso y puro, pero él ha preferido quedarse con la apreciación que hacen casi todos los mortales y no voy a llevarle la contraria por no subirle más el ego, que esta mañana parece estar en lo más alto.

Mi móvil, que está sobre la encimera, suena, avisándome de que me ha llegado un mensaje. Lo abro sin esperar lo que me voy a encontrar. Hay una solicitud en mis mensajes de mi cuenta privada de Instagram de una cuenta que no conozco. No tiene publicaciones visibles. Lo abro y me paralizo.

Es un clip corto pero que he visto tantas veces que me sé de memoria cada fotograma. Se me acelera el corazón y el estómago se me revuelve al ver la imagen que se repite una y otra vez. Soy yo y mi cara desencajada de aquel fatídico día. El minivídeo está acompañado por un mensaje claro y conciso: «El pasado siempre vuelve, Daniela».

Mierda, no tengo ni idea de cómo han encontrado esta cuenta ni de quién narices me está escribiendo este mensaje. Sin poder evitarlo, el móvil se me escapa de las manos y cae al suelo. Enzo me mira sin entender lo que está ocurriendo y, a una velocidad asombrosa, se sitúa a mi lado.

—¿Estás bien, Daniela? ¿Qué ha pasado? —me pregunta preocupado.

—Eh..., yo...

—Mírame. —Me coge con suavidad la cara para hacerme volver a la realidad. Levanto la mirada para encontrarme con la suya. Está preocupado, lo veo en sus ojos y lo noto en el tono de su voz.

—Tranquilo, es solo... —intento buscar una excusa creíble, pero no encuentro las palabras. Mi mente está en blanco y no tengo fuerzas para salir de aquí sin tener que explicarle lo que está sucediendo en realidad.

—¿Algo de tu pasado? —pregunta como si hubiera podido leer en mis ojos lo que mi boca no es capaz de pronunciar.

—¿Cómo lo sabes? —Lo miro sorprendida de que haya dado justo en el clavo.

—Porque esa es la misma reacción que tengo yo cuando me acuerdo del mío.

Y en ese preciso instante dejo que el pánico se vaya y decido que ya es hora de dejar de esconderme por algo que, aunque no debería haber ocurrido, ocurrió. Y aunque no fui la única responsable, tuve que cargar con la culpa y la vergüenza.

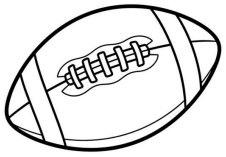
—¿Te importa si vamos fuera? Necesito tomar el aire.

—Claro. Ya llevo yo esto. —Señala con la cabeza mientras coge las dos tazas con una mano y el móvil, que seguía en el suelo, con la otra.

Enzo me acompaña hasta el jardín, tomamos asiento y, por primera vez en un año, me siento preparada para contarle a alguien ajeno a mi vida de entonces lo que de verdad pasó, a lo que tuve que enfrentarme y por qué este trabajo es realmente tan importante para mí. Es la última oportunidad que tengo para encauzar mi vida.

30

¿Dónde narices me estoy metiendo?



Enzo

No sé qué cojones es lo que ha recibido Daniela en su móvil, pero he visto cómo su cara perdía todo el color y le han empezado a temblar las manos. El miedo se había apoderado de su cuerpo y, joder, no me ha gustado nada. Me he asustado al verla así.

Ni siquiera he tenido que pensar, mi cuerpo ha reaccionado solo y he acudido como si sostenerla en esa situación fuera lo más natural del mundo.

Llevamos un rato fuera y ella está mucho más tranquila. El color ha vuelto a sus mejillas y ha dejado de mover la pierna en ese tic nervioso que tan bien conozco. No he querido preguntarle nada aún. Prefiero que sea ella la que hable cuando se sienta preparada, si es que lo está en algún momento. Pero no puedo negar que la rabia me está consumiendo, pensando que haya alguien que esté intentando hacerle daño de la manera que sea.

Lo único que sé es que es algo de su pasado, lo he visto en sus ojos, en su mirada, porque es exactamente la misma que pongo yo cuando me acuerdo de Archie, y si me quedaba alguna duda su confirmación ha hecho que se esfumase.

—Siento el numerito, Enzo —se excusa rompiendo por fin el silencio.

—No vuelvas a hacer eso —le pido, porque odio que tenga que disculparse por tener un momento de debilidad.

—¿El qué? —Se acerca a los labios la taza de café, que está frío de cojones.

—Disculparte. Sea lo que sea lo que te haya hecho sentirte así, no tienes que excusarte por ello. Y menos conmigo, Daniela.

—Gracias.

—¿Estás mejor? —me atrevo a preguntarle por fin.

—La verdad es que sí, hacía mucho que no recibía un mensaje de ese tipo. Y casi me había olvidado de ello.

—¿Quieres contármelo? Se me da bien escuchar, aunque suelo dar unos consejos de mierda, no te hagas muchas ilusiones. —Veo que duda unos segundos, sopesando qué hacer.

—Creo que sí, creo que me vendrá bien contar mi versión de la historia a alguien que está dispuesto a escucharla.

Daniela empieza a hablar y me cuenta todo lo que vivió hace un año, el arrebato que tuvo por defenderse de aquel imbécil y cómo, después de que el fragmento de vídeo se hiciera viral, se vino abajo su vida laboral y personal. El modo en que todo el mundo le dio la espalda sin concederle siquiera la oportunidad de defenderse. La dejaron de lado y tuvo que lidiar sola con las amenazas y los insultos que le llegaban a través de la pantalla por parte de gente que se cree muy valiente y con derecho a volcar sus frustraciones personales sin ningún tipo de escrúpulos sobre una persona

desconocida. Dieron igual todos los años que se había dedicado en cuerpo y alma a todos los proyectos en los que había trabajado. Todo su entorno laboral la dio de lado sin escuchar su versión.

—Es por eso por lo que esto tiene que salir bien, ¿verdad? —Después de lo que me ha contado, entiendo mucho mejor los motivos de que, aunque existe una clara atracción entre ambos, le hayan surgido tantas dudas y de que haya aguantado tanto mis cambios de humor sin mandarme a tomar por el culo.

—Sí, me siento en deuda con Valentina por haberme ofrecido esta oportunidad de nuevo cuando yo lo daba todo por perdido. Un año entero en mi trabajo es mucho tiempo en el olvido. Existe mucha competencia y somos el último mono en una producción. Somos absolutamente prescindibles.

—Daniela, no creo que Valentina piense que le debes nada. Lo sabes, ¿verdad? —Esa mujer da todo por la gente a la que quiere, no tengo dudas cuando digo esto. Todo lo que hace es de corazón y porque sabe lo buena profesional que es Daniela.

—Sí, pero aun así. Estaba lista para volver a casa de mi padre y, en cuanto tuvo la oportunidad, ella contó conmigo sin pensárselo dos veces.

—Eso es porque confía en ti y sabe que eres buena en tu trabajo. Tiene un don especial para ver más allá.

—¿Eso lo dices por experiencia propia?

Ahora podría sincerarme, pero a diferencia de ella, yo aún no estoy preparado para contarle mis fantasmas del pasado, aunque sé muy bien quién y cómo es Valentina Ferrani.

—Sí, si no fuera así, no hubiera contado con ella. ¿Qué es lo que has recibido antes?

—Un clip del vídeo y un mensaje.

—¿Qué ponía?

—Que el pasado siempre vuelve.

—¿No tienes ni la menor idea de quién puede estar detrás? —Me bastaría tener un nombre para ir a por esa persona.

—No, es una cuenta que me hice justo antes de venir a trabajar aquí. Ni siquiera hay una foto mía, de perfil tengo la de unos gatitos. No sé cómo han llegado a ella. Pero no creo que sea nadie desconocido.

—Vamos a averiguarlo. Si es alguien que conocemos, que se dé por jodido y si no, también.

No tengo ni la menor idea de cómo voy a llegar al fondo de este asunto, pero voy a hacerlo. Y sea quien sea el que le haya enviado ese mensaje, que se prepare y empiece a rezar todo lo que sepa, porque se le van a quitar las ganas de seguir mandando mierdas escondido tras una pantalla.

—Gracias por escucharme y por los ánimos, sienta bien no estar sola en esto.

—Cuando quieras, aquí estoy, ya te he dicho que se me da bien escuchar. Y una cosa más, Daniela: si tienes hambre, come.

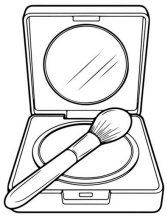
—¿Qué dices? —Me mira sorprendida por la gilipollez que acabo de soltar.

—Me faltaba darte el consejo de mierda —respondo levantando los hombros, y ella rompe a reír a carcajadas.

Y esa risa hace que el pecho se me llene. Daría lo que fuera por poder oírla a todas horas, por ser yo el que consiguiera que se riese de esa forma haciendo que todo su malestar se fuera. Que se sintiera protegida conmigo. Me sorprende descubrir todo lo que estoy pensando y sintiendo de pronto. ¿Dónde narices me estoy metiendo?

31

Come y calla



Daniela

No recordaré la mañana de hoy como la mejor de mi vida, pero la tarde ha tomado otro color diferente y la estoy disfrutando como una niña pequeña abriendo los regalos de Navidad. Y menudo regalo, madre mía.

Después de desahogarme con Enzo y soltar un poco de lastre, mi humor ha cambiado de manera drástica. Y la mayor parte se lo debo a él, por escucharme y por su consejo de mierda, que ha conseguido que me ría tanto que hasta me duele la tripa.

Después me he ofrecido a ayudarlo con las nuevas tomas en el gimnasio y, si llego a saber que me lo iba a pasar tan bien viendo a otra persona hacer deporte, me habría planteado cambiar de profesión y empezar mi carrera en el mundo del fitness.

Enzo sabe que estoy embobada mirando cada movimiento que hace y lo está disfrutando, hasta diría que está forzando un poco de

más algún ejercicio para llamar mi atención, el muy... Pero no voy a ser yo la que se queje.

Pasamos toda la sesión intercambiando miraditas, sonrisas y repitiendo algunas tomas que no se han enfocado bien. Yo no he hecho deporte ni esfuerzo físico, pero el calor que recorre mi cuerpo dice lo contrario. Creo que necesito una ducha fría con urgencia.

Cuando acabamos de grabar, Enzo se quita la camiseta dejando a la vista su torso desnudo, marcando cada músculo que ha ejercitado. Una parte de mí está aplaudiendo muy fuerte con ambas manos.

—¿Es necesario que te desnudes delante de mí cada vez que tienes oportunidad? —le pregunto intentando simular de forma penosa que el hombre que tengo sin camiseta delante de mis narices no me pone nerviosa.

—Yo creo que sí, para que no tengas que seguir imaginándotelo.

—Eres un sinvergüenza —suelto mientras él se parte de risa porque sabe que ha conseguido justo lo que quería, ruborizarme.

—Me voy a dar una ducha, ¿te apuntas?

Pero será...

—¿Aquí también tienes una doble? —lo pico un poco mientras voy apagando las cámaras y recogiéndolas en un rincón de la sala.

—Si lo quieres descubrir, tendrás que decir que sí.

—Prefiero quedarme con la duda —contesto negando con la cabeza.

—Tú te lo pierdes, Daniela. —Enzo mira el reloj de su muñeca y lo veo haciendo cálculos—. En dos horas tenemos que estar listos.

—¿Cómo? —le pregunto sin tener ni idea de para qué tenemos que estar preparados en ese tiempo.

—Vamos a salir a cenar, en plan amigos. —La cara que pongo debe de alarmarlo, pensando que quizá me haya molestado que

haya decidido por los dos—. He pensado que..., bueno, que podríamos salir por la ciudad para despejarnos un poco. Mierda, tendría que habértelo preguntado antes.

—No, no. La verdad es que me apetece mucho, solo me ha sorprendido viniendo de ti —le digo intentando tranquilizarlo.

—Genial. Conozco un sitio al que suelo ir cuando estoy por aquí, creo que te va a gustar.

No tengo ni idea de adónde tiene pensado llevarme, pero me da igual. Me apetece mucho salir y despejarnos un poco por New Lake. Solo he estado una vez aquí por trabajo y me quedé con ganas de conocer más el lugar.

—Qué misterioso. Vale, pues voy a prepararme. ¿Es en plan formal o...?

—Ve como quieras, estás perfecta siempre. —Sabe qué decir para sacarme una sonrisa y despertar algo en mi interior que revolotea, dejándome sin palabras y sin saber qué responderle.

Salimos de allí y vamos cada uno a su habitación. Oigo cómo Enzo me llama una vez que casi está dentro de la suya.

—Y si cambias de idea sobre lo de ducharnos juntos, ya sabes dónde encontrarme —suelta.

—Que te den —le digo entre risas.



Salgo de la ducha aún sin tener ni idea de qué ponerme, así que opto por lo fácil. Un look que tengo trilladísimo pero que siempre es un *win win*, con el que estoy cómoda y me siento guapa. Un vestido

rojo con escote barco que voy a combinar con unos tacones negros que son cómodos y que me estilizan las piernas, haciéndolas infinitas. Un maquillaje sencillo, *eyeliner*, varias capas de máscara de pestañas y un brillo de labios. Me dejo el pelo suelto y me peino el flequillo de lado. Después cojo un bolso negro, una *biker* del mismo color y salgo de mi habitación preparada para lo que quiera que me vaya a deparar la noche.

Enzo está ya esperándome en el salón, de pie, apoyado en la pared. Va vestido de gris de pies a cabeza y no hace falta que reseñe que le queda muy bien. ¿Cómo algo tan sencillo como una camisa, una americana y un pantalón puede sentarle tan bien a alguien? ¡Que me lo expliquen, por Dios!

Cuando entro en su campo de visión, me repasa de arriba abajo y sube las cejas. Veo cómo su nuez se mueve de forma lenta mientras traga saliva y sacude la cabeza.

—Joder, Daniela. Estás impresionante.

—Tú tampoco estás nada mal.

—¿Nos vamos? —propone al fin.

—¿No me vas a decir adónde? Porque la última vez que estuve aquí, Mateo me llevó a un sitio un poco especial.

—¿Habías estado antes en New Lake? —pregunta sorprendido.

—Sí, estuvimos aquí haciendo una sesión de fotos para un magazín de cocina. Y Mateo tuvo la brillante idea de llevarnos a un local del que le habían hablado maravillas, pero que resultó ser un sitio de esos de intercambio de parejas...

—No me jodas... Aunque, viniendo de tu amigo, no sé por qué no me sorprende.

—Me va a tocar hacer de abogado del diablo, y en su defensa diré que él no lo sabía. Y, bueno, la verdad es que después del susto inicial nos lo terminamos pasando muy bien. —Enzo me mira

sorprendido, analizando las palabras que acabo de decirle—. No, no allí. Cuando descubrimos dónde estábamos, nos marchamos de vuelta al hotel, pero aquello nos dio para reírnos toda la noche, y hoy en día es una anécdota recurrente entre nosotros. Cada vez que puedo se lo recuerdo.

—Que quede claro que no te estaba juzgando, cada uno es libre de disfrutar como quiera.

—Bueno, y si lo hiciera sería problema mío, pero no me van esas historias, no soy de compartir.

—Yo tampoco.

El buen rollo y la complicidad se instalan entre nosotros durante el trayecto hasta el sitio al que nos dirigimos. Cuando llegamos, sonrío al descubrir que sé perfectamente dónde estamos.

Una fachada negra y sobria contrasta con una pared llena de grafitis, y las letras de La Rivière nos dan la bienvenida.

—No te lo vas a creer, pero ya he estado aquí —le aclaro a mi acompañante ante su sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, la sesión de fotos fue con Eiden Hugh. Después nos invitó a cenar a todo el equipo. Me gustó muchísimo.

—¿La cena? ¿O el chef?

—Los dos.

—El muy cabronazo es un guaperas. Me tranquiliza saber que no está en el mercado, ni revoloteando hoy por el restaurante.

—¿Celoso? —le pregunto intentando picarlo. Como respuesta, Enzo me pone los ojos en blanco—. ¿Cómo has conseguido mesa? Tienen una lista de espera que da miedo verla.

—Conozco a Bree, la jefa de cocina. Siempre tiene una mesa guardada para mí cuando vengo. Anna, su mujer, es prima de Dylan y, cuando paso por aquí, suelo hacerles una visita. Esta mañana,

después de..., bueno, de la conversación que hemos tenido, la he llamado para saber si sería posible cenar hoy y así sorprenderte un poco. Pero no tenía ni idea de que ya hubieras estado.

—¿Intentabas impresionarme con tus contactos, Silva?

—No, pero si así hubiera sido, está claro que habría fallado de forma estrepitosa.

—Siempre podemos ir al local al que me llevó Mateo.

—Prefiero seguir teniéndote para mí solo, aunque solo sea para cenar.

Cuando llegamos, nuestra mesa está preparada ya. Bree es encantadora; cuando estuve trabajando aquí no coincidí con ella, pero tiene una presencia y una energía difíciles de olvidar. Además, es guapísima, con ese pelo rojo y esos rasgos perfectos.

La cena es espectacular y pasamos todo el rato riendo, me siento muy cómoda en la compañía de Enzo. Y el vino ayuda a soltarme un poco más y a olvidarme de lo que ha pasado esta mañana. Sea quien sea el que quiere volver a amargarme y hacerme pequeña, lo va a tener complicado.

El postre nos lo sirve directamente Bree, que deja dos pequeños platos sobre la mesa.

—¿Qué tal todo, chicos? Espero que tengáis hueco para el dulce —nos dice la pelirroja.

—Todo genial, como siempre. Ya sabes, voy gritando *«¡Hike!»* por todos lados y me voy chocando con defensas imaginarios por donde paso. ¿Por aquí todo bien? —pregunta Enzo.

—La verdad es que sí, una locura, pero no me quejo. Ya sabes que me va la marcha. Me he tomado el atrevimiento de hacer un pequeño cambio en la carta; hoy, en vez de uno de los postres de Anna, os he traído la especialidad del chef. Tiramisú. Dice que así conquistó a su pareja y lo reservamos para las ocasiones especiales.

—Veo cómo le guiña un ojo a Enzo y a este se le escapa una carcajada.

—Bree, eres una lianta —comenta riéndose.

—Enzo, desde que te conozco es la primera vez que vienes acompañado. No iba a desaprovechar la oportunidad de tocarte un poco los cojones. Disfrutad del postre y de lo que queda de noche. Un placer conocerte, Daniela, espero verte más veces por aquí.

—Igualmente. Muchas gracias, estaba todo riquísimo —le contesto de forma cortés.

Ella se marcha y nos deja solos. Las mesas del local están colocadas de forma calculada, para que no sientas que estás rodeado de otras personas, y las luces tenues ayudan a que la atmósfera sea muy íntima.

—No le hagas caso, es una vacilona.

—¿En qué no tengo que hacerle caso? Ya me has dicho que no has venido aquí con nadie más que tu madre y Dylan. No me ha molestado en absoluto ninguno de los comentarios que ha hecho. Ni que se haya tomado la molestia de traernos este postre especial, que tiene una pinta deliciosa.

—Entonces olvídalo y hazle caso en todo. Dame un segundo, que la vuelvo a llamar y que te diga algo más. —Noto cierto nerviosismo en el tono de su voz y sonrío para mis adentros al verlo así y no ser yo la que se ruborice esta vez.

—Tampoco te pases, come y calla, Enzo.

—A sus órdenes, señorita Miller.

Termino el postre disfrutando de cada bocado. No sé si es verdad que Eiden conquistó de este modo a su chica, pero si así fuera no me extrañaría, porque este sabor es de otro mundo.

Antes de salir, Enzo se despide de Bree y le da recuerdos para Anna. Nos montamos en el coche y yo voy un poco achispada por el

vino de la cena. Él, en cambio, ha sido responsable y prácticamente no ha bebido nada.

—¿Quieres ir a casa o prefieres que tomemos algo? —titubea al hacerme la pregunta.

Siendo sincera, no quiero que la noche se acabe. Pero también sé que Enzo no disfruta mucho de ir a sitios donde pueda encontrarse con demasiada gente. Es muy estricto con su vida privada y no quiero que se sienta incómodo.

—Podemos hacer las dos cosas, volver a casa y tomar algo allí. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto, Daniela. —Da unos golpecitos rítmicos en el volante antes de arrancar.

Ponemos rumbo a su casa. Enzo se ha remangado la camisa, y no sé si es por el vino, pero lo observo conducir con los músculos de los antebrazos tensándose y me empiezan a subir unos calores que hacen que baje la ventanilla para que el aire fresco me dé de lleno en la cara.

Llevo todo el día sexualizando a este hombre y, aunque sé que no está del todo bien hacerlo, me empieza a dar igual. Me revoluciona como si estuviera pisando el pedal del acelerador hasta el fondo.

—Voy a ponerme cómoda, ahora vuelvo —lo informo cuando entramos por la puerta de su casa.

El móvil de Enzo empieza a sonar y lo veo mirar la pantalla entornando los ojos.

—De acuerdo, es Dylan —me dice mientras contesta la llamada—. ¿Qué quieres, imbécil? Ya te ha ido con el chisme Bree, ¿no?

Me dirijo a mi habitación con una sonrisa tonta en los labios. Al parecer, debe de ser el acontecimiento del año que Enzo haya ido a cenar con una chica.

Me cambio de ropa, me iba a poner el pijama, pero descarto esa opción. Como hace calor, elijo unos pantalones cortos y una camiseta básica blanca de algodón. También me desmaquillo, porque sé que después me va a dar más pereza, y así le doy tiempo para que termine de hablar con su amigo.

Cuando vuelvo al salón, descubro que Enzo también se ha cambiado, que ha puesto música y que dos copas reposan sobre la mesita acompañadas por una botella de vino como la del otro día. También ha bajado la intensidad de las luces y, de pronto, todo el ambiente es... más.

Cuando advierte mi presencia, sus ojos se posan en mí, y casi diría que puedo sentirlos recorriendo todo mi cuerpo.

—No sé hacer cócteles ni nada extravagante, así que he recordado que el vino del otro día te gustó —se excusa. Pero lo cierto es que yo no necesito nada ostentoso; por extraño que pueda parecer, en estos momentos solo lo necesito a él.

—Ya veo, así es perfecto —confieso mientras me siento en el sofá manteniendo las distancias.

Lleno las dos copas hasta la mitad, le paso la suya y yo cojo la mía. El primer trago baja por mi garganta frío y algo ácido, consiguiendo que mi piel se erice.

—Creo que aún no te he dado las gracias por el día de hoy. Me ha ayudado a olvidarme de todo lo que ha pasado. Ha terminado siendo un buen día, Enzo. Gracias. —Una sonrisa tímida escapa de mis labios.

—No hace falta que me las des, para mí también lo ha sido. Hacía tiempo que..., bueno... —Se mesa el pelo con las manos sin terminar la frase.

—¿Que no salías a cenar con alguien?

—Sí.

No sé qué narices nos pasa, pero parecemos dos adolescentes en su primera cita. Y no habría ningún problema si no hubiéramos dejado la adolescencia atrás hace bastantes años, y porque esto no es una cita.

—Es cómodo el sofá... —suelto sin pensar, pasando una mano por la suave tela gris.

—Daniela, ¿estás elogiando su comodidad porque no sabes qué más decir? ¿Esto es el equivalente a hablar del tiempo en el ascensor con el vecino que te da mal rollo solo para que no se instale un silencio incómodo?

—Puede... Pero tú no eres el vecino que da mal rollo, serías más bien el buenorro que te pone nerviosa, ya sabes... Es que si digo lo que de verdad se me está pasando por la cabeza...

—¿Qué?

—Que no sé cómo acabaremos...

—¿Tienes miedo?

—No, pero...

—Pero sigues con dudas, lo entiendo. No esperaba nada más de esta noche que lo que hemos hecho. Esto no es una especie de plan malévolo para hacer que te acuestes conmigo, solo me apetecía que tuvieras una tregua. No me ha gustado verte tan vulnerable esta mañana, y solo quería que, cuando pienses en este día, no recuerdes ese mensaje.

Lo que me dice me resulta tan bonito que me lanzaría a sus brazos sin pensarlo dos veces. Que le den por saco a lo de no mezclar las cosas, tampoco creo que sea tan malo que nos enrollemos, ¿no?

—Tú... —empiezo a decir, pero cierro la boca porque no sé qué añadir después de todo lo que me ha dicho sin que parezca que

estoy a punto de vomitar purpurina de colores. Me limito a mirarlo y desear que me bese de una vez.

La forma en que me devuelve la mirada hace que me sienta acogida por la miel de sus ojos. Me hace replanteármelo todo. Me acuerdo de todas las noches, de los mensajes que intercambiamos, y quiero descubrir la verdad velada que reflejaban. Quiero saber cómo sabe, cómo lo hace, y del resto se encarga el vino...

Termino de beber el contenido que queda en mi copa de un trago y la dejo en la mesa. Acorto la distancia que nos separa mientras Enzo me observa sonriendo. Hace lo mismo con su copa y me mira fijamente, esperando que sea yo la que diga o haga algo. Y como lo único que soy capaz de hacer es retarlo con la mirada, es él el que toma la iniciativa.

—No te acerques tanto porque te vas a quemar, Daniela.

—¿En serio? —Suelto una carcajada, porque es imposible quemar algo que ya está ardiendo—. Creo que ya es tarde para eso, Enzo.

Me aproximo un poco más, pero él permanece quieto. Como una estatua de mármol, una muy bien esculpida pero inmovilizada en el tiempo. Tiene la mandíbula apretada y sé que debe de estar conteniéndose, lo veo en su cuerpo y en su mirada, que no se despega de mi boca.

Me humedezco los labios y me acerco lo suficiente para llegar a su oído sin esfuerzo; sin tener que estirarme, pero evitando que nuestra piel entre demasiado en contacto.

—Enzo —le susurro.

—¿Qué?

—Bésame, por favor —le pido en una súplica llena de deseo.

—Daniela, te advertí que no iba a dejar que volvieras a jugar conmigo, y que la siguiente vez que lo hicieras no me iba a contener, pero estás a tiempo de pararlo.

—Pensaba que me habías dicho que no eras un cobarde... No puedo más —lo reto un poco, esperando que por fin ponga remedio a la sed que siento.

No necesito añadir nada ni hacer ningún otro movimiento. Enzo exige lo que es suyo y sus labios chocan con los míos en un beso cargado de ganas y de espera. Y en un segundo siento cómo su boca abrasa todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Hay saliva, dientes y gemidos que se mezclan con nuestras ganas, con lo que llevamos deseando desde la primera vez que nos cruzamos. Aunque yo haya intentado frenarlo con todas mis fuerzas.

Nos saboreamos, nos probamos y nos comemos.

Nuestras bocas encajan a la perfección, y Enzo sabe reclamar lo que lleva tanto tiempo esperando. Mi boca le abre paso, mi lengua le da la bienvenida a la suya y ambas chocan cuando se encuentran. No es un beso bonito, es un beso del que se escapan gemidos, en el que se roban mordiscos y que no sabes cómo parar sin que finalice en un orgasmo o te veas sumido en unas ganas de las que duelen.

Cuando por fin nos separamos para coger aire, Enzo me agarra por el culo y, en un movimiento que me hace sentir como si yo pesara menos que una pluma, me sienta encima de él. Puedo sentir su dureza entre mis piernas, y muevo un poco las caderas para acomodarme bien sobre ella. Atrapo mi labio inferior y un suspiro de placer escapa de mi boca cuando Enzo me aprieta el culo, mece mi cuerpo y su polla masajea mi centro. Por inercia, echo la cabeza hacia atrás muerta de deseo.

—Joder, Daniela...

—Lo sé, yo también.

Y es que nuestros cuerpos reaccionan tan bien juntos que da un poco de miedo. Hacía mucho que con unos besos no me sentía así, tan lujuriosa, tan mojada, tan perdida en él. Nuestras bocas vuelven

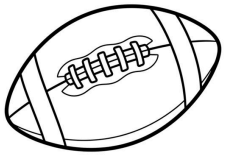
a chocar y mis manos van solas a enredarse en el pelo de Enzo. Dios, llevo prácticamente desde que lo conocí obsesionada con hacer esto. Tiro un poco de él, y suelta un gruñido y me muerde el labio conteniéndose para no perder el escaso control que debe de quedarle.

Estoy perdida en este tío ahora mismo y no entiendo cómo he sido capaz de dominarme tanto tiempo.

—Enzo, necesito más.

32

Me arrepentiré toda mi vida



Enzo

«Necesito más».

Me cago en mi puta existencia. Sus palabras resuenan dentro de mi cabeza y se repiten una y otra vez mientras la sigo besando. Estoy tan cachondo que me la follaría aquí mismo, en este sofá, sin pensármelo dos veces. Pero no quiero que mañana cuando se despierte vuelva a pasar lo mismo que la última vez que intercambiamos mensajes. Quiero que cuando follemos seamos los dos plenamente conscientes de lo que estamos haciendo y que después no haya excusas de que fue el alcohol el que actuó en nuestro nombre. No está borracha, pero sí va con el puntillo justo que hace que se te nuble la vista y las neuronas dejen el mando a otras partes del cuerpo menos sensatas.

No quiero que se arrepienta de mí.

Pero tengo su culo entre mis manos mientras estoy lamiendo su cuello y se está estremeciendo con lo que le hago. Por si fuera poco,

se está frotando contra mi polla y me está pidiendo más, y yo no tengo valor ahora mismo para negárselo.

Vuelvo a hacerme dueño de su boca, «un poco más y paramos», me digo a mí mismo. Pero estoy perdido en sus labios y en el roce de su cuerpo contra el mío, y no tengo ni puta idea de cómo frenar esto.

Los gemidos de Daniela en cada beso me están volviendo loco. Joder, no quiero ir un paso más allá con ella así, pero tampoco puedo negar que me muero de ganas de que se deshaga conmigo. ¿Tiene algún tipo de sentido que no quiera follar con ella porque ha bebido y tengo miedo de que mañana vuelva a huir de mí, pero, a la vez, sienta una necesidad loca de hacer que pierda la cabeza entre mis manos y termine gritando mientras se corre? De alguna manera que no logro comprender bien, tiene todo el sentido del mundo.

Lleva unos pantalones cortos que me la han puesto dura desde que la he visto salir con ellos, pero lo que no consigo quitarme de la cabeza es el jodido vestido rojo que ha decidido ponerse hoy. Me habría encantado arrancárselo y pasar mi lengua por cada una de sus curvas. Sin embargo, los pantalones que ha elegido cuando ha dicho que iba a ponerse más cómoda tampoco dejan mucho a la imaginación, y yo doy gracias por ello. En el fondo soy un cabronazo con suerte.

Empiezo a tantear mi siguiente movimiento, la elevo un poco y ella, en cuanto entiende mis intenciones, se incorpora lo justo para que sus pechos me queden a la altura de la cara. No lleva sujetador porque se le marcan los pezones a través de la tela de su camiseta.

«Perfecto», pienso.

Mi boca empieza a juguetear con ellos, así tal cual, sin necesidad de desnudar su piel.

Vamos a poner a prueba su cordura y la mía. Lamo, muerdo y succiono mientras Daniela sigue jadeando y pidiendo más.

—Enzo, por favor...

—Por favor, ¿qué? —pregunto mientras mi mano va directa y se cuela bajo la goma de sus pantalones.

—Mmm, justo eso.

Está empapada, me encantaría poder meter la cabeza entre sus piernas y probarla. Su respiración se acelera a medida que el ritmo de mis caricias aumenta, y tanteo su entrada con mis dedos, pero sin llegar a introducirlos en ella. Tocando suavemente y jugando en su abertura, llevándola al límite, dejándola en el borde.

—Enzo, por favor... —me suplica entre gemidos.

—Estás muy demandante hoy, ¿no? —susurro mientras mis dedos la torturan un poco más y le aprieto uno de los pechos con la boca.

Daniela mueve las caderas buscando que la penetre con mis dedos, y eso hago. Apoya las manos sobre mis hombros para tener mejor agarre y se mueve al ritmo que marcan mis dedos anular y corazón. Por los altavoces del equipo de sonido suenan las voces de Bruno Mars y Lady Gaga con «Die with a Smile», y la letra cobra todo el sentido ahora mismo para mí.

Con mi boca sigo jugueteando con sus pechos, que se mueven de arriba abajo al ritmo de su cuerpo. Subo la intensidad y, con el pulgar, le acaricio también el clítoris. Sus gemidos suenan por encima de la música y los grabo en mi cabeza, como si fueran la letra de una canción que quiero memorizar porque es un sonido que necesito volver a escuchar en bucle.

Noto que está a punto de correrse por la manera en la que empieza a tensarse. Las piernas le tiemblan y su respiración ha aumentado a un puto ritmo que vibra a través de mi pecho. Baja el cuerpo, hunde la cara en mi cuello y me muerde el hombro, lo que,

lejos de hacerme daño, consigue que mi polla dé un respingo dentro de los pantalones.

—Hostia puta, Daniela.

—¿Te he hecho daño? Perdona, no... —se excusa entre jadeos, y yo profundizo en su interior para terminar de llevarla al éxtasis.

—No, no me has hecho daño. Pero no pensé que serías tú la que terminara mordiéndome a mí. Pasas de la súplica a la violencia con una facilidad que me deja indefenso, Daniela, y que me pone muy cachondo.

—Estoy... Me...

No acaba la frase porque termina de explotar entre mis dedos... Atrapo sus gemidos con mi boca mientras ella se corre en mi mano.

Cuando su respiración vuelve poco a poco a la normalidad, saco la mano de sus pantalones y me llevo los dedos a la boca para saborearla.

—Sabes jodidamente bien.

Aún recuperándose, Daniela se ríe y me sostiene la mirada con fiereza. Y ahora es ella la que se lanza a por mi boca, como un animal sediento al que por fin le dan de beber. Me coge las manos con fuerza y vuelve a llevarlas a su culo, que aprieto y amaso mientras seguimos besándonos.

Acaba de correrse, pero aún quiere más.

Baja la mano y la pone entre los dos, acariciando mi erección, y cuando va a meterla en mis pantalones, la detengo. Siento que mi polla puede explotar en cualquier momento y, si no freno ahora, dudo que pueda hacerlo.

Y sé que me voy a arrepentir toda mi vida de lo que estoy a punto de decir.

—Quizá deberíamos parar —pronuncio sintiendo aún su sabor en mi boca.

—¿Qué? —pregunta mirándome fijamente con el ceño fruncido y los labios hinchados.

—Hemos bebido y...

—¿Es una especie de castigo o algo? —Daniela, que ahora me mira con frialdad, se baja de mi regazo y mi polla se queja porque ya no siente su cálido cuerpo sobre ella.

—No, joder. No pienses eso.

—Pues entonces explícame de qué coño va esto, porque ahora mismo no lo entiendo. Yo pensaba que... —No acaba de decir lo que sea que esté pasando por su mente y niega con la cabeza.

Vale, la he cagado. Está que echa humo. Y, normal, porque soy un gilipollas que ha perdido el juicio.

—Quiero que cuando te folle no haya excusas después, que no te arrepientas de lo que pase entre nosotros.

—Eso igual deberías haberlo pensado antes de hacer que me corriera con tus manos, imbécil. Que te jodan, Enzo.

Daniela se levanta y se marcha enfadada a su habitación, y, a juzgar por el sonoro portazo que retumba por toda la casa, está muy cabreada.

Vale, puedo confirmar que soy el mayor gilipollas del puto mundo. Tenía una preciosidad como ella entregándose a mí y la he rechazado. He herido sus sentimientos de la peor forma posible.

¿Ya puedo coronarme como el imbécil número uno o espero a liarla con esta mujer un poco más?

Me quedo sentado en el sofá, mirando a la nada y dejando que las horas pasen, mientras los gemidos de Daniela al correrse se reproducen en mi cabeza una y otra vez. Este puto mal sueño debe de ser mi penitencia, y encima el único responsable he sido yo.

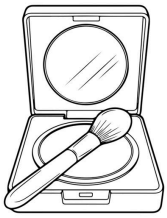


Y con los recuerdos y la polla medio dura, me encuentran el amanecer y Daniela, que, cuando sale de su habitación, se para delante de mí. Lleva una camiseta que le llega por la mitad del muslo y me mira fijamente con los brazos sobre las caderas y una cara que no sabría decir si es de deseo o de odio absoluto.

—Hace horas que el vino dejó de hacer efecto, y creo que tenemos que hablar, Enzo.

33

La mesa del comedor



Daniela

En la escala de estúpidas que vuelven a pedir explicaciones después de que un tío la cague con ellas, debo de estar dentro del top tres ahora mismo. Por dejar que se explique el imbécil que tengo delante, que, a juzgar por las ojeras bien marcadas que luce y que, por desgracia, le dan un aspecto de lo más sexy, no debe de haber dormido en toda la noche.

Por algún motivo, decidió darme uno de los mejores orgasmos de mi vida para después rechazarme porque «habíamos bebido», pero no hay vuelta atrás en lo que sea que esté pasando entre nosotros y, si se iba a arrepentir, debería haberlo pensado antes de meterse entre mis bragas.

Cada vez que lo recuerdo me vuelvo a cabrear. Así que ahora que el alcohol se ha evaporado de mi organismo y con la calma de las horas que han pasado, va a tener que darme explicaciones, lo quiera o no. Total, yo ya no tengo nada que perder, pero estoy cansada de

jugar y ya es tarde para desenredar la madeja en la que estamos atrapados.

—Estoy esperando a que hables, Silva —le repito, intentando poner cara de mala hostia.

—¿Te vale si te digo que lo siento y que soy un gilipollas?

—No, lo primero es lo mínimo que espero, y lo segundo no es una novedad.

—Vale, mierda, solo intentaba hacer lo correcto.

Enzo se tapa la cara con las manos. Está jodido, pero me da igual. Yo llevo horas cabreada por la mierda de comportamiento que ha tenido, y no pienso dejar que su mirada triste me ablande ni un poquito.

—¿Lo correcto? ¿Qué narices? ¿Qué eres ahora?, ¿el defensor de la moralidad o algo? Intentas volverme loca tú a mí, ¿no? —Gesticulo con efusividad, tratando de mantener las manos alejadas de él, porque lo que realmente me apetece es atizarle.

—No, no es eso, Daniela. Pero no quería... no quería que sintieras que había planeado esto y que luego te despertaras y volvieras a huir de mí. Yo qué sé, pensaba que era lo adecuado, pero lo último que pretendo es hacerte sentir mal.

—Pues justo es lo que has conseguido, lumbreras. No puedes hacer lo que hiciste y luego actuar de esa manera, ¿entiendes? Somos adultos y deberíamos intentar comportarnos como tales. —Se me escapa una sonrisa traidora que intento disimular poniéndome la mano delante de la cara al recordar precisamente lo que hizo antes de ser un completo imbécil.

Enzo me mira y su expresión cambia. Mierda, creo que ha pillado que voy ya un poco de farol con mi enfado. Se levanta y se pone justo enfrente de mí.

—¿Te gustó? —Me mira con cara traviesa y una media sonrisa en los labios.

—Borra ese estúpido gesto, Silva. No estoy para tus bromitas ahora mismo —amenazo señalándolo con el dedo.

—Vale, vale. Fallo mío, demasiado pronto. —Levanta las palmas pidiendo una tregua silenciosa—. Tenía miedo.

—Miedo, ya... Vale, continúa.

—Ya sabes que no soy el tipo de tío que, bueno, que se va tirando a todo lo que se le pone a tiro. Lo pienso mucho todo, y no suelo involucrarme de esta manera. No me dejo llevar fácilmente, me cuesta. Pero contigo es distinto. Y las veces que he dado un paso, después todo se ha ido a tomar viento.

—Ya...

Mierda, mi plan de ser una zorra insensible está empezando a venirse abajo.

—Me cuesta, por ser quien soy y por cómo llegué a serlo. No consigo quitarme ese peso de encima sin pensar que no merezco que me pasen cosas buenas. Ya te dije que tú has sido como esa corriente de aire fresco cuando te estás muriendo de calor. Y cuando empecé a soltarme contigo paraste en seco, cortaste el flujo de aire. Quiero que estés segura de que esto es lo que quieres. Que no tengas dudas y que, si llegas a arrepentirte, que al menos no sea a la mañana siguiente.

—¿Así que de eso se trata? ¿Pensaste que me estaba dejando llevar por el alcohol y que después me iba a arrepentir? Otra vez...

—Sí. Sé que tu situación es complicada; la mía también. Cuando te enteres de todo lo que cargo a mis espaldas es muy probable que no quieras volver a verme, pero, Dios, me gustaría ser egoísta por una vez y coger lo que deseo sin que me importe nada el resto.

Paso por alto lo que dice de que no querré volver a verlo, no sé de qué habla, pero ya le preguntaré sobre eso en otro momento. Ahora lo único que me importa es la parte de que quiere ser egoísta y coger lo que desea, sobre todo si a lo que se refiere es a mí.

—¿Y qué es lo que te detiene?

—Tú, joder. Si me vuelves a rechazar, no voy a poder soportarlo, Daniela.

—Creía que esa parte ya la había dejado clara, Enzo. Pensaba que, después de masturbarme con tus dedos, no tendría que decir mucho más.

No sé cómo, pero nos hemos ido moviendo a lo largo de la conversación y estamos en la parte principal del salón, justo al lado de la mesa del comedor.

—Mierda, ahora me siento como un estúpido.

—Lo eres.

—Daniela...

—¿Qué?

—Quiero terminar lo que empezamos anoche —confiesa acercándose a mí.

—Y yo quiero que lo hagas —lo reto.

A la mierda todo.

Me he pasado la noche frustrada dándole vueltas a cómo sería que este hombre me follara. Estoy cansada de imaginarlo y no hacerlo.

Nuestros cuerpos chocan, y Enzo me alza. Enrosco mis piernas a su cuerpo y nuestras bocas a la misma altura. Nos devoramos con ganas. Atrás quedan los miedos, las dudas y los líos. Solo él, yo y el deseo que ambos sentimos.

Enzo me sienta sobre la mesa del comedor y yo abro las piernas para darle acceso a mi cuerpo. Pasa su lengua por mis labios y va

bajando despacio por mi cuello, echo la cabeza hacia atrás y suelto un gemido. Le quito la camiseta y paso las manos por sus abdominales, joder, qué duros están, tal y como esperaba.

Sigue descendiendo tortuosamente y se centra una vez más en mis pechos, por encima de la tela de mi camiseta, como hizo anoche. Siento cómo el deseo me recorre el cuerpo y baja hasta mi centro. Me muerdo el labio para no empezar a gemir como una loca, pero es inútil, este tío sabe muy bien lo que tiene que hacer para que pierda la cabeza.

Abro un poco más las piernas y noto que una de sus grandes manos va subiendo por mi muslo, tanteando despacio pero con decisión hasta aproximarse peligrosamente a una zona muy concreta que ahora está palpitando y deseosa de su atención. Al descubrir la sorpresa que le espera, Enzo suelta una risa ronca que lo único que consigue es ponerme mucho más.

—Me cago en la puta, Daniela, ¿encaje?

—¿Te gusta? —añado traviesa.

—Joder.

Resopla y mueve mi culo un poco hacia el extremo de la mesa, niega con la cabeza como si no se creyera lo que está pasando entre nosotros y baja hasta situarse entre mis piernas. Me aparta las braguitas y, en cuanto noto su lengua jugando entre mis pliegues, tengo que agarrarme a la mesa para sentir que tengo un punto al que aferrarme de las sensaciones que están invadiendo cada parte de mi cuerpo.

Apoya una de mis piernas en su hombro y quedo mucho más expuesta a él. Sigue dándome placer con su boca y ya es inútil que intente reprimir los gemidos, porque no lo conseguiría aunque empleara todos mis sentidos en ello.

—Justo así, Enzo.

—No sabes las ganas que tenía de probarte en condiciones.

Yo tampoco sabía las ganas que tenía de que lo hiciera, hasta este mismo instante. Se emplea a fondo en darme placer, quizá está intentando resarcirse de alguna manera por lo que pasó anoche, pero si esta es su forma de pedir perdón, puede cagarla todas las veces que quiera.

Sigue lamiéndome y jugando con su boca, inundando todos mis sentidos con su presencia. Toda mi energía está concentrada en un mismo punto, un punto que Enzo se está encargando de incendiar. Mi cuerpo sigue reaccionando a sus estímulos mientras empiezo a sentir cómo se forman las brasas que amenazan con arrasarlo todo, un volcán a punto de explotar.

—Enzo, para o... —susurro entre jadeos mientras mi respiración va por libre.

—Córrete, por favor.

—Pero...

—Dame esto y te prometo que, después, soy todo tuyo.

¿Qué clase de tío pierde la oportunidad de correrse él dos veces y se centra solo en tu placer? Pues supongo que de la clase Enzo Silva, y doy gracias porque se haya puesto en mi camino un espécimen así.

Sigue jugueteando con su lengua, moviéndola dura por mi clítoris y la zona circundante, mientras las llamaradas aumentan en mi interior. No me queda mucho para terminar de explotar.

Me aferro inútilmente a la superficie de la mesa, tratando de tener algún tipo de sujeción; pero solo logro que mis dedos resbalen y chirríen sobre la madera oscura mientras Enzo sigue entre mis muslos.

—Estoy a punto —confieso agarrando su pelo entre los dedos.

El ritmo de su lengua aumenta de la misma manera que lo hace mi respiración, y las caderas se mueven solas mientras siento cómo un látigo de fuego me sube por la espalda y recorre todo mi cuerpo, haciendo que se arquee, mientras el orgasmo me nubla la vista. Cierro los ojos y me muerdo el labio mientras los últimos gemidos salen de mi boca. Enzo aminora sus movimientos a la vez que se asegura de que he terminado y sube por mi cuerpo besando cada parte hasta llegar a mi cara. Nos besamos en los labios de forma lenta, cariñosa y muy diferente del modo en que lo hemos hecho hasta ahora.

—Joder, qué manera tan maravillosa de empezar el día —musita aún contra mis labios.

—¿Tienes preservativos?

—Qué cariñosa te pones después de correrte, Daniela. Pues la verdad es que no. —Niega con la cabeza.

—Mierda, pues yo tampoco, no pensaba que acabaríamos así —añado señalándonos a ambos.

—No pasa nada, más tarde podemos ir a comprarlos, por mí no hay problema, puedo esperar.

—Siempre podemos hacer otras cosas...

—¿Me estás proponiendo algo, señorita Miller?

—Puede, señor Silva. Solo tienes que decir que sí.

—Si dijera que no, no solo estaría mintiendo, sino que además estaría demostrando que no estoy bien de la cabeza... —Ambos soltamos una sonora carcajada.

Me bajo de la mesa y me aproximo a él.

Me fijo en el bulto que se le marca en los pantalones y mi deseo por descubrirlo aumenta. Enzo va hasta el sofá y se sienta allí, sin apartar su mirada de mí. Puedo ver en sus ojos las ganas que tiene,

que son las mismas que tengo yo. Se acaricia la erección por encima del pantalón, en una de las imágenes más sensuales que he visto.

—Daniela, si no quieres, no tienes por qué hacerlo.

—¿A ti te parece que no quiero? Enzo, ahora mismo es algo que no puedo quitarme de la cabeza.

Me sitúo en el sofá junto a él y me siento sobre mis piernas para tener acceso a todo lo que me puede ofrecer. Pone sus manos detrás de la cabeza y deja que sea yo la que marque el ritmo.

Libero su polla y paso la lengua lentamente por ella mientras miro su expresión en cuanto nota mi calor sobre su tersa piel.

—Hostia —masculla tensando la mandíbula.

Lamo y trazo círculos con la lengua en mi retorcido intento de volver loco al hombre que ahora mismo tengo a mi merced. Y, viendo la respuesta de su cuerpo, creo que lo estoy consiguiendo. Mueve un poco la pelvis cuando empiezo a succionar y a meterla y sacarla de mi boca, hunde una mano en mi pelo rubio y yo chupo con más intensidad. Enzo está tratando de mantener la compostura y parece que se está conteniendo, no se está dejando llevar del todo. Tendré que emplearme más a fondo para conseguir que pierda los papeles y se suelte.

—No sea tímido ahora, señor Silva, estoy segura de que Gabriel se dejaría llevar —lo reto mientras saco la lengua lamiendo a lo largo de su erección.

Vuelvo a introducírmela, esta vez más profundamente, lo que hace que se le escape un gruñido de lo más sexy.

—Daniela, no es buena idea que digas ese nombre mientras tienes mi polla en tu boca, aunque ese otro sea yo mismo. Solo estoy intentando ser... —Me la meto casi entera y la saco despacio mientras trazo círculos con la lengua, lo que hace que se tense y se

sacuda dentro de mi boca—. Como vuelva a hacer eso, señorita Miller, va a conseguir que me corra enseguida.

Se me escapa una sonrisa malévola y repito el movimiento. Volver loco a este hombre acaba de convertirse en un reto personal.

Continúo deleitándome en profundidad con él cuando mi móvil y el suyo empiezan a sonar a la vez. Hacemos caso omiso, como si el resto del mundo no existiera ahora mismo.

Sigo poniendo toda mi atención en lo que estoy haciendo y repito el movimiento que casi lo lleva al éxtasis hace unos segundos. Noto cómo se tensa y sé que está a punto de perderse. Enzo me retira con suavidad mientras toma su polla entre las manos para no correrse en mi boca.

Veo cómo las últimas gotas de su orgasmo salen al tiempo que se le escapa un profundo gruñido.

—Parece que te va a hacer falta una ducha.

—Peor que un adolescente, joder.

Ambos nos reímos, él se levanta para limpiarse y los dos teléfonos vuelven a sonar y nos devuelven a la realidad.

—Deberíamos contestar, igual es importante —propone Enzo.

—Quizá sí...

Él se acerca para coger su teléfono y me pasa el mío, que lo he dejado al lado cuando he ido al salón al despertarme.

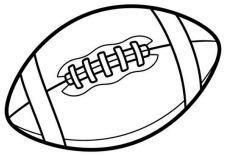
—Es Dylan —dice.

—Es Valentina —lo informo cuando veo en la pantalla quién me está llamando a mí.

Ambos contestamos, Enzo va hacia su habitación y yo hago lo propio. Sea lo que sea lo que haya pasado, no creo que sea casualidad que nos hayan llamado a ambos a la vez y de forma insistente.

34

¿Interrumpo?



Enzo

Mi puto karma se lo debe de estar pasando de cojones. Después de permitirme disfrutar con la boca de Daniela y de correrme como un puñetero adolescente, tienen que interrumpirnos a los dos. Y uno de ellos tiene que ser Dylan, que parece que haya nacido para tocarme los huevos.

—¿Qué pasa? —le contesto de mala gana cuando descuelgo la llamada, con la respiración un poco agitada.

—Me alegra oír que sigues siendo la alegría de la huerta, cariñito. ¿He interrumpido algo? —Casi puedo ver la cara de gilipollas que estará poniendo mi amigo. Desde que Bree le contó que fui a cenar con Daniela a La Rivière, y después de que me llamara para vacilarme, he recibido varios mensajes suyos durante la noche preguntando lo mismo.

Mensajes de los que he pasado. No tenía ganas precisamente de aguantar las chorradas de mi amigo, aunque ahora acabe de dar

justo en el clavo.

—Vete a la mierda. ¿Qué quieres, Dylan? —Sé que su llamada no es solo para vacilarme y que es probable que no haya sido una coincidencia que sonaran ambos teléfonos a la vez.

—Hacer el trabajo por el que me pagas, gilipollas. ¿Por qué no has respondido a la llamada?

—Disculpe usted, no me ha dado tiempo a cogerlo a la primera.

—Ya... ¿Y por qué parece que acabes de correr una maratón? No estarías follando, ¿no?

Por desgracia, no, pero no se le escapa una. Aunque es un exagerado, un poco sofocado quizá sí que estoy. Sobre todo, porque aún la tengo medio dura..., sigo recreándome en la imagen de los labios de Daniela sobre ella.

A Dylan le gustan muchas cosas, y sacarme de mis casillas es sin duda una de sus favoritas.

—Estaba en el gimnasio, imbécil. ¿Qué quieres? —le repito, no me está gustando nada que esté dando tantos rodeos y no me diga cuál es el motivo real de la llamada.

Lo conozco lo suficiente como para saber que está intentando retrasar el momento de contarme lo que sea que tenga que decirme.

—Me ha llamado Mark Shepherd. Quería saber por qué aún no le has respondido. Dice que las pastillas que te recetó eran solo un parche para ganar un poco de tiempo... —Como si eso fuera algo que yo no supiera ya.

—No sé qué cojones quiere que le responda, ya le dije que iba a esperar. Me dio un plazo máximo y ni por asomo hemos llegado. Ya sé que las putas pastillas no van a curarme, joder. Soy muy consciente de mi situación, no soy un niño pequeño.

—Pues deja de actuar como uno y llámalo, todavía tiene que hacerte alguna prueba más.

—No quiero hacerme ninguna otra. Ya sé cuál va a ser el resultado, no es el primero al que acudo, y él también sabe que no es mi primer diagnóstico. Todos y cada uno de los médicos a los que he ido me han dicho lo mismo. Sé cuál va a ser el final, solo quiero retrasarlo lo máximo posible. No creo que sea tan difícil de entender. Haré lo que tengo que hacer cuando ya no pueda más. Pero primero debo acabar de grabar el documental, ¿o te parece mejor idea que lo haga desde la puta cama de un hospital, drogado hasta las cejas?

—Pero, Enzo...

—Pero nada, Dylan. Ya lo hemos hablado, y también se lo expliqué bien clarito a él. No le des más vueltas y deja de preocuparte como si fueras mi madre.

—Es que, si se lo hubieras contado a ella, no tendría que hacer yo su labor... No me pagas lo suficiente, Enzo Silva. Tú llámalo o tendré que decírselo a mami S.

—¿Te vas a chivar a mi madre como cuando éramos niños?

—Deja de comportarte como si lo fuéramos y no tendré que hacerlo —resoplo, sabiendo una vez más que mi mejor amigo tiene razón.

No sé cómo se le puede dar tan bien aconsejar y ver el camino correcto en la vida de los demás y que le cueste tanto no meterse en líos en la suya propia.

—¿Qué tal Marty?

—¿Ese diablo gordo que tienes por gato? De puta madre, me odia y no evita hacérmelo saber.

—Odia a todo el mundo, ya lo sabes. No es nada personal.

—Ya, pero podría mostrar un poco de afecto por la persona que está teniendo que cuidarlo en tu ausencia.

—Vale. ¿Algo más?

—Nooo —su forma de decirlo me hace pensar por un segundo que sí que hay algo que no me está diciendo, pero lo dejo pasar—, solo era eso y tocarte un poco los huevos, me aburro sin ti por aquí. ¿Qué tal todo con Daniela? —Ahí está otra vez. El muy capullo consigue hacerme reír al volver a su insistencia con la rubia, que veo que sale de su habitación mientras se despide de Valentina.

—Adiós, Dylan —cuelgo sin añadir nada más.

Ahora solo tengo ojos para la chica que acaba de salir en dirección al salón con cara de pocos amigos. De pronto entiendo que Dylan sí que tenía algo más para decirme, pero que le han dejado el marrón a la rubia que me acompaña.

Voy detrás de ella y veo que Daniela deja el teléfono lentamente sobre la mesita. Me mira con una expresión rara mientras se sienta en el sofá.

Algo va mal, y creo que no sabe cómo afrontar la situación y decírmelo.

Un malestar me recorre el cuerpo al ver cómo me está mirando nerviosa. No me gusta que se sienta así, no conmigo. Sé que a veces no he sido la persona más accesible del mundo, bueno, sé que muchas veces no lo he sido. Pero no quiero que ella se sienta incómoda con lo que sea que tiene que decirme. Me gustaría que estuviera tranquila cuando habla conmigo, vaya a decirme algo bueno o malo. Y ahora lo único que me preocupa es cómo conseguir eso.

—Deja de mirarme así y suéltalo de una vez, Daniela.

—Lo siento, no sé cómo...

—Simplemente dilo, no me como a nadie, y menos a ti... Bueno, a ti sí, pero no en ese sentido, ya me entiendes. —Guiño un ojo y sonrío.

Estoy intentando que deje de estar preocupada por ser la portadora de las malas noticias.

—Valentina me ha pedido que cambiemos un poco el *timing*, quiere que hables de Archie mientras estamos aquí.

No me sorprende que haya propuesto ese cambio, sabe que aquí estoy tranquilo, que este es un lugar neutro, mi refugio personal. Lejos de los recuerdos y las pesadillas que suponen vivir en el mismo lugar donde pasó todo.

Una parte de mí lo estaba esperando. Valentina es una mujer muy inteligente, sabe lo que hace y sabe cuándo hacerlo. Si no hubiese pedido ese cambio, me habría sorprendido.

—¿Eso es todo? —le pregunto, porque, a juzgar por su expresión, siento que no es lo único que tiene que contarme.

—No —niega—. Es muy posible que tengamos que volver antes, ha pasado algo y tenemos que darnos un poco más de prisa en grabar.

—¿El qué? ¿Y cuándo tenemos que volver?

—No ha querido darme más detalles, me ha dicho que hablará contigo cuando volvamos mañana.

—¿Mañana?... Vale —Sueno más serio de lo que pretendo, pero no contaba con que solo tendríamos el día de hoy para estar solos—. Habrá que aprovecharlo al máximo.

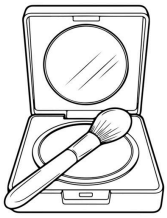
Daniela fija su mirada en mí, sopesando lo que acabo de decir, intentando descifrar el significado de mis palabras. Aunque mi intención es precisamente que no sepa si me estoy refiriendo a nosotros o a lo que nos queda por grabar.

Pero la incertidumbre de qué será de lo nuestro cuando salgamos de la burbuja en la que estamos metidos en esta casa me golpea más fuerte de lo que esperaba y, sí, pienso aprovechar cada segundo que nos quede para seguir siendo nosotros. Cuando

regresemos a San Francisco ya veré cómo me las ingenio para que Daniela no vuelva a alejarse de mí. Por lo menos hasta que se entere de toda la verdad y sea ella misma la que decida irse.

35

Mateo y sus brillantes ideas



Daniela

No pensaba que Enzo fuera a tomarse tan bien los contratiempos a los que tenemos que enfrentarnos, sobre todo la parte en la que debemos marcharnos antes y volver para retomar allí las rutinas de las grabaciones.

Estoy delante del iPad, revisando el documento que me ha enviado Valentina con las nuevas directrices para las tomas que tenemos que hacer. Enzo debe volver a hablar de Archie. Aún no sé por qué es tan importante ese chico en su historia, pero a juzgar por la delicadeza con la que Valentina se refiere a él, debió de ser un suceso que marcó su trayectoria. Me preocupa un poco el hecho de que no haya querido decirme por qué tenemos que adelantar nuestra vuelta, que solo quiera decírselo a Enzo en persona cuando estemos allí, no me da buena espina. Tengo una sensación rara en el cuerpo con todo esto, no sé por qué.

Por suerte, hace un día genial para mantener el set de grabación fuera y no tener que usar apenas iluminación artificial. Me aprovecharé también de la luz natural para el maquillaje y así no tener que hacer comprobaciones extras de color.

Me resulta extraño el ambiente que se ha creado entre los dos, pensar que hace nada nos estábamos comiendo y ahora hemos tenido que volver a la realidad... Es como si te dan un caramelo, lo saboreas dos o tres veces en las que tu lengua se impregna de ese dulzor que engancha, que hace que tus papilas gustativas pidan más, y luego te lo quitan con brusquedad.

Toca volver a ser Daniela Miller, maquilladora profesional.

—¿Estás cómodo así? Puedo ponerte un cojín o algo para que no sientas que te estás partiendo el cuello —le ofrezco viendo la postura en la que se encuentra.

—Estoy perfectamente, desde aquí tengo unas vistas maravillosas. —La silla en la que está sentado es demasiado baja y muy poco cómoda para él. Mis pechos le llegan justo a la cara porque ha tenido que recostarse para que yo pueda trabajar en condiciones.

—Enzo...

—¿Qué? Solo estaba respondiendo a tu pregunta y añadiendo algo que es obvio. Si voy a morirme con el cuello partido por esta postura, que tus tetas sean lo último que vea me parece una imagen maravillosa para llevarme al otro mundo.

Al parecer, la única que ha vuelto a la realidad he sido yo, porque él desde luego que sigue metido en la burbuja. ¿Me molesta? La verdad es que no, me gusta este Enzo juguetón, y me he quitado un peso de encima al comprobar que no ha vuelto a cerrarse en banda.

En los días que llevamos aquí aún no he abierto la maleta de maquillaje. No ha hecho falta, porque lo único que hemos grabado han sido las tomas de recursos de Enzo entrenando en el gimnasio.

Pero para esta ocasión sí que va a ser necesario sacar algunas cosas de ella, porque vamos a rodar primeros planos y, aunque el moratón que le salió debido a la pelea con Jack casi ha desaparecido, aún se ve un poco.

Me está costando mucho abrirla y no sé muy bien el motivo. Hay algo dentro que bloquea la cremallera, pero no recuerdo haberla llenado hasta los topes como para que pueda pasar esto.

—¿Me ayudas?

—Claro —contesta con una sonrisa de oreja a oreja. Pocas cosas hay en la vida que hagan más feliz a un hombre que pedirle que te ayude con algo que demuestre su fuerza o su ingenio, ya sea arreglar un aplique o abrir una maleta.

Le cuesta unos pocos tirones conseguirlo y, por fin, la maleta se abre de par en par. Lo que impedía que se abriera cae justo a mis pies y, de inmediato, siento cómo el fuego me empieza a subir por las mejillas. ¿Cómo ha llegado eso ahí?

—Esto... esto no es mío. —Recojo la cajita que ha caído a mis pies lo más rápido que puedo.

Enzo está muerto de la risa, intenta contenerse un poco cuando ve la cara que le pongo, pero le está costando.

—Joder, Daniela, qué claras tenías tus intenciones, ¿eh? Míralo por el lado bueno, acabamos de ahorrarnos un viaje.

—Sé lo que parece, pero te prometo que... —Le doy la vuelta a la caja de condones que tengo en la mano y veo que tiene una nota pegada. La leo y me cago en todo—. Yo lo mato...

La nota es de Mateo, con un escueto mensaje que dice: «Úsalos todos. De nada». Entonces recuerdo sus últimas palabras antes de despedirnos. Así que este era el regalito que había añadido a mi maleta. Ingenua de mí, pensé que quizá se tratara de alguna chorrada típica de él, pero con la montaña rusa de sentimientos en

los que me he visto envuelta estos días, lo había olvidado por completo.

—Tú lo matarás, pero yo pienso darle las gracias y hasta lo perdono por todas las veces que me habrá llamado Cara Acelga. Ahora mismo ese tío se acaba de convertir en mi ídolo. —Yo niego con la cabeza y dejo la caja en la mesa del jardín—. Venga, no te lo tomes así..., ha tenido su gracia. Y vamos a poder terminar lo que hemos empezado hace unas horas sin tener que movernos de casa.

Cuando Enzo pronuncia esas palabras, un hormigueo muy agradable se instala en mi vientre, y me muerdo el labio por la anticipación. La verdad es que, visto así, ha sido una sorpresa inesperada que nos va a venir muy bien.

—Pienso matarlo igualmente. Y ahora, a trabajar, así que quita esa mirada y borra lo que sea que estés pensando ahora mismo. Vamos a ser profesionales. Y, Enzo, una última cosa...

—¿Qué?

—Estaría genial que retiraras las manos de mi culo para poder empezar a hacer mi trabajo.

—Aburrida —me suelta sacándome la lengua y disponiéndose a devolver la mano a su sitio.

Pero, antes, abre la caja y se guarda un par de condones en el bolsillo trasero del pantalón que lleva.

—Para tenerlos a mano y estar preparados, ya sabes... —Me guiña un ojo y me sonríe con esa sonrisa tan suya que creo que podría quemar estadios—. Hombre prevenido vale por dos, ¿no?

Le devuelvo la sonrisa y niego mientras voy preparándolo todo para empezar a grabar cuanto antes.

Cuando termino de maquillarlo, situamos las cámaras en su sitio y colocamos la silla donde habíamos puesto las marcas para guardar el encuadre. Enzo se sienta y suspira justo antes de empezar. Voy a ser

yo la que le haga las preguntas que nos ha enviado Valentina y luego, en postproducción, Hannah grabará en estos clips la que será la voz en *off* que saldrá en el documental.

—Esta casa es como tu refugio personal, ¿puedes hablarnos de cómo te sientes cuando vienes aquí?

—Es difícil para mí expresar todo lo que este sitio me ha dado. En San Francisco, todo lo que me rodea me recuerda quién debo ser, pero aquí, en New Lake, puedo ser quien realmente soy. De por sí, mi trabajo ya genera bastante estrés, y si a eso le sumamos la presión social que conlleva ser un personaje público, la tensión puede llegar a ser muy difícil de gestionar. Venir aquí es como una especie de reinicio para mí.

—¿Se puede decir que entonces este sitio es tu lugar para recargar pilas?

—Se podría decir que sí, necesitaba un lugar al que poder huir de vez en cuando, y supongo que lo encontré aquí.

—Vamos con una pregunta que quizá se haya hecho cualquiera que conozca tu trayectoria profesional: ¿por qué eres tan hermético con respecto a tu vida privada? ¿Qué le esconde Enzo Silva al mundo?

Veo cómo se tensa en la silla y aprieta la mandíbula con fuerza. Esta pregunta debe de haber dado con su talón de Aquiles, y estoy a punto de decirle que no tiene por qué responder si no quiere cuando él empieza a hablar.

—Si no fuera un loco kamikaze que está harto de fingir, soltaría el típico rollo de que realmente lo único que busco manteniéndome apartado del foco público es llevar una vida normal. Pero lo cierto es que decidí alejarme de todo por miedo y porque soy un cobarde miserable y llevo años tapando una realidad que me grita todos los días. No podía soportar en lo que se había convertido mi vida y lo

único que me quedaba era intentar esconderme para que la verdad no saliera a la luz. Lo habría dejado todo si no hubiese sido porque había personas que dependían de mí...

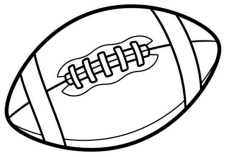
Su sinceridad me parece aplastante y me deja paralizada, quiero preguntarle por qué se considera un cobarde, pero debo ceñirme al guion que tengo delante.

—Debe de ser difícil llevar tantos años salvaguardando tu vida privada. ¿Qué fue lo que te llevó a tomar una decisión tan drástica?

—La muerte de uno de mis mejores amigos. La muerte de Archie Jones.

36

Archie Jones



Enzo

Me parece increíble haber pronunciado esa frase. Veo cómo Daniela abre mucho los ojos cuando digo la palabra «muerte» seguida del nombre de Archie. Imagino que por su cabeza deben de estar pasando miles de posibilidades acerca de qué sucedió. Pero la cámara sigue grabando, ciñéndose a las preguntas que Valentina ha seleccionado y que yo he aceptado contestar previamente, aunque sin tener claro cuándo me las harían.

—¿Quién era Archie Jones?

—Archie era... todo. Mi amigo. Mi hermano. Por él soy quien soy hoy en día. Todo lo que tengo se lo debo. Gracias a él descubrí mi pasión por el fútbol americano. Soñábamos con convertirnos en profesionales, en salir de la miseria que nos rodeaba. Sabíamos que no iba a ser fácil, que tendríamos que dejarnos la piel para conseguirlo. Pero teníamos un plan: empezar en el instituto, destacar, ser los mejores y conseguir una beca deportiva en la

universidad para lograr nuestro objetivo. Era casi imposible que los dos llegáramos a convertirnos en profesionales, y si hubiera tenido que apostar mi vida por quién de los dos lo iba a lograr, habría sido por él. Pero me equivoqué. Porque fui yo quien lo logró primero. Archie se quedó en el camino, y creo que ese fue el principio de su fin.

—Debió de ser difícil que todos vuestros sueños de llegar juntos a ser profesionales se esfumaran como el humo de un cigarro, ¿no?

—No exactamente. La noche en que los ojeadores vinieron a la universidad, Archie no se presentó al partido. Después se excusó diciendo que se había puesto malo, una especie de virus estomacal que le impidió acudir, pero por qué ya daba igual. Perdió la oportunidad ese año. Aunque estoy seguro de que, si su camino no se hubiera torcido, si nos hubiéramos mantenido más unidos, ambos habríamos logrado llegar al mismo sitio. Y que él seguiría aquí.

Estoy al borde de joderlo todo, lo noto. Siento cómo mi cuerpo está empezando a reaccionar al recordar aquello. ¿Cómo no fui capaz de verlo? Es una pregunta que me lleva persiguiendo durante años. Mi incapacidad para olvidarme de lo esencial, de lo verdaderamente importante. Sentirme tan impotente de no poder cambiar lo que le pasó, lo que nos pasó...

—¿Cómo se tomó Archie que fueras tú el que firmara su primer contrato profesional?

—Si algo lo caracterizaba era que siempre se alegraba por sus amigos. Era un chaval que caía bien a todo el mundo, que irradiaba vida y luz. Joder, casi diría que incluso estaba más feliz que yo mismo por lograrlo, y quizá por eso no pude ver lo que tenía delante de mis ojos...

—¿Y qué era?

—Que mi amigo tenía un problema grave con las drogas. Que detrás de su eterna sonrisa había una persona que sufría, y que esa era su manera de evadirse en silencio. Y que lo que parecía que era un juego en realidad era su propio infierno personal, del que no supo salir. Archie Jones, mi amigo, mi hermano, murió de una sobredosis en mis brazos, y yo no fui capaz de ayudarlo.

Daniela me mira fijamente, deja a un lado el iPad, donde tiene las preguntas de Valentina, y apaga la cámara. Sé que es capaz de leer en mis ojos lo que siento en mi interior. Hace un amago de acercarse a mí, pero se detiene y tan solo pronuncia mi nombre esperando mi reacción.

—Enzo...

—Perdona. Necesito un momento.

Voy dentro intentando calmarme. Todas las imágenes de aquella noche vuelven una y otra vez para atormentarme. Las convulsiones, sus ojos en blanco, su cuerpo inerte. Mis gritos, los de Dylan tratando en vano de calmarme, sufriendo también al ver lo que estaba pasando.

Los médicos saliendo a la sala de espera en el hospital para decirnos que nuestro amigo estaba en un coma irreversible, que no había nada más que pudieran hacer por él. Verlo enchufado a la puta máquina que lo mantenía con vida, pero saber que dentro de ese cuerpo ya no estaba nuestro hermano.

En un abrir y cerrar de ojos, todo se había ido a la mierda, todo.

Tuvimos que encargarnos de llamar a su madre para contarle lo que había pasado. No he visto a una mujer más rota de dolor que la señora Jones cuando salió de la habitación donde estaba lo que quedaba de su hijo. ¿Cómo iba a contarles a sus otros hijos que su hermano mayor no iba a volver más a casa?

El paso del tiempo no ha conseguido calmar ni un ápice la presión y la carga que conllevó tener que decirle adiós. Pensábamos que aquello era el infierno, pero solo fue el principio. La entrada a la profunda cueva de todo lo que vendría después.

Entro en el baño de mi dormitorio y me mojo la cara con agua fría para intentar relajarme. Hablar de ello en voz alta está siendo mucho más difícil de lo que podía imaginarme. Lo peor de todo es que sé que aún queda la peor parte, esa que siempre me perseguirá.

No sé cuánto rato llevo aquí dentro, pero ya me siento un poco más tranquilo.

—Enzo, ¿puedo pasar? —oigo que dice la voz de Daniela a través de la puerta.

No le respondo, salgo y le abro dándole acceso a mi habitación.

—Yo... yo no sé qué decir —intento excusarme por haberme marchado de esa manera.

—No tienes que decir nada —repone—. No vengo a pedirte explicaciones, solo quiero saber cómo estás. Es lo único que me preocupa en este momento.

—No sé qué responderte a eso, Daniela. Cuando acepté este proyecto fue con un propósito. Lo que le hice a Archie no se puede esconder por más tiempo.

—Enzo, no creo que fuera culpa tuya... Cada uno elige su camino, no puedes sentirte responsable por algo que no estaba en tu mano. Entiendo que debió de ser muy duro para todos vosotros tener que pasar por aquello, saber que quizá vuestro amigo estaba sufriendo, pero no puedes seguir culpándote.

Lo dice porque aún no sabe que falta mucho por contar. Mi parte, el después, lo que acepté hacer y el pacto que firmé en los infiernos,

y sobre el que llevo años guardando silencio. Una losa que cada día ha ido acrecentando el peso sobre mi conciencia.

—Eso lo dices porque aún no conoces toda la historia —le advierto casi en un susurro.

—¿Me la quieres contar? —me pregunta acercándose a mí, llenando el espacio que nos separa.

—No puedo. No me veo capaz de decepcionarte. No aún.

—Eso tendré que decidirlo yo. Y de momento no veo al hombre malo que dices ser. Solo veo a alguien que lleva años cargando con el peso de una muerte que no pudo evitar. No sigas haciéndote daño, Enzo.

Veo esperanza en sus ojos marrones y sé que desea que le diga que tiene razón, pero no es así. Sé que, cuando sepa todo lo que pasó después, ese brillo que me devuelve su mirada se apagará y, por fin, verá quién soy.

Y aunque tengo la oportunidad de contárselo todo aquí y ahora, he decidido no hacerlo pensando solo en mí. No obstante, necesito tenerla más tiempo de mi lado. Aún no soy capaz de dejarla marchar, pero sé que cuando todo caiga ella lo hará también. Por mucho que ahora diga que no ve en mí nada por lo que deba decepcionarse, cuando sepa todo lo que acepté hacer se marchará y no podré culparla por ello, porque si yo mismo pudiera huir de mi pasado, lo haría.

Acerco su cuerpo al mío y, en un acto egoísta, tomo su boca con determinación. Los suaves labios de Daniela me reciben en un suspiro ahogado que atrapa los míos. Y todo el dolor empieza a abandonar mi cuerpo para sustituirlo por algo mucho más placentero. Si tuviera que firmar ahora mismo mi sentencia de muerte, lo haría si de ese modo consiguiera unos minutos más de ella.

Así de tarado estoy, así de egoísta soy.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres ahora? —duda mirándome aún con su boca sobre la mía.

—No he estado tan seguro de nada en toda mi puta vida.

Quiero agarrarme con todas mis fuerzas al resquicio de felicidad que me ofrece Daniela, quiero seguir saboreando esta dulce sensación todo el maldito tiempo que pueda. Ahora mismo me dan igual las consecuencias y que todo esto termine explotándome en la cara. Necesito a esta mujer, y necesito hundirme dentro de ella.

Agarro el borde de su camiseta y se la subo, y en cuanto adivina mis intenciones levanta los brazos para que termine de quitársela. Ella hace lo mismo con mi camisa de manga corta. Desabrocha uno a uno los botones de una manera dolorosamente lenta que solo consigue que la polla se me ponga mucho más dura por la anticipación de tenerla por fin en mi cama.

Vuelvo a reclamar su boca y le desabrocho el pantalón mientras ella se ayuda con un movimiento de piernas para deshacerse de la prenda. La tengo casi desnuda y solo para mí.

—Eres preciosa.

Daniela sonríe y se acerca a mi oído.

—¿Sigue en pie? —pregunta a continuación.

—¿El qué?

—Lo de terminar lo que empezamos anoche —me susurra y una sonrisa escapa de mi boca.

—Hasta que te canses de mí, Daniela.

—Creo que para eso aún queda mucho. —«Menos de lo que piensa», me recuerda mi cabeza—. Tú todavía llevas mucha ropa, Silva.

—Ponle solución, Miller.

Y, dicho y hecho, desabrocha el primer botón de mi pantalón. Veo que su cara cambia y sonríe de lado, como si de pronto se hubiera acordado de algo.

—Antes hay que coger esto —dice mientras mete la mano en el bolsillo trasero de mis pantalones y saca los condones que he cogido antes.

—Chica lista.

—Lo sé.

Me mira fijamente mientras se deshace de mi pantalón. Se acerca a mi cuello y pasa la lengua por él. Como sigamos así, no sé si voy a ser capaz de llegar a la cama.

Agarro su culo con las dos manos y la levanto. Daniela enrosca sus piernas en mi cintura, la dejo caer en la cama y ella suelta un grito seguido de una risa traviesa. Se quita las bragas y me mira de la forma más salvaje que me han mirado jamás.

Termino de desnudarme, me tumbo a su lado y ya está lista para mí. Me pongo el condón y me hundo en ella despacio. El gemido que sale de su boca resuena en mi cabeza, llenándolo todo. Mis movimientos son lentos mientras espero que su cuerpo se adapte a mi tamaño. Debo hacer un trabajo de contención de la hostia para no hacérselo como un puto animal, pero ya habrá tiempo para ello. Ahora quiero saborear cada sensación que su cuerpo me ofrece hasta conseguir que pierda la cabeza y me suplique que necesita más.

Nos besamos al ritmo de mis embestidas, suave y tortuoso. Subo un poco la intensidad hasta llevarla casi al límite y vuelvo a bajar el ritmo. Cada vez que lo hago, cada vez que la acerco al éxtasis, ella me araña la espalda y solo consigue ponérmela más dura.

Me está resultando realmente difícil contenerme.

—Si sigues haciendo eso, vas a conseguir que pierda la cabeza.

—Hazlo, quiero que te dejes llevar, Enzo. Que pierdas el control y que consumas toda tu pena en mí.

¿De dónde ha salido esta mujer?

Cumplo sus deseos y la pego a mi cuerpo para entrar aún más en ella. Empiezo a moverme a un ritmo mucho más frenético mientras sus gemidos se solapan con el ruido del colchón. Nuestras respiraciones están agitadas por el éxtasis al que estamos sometidos. Mi cabeza ha perdido la capacidad de pensar con claridad, lo único de lo que me doy cuenta es de que la tengo a ella a mi merced.

Veo cómo su cuerpo se arquea con cada embestida cada vez más profunda, y eso basta para descontrolarme. Sé que esto es lo más cerca que voy a estar de tocar el cielo, porque sin duda cuando llegue mi hora mi alma irá directa al puto infierno, y pienso saborear esta sensación hasta el final.

—Enzo, no voy a aguantar mucho más —gime suplicante contra mis labios.

—Estaba esperando que dijeras eso, porque yo tampoco.

Perdidos en el placer, siento cómo explota alrededor de mi polla. Su interior se tensa, me aprieta y hace que yo me corra de forma salvaje, atrapando sus gemidos en mis labios.

Muevo las caderas bajando el ritmo de las embestidas para empaparme de los últimos segundos del orgasmo. Salgo lentamente de ella sin dejar de besarla.

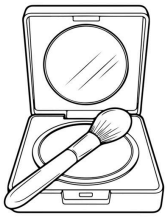
Ha sido intenso, liberador, como casi todo lo que Daniela me está haciendo experimentar en estas últimas semanas. Me saca de mi zona de confort sin pretenderlo, salvando así la poca cordura que me queda.

Y entonces es cuando lo entiendo. No sé cómo voy a conseguirlo, pero no puedo dejar que la mujer que tengo desnuda en mi cama se

aleje de mí.

37

Problemas



Daniela

La confesión de Enzo me ha tocado el corazón. Sabía que Archie tenía que ser alguien importante en su historia, a juzgar por sus reacciones cada vez que hablaba de él. Me imaginaba que lo que le había ocurrido había sido fuerte, lo que no esperaba era que hubieran vivido una tragedia semejante. La mirada que me ha devuelto cuando he ido a buscarlo a su habitación va a ser difícil de olvidar.

No esperaba que termináramos haciendo el amor después de su descarga emocional, pero ha pasado. Y no me arrepiento, porque creo que algo en él ha cambiado después de eso. Mi corazón me dice que tengo que apoyarlo pase lo que pase, pero no sé cómo.

Hemos estado un rato enredados entre las sábanas, tan solo disfrutando de la cercanía del otro, hasta que Enzo se ha quedado dormido. He salido de su habitación intentando no hacer ruido al vestirme, para ir al jardín a buscar mi teléfono. Una vez lo tengo en

la mano, me dispongo a llamar a la única persona de confianza que puede guiarme para saber qué hacer.

—Esperaba esta llamada, Daniela —me responde al otro lado de la línea al tercer tono.

—Hola, Valentina.

—No te preocupes si no podéis seguir grabando, era una opción con la que contaba. —Esta mujer suele ir siempre un paso por delante, pero en esta ocasión se equivoca, porque lo esencial sí que lo hemos grabado.

—Por eso te llamaba..., no hemos podido terminar.

—¿Hasta dónde ha sido capaz de contar? —me pregunta tanteando un poco el tema.

Cierro la puerta que da al jardín, en un intento quizá absurdo por conseguir algo más de intimidad, y tomo asiento en una de las sillas de ratán. No quiero entrar y arriesgarme a que Enzo se despierte y me oiga.

—Solo han faltado las dos últimas preguntas de la lista. —Al decirle eso, no hace falta que entre en más detalles, sabe perfectamente que él ha soltado la bomba.

—¡Vaya! No esperaba que tuvieras tanto efecto en él. Sin duda ha sido una gran idea apartarlo de todo el ruido de San Francisco para que terminara de abrirse. No es necesario que sigáis, las últimas preguntas son prescindibles, retomaremos a vuestra vuelta.

—No sé a qué te refieres con «el efecto que tengo en él», pero sí, venir aquí ha sido una gran idea. Creo que lo ha ayudado mucho a despejarse y soltarse un poco más.

—Cielo, sabes a qué me refiero..., no te hagas la tonta conmigo. No es necesario ser muy lista para darse cuenta de cómo te mira. Conozco a ese chico demasiado bien y conmigo no puede disimular. ¿Qué tal está?

—Ahora mejor, creo. Pero tener que revivir aquello... ha sido fuerte.

—Bueno, estoy segura de que tú has contribuido a que pueda gestionarlo. Es un buen chico, pero lleva muchos años perdido. Espero que después de esto pueda por fin encontrar esa paz que tanto ansía.

—Yo también lo espero. ¿Y ahora qué hacemos?

—La parte más difícil, que era conseguir que Enzo se abriera, ya está hecha. Todo cuanto lo rodea en su ciudad está impregnado de recuerdos de lo que pasó y, sin duda, aquí le habría costado mucho más responder a esas preguntas. Terminad de grabar los recursos que quedan y relajaos un rato hasta la vuelta de mañana. Cuando lleguéis, ya os pondré al día de lo que ha pasado por aquí. Porque, querida..., tengo que avisarte de que se vienen curvas. Aunque confío en que sabremos sortearlas. Adiós, cielo.

—Adiós, Valentina.

Cuelgo la llamada un poco preocupada por sus últimas palabras y empiezo a recoger el set del jardín. Por suerte, los recursos que necesitábamos también están grabados, así que cuando ya lo tengo todo más o menos organizado, vuelvo a entrar en la casa.

Parece que Enzo sigue dormido, y no tengo la menor intención de despertarlo. Si algo tengo claro de este hombre es que duerme muy poco, así que descansar no le va a venir nada mal.

Me siento en el sofá del salón con el móvil en la mano, vuelvo a entrar en mi perfil de Instagram y voy directa a los mensajes. No es que quiera torturarme viendo de nuevo ese vídeo, pero es un recordatorio de que el pasado está ahí y de que la huella digital parece imborrable. Me pregunto qué pasaría si un día me armara de valor y diera mi versión de los hechos, si contara lo que me llevó a actuar de esa manera. ¿Sería peor que vivir con la incertidumbre de

que me reconozcan o de que se vuelva a hacer viral? No quiero volver a tener esa sensación de desprotección, quiero encontrar un modo de acabar con esto y no dejar que mensajes como el de ayer me hagan sentir vulnerable. Al parecer, esperar a que todo quedase en el olvido no ha funcionado, así que quizá deba intentar otra cosa para zanjar el asunto de una vez por todas.



Está empezando a anochecer cuando oigo la puerta de la habitación de Enzo abrirse y unos pasos acercarse al salón.

—Hola. ¿Qué tal te ha sentado la siesta? —me intereso en cuanto siento su presencia.

—Joder, ¿cuánto rato he estado durmiendo? —pregunta acariciándose el pelo y echándoselo hacia atrás en un gesto que me resulta de lo más sexy.

—Varias horas. Está claro que lo necesitabas, y no he querido molestarte.

—Mierda, lo siento. Es nuestro último día aquí y me he quedado inconsciente toda la tarde después de...

—De follar, sí.

Termino la frase por él con una sonrisa pícara en los labios al recordar lo que hemos hecho en su habitación hace unas horas. Entiendo por qué está intentando excusarse, pero no podría importarme menos el hecho de que se haya quedado dormido.

—Qué decepcionante, ¿no? El típico tío que se queda sobado después de correrse... Joder, lo siento —vuelve a disculparse mientras se sienta a mi lado en el sofá.

—No digas gilipolleces. Con el día que has tenido, lo raro habría sido que no te hubieras quedado dormido. Además, me he aprovechado de tu jardín y de la piscina, ha sido como estar en un spa privado... Los chorros que salen por ese chisme son... —Levanto las cejas de manera sugerente con una media sonrisa en los labios.

La tarde realmente ha sido genial. He tomado el sol y he disfrutado mucho de la piscina. Tiene unos chorros que me han ayudado a destensarme después de la conversación con Valentina. Aunque, si soy sincera, estaba deseando meterme en ella desde el día que llegamos.

—Joder, Daniela —susurra tragando despacio mientras se acerca un poco más a mí.

—¿Qué?

—Que ahora mismo te estoy imaginando en bañador en mi jardín. Mojada, saliendo de mi piscina..., y... —Deja escapar un pequeño resoplido y niega con la cabeza.

—Yo no he hablado de ningún bañador, Silva —añado muy cerca de su oído mientras me muerdo el labio inferior.

—¿Miller? ¿Quiere eso decir que te has estado paseando desnuda por mi jardín?

Asiento bajo la atenta mirada de Enzo.

—¿Sabes lo mejor de esa piscina y sus chorros? Tienen un modo nocturno que es una puta pasada —musita con su boca peligrosamente cerca de la mía.

—¿Me estás proponiendo algo? —lo tiento sin separarme ni un milímetro.

—Sí.

—La verdad es que me encantaría descubrir el modo nocturno «puta pasada» contigo. Y sin ropa, Enzo.

—Directa y sin rodeos, ¡cómo me gustas!

Me besa por fin, volviendo a aumentar las revoluciones de mi interior.

—Eso ya lo sabía —afirmo separándome un poco de su boca y mordiéndole el cuello.

—Porque eres una listilla. ¿Tienes hambre? Podemos pedir algo y cenar en el jardín —me propone.

—Me parece una idea genial.

—OK, yo me encargo, preciosa. Voy a por el móvil a mi habitación.

Se da la vuelta, pero justo antes de desaparecer de mi campo de visión vuelve a dirigir su mirada hacia mí.

—Gracias, Daniela.

—¿Por qué?

—Por todo.

He decidido no contarle mi conversación con Valentina. No quiero añadir más carga sobre sus hombros. Prefiero poder disfrutar de las últimas horas que nos quedan juntos y solos, sin tener que pensar en lo que sea a lo que tengamos que enfrentarnos cuando volvamos.

Un rato más tarde estamos cenando en el jardín, a la luz de la luna. Luego, la poca ropa que llevábamos va desapareciendo al tiempo que los besos y las caricias aumentan. Y, sí, tengo que reconocer que el modo nocturno «puta pasada» de la piscina realmente lo es. Y jamás habría imaginado cuánto.



A primera hora de la mañana ya hemos terminado de recoger todo el material que faltaba y hemos cargado el coche de Enzo. Ponemos

rumbo de vuelta donde ya me espera Mateo con el resto del equipo para retomar las grabaciones en cuanto Valentina lo crea oportuno. Aún sigo dándole vueltas a lo último que me dijo y, aunque no lo he hablado con Enzo, me preocupa un poco que no seamos capaces de solventar lo que quiera que haya surgido y que todo se complique demasiado. No solo porque el trabajo se vaya a la mierda, sino porque no sé cómo van a afectarle esos problemas a él.

Cuando llegamos, deja el coche en el aparcamiento del hotel y se baja con la clara intención de ayudarme con el material y las maletas. Hemos pasado la mayor parte del trayecto en silencio, y ahora que hemos vuelto no sé muy bien cómo comportarme con él.

—No hace falta que te quedes, no creo que Mateo tarde mucho en venir a echarme una mano con todo esto —le digo señalando los bultos que aún siguen en el maletero.

—Sé que no hace falta, pero quiero hacerlo. No pienso dejarte sola; además, recordemos que tu amigo ya ha demostrado ser poco fiable otras veces.

—Seguro que tienes asuntos más importantes que atender, no quiero hacerte perder el tiempo.

—Quedarme contigo no es perder el tiempo, aunque sí que se me ocurre algo mejor que hacer que estar esperando aquí parado como un gilipollas a que Mateo se digne a bajar para recoger todo esto. —Enzo me coge por la cintura y acerca mi cuerpo al suyo.

Desde luego, yo no tengo ni idea de cómo comportarme con él, pero él sí tiene claro cómo hacerlo conmigo.

—Enzo... —le advierto.

—Déjame besarte, Daniela —me pide en un susurro.

—No sé si es la mejor idea morrearnos en un aparcamiento donde puede vernos cualquiera.

Ese pensamiento cruza mi mente porque toda precaución es poca. Y más teniendo en cuenta quién es él, aunque parece importarle poco.

¿Quién es este hombre y dónde está Enzo «huyo de la vida social» Silva?

—No pienso esconderte —me aclara, y deja un beso en mi cuello que hace que se me nuble la vista.

—No es el mejor momento para hablar de esto, Enzo.

Él se dispone a añadir algo más cuando oímos que alguien grita mi nombre y por la puerta del hotel sale una cabeza roja. Mateo llega justo a tiempo porque el ambiente estaba empezando a enrarecerse. Me separo de Enzo y pongo distancia entre nosotros mientras mi amigo se aproxima.

—¿Qué tal el viaje, chicos? —Me da un beso en la mejilla y a él, una palmada en la espalda.

—El viaje bien —contesto mientras lo miro fijamente, esperando que no suelte nada inapropiado en estos momentos.

—Mi madre me ha dicho que te llamará para concretar una reunión para mañana en la oficina de Dylan —informa a Enzo, que asiente con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Necesitáis que os ayude a subir las cosas?

—No, no te preocupes, nosotros podemos. No te entretenemos más —contesta mi mejor amigo mientras va sacando las cosas del maletero y yo me uno a él.

—Vale, en ese caso ya nos veremos cuando esté todo listo para seguir con las grabaciones.

—Eso es, guapetón —dice Mateo con sorna mientras le guiña un ojo.

Si tuvieran más confianza, estoy segura de que ese comentario habría ido acompañado de una palmada en el trasero por parte de

mi amigo.

Enzo se sube al coche y nosotros nos dirigimos al interior del hotel cargados con todas las cosas. Estamos en el ascensor cuando mi móvil me avisa de que he recibido un mensaje.

> Tenemos una conversación pendiente, Daniela. Y todavía me debes un beso.

Sin poder evitarlo, se me escapa una sonrisa al leerlo, pero de inmediato vuelvo a la realidad. Sigo dándole vueltas a qué habrá pasado para que tuviésemos que adelantar nuestra vuelta. Pienso preguntárselo directamente a mi amigo en cuanto estemos en un lugar más privado.

Después de guardar el material en su habitación, Mateo me acompaña hasta la mía y entra conmigo. Lo miro de soslayo porque sospecho que él también quiere saber cosas...

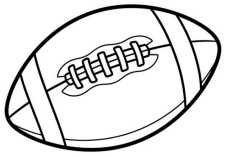
—Estabais muy juntitos cuando he llegado, ¿no? —No pierde el tiempo en preguntarme en cuanto estamos los dos dentro y la puerta está ya cerrada.

—No me apetece hablar de eso ahora mismo, estoy cansada del viaje y algo preocupada. Ayer hablé con tu madre. ¿Sabes lo que ha pasado? —Esta vez voy a ser yo la que exija primero las respuestas que necesito.

—Que estamos jodidos, Dani.

38

Soluciones



Enzo

Estoy entrando por la puerta del despacho de Dylan. Ayer, cuando llegué a casa, no esperé a que fuera Valentina la que me llamase, sino que lo hice yo y quedamos en que nos veríamos aquí a primera hora de la mañana.

No quiso entrar en más detalles e intentó restarle importancia al hecho de que primero hubiera cambiado el *timing* para sacarme de la ciudad para, después, adelantar nuestra vuelta. No soy idiota, tantos movimientos se deben a que ha pasado alguna cosa lo suficientemente grave como para que haya querido tener una reunión aquí de carácter urgente.

—¿Tú sabes algo? —Entro sin llamar y sin saludar. Esta mañana no estoy para dar rodeos, necesito respuestas ya.

—Me cago en la puta, Enzo. —Mi amigo pega un bote en la silla—. Tú sí que sabes cómo saludar a tu mejor amigo después de estar días sin verlo. Te superas con los años, pedazo de mendrugo. Y no,

sé lo mismo que tú. Pero, sea lo que sea, no será tan chungo como lo que se te haya pasado por la cabeza. Relájate un poco, tío. ¿Quieres que te pida una tila para calmar esos nervios? Yo estoy bien, gracias por preguntar, y de nada por cuidar de tu diabólico animal de compañía.

—Vete a la mierda.

—¿Qué coño te pasa? La última vez que hablamos por teléfono estabas la mar de simpático y ahora estás de un humor de perros. ¿No tendrá que ver con cierta rubia y con el hecho de que te hayas acostumbrado a su presencia y esta mañana te hayas despertado solo en tu castillo de penurias?

Y, una vez más, da en el clavo. Haber pasado toda la noche dándole vueltas a qué sería lo que tenía que contarnos Valentina y despertarme y ver que Daniela no estaba cerca ha sido la combinación perfecta para ponerme de mala hostia. Tampoco ha ayudado que no me haya respondido al mensaje que le envié ayer. Es como si hubiera rozado el cielo y, sin más, hubiera vuelto de repente al puto infierno.

—¿Y qué pasa si tiene que ver? —replico intentando desahogarme.

Mi amigo abre mucho los ojos, casi podría afirmar que mi pregunta le ha hecho especial ilusión.

—Nada, que por fin eres un humano funcional que empieza a tener sentimientos, tío. Las cosas en New Lake han ido mal, ¿no?

Me siento en una de las sillas del despacho y me llevo las manos a la cara.

—Qué va, ese es el problema... Que las cosas han ido de puta madre. Pero, al llegar aquí..., pum, todo se ha esfumado otra vez. Esta ciudad está maldita.

—Venga, alma en pena, no será para tanto. Los problemas, de uno en uno. Vamos a esperar a ver qué nos cuenta Valentina y después me pones al día de tu atormentada vida amorosa. —Dylan se carcajea, parece que la situación le resulta de lo más graciosa, está disfrutándolo y no lo esconde.

—¿Qué cojones te hace tanta gracia?

—Que llevo años esperando.

—¿Esperando el qué?

—Que tuvieras una vida amorosa que hubiera que solucionar. Mi pequeñín se está haciendo un hombre y por fin el tío Dylan va a poder sacar la biblia del amor, que lleva tantos años perfeccionando, para que su discípulo haga uso de ella. —Se acerca a mí y me acaricia la cabeza como si fuera su mascota.

—Eres insufrible —espeto apartándome de manera brusca.

—Y tu único amigo, gilipollas.

En ese momento llaman con suavidad a la puerta y, por la forma elegante en que lo hacen, sé que es Valentina. Dylan se aparta y yo me levanto de la silla.

—Buenos días, chicos —nos saluda en cuanto entra.

—Buenos días. —Me acerco a ella y le doy un abrazo. Dylan me sigue y hace lo mismo.

—Sentémonos, será lo mejor para lo que os tengo que decir.

Los tres tomamos asiento.

—No me voy a andar con rodeos, así que ahí voy: llevo un tiempo recibiendo amenazas anónimas para que paralicemos el proyecto. No sé cómo ni quién es, pero se han enterado y, al parecer, tienen miedo de lo que puedas contar, Enzo.

—¡Joder! —exclamo sin poder contenerme—. ¿Y no sabemos de quién proceden?

—No, ya tengo a gente trabajando en ello, pero de momento no hemos dado con el responsable. Sea quien sea, se está tomando muchas molestias en borrar sus huellas.

—¿Qué propones que hagamos? —le pregunto, porque estoy seguro de que esta mujer ya tiene algo pensado con lo que contraatacar.

—Por eso mismo quería hablar con vosotros y poneros al tanto de la situación. Si seguimos adelante, es muy posible que las cosas se pongan aún más feas, y es necesario tomar decisiones que quizá resulten un tanto drásticas o incómodas. Tenemos el proyecto bastante avanzado, pero tú tienes la última palabra. Podemos dejarlo así y usar la cláusula de cancelación o seguir.

—Cancelar no es una opción para mí, ya no. No van a silenciarme, pero entendería que no quisieras seguir con esto, Valentina. No tienes por qué aguantar según qué cosas, no es aceptable, bajo ningún concepto.

—¡Ay, cariño! Por mí no te preocupes en absoluto. Soy de la vieja escuela, cuatro imbéciles que se creen superiores no me meten miedo. Comparado con todo lo que tuvimos que vivir en los noventa, esto es una nimiedad, estoy por encima de todo eso. Sin embargo, si realmente quieres seguir adelante hay que cambiar los planes, y no sé si estarás de acuerdo con lo que tengo que proponerte.

Miro a mi amigo esperando a que diga algo, yo ya estoy dispuesto a todo, pero necesito saber que él también lo está.

—Somos todo oídos —dice al fin Dylan, entendiendo mi mirada.

—Hay que hacer público el proyecto. Que tus fans y la prensa sepan que lo estás haciendo, sin enseñar nuestras cartas. Solo aclararemos que trata de tus logros profesionales y tus humildes inicios. Un repaso de tu carrera profesional, una especie de documental biográfico deportivo. Es algo que hoy en día está muy

de moda y a nadie le resultará extraño, aunque, tratándose de ti, seguro que levantará mucha expectación.

—Pero entonces nos meteremos de lleno en el ojo del huracán, ¿no?

Valentina me mira y asiente.

—Eso es, cielo. Pero si guardamos silencio, les estamos dando pie a que sigan extorsionando. Si lo hacemos público, verán que estamos dispuestos a todo con tal de llegar hasta el final, que no nos vamos a quedar callados, y deberán andarse con más cuidado. Aun así, la decisión es tuya, Enzo. La última palabra la tienes tú.

—Dylan, ¿tú qué dices? —Esto no es algo que solo me vaya a salpicar a mí.

—Tío, ya sabes que estoy contigo hasta el final —responde mi amigo mirándome a los ojos.

—Vale, ¿puedo pensarlo y darte una respuesta mañana?

—Por supuesto, tómate el tiempo que necesites. Mientras tanto prepararemos las próximas localizaciones.

—Gracias.

—No me las des: es mi trabajo, querido —añade poniéndome cariñosamente una mano sobre la rodilla—. No os robo más tiempo, chicos.

Nos despedimos y Valentina sale por la puerta con la elegancia que la caracteriza.

Necesito preguntarle algo más o, mejor dicho, por alguien más, pero a solas. Así que me levanto y voy con rapidez a su encuentro.

—¡Valentina! —la llamo siguiendo sus pasos—. Espera un segundo, por favor. —Logro alcanzarla justo antes de que suba al ascensor.

—¿Qué necesitas, cariño? —Se gira en cuanto oye mi voz.

—¿Ella lo sabe? ¿Sabe que existe la posibilidad de que el proyecto salga a la luz durante la grabación y que quizá la prensa empiece a meterse donde no la llaman?

—Te refieres a Daniela, supongo. —Afirmo con la cabeza—. Es muy probable que mi hijo la haya puesto al día sobre los pormenores que han surgido. Pero, no, vosotros sois los únicos que estáis al corriente del cambio de planes. No se lo comunicaré al resto del equipo hasta que tú me confirmes qué quieres hacer. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero que ella también esté de acuerdo en esto, no deseo que... —Me callo, titubeando. No sé si es buena idea confesar que sé lo que le pasó a Daniela, aunque intuyo que ya es tarde y que Valentina ha pillado al vuelo lo que iba a decir.

—Entiendo. Te ha contado lo que le sucedió, ¿no? Si lo crees oportuno, puedes informarla tú mismo, cielo.

—Gracias de nuevo, Valentina.

—De nada, querido. —Pulsa el botón y las puertas del ascensor no tardan mucho en abrirse—. Es curioso que a ambos os preocupe el bienestar del otro, muy curioso... —susurra con una sonrisa mientras entra.

—¿Cómo? —pregunto sin llegar a entender qué ha querido decir, pero ella solo me mira y me sonríe mientras las puertas vuelven a cerrarse.

Antes de tomar una decisión debo hablar con Daniela, pero ¿cómo voy a conseguir hacerlo si ni siquiera me ha respondido al mensaje que le envié ayer?

Regreso al despacho de Dylan y, tras un rato, compruebo que mi amigo está inusualmente callado. Tampoco es que yo esté aportando mucha alegría al ambiente, supongo que a ambos nos preocupan las mismas cosas. Volver al ojo público nunca ha entrado en mis planes,

y él sabe que ahora mismo estoy repitiéndome todas las cosas que podrían salir mal cuando la prensa se entere.

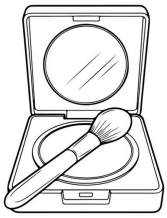
—Me voy a casa —digo al fin.

—Enzo, va a salir bien. Esta vez no estamos solos ni somos aún unos críos. —Sé que lo dice para intentar tranquilizarme y porque tiene miedo de que esto sea un motivo más para desestabilizarme, pero, aun con todo, ahora me siento fuerte para llegar hasta el final.

Asiento y salgo de su despacho. Necesito estar solo y poner en orden mi mente, que no deja de darle demasiadas vueltas a lo que acaba de pasar.

39

¿Quién dijo miedo?



Daniela

A pesar de lo cansada que estaba por el viaje de vuelta, no he conseguido pegar ojo durante la noche. No después de que Mateo me pusiera al día de lo que había sucedido mientras estábamos en New Lake. Todo el tema de las amenazas me ha puesto los pelos de punta, y no dejo de pensar en cómo se lo tomará Enzo cuando se entere. Y, por si eso fuera poco, sé que tengo un mensaje pendiente que responder, aunque ahora mismo no sé muy bien qué decir.

Tengo un lío mental digno de estudio. Por una parte, no sé qué decisión tomará Enzo sobre el proyecto; en estos momentos, las grabaciones penden de un hilo al haberse filtrado. Y, por otra, reconozco que me he acostumbrado a su cercanía, a pasar tiempo juntos. Tampoco sé qué quiso decir con que no pensaba esconderme. ¿Esconderme de qué o de quién? ¿Acaso estaba intentando decirme que quiere que sigamos conociéndonos? ¿Quiero

yo seguir hasta ver qué pasa entre nosotros? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Después de ducharme, desayunar y tener una conversación telefónica con mi padre que se ha alargado más de lo que esperaba, he quedado con Mateo para dar una vuelta por la ciudad. Anoche preferí no contarle nada de lo que había pasado entre Enzo y yo en su casa, aunque mi amigo estuvo de lo más pesado por sacarme información, y sé que hoy no me voy a librar de su interrogatorio.

—Entonces, ¿te lo has follado? —me pregunta directamente mientras caminamos el uno al lado del otro.

—Joder, Mateo...

—No me gusta llamarlo de esa manera, Dani. Joder, me parece demasiado soez. Pero contéstame, anda. —Sus palabras no me hacen mucha gracia, y pongo los ojos en blanco.

—Ese intento de chiste que acabas de soltar sí que es soez, y encima te crees muy gracioso.

—Bah, venga, tía, no seas así. Siempre nos lo hemos contado todo, no entiendo por qué ahora es diferente. ¿Qué pasa?

En ese momento, el móvil de mi amigo lo avisa de que le ha llegado un mensaje.

—Para empezar, que estoy mezclando las cosas y estoy hecha un lío. Allí hemos estado muy bien, he podido conocerlo más y me ha gustado mucho lo que he visto de él. Nos abrimos el uno con el otro y nos contamos cosas muy personales...

Seguimos andando mientras yo le suelto la bomba. Mateo me mira sorprendido al captar lo que le acabo de confesar.

Hace una temperatura estupenda y, aunque el hotel no es muy céntrico, sí que está en una zona donde hay bastantes parques en los que se ven personas tumbadas disfrutando del sol o simplemente

leyendo un libro, ajenas a la conversación que estoy teniendo con mi amigo, que está flipando.

—Espera, espera... ¿Le has hablado del «incidente»? —Me agarra del antebrazo y me para sin terminar de creerse del todo que le haya confesado mi terrible secreto a Enzo.

—Sí, recibí un mensaje estando allí. Alguien ha encontrado mi perfil privado de Instagram y ha querido hacerme saber que la huella digital no se elimina fácilmente.

—¿El de la foto de los gatitos? ¿Cómo han podido saber que eres tú?

El móvil de Mateo vuelve a sonar, pero por alguna razón mi amigo sigue sin hacerle caso a quien sea que está insistiendo en reclamar su atención.

—No lo sé, el caso es que el mensaje lo removió todo, me quedé bastante afectada y se lo conté. Enzo se mostró tan protector, tan cercano que... una cosa llevó a la otra...

—Ya veo. Bueno..., pues de nada... —me dice con sorna volviendo a su habitual carácter vacilón.

—¿De nada por qué?

—Por los preservativos, Dani, que seguro que les habéis dado buen uso. —La risa que suelta hace que varios viandantes se den la vuelta para ver de dónde procede ese sonido tan estridente.

—Qué gilipollas eres. La cuestión es que estábamos conectando o algo así, pero con el lío de tener que volver antes y demás, ha quedado todo en el aire. El ambiente entre los dos estaba ya muy raro ayer, y no sé...

—Cuando os vi en el aparcamiento, estabais demasiado cerca, había una tensión sexual que hasta hace un momento habría dicho que no estaba resuelta, amiga.

—Me asusté un poco, le dije que no era buena idea estar tan pegados en público, y me soltó que no pensaba esconderme. Me dio la sensación de que quería hablar de cómo iba a ser nuestra relación a partir de ahora.

—¿Y qué le dijiste?

—Justo llegaste tú para salvarme. —Levanto los hombros y pongo cara de circunstancias, prefiero no pensar en qué habría terminado la conversación si él no hubiese aparecido en ese momento.

—Mierda, si llego a saberlo, habría tardado más.

—Después me escribió un mensaje diciéndome que tenemos una conversación pendiente.

—¿Y qué le contestaste?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Mateo se para en seco y me mira sorprendido mientras su teléfono vuelve a sonar.

—No le he contestado aún.

—Daniela, como tu mejor amigo tengo que decirte que eres tonta. Y que deberías hacerlo ahora mismo.

—Tenía la reunión con tu madre hoy, no sé si es buena idea.

—Ese tío te gusta, mucho.

«¿Tan evidente es?», pienso.

—No es eso —intento negarlo, aunque no sé si estoy tratando de negárselo a él o a mí misma.

—Y una mierda que no es eso, Dani. Ahora mismo tienes un miedo de tres pares de narices porque sabes que vais a tener LA CONVERSACIÓN, y entiendo que todo es complicado. Pero, por otra parte..., ¿qué puedes perder?

—El trabajo, lo primero.

—Sabes que eso no va a pasar, déjate de chorradas. Y fluye un poco, que ya va siendo hora.

Qué fácil parece todo desde el punto de vista de mi amigo. Que fluya, me dice... Las últimas veces que he fluido, el resultado no siempre ha sido todo lo *fluyente* que debería.

—¿Y tú qué? ¿No vas a responder a quien sea que te está escribiendo tanto? —Ni de coña voy a ser yo la única juzgada aquí.

—Ah, eso... No es nadie... —Mi amigo me rehúye la mirada.

—Mateo, sé cuándo me mientes, y ahora es una de esas veces. ¿Quién es? —le insisto.

—¿Te acuerdas del chico de la universidad del que te hablé?

—Sí, por el que me dejaste tirada el primer día que llegamos aquí.

—Ese mism... Oye, yo no te dejé tirada —se apresura a corregirme.

—Bueno, ¿y qué pasa con él?

—Pues que también quiere tener LA CONVERSACIÓN.

—Pues creo que ha llegado el momento de buscar un sitio donde sirvan alcohol y tomarnos una copa de vino.

Hemos seguido caminando hasta llegar a una zona con un poco más de ambiente, así que creo que es el momento ideal para hacer una paradita de las nuestras.

—Es la mejor idea que has tenido hasta el momento, Dani.

Encontramos un bar de dudosa categoría, sin mucho encanto y cero *aesthetic*, y nos tenemos que conformar con unas cervezas porque no tienen vino.

Los minutos terminan convirtiéndose en horas y tenemos que pedirnos también algo de comer para compensar la ingesta de alcohol. Y menos mal que la comida, aunque no es nada del otro mundo, está bastante pasable.

Ponemos rumbo de vuelta al hotel sin poder parar de reír después de haber arreglado el mundo. Estamos en la puerta a punto de entrar cuando Mateo me para y me mira de esa forma suya que sé

que va a soltar alguna ocurrencia que terminará por meterme en problemas, lo que viene siendo habitual en nuestra larga relación de amistad. A veces es él, otras soy yo, pero juntos siempre hemos sido como una bomba de relojería.

—¿Sabes qué? —me pregunta sentenciando, porque ya sé que va a dar igual la respuesta que le dé a lo que sea que se le haya ocurrido: él tiene un plan en mente que va a llevarse a cabo sí o sí.

—Cuando me miras así, me das mucho miedo.

—Creo que deberías escribirle ahora mismo a Enzo, así, sin pensar. —Chasquea los dedos como si con su frase quisiera hipnotizarme y que su idea me parezca la mejor que ha tenido nunca.

—Ni de coña —replico negando con efusividad con la cabeza.

—Venga, ponle algo como: «Te espero sin bragas en mi habitación, guapo». —Su comentario tonto me hace reír y consigue ablandarme y que su idea ya no me parezca tan descabellada. Siempre hace lo mismo, soy demasiado fácil, lo reconozco.

—No tienes remedio.

—Ahora de verdad, Dani, venga, escríbele, lánzate. —Me anima con una sonrisa de medio lado.

—Si yo le escribo a Enzo, tú le escribes a tu ligue de la uni. —No pienso ser yo la única que pringue aquí.

—Vale, a la de tres, y no vale hacer trampas. —A Mateo no hace falta convencerlo para cometer fechorías, él siempre se apunta.

Entramos al hotel entre risas mientras ambos sacamos los teléfonos. Nos paramos a esperar a que llegue el ascensor y, con los móviles en la mano, escribimos nuestros respectivos mensajes. Yo le enseño el mío a Mateo y él me enseña el suyo. Contamos en retroceso y, cuando llegamos al cero, los dos le damos a enviar. Cuando las puertas del ascensor se abren, nos subimos. Nada más

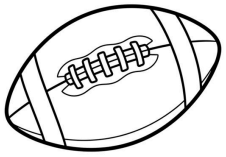
salir de él en nuestra planta nos detenemos en seco al ver que hay alguien sentado en el suelo, apoyado en la puerta de mi habitación.

—Pero ¿cómo cojones ha llegado tan rápido? —pregunta Mateo con la misma cara de sorpresa que yo.

—Es imposible...

40

Cuando las paredes empiezan a oprimirte



Enzo

Después de volver de la oficina de Dylan y de estar un par de horas en casa deshaciendo las maletas bajo la atenta mirada de Marty, me pongo a hacer algo de ejercicio, pero no puedo más.

He elaborado una lista mental de por qué lo que estoy a punto de hacer es una malísima idea, pero es que o lo hago o siento que voy a volverme loco. Más de lo que lo estoy ya.

Bajo al garaje y arranco el coche. La dirección del hotel aún la tengo guardada en el GPS, eso va a ser lo fácil. Lo difícil será conseguir que me digan en qué habitación se aloja Daniela y, aunque no suelo hacer uso de mi fama, creo que esta va a ser una de las pocas ocasiones en las que sí emplee mi nombre en mi propio beneficio.

Cuando llego, aparco a McFly y entro en la recepción. Tras el mostrador hay una chica pelirroja que, por cómo me mira, no me cabe la menor duda de que me ha reconocido.

—Hola, buenas tardes. ¿Podría decirme el número de habitación de una huésped? Me ha citado aquí, pero se le ha olvidado comunicarme adónde debo dirigirme. —Intento ser lo más cordial que puedo, intercalando mis palabras con sonrisas.

—Eh, esto... Sí, claro. Si me disculpa, debo..., tengo... Perdón. —Está claro que está nerviosa por mi mera presencia—. ¿Podría decirme el nombre de la persona que busca?

—Sí, por supuesto. —Me apoyo en el mostrador y vuelvo a sonreírle—. Es Daniela Miller.

—Perdón, debe de tratarse de un error, porque la señorita Miller no ha dejado ninguna indicación al respecto. No puedo darle ese tipo de información. Es confidencial.

Mierda, estaba claro que no iba a ser tan fácil. Por otra parte, me alegra saber que no van dando los datos de los huéspedes a cualquier pirado que se presente en la recepción.

—Bueno, Sarah. —La llamo por el nombre que aparece en la placa que lleva en la chaqueta del uniforme, tratando de resultar lo más cercano posible, pero sin ser intimidatorio—. Verás, voy a serte totalmente sincero, ¿puedo?

Ella me mira embelesada y asiente.

—Quiero darle una sorpresa, somos muy amigos. Seguro que hay alguna manera de que podamos llegar a un acuerdo y me des esa información confidencial. ¿Verdad?

—Eh, bueno... Quizá... Mi... mi hermano es muy fan de usted y de su equipo, señor Silva... Si pudiera darme su autógrafo y nos pudiéramos sacar una foto... Pero, por favor, no puede decirle a nadie que yo le he proporcionado la información o me sancionarán.

—Soy una tumba, Sarah. Se me da genial guardar secretos. —Le guiño un ojo y ella me pasa un bolígrafo.

Después de firmarle en un bloc de notas y de sacarnos un selfi con su móvil, por fin me da la información que necesito para seguir con mi plan suicida.

Llamo a la puerta de la habitación de Daniela, pero, para mi puta mala suerte, nadie responde al otro lado. Me importa una mierda el tiempo que tarde en volver, de aquí no me muevo hasta que no hable con ella cara a cara. Me estoy arriesgando a que me vea alguien que no deba, pero para eso le pago a Dylan. Ya se encargará de hacer lo que tenga que hacer si eso sucede. Y esta vez no podrá quejarse: estoy siguiendo sus consejos de luchar por lo que quiero. ¿No quería que tuviera vida amorosa? Pues esto es lo único que se me ha ocurrido hacer para intentar tener una.

Llevo un buen rato sentado sobre la moqueta del pasillo, apoyado en la puerta de la habitación que me ha indicado la recepcionista. Cuando empiezo a plantearme que quizá me ha mentido y es otro número, me llega un mensaje que hace que salga del bucle de pensamientos negativos en el que me he sumido en estos últimos minutos.

> Yo también creo que debemos hablar. ¿Nos vemos esta tarde?

Estoy a punto de responderle para preguntarle dónde está cuando unas risas me hacen girar la cabeza en dirección al ascensor. Primero sale Mateo y después Daniela, y ambos se quedan parados mientras me miran muy sorprendidos.

—Pero ¿cómo cojones ha llegado tan rápido? —oigo que le pregunta Mateo.

—Es imposible... —dice ella incrédula al verme sentado frente a su puerta.

Me levanto esperando a que lleguen hasta mí.

—Hombre, Romeo..., quizá debería cambiarte el mote y ponerte Flash, aunque espero que no seas tan rápido para todo... —me saluda su amigo dándome una palmada en el hombro—. Os dejo para que habléis, o lo que sea...

Acto seguido, mira a Daniela levantando rítmicamente las cejas y lanza un besito al aire.

Este tío es un puto personaje, pero estoy empezando a cogerle cariño, la verdad. Aunque negaré haber dicho estas palabras hasta el día en que me muera.

Se marcha descojonado sin darme opción a réplica y se mete en su habitación, que está al otro lado del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta ella con las manos apoyadas en las caderas.

—Me has escrito tú, ¿no? —respondo intentando sonar gracioso para quitarle hierro a eso de estar aquí esperándola como un puto loco.

—Enzo, ni de coña te ha dado tiempo a venir, el mensaje lo has recibido hace dos minutos... —La broma me ha salido como el culo, y Daniela está empezando a cabrearse.

Empiezo a conocer esa mirada de fiera que me dedica cada vez que le toco los ovarios de más.

—Vale, no te enfades, ¿podemos ir adentro? —le pido casi suplicando.

—Sí, claro, será mejor.

Daniela pasa la tarjeta por el lector de la puerta y una luz verde nos indica que podemos entrar.

—Perdona el desorden, aún no he deshecho la maleta —se disculpa mientras cierra con el pie—. Puedes sentarte en la silla del escritorio si quieres.

—No te preocupes, yo no he deshecho la mía hasta hoy. He tenido la mente en otro sitio —confieso mientras me acomodo donde me ha indicado.

—¿Qué hacías esperando en la puerta de mi habitación, Enzo?

Directa y sin titubear, cómo me gusta esta mujer, joder.

—Necesitaba verte y hablar contigo, y como no me habías respondido... Mierda, acaba de parecer que estoy desesperado de cojones. —Me doy cuenta de lo ridículo que acabo de sonar según termino de decir la última frase.

—Un poco. ¿Y cómo has conseguido el número de mi habitación? Porque estoy segura de que yo no te lo he dicho...

—Quizá haya tenido que usar la baza de deportista famoso y guapo para conseguir esa información. —Sonrío intentando que después de esta confesión no me eche a patadas de su cuarto, que sería lo más normal del mundo.

—Vale, ahora has sonado a *stalker* de libro de *dark romance*. ¿Qué pasa, Enzo? Estoy segura de que no has venido hasta aquí arriesgándote a que cualquiera te vea porque no te haya respondido a un mensaje.

—Sí y no. Esta mañana he tenido la reunión con Valentina. —«Las cosas de una en una, Enzito...».

—Vale, es eso... —Por raro que pueda parecer, Daniela suena un poco decepcionada.

—No es solo *eso*. Pero primero necesito aclararlo, Daniela. ¿Estás al tanto de lo que ha pasado? ¿Te lo ha contado Mateo? —Estoy casi seguro de que su amigo le habrá dicho lo de las amenazas, pero necesito que me lo confirme.

—Sí, no habrás venido hasta aquí para decirme que me he quedado sin trabajo, ¿no?

—No, pero prácticamente va a depender de ti.

Ella me mira mientras se sienta en la cama frente a mí.

—Explícate.

—Valentina nos ha propuesto que contemos a la prensa y al público que estamos grabando un documental sobre mí, sin decir exactamente de qué va. Cree que así cesarán las amenazas, pero también atraeremos la atención de la prensa mientras seguimos trabajando en el proyecto.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Pues que existe la posibilidad de que se interesen por quienes formáis parte del equipo y..., bueno...

—Vale, lo pillo. Es por lo que te conté.

Asiento con la cabeza.

—No quiero que esto te salpique, Daniela. Me importas lo suficiente para que tu opinión lo cambie todo. Aún no le he dado una respuesta a Valentina, antes quería saber si tú estabas de acuerdo también.

—Vaya...

Se queda callada sin dejar de mirarme, sopesando qué añadir a continuación.

—Di algo más, por favor —le pido cuando la espera se convierte en una tortura.

—Enzo, es tu historia, y si estás dispuesto a poner el foco sobre tu cabeza para contársela al mundo es porque sin duda es muy importante para ti. Nunca me antepondría a ello. No después de que yo no tuviese la oportunidad de contar la mía. Decidas lo que decidas, cuentas con mi apoyo incondicional. Aunque agradezco que me lo hayas dicho y haberme enterado de la situación por ti, la verdad.

—Acabo de quitarme un peso de la hostia de encima. Y ahora, a por el otro elefante en la habitación. —Este igual me va a costar un

poco más.

—Enzo, no hace falta...

—Los días que he pasado contigo en New Lake han sido los mejores de mis últimos años, Daniela —la corto, porque ya lo creo que hace falta, hace tanta falta que me está comiendo por dentro—. No quiero que te quede ninguna duda de que yo no hago esto con asiduidad. A riesgo de quedar como un rarito, no lo he hecho nunca. Te lo dije en su día, tienes algo que me calma por dentro, y aunque he estado tratando de negarlo, joder, estoy hasta los huevos de hacerlo. Y sé que ahora es muy posible que todo se complique, pero, por otra parte, no quiero renunciar a ti ni a seguir conociéndote. Podemos hacerlo como tú digas, con tus normas, pero necesito seguir teniéndote a mi lado.

Daniela se levanta y se me acerca. Instintivamente, mis manos van directas a su culo y la siento a horcajadas encima de mí.

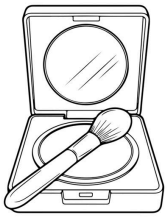
—Yo también quiero ver adónde nos lleva esto, Enzo. Lo haremos siendo Mia y Gabriel, ¿qué me dices?

Sus ojos marrones se posan en los míos, y estoy convencido de que le diría que sí a todo lo que me propusiera.

—Ven aquí, Mia. Creo que me debes un beso desde ayer, y pienso cobrármelo con intereses.

41

Cambio de planes



Daniela

No sé qué hora es cuando la luz del día me despierta, eso y el calor que desprende el cuerpo de Enzo, que sigue durmiendo a mi lado. Una cosa nos llevó a la otra y ha terminado pasando la noche conmigo. Creo que no hace falta dar más detalles.

Después de nuestra conversación, llamó a Valentina para decirle que quería seguir adelante con el proyecto, que podían preparar la nota de prensa con Dylan y, una vez que Enzo dé su visto bueno, distribuirla a los medios de comunicación para poner en conocimiento de todo el mundo el documental. No hablamos mucho más del tema, hemos estado ocupados en nosotros, en aprendernos concienzudamente el cuerpo del otro, algo que a Enzo se le da muy bien. Se ha empleado a fondo en crear un mapa por todos los puntos clave de mi anatomía, casi como aquel que le enseñaron Monica y Rachel a Chandler en un capítulo de *Friends*. Así que la tarde-noche de ayer fue un tanto movidita.

Intento alcanzar de manera sigilosa mi teléfono para mirar la hora cuando sus brazos me atrapan y sus labios dejan un beso de buenos días en mi cuello que consigue que se me erice la piel de una manera deliciosa.

—Buenos días, Miller, ¿qué hora es? —me pregunta entre arrumacos.

—Eso estaba intentando comprobar justo antes de que me interceptaras. ¿Es deformación profesional o qué?

—Daniela, soy quarterback, yo lanzo los pases... las intercepciones las hacen otros. Pero la realidad es que es muy difícil mantener las manos alejadas cuando se trata de ti. —Hago un mohín poniendo los ojos en blanco por su comentario y vuelvo a estirarme para alcanzar mi teléfono. Pego un bote al ver la hora que es.

«Mierda».

—Son las nueve de la mañana, Enzo —digo algo alarmada al descubrir lo tarde que se nos ha hecho.

—¿Y? —me pregunta él de forma despreocupada.

—Pues que Mateo estará a punto de llegar para irnos a desayunar. Ayer me envió un mensaje por la noche para quedar hoy y le dije que sí. Por motivos más que obvios, se me olvidó poner la alarma. No contaba con que la hora se nos fuera de las manos.

—Bueno, si el problema es él, no creo que tu amigo se vaya a asustar por verme.

—Enzo... —le advierto, porque aunque Mateo no se escandalizase, a mí no me apetece tener que aguantar sus bromas.

—Vale, vale. —Levanta las manos ante mi advertencia—. Me visto y me pongo en modo ninja para que nadie se entere de que he pasado la noche aquí. Pero que sepas que me siento como un objeto sexual ahora mismo.

—Lo siento, no pretendía... —me disculpo, porque no he querido violentarlo o que sienta que lo estoy echando de malas maneras.

Enzo se levanta de la cama como un resorte y empieza a vestirse sin la más mínima nota de preocupación. Vuelve a mirarme y ve que yo me estoy mordiendo el labio porque me siento mal por haberle dicho que se fuera.

—Estoy de coña, Daniela. Lo entiendo. Además, puedes usarme como objeto sexual todas las veces que quieras, yo me dejo. Hablamos luego, ¿vale? Voy a ir a casa y después me pasaré por la oficina de Dylan para ver cómo llevan el tema de la nota de prensa. Pásalo bien con tu amigo.

Me da un beso en los labios y se dirige hacia la puerta de mi habitación. Justo antes de salir, se para en seco y yo me alarmo un poco al comprobar que sigue como una estatua, paralizado en el umbral de la puerta.

—Vaya, pero a quién tenemos aquí... El paseo de la vergüenza, ¿eh, Romeo?... —oigo que dice Mateo en tono de guasa.

«Mierda».

—Buenos días a ti también. Tengo que pensar en ponerte algún mote. ¿Qué tal Charmander? Creo que ese te va al pelo... Aunque con lo rarito que eres igual eras más de los Digimon. —La risa de Enzo suena por el pasillo del hotel mientras se aleja. Yo pongo los ojos en blanco mientras espero que Mateo suelte alguna de las suyas.

—Joder, pues sí que le cambia el humor al enamorado, está menos gilipollas. Diría que hasta está empezando a parecer alguien con sentido del humor y todo... Bueno, amiguita, veo que ya tenemos tema de conversación para el desayuno, ¿no?

Mientras mi amigo se descojona, yo me levanto de la cama.

—Me voy a la ducha...

—Sí, eso, lávate bien, que hueles a sexo del bueno, cabrona.

Voy hacia el baño mientras le saco el dedo corazón a mi amigo cuando paso por su lado. Él, a su vez, se sienta a esperarme en la silla del escritorio de la habitación.

Una vez dentro, mientras dejo que el agua se cuele por el sumidero metálico, un pequeño nudo se instala en la boca de mi estómago al pensar en todo lo que puede salir mal a partir de ahora. Una brizna de miedo se une a mis pensamientos y hago que se evapore con el calor del agua que sale por la alcachofa.

Estoy decidida a descubrir qué puede ofrecerme lo que ha surgido entre Enzo y yo, e iré capeando las consecuencias a medida que vengan. No tiene sentido preocuparse por problemas que aún no han pasado. Me gusta cómo me siento cuando estoy con él, y siempre he sido alguien que enfrenta el miedo de cara, así que eso haré.

Lo que de verdad me preocupa ahora mismo es salir ilesa en el desayuno que voy a tener con la persona que me espera fuera y que ha tenido el tiempo suficiente para preparar concienzudamente una ristra de preguntas que me veré obligada a responder. Porque mi amigo va a querer datos, posturas y medidas.



Aprovechando el día libre —y después de que Mateo se haya quedado satisfecho con todos los detalles de la noche—, nos hemos acercado al centro para ir de compras y comer. Hemos pasado también por cierta tienda de maquillaje cuyo nombre empieza por «S» y acaba en «-phora» porque sabía que habían llegado

novedades de una de mis marcas favoritas que me apetecía un montón probar. Y he salido de allí con una colección de productos más grande de lo que me gustaría admitir, pero una es débil, qué le vamos a hacer.

De vuelta en el hotel, nos paramos un rato a hablar en la entrada porque Mateo ha quedado para cenar en casa de Oliver, su viejo amigo de la uni.

—Mi madre nos ha citado mañana a todo el equipo para ponernos al día, me ha pedido que te lo dijera. Esta tarde se ha reunido otra vez con Enzo y Dylan para terminar de ultimarlo todo.

—Van a hacer un comunicado para enviar a la prensa y decir lo del documental —informo a mi amigo, que no se sorprende.

—Suponía que se haría algo así. Eso, o que nos íbamos todos a la mierda. Dani, no sé si vamos a estar listos para lo que se nos viene encima. Aunque mi madre mantenga la calma, me asusta pensar en la magnitud que pueda alcanzar todo esto.

—Yo prefiero no pensarlo demasiado —confieso algo nerviosa.

Mateo lo nota, y su actitud se vuelve algo más protectora.

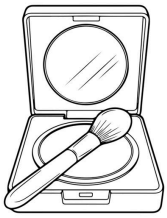
—Pase lo que pase, podremos con ello. Como hemos hecho siempre, Dani —me dice mientras me da un abrazo.

—Eso espero. —Me separo un poco de él y le doy un beso en la mejilla—. Mañana me cuentas qué tal la cena.

Nos despedimos y veo cómo se aleja en dirección al aparcamiento donde está el coche de alquiler y yo entro en el hotel porque mañana promete ser un día intenso.

42

Y que comiencen los juegos...



Daniela

Estoy parada enfrente de las oficinas de Dylan. Valentina nos ha reunido aquí a gran parte del equipo y, aunque no estoy nerviosa como tal, dado que ya sé lo que más o menos nos va a decir, no saber exactamente cómo funcionaremos y cómo será la dinámica de trabajo me tiene expectante.

El edificio que tengo delante se podría catalogar como el típico lugar con oficinas, sin ser demasiado imponente, pero sí lo suficiente para saber que el alquiler debe de ser de varios miles. Nos han dado indicaciones de que esperemos abajo y que vendrán a buscarnos. Para no variar, soy la primera en llegar.

Mateo anoche no volvió al hotel, lo que me indica que su cita salió bien. He recibido un escueto mensaje suyo esta mañana diciendo que nos veríamos aquí por la tarde.

—Ey, rubia —oigo que me llama una voz masculina.

Me vuelvo para ver de quién se trata y compruebo que es Dylan, que está saliendo por la puerta principal y que viene directo hacia mí.

—Hola, guapo. ¿Te vas ya? —pregunto, porque pensaba que se quedaría a la reunión, pero al verlo salir ahora tengo dudas de que así sea.

—Para mi desgracia, no. He visto que estabas sola dando vueltas en círculos como un perrito perdido y he venido a buscarte. —Lo miro extrañada, y él me señala una esquina del edificio—. Hay cámaras, todavía no he desarrollado superpoderes. Has llegado pronto, pero tu jefa está arriba ya, ¿subes?

—¿Solo está ella?

—Sí, el príncipe gruñón está en sus aposentos, lamentándose por su existencia, supongo. —Su comentario me hace reír—. Venga, cuñada, vamos arriba y te preparo un cafecito, que esa reunión que vamos a tener tiene pinta de que va a ser aburrida de la hostia.

Lo sigo y me fijo en el guiño que le lanza a la recepcionista y la sonrisa tímida que le dedica ella. Salta a la vista la diferencia de edad entre ambos, y por un momento se me pasa por la cabeza que podría haber algo entre ellos. Pero el coqueteo es una parte esencial de la personalidad de Dylan, así que ese cruce de miradas no tiene por qué significar nada. Aun así, una vez que nos metemos en el ascensor le pregunto.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—La miradita con la chica de la recepción.

—Ah, eso... Nada, es complicado. —Dylan baja la mirada, lo cual me parece algo raro en él, y sigo preguntándole.

—¿Qué edad tiene? —Él suelta un suspiro antes de responderme.

—La suficiente para que no me lleven a la cárcel, pero por eso es complicado. —Emplea un tono para responderme que no le había oído antes, parece derrotado.

—Dylan...

—Tranquila, solo hemos tonteado un poco. Me corté en cuanto me enteré de nuestra diferencia de edad y de quién es su padre.

—¿Y quién es?

—El dueño de este edificio y de la mitad de San Francisco.

—Vaya...

—Sí, vaya.

Las puertas del ascensor se abren y la expresión de Dylan cambia por la que habitualmente suele tener, despreocupada y risueña. Los dos salimos y allí dentro se queda a medias la confesión que hemos compartido.

Su oficina está en la sexta planta, y la decoración es bastante minimalista. Me guía hasta la que debe de ser la sala de reuniones, que dispone de una mesa larga de madera oscura y una docena de sillas colocadas alrededor de la misma. Presidiéndola está Valentina, que sonríe y se acerca a mí en cuanto me ve entrar.

—¿Qué tal, Daniela? No ha venido mi hijo contigo, por lo que veo. —Tras mirar por encima de mi hombro para confirmar que en efecto he venido sola, me da un abrazo de manera afectuosa, como suele ser habitual en ella.

—Bien. No, Mateo me dijo que se incorporaba a la hora que nos habías citado. Ya sabes que yo soy un culo inquieto y siempre peco de llegar antes de la hora.

—Bueno, así nos da tiempo a tomar un café tranquilamente y charlar un rato, que hace mucho que no lo hacemos, cielo.

Y en ese preciso instante sé que en esa charla vamos a hablar de Enzo.



La reunión se alarga varias horas. Una vez han llegado todos, Valentina nos ha puesto al día de la situación y de los próximos movimientos. También nos ha avisado de que tendremos que ser un poco más cautos a la hora de elegir las localizaciones para no sufrir filtraciones y que la prensa no pueda interrumpir nuestro trabajo. Contaremos con el mismo equipo reducido para que siga siendo una producción íntima y no pierda su esencia, pero la presión será distinta, y muy posiblemente eso se vaya a notar en el ambiente de trabajo. Por nuestra parte debemos seguir manteniendo total confidencialidad sobre el proyecto, tal y como hemos hecho hasta ahora. Que se haga público no significa que podamos hablar de ello con libertad.

Cuando ella acaba su *speech*, nos pregunta si tenemos alguna duda al respecto y todos respondemos que no. Si algo caracteriza a Valentina es precisamente su don para explicar y exponer, sin dejar cuestiones en el aire. Una vez termina, nos despedimos sabiendo que pasado mañana retomamos grabaciones y que el comunicado para la prensa está casi listo para ser enviado.

Llego exhausta al hotel, no por cansancio físico, sino mental. He vuelto sola porque Mateo se ha quedado hablando con su madre cuando nos hemos marchado todos, así que ahora me siento un poco atrapada entre las paredes de esta habitación sin motivo aparente.

Me cambio de ropa y me pongo el pijama, me tumbo en la cama y desbloqueo el móvil. Abro la lista de contactos y deslizo mi dedo por los nombres hasta llegar a la letra «E», me debato entre si llamarlo

o no. Estoy a punto de hacerlo cuando me sobresalto porque el teléfono empieza a sonar con una melodía estridente que no esperaba; soy de esas personas que siempre lo tienen en silencio, pero debo de haber activado el sonido sin darme cuenta.

Cuando recupero la compostura, descuelgo con rapidez antes de que la llamada se corte.

—Hola.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal esa reunión?

—Larga pero esclarecedora. Te gustará saber que todo el equipo está al cien por cien contigo, Enzo. Tienes todo su apoyo, les ha parecido una guarrada que hayan intentado parar el documental.

—Me alegra saberlo, pero sobre todo me alegra oír tu voz.

—La verdad es que yo estaba a punto de llamarte también. No sé, igual suena raro, pero quería hablar contigo.

—¿De algo en concreto? —me pregunta serio.

—No, solo hablar.

—¿Estás bien, Daniela? —Mi tono de voz debe de haberlo alarmado.

—Sí, no me hagas caso.

—Está siendo demasiado, ¿no?

—No, tampoco es eso. Simplemente estoy un poco de bajón. Nada que no se me pase con algo de chocolate y una película de las malas.

Y es que parece que hoy tengo un nubarrón encima de mi cabeza que ha llegado sin avisar. Siento más que nunca la lejanía de mi padre, estar fuera de casa también se me está haciendo un tanto cuesta arriba, y no saber a qué atenerme en el trabajo sin duda es uno de los principales motivos para que hoy esté así. Sé que mañana me encontraré mejor, pero hoy me voy a permitir este pequeño bajón, es normal y no pasa nada.

—¿Quieres que vaya a buscarte? Podemos ver la película juntos si quieres, aquí o en el hotel, no me importa.

—No, de verdad. Además, no creo que tarde mucho en dormirme. Hoy soy una compañía nefasta.

—Como quieras. Mañana tengo unos asuntos que atender por la mañana, pero si te apetece, podríamos hacer algo por la tarde.

—Me apetece mucho.

—Eso está hecho, preciosa. Descansa.

—Y tú.

Colgamos con la promesa de vernos al día siguiente por la tarde. Podría haberle dicho que viniera, pero es cierto que me apetece estar sola y poner en orden toda la información que se agolpa en mi cabeza. Cojo el iPad y abro la aplicación de *streaming* para elegir la película con la portada más cutre que encuentro.

Cuando estoy a punto de darle al *play*, llaman a la puerta de mi habitación.

—Señorita Miller, servicio de habitaciones. Se lo dejo aquí fuera. Que pase una buena noche.

¿Servicio de habitaciones? Pero si no he pedido nada.

Abro y cojo la bandeja que han dejado en el suelo del pasillo. La meto dentro y descubro su contenido. Varios tipos de chocolates, incluidos mis amados Reese's, fresas, nata, un bol de helado y una nota.

Disfruta de la película.

Gabriel

Una sonrisa aparece en mis labios, no hay duda de que este hombre sabe cómo estar presente sin estarlo.

Gracias, todo tiene una pinta estupenda. 😉

El doble *check* no tarda en aparecer.

No hay de qué. Disfrútalo, preciosa.

Ahora pienso que seguramente lo disfrutaría mucho más en su compañía, y una especie de arrepentimiento me invade de pronto. No sé qué pedal está tocando Enzo dentro de mí, pero empiezo a sentir un vértigo como cuando aceleras a fondo y las palabras que me dijo en su casa de New Lake me acometen como la lluvia torrencial que cala hasta en lo más profundo sin avisar. Porque si algo tengo claro es que aún no conozco del todo su historia, y cuanto más aceleremos más difícil será sortear la primera curva que nos encontremos en el camino. Solo espero que, llegado el momento, los airbags amortigüen el impacto del choque.

Me duermo sin terminar de ver la película, es tan mala que me sume en un profundo sueño al que acuden a verme fantasmas de un pasado no tan lejano. Fantasmas que me repiten una y otra vez que pronto tendré que enfrentarme a ellos.

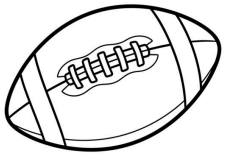


Me despierto empapada en sudor y con el corazón acelerado, me levanto y voy hacia el baño para mojarme un poco la cara. El agua fría sobre mi piel me viene bien y me ayuda a deshacerme de esa desazón que se ha apoderado de mí mientras dormía.

Me meto en la cama y ojeo en Instagram el perfil de *Vogue* para ver los últimos *shootings* editoriales que han publicado. Cuando empiezo a sentir el peso de mis párpados, dejo el teléfono y me quedo dormida.

43

Niño de cinco años versus hombre de treinta y tantos



Enzo

Anoche me faltó muy poco para coger a McFly y plantarme en la puerta del hotel de Daniela, pero me contuve haciendo acopio de toda mi voluntad, ya que decidí respetar su espacio. Tenía ya las llaves del coche en la mano cuando ella me pidió que no fuera, y, como necesitaba estar presente de alguna manera, cuando colgué el teléfono, llamé al hotel para que el servicio de habitaciones le subiera una sorpresa de mi parte.

Estoy esperando a Dylan para volver a revisar el comunicado que vamos a enviar hoy a los medios de comunicación. Intento estar tranquilo y que la ansiedad no se apodere de mí, pero está resultando ser difícil de cojones. Valentina no sabe quién puede estar detrás de las amenazas, pero yo desde luego que me hago una ligera idea. Sin duda es su forma de actuar, lo que no sé es cómo se han enterado de que estoy haciendo esto. Desde que supe lo que

está sucediendo me he estado lamentando por no haber sido más cuidadoso. Solo quiero contar lo que pasó y que esto acabe de una vez por todas.

Oigo cómo aporrean la puerta de mi casa mientras Marty, que está en el sofá conmigo, pega un salto y se va hacia mi habitación.

La forma escandalosa de llamar es señal inequívoca de que mi amigo ha llegado. Me levanto y le abro.

—¿No sabes tocar el timbre como una persona normal? ¿Tienes que parecer del puto FBI y que vas a echar la puerta abajo o qué? —lo regaño mientras él entra dándome una palmada en el hombro, acompañado de un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Si llamara como alguien normal, perdería el golpe de efecto. Pero no estás preparado aún para tener esta conversación, mi pequeño *padawan*.

—Es demasiado pronto para tus tonterías, tío. ¿Qué tal la reunión de ayer?

—Larga —dice escueto mientras se sienta en el sofá del salón.

—¿Me has enviado...? —Dylan me corta antes de que pueda terminar de formular la pregunta.

—Sí, lo tienes en el puto e-mail. Pero deja de darle vueltas, está perfecto para todos los que lo hemos revisado menos para ti, que cada vez que lo relees le sacas una pega diferente. De verdad, Enzo, relaja un poco.

—Tienes razón, perdona. Estoy de los putos nervios.

Veo cómo mi amigo abre mucho los ojos y me mira con cara de haber visto un extraterrestre.

—¿Puedes repetir eso? —me pide con tono sorprendido.

—¿Que estoy de los nervios?

—No, no, lo otro.

—¿Que tienes razón?

Se acerca a mí con sigilo y cara de payaso.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo Enzo Silva? Esto es el efecto Daniela, ¿verdad? —suelta finalmente, partiéndose el culo delante de mi cara.

—Paso de tus gilipolleces, tío —sentencio medio desesperado.

—Ahí está..., ese ya es más tu estilo. Coñas aparte, no sé cómo lo vas a hacer, pero no puedes dejar escapar a esa chica. Te he visto sonreír más veces desde que ella está aquí que en todos los años que te conozco.

—Dylan... —pronuncio su nombre con tono serio, lo último que necesito ahora mismo es esto.

—Que sí, que sí... Ya sé lo que está pasando por tu cabeza y que crees que eres la peor persona del mundo, merecedora de todo el mal que te ocurra y todas esas mierdas. Pero esa no es la realidad, y ahora que vas a contarlo todo al mundo te darás cuenta de que tengo razón. Va siendo hora de que lo asumas.

No quiero seguir dándole vueltas a qué pensarán todos cuando sepan la verdad. Sé que es algo que tengo que hacer, pero no sé si estoy preparado para ver las caras de decepción de todo el mundo. Aunque mi amigo no para de repetirme lo contrario, su opinión dista mucho de como yo me siento. Las decisiones que tomé por cobardía, y que durante años he mantenido ocultas con losas, han ido añadiendo peso a lo largo de todo este tiempo. A veces pienso que lo que me ha pasado es el karma que tengo que pagar en vida.

—Ya lo veremos —sentencio sin añadir nada más.

Dylan me mira y cambia de tema al comprobar el tono sombrío que se ha instalado en mí.

—Entonces, ¿doy el okey al equipo para que manden el comunicado?

—Sí.

—Sabia decisión. —Con el móvil en la mano, hace unos movimientos—. Hecho. Por cierto, ¿dónde se ha metido el demonio de gato ese que tienes por mascota?

—Se ha pirado en cuanto has aporreado la puerta. ¿Qué pasa?, ¿le has cogido cariño en los días que has tenido que hacerte cargo de él o qué?

—¿Qué? Ni de coña, pero me alucina lo pasota que es... —Marty es un gato muy gato, yo lo sé perfectamente, pero nadie que no sea yo tiene permiso para meterse con él.

—No es un perro, tío. Los gatos tienen otro carácter distinto, no va a venir a saludarte moviendo el rabo...

—Bah... ¿Y yo qué tengo que hacer para que me invites a un café, colega? ¿Menear el rabo o ser un cabrón como tu gato? —me pregunta haciendo un gesto, que habría preferido que no hiciera, con su paquete en la mano.

—Eres insufrible, ahora vuelvo con el café del marqués, pero la polla dentro de los pantalones.

—Dedicándote a lo que te dedicas, no pensaba que a estas alturas tuvieras pollafobia...

—Soy quarterback, pedazo de imbécil. Si lo dices así, parece que me dedique a otra cosa.

—Ese puto vestuario es un vergel de pitos, y no digas que no...

—Que te jodan.

Voy a la cocina a hacerle el dichoso café a mi querido amigo. Sopeso la opción de añadirle sal o alguna especia picante para vengarme del tío que está sentado en el sofá de mi salón, y me río para mis adentros porque en realidad tengo suerte de tenerlo en mi vida.

Con el doble expreso en la mano, voy a su encuentro cuando un dolor intenso me noquea por completo.

—¡JODER! —grito al tiempo que consigo, no sé cómo, dejar la taza en la encimera.

Esta vez no es tan intenso como el episodio que sufrí en New Lake, pero es igual de paralizante. En segundos, y posiblemente alarmado por mi grito, Dylan aparece con una rapidez asombrosa en la cocina.

—¿Qué coño pasa, Enzo? ¿Estás bien?

Intento hablar, pero el dolor aún persiste, y no soy capaz de articular palabra. Dylan viene a ayudarme porque estoy doblado sin poder moverme.

—Me cago en la puta, tío. Estás pálido, joder. Mierda, mierda... ¿Dónde tienes las putas pastillas? —me pregunta buscando con la mirada a su alrededor.

Le señalo como puedo uno de los armarios de la cocina, donde se encuentra el bote naranja, y él asiente con la cabeza.

Me ayuda a llegar hasta el sofá y, cuando consigo sentarme, parece que el dolor ha remitido un poco.

—Gracias —le digo con un hilo de voz.

—Ahora vengo —me contesta, y no logro descifrar si está cabreado o preocupado.

Vuelve con las pastillas en la mano y un vaso de agua. Me tomo dos y suelto un suspiro cuando siento cómo el frío líquido me baja por la garganta.

—¿Es la primera vez?

Lo miro debatiéndome entre decirle que no o seguir manteniéndolo en secreto. Pero es absurdo esconder algo que él va a terminar sabiendo, así que opto por sincerarme.

—No. Es la segunda que me da de esta forma.

—Mierda, tío. Te dije que Mark me había dicho que tenías que ir a la consulta, joder. Tendrán que hacerte más pruebas o algo.

—Y yo te dije que no van a servir de nada. Sabes el diagnóstico al igual que yo y cuál es la solución, solo tengo que aguantar un poco más. Ahora no puedo enfrentarme a esto.

—Eso era antes de que te diera un puto ataque como este... Bueno, dos. Si te pasa esto mismo mientras conduces, ¿qué coño vas a hacer? Joder, Enzo.

—He empezado a tomar las pastillas como es debido y...

—No me toques los cojones, eres como un puto niño.

—De verdad, Dylan, ahora no me sermonees. No es lo que necesito en estos momentos, por favor.

—Y yo no necesito que otro amigo mío se mate por hacer el imbécil. —El tono frío que emplea al decirme esto me hace reaccionar y darme cuenta de su realidad de la peor manera posible.

Golpe bajo pero necesario, porque a veces se me olvida que él también estaba allí. Se me olvida que vivió la muerte de Archie conmigo, que estábamos los dos impotentes mientras nuestro amigo sufría una puta sobredosis.

—Iré, ¿vale?

Me mira con los ojos entrecerrados, desconfiando de mi palabra.

—Llama ahora mismo a Mark y que te dé una cita urgente. No pienso moverme de aquí hasta que oiga el día y la hora —me ordena mientras me tiende mi teléfono, que está encima de la mesa baja del salón.

—¿Tengo cinco putos años ahora o qué? —Cojo el móvil de entre sus manos de malas maneras.

—No, tienes casi treinta más, y eso es lo peor de todo, que no te comportas como tal. Llama —me advierte una vez más.

Hago acopio de toda la paciencia que me queda, porque por muy cabezota que sea, soy consciente de que, para variar, Dylan tiene razón, y en parte no quiero ir porque estoy cagado con lo que

puedan decirme. Estos dolores no son normales, no entraban dentro del diagnóstico que me dieron, y me da pánico que la lesión se haya extendido o se haya agravado y todo haya cambiado. Que lo que tenga sea mucho más complicado de tratar, pero estoy intentando poner en orden mi vida, y debo empezar a actuar como un hombre y no como un niño asustado. Así que marco el número de la consulta del doctor Shepherd.

—Hoy a las cinco de la tarde. Me han hecho un hueco, por ser quien soy, claro, en plan favor... No había más opciones. ¿Contento?

—Sí —me dice sin titubear y con un tono más calmado.

—Mierda —susurro en cuanto caigo en la cuenta de la cagada que acabo de hacer.

—¿Qué? —Me mira sin entender nada.

—Había quedado con Daniela esta tarde.

—Lo siento, pero vas a tener que anular la cita con tu enamorada —suelta vacilándome en su tono habitual de mofa, aunque no sirve para quitarme el malestar que siento.

Tener que anular mi cita con Daniela no me hace ni puta gracia.

—No estoy para bromas ahora mismo.

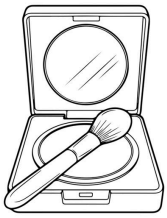
—¿Y cuándo lo estás? Venga, tío, ella lo va a entender.

Y quizá sí que lo entendería si supiera adónde tengo que ir en realidad. Pero tendré que soltarle alguna excusa absurda sin poder entrar en muchos detalles.

Y este es el rumbo que lleva mi vida desde hace años: cuando parece que todo empieza a reconducirse, pasa algo que hace que vuelva a saltar por los aires.

44

Volvemos a la carga



Daniela

Enzo me llamó para anular nuestra «cita» y no me dio muchos detalles; solo me dijo que le había surgido un problema de última hora y que le iba a resultar imposible poder llegar a tiempo para vernos. Sonaba sincero, y lo noté algo afectado por tener que cancelar nuestro encuentro, así que me guardé las ganas que tenía de estar con él y me pasé la tarde preparando todo el material para hoy, porque volvemos a la carga.

¿Tengo ganas? Sí.

¿Estoy un poco nerviosa? También.

Contaba con que volvería a verlo a solas antes de estar de nuevo con todo el equipo y que de alguna manera hablaríamos sobre cómo actuar cuando estemos juntos con los demás, pero de nuevo el destino se empeña en complicarme la vida.

Y, por si eso no fuera suficiente, el comunicado que ya se está distribuyendo fluye como la pólvora, como era de esperar. Parece

que está suscitando mucha curiosidad. No he querido mirar demasiado para no generarme más ansiedad, pero sí que he visto que es tendencia en varias redes sociales.

El plan de localizaciones que vamos a seguir va a ser algo diferente de lo habitual. Para salvaguardar e intentar que no haya filtraciones que lleguen a la prensa, no sabremos dónde grabaremos hasta el mismo día.

Hoy toca en exteriores, vamos a ir a las ruinas de los Sutro Baths. Por lo que veo en el iPad, quieren grabar a Enzo paseando por los alrededores y le harán algunas preguntas, pero no sé de qué manera estarán enfocadas, si serán más personales o más de relleno. El rodaje de hoy no debería extenderse mucho en el tiempo.

Lo tengo todo listo cuando me avisan de que el coche de producción está abajo esperándome.

Cuando llego, están desplegando ya todo el set: las cámaras, los micrófonos, los paneles para la iluminación... Si esto lo estuviéramos grabando en una ciudad como Los Ángeles, pasaríamos totalmente desapercibidos, pero aquí, si no tenemos cuidado, podemos llamar la atención de cualquier curioso. Por mi parte, hoy me va a tocar uno de esos días en los que no voy a estar todo lo cómoda que podría, como cuando trabajo en un plató o un sitio cerrado. Trabajar en exteriores es lo que tiene, que hay que apañarse con lo que te dan. En producciones más grandes y que suelen conllevar muchas más horas de rodaje suelen poner caravanas a modo de camerinos, pero en esta ocasión no vamos a contar con ello. Me han puesto una mesa plegable y una silla en la que ya sé que Enzo no va a estar demasiado cómodo.

Lo bueno es que al menos no suelo tardar mucho en maquillarlo y dejarlo listo. Lo malo es que volver a tenerlo tan cerca y mantener las distancias va a ser complicado.

Si tuviera que definir el ambiente que hay en el set, debería buscar las palabras, porque no es tenso ni raro. Pero se respira algo nuevo, y está muy lejos de ser relajado. Es una mezcla de nervios y silencio oscuro que espero que se disipe en cuanto el piloto de la cámara cambie de color.

Hago un barrido global con la mirada, pero no veo ni a Mateo ni a Valentina y, por supuesto, tampoco a Enzo ni a Dylan. Hay lío de cables y esa locura típica de montaje propia de cualquier producción. Intento deshacerme de esta sensación pesada que tengo encima y empiezo a colocar todo el material exhaustivamente mientras espero a que lleguen los que faltan para comenzar con mi cometido.

Es entonces cuando lo veo aparecer, y no puedo evitar clavar mi mirada en él.

Lleva puestas unas gafas de sol Ray-Ban que le dan ese toque misterioso que hace que se tense algo en mi interior.

«Recuerda que tenéis que mantener las distancias, Daniela», me repito a mí misma.

Enzo se acerca con paso decidido al «camerino» improvisado donde me encuentro.

—Estás preciosa, Miller —me susurra acercándose peligrosamente a mi cara. Su dulce olor me inunda y siento unas ganas locas de tocarlo.

—Tú tampoco estás mal, Silva. —«Mentirosilla», me recrimina una voz en mi cabeza, porque no es que no esté mal, es que está muy bien.

—Veo que vamos a tener cero de intimidad en esta cosa que te han montado. No me gusta.

—Ya, bueno. Es lo que hay. Siéntate, por favor.

—Uy, qué seria te has puesto. Me pone mucho cuando me hablas en ese tono. Te he echado mucho de menos, me muero por besarte,

Daniela. —Su mano me roza la parte interior de la pierna con disimulo y a mí se me escapa una risita a la vez que el vello del brazo se me eriza.

—Enzo, aquí no.

—Aburrida. Tenía pensado secuestrarte cuando nadie mire y llevarte detrás de esa furgoneta de los de sonido para robarte un gemido o dos. —Se sienta en la silla, que, tal como pensaba, es demasiado pequeña para su cuerpo, mientras una sonrisa ladeada se instala en su rostro.

—Nada de secuestros y nada de gemidos. Voy a tener que hacerte firmar algún papel con ciertas normas básicas de comportamiento.

—Vale, vale... Seré bueno, aunque me cueste.

—¿Está todo bien? —pregunto algo preocupada por cómo está llevando ser el foco de la prensa ahora que el proyecto está empezando a estar en boca de todo el mundo.

—Ahora estoy mucho mejor teniéndote cerca. Hemos llegado un poco más tarde porque he tenido que atender un par de llamadas de algunos periodistas. Tanto Dylan como Valentina han considerado que lo mejor era que lo hiciera para que se quedaran tranquilos. Creo que hemos capeado muy bien el temporal.

Mientras Enzo me pone al día, yo empiezo a maquillarlo. Como ya conozco perfectamente sus facciones y las zonas de su piel en las que debo poner más atención, termino rápido.

—Me alegra verte tan... tan tranquilo. Por mi parte, estás listo.

En ese momento se acerca Valentina, que nos saluda a ambos y se marcha con Enzo a la posición donde van a empezar las tomas. Yo me quedo para preparar lo que me voy a llevar al set para estar más cerca y poder retocarlo mientras avanzamos con la escaleta del día. Él se da la vuelta cuando Valentina parece estar distraída y me lanza un beso que hace que yo sonría y niegue con la cabeza.

Este nuevo Enzo más juguetón y relajado me gusta aún más.



La jornada transcurre sin mayor problema y, a medida que van pasando las horas, el ambiente vuelve a sentirse distendido entre todos. Con los planos grabados, y cuando Mateo nos da el okey al revisar la última toma, damos por finalizada la primera jornada de grabación tras el comunicado de prensa.

Empezamos a recoger y, a medida que vamos acabando, nos vamos despidiendo. Cada vez queda menos gente en el set y, aunque yo lo tengo todo preparado, estoy esperando que mi amigo termine para saber si va a venir conmigo de vuelta al hotel o si tiene otros planes.

Estoy sentada en la silla con la maleta de maquillaje cerrada y lista cuando me vibra el teléfono. Sonrío a la pantalla al ver quién me ha escrito.

¿Te apetece cena y música en mi casa? Recuerdo
que te debo unas clases de baile 😉.

Estás loco.

Por ti. Venga..., ¿qué me dices?
Me muero de ganas de estar contigo.

Vale.

McFly y yo te esperamos a la vuelta
de la manzana, para no levantar sospechas y eso
😉.

—Mateo, ¿te importa volver solo al hotel? Me ha surgido un plan —informo a mi amigo en cuanto se acerca a mí.

—¿Un plan que incluye a cierto moreno alto, guapo y un poco gilipollas?

—Puede...

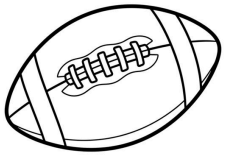
—No te pega nada hacerte la interesante, rubia. Pero la verdad es que venía justo a decirte lo mismo. Que volvieras sola al hotel. Mi madre me ha interceptado en mitad de la grabación y vamos a ir a cenar juntos. Creo que quiere tener una conversación de esas madre e hijo. Reza por mí, rubia.

—Suerte con eso, querido amigo, porque la vas a necesitar.

Nos despedimos y me marcho algo cautelosa y nerviosa por los planes inesperados que me acaban de surgir.

45

¿Qué tendrán los ascensores?



Enzo

Veo por el retrovisor cómo Daniela se acerca con rapidez a mi coche. Salgo para ayudarla a meter la maleta de maquillaje y ella me sonríe cómplice. Me quedo un poco embobado mirándola sin poder evitarlo. ¡Qué guapa es, joder!

Cuando ambos estamos dentro, arranco a McFly y pongo rumbo a mi casa.

—¿Así que cena y clases de baile? Me vas conociendo bien, ¿eh?

La sonrisa que me devuelven sus labios hace que aún tenga más ganas de besarla. Llevo todo el día sin poder despegar mi mirada de ella. Tenerla cerca y no poder tocarla de la manera en que necesito ha sido una auténtica tortura.

—He pensado que era un plan que no ibas a poder rechazar. Sé que mis dotes de bailarín te impactaron, pero no pude darlo todo. Espero poder resarcirme esta noche e impresionarte con mis movimientos sensuales e hipnóticos.

Daniela se ríe ante la confesión de mi plan.

—Sí me impactaron, sí, eso y la encerrona de nuestros amigos. Me tienes que contar dónde has aprendido a moverte tan bien.

—Supongo que lo llevo en la sangre.

—Pero...

—Lo sé, te conté la historia de mi madre y que volvió a Italia. Y es cierto que, salvo que mi padre la dejó tirada cuando supo lo de su embarazo, no sé mucho más de él. Pero hubo un tiempo en que sí quise saber. Mi madre nunca me ha escondido nada, siempre ha sido muy sincera y, cuando le pregunté, me dijo todo lo que sabía. Al parecer, tengo sangre dominicana. Aunque, según sé, mis abuelos llevaban ya años aquí cuando nació el desgraciado de mi padre. El barrio donde he crecido es bastante multicultural, y allí la música siempre fue una forma de callar otras cosas.

—¿Y no has tenido la necesidad de buscarlo o...?

—No, Daniela. Y menos ahora. Cuando comienzas a ser conocido, hay gente que cambia contigo, y empiezas a desconfiar. No sabes si se acercan a ti por la fama o porque realmente quieren hacerlo. Y una persona que dejó a su suerte a una mujer y no ha vuelto a dar señales de vida no se merece que la busquen.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre la tengo, preciosa. —Le guiño un ojo y la comisura de sus labios se eleva un poco.

La conversación de pronto se ha vuelto algo intensa, y aunque me siento bien contándole cómo crecí y de dónde vengo, no quiero que el tono de la noche cambie. Quiero que esté a gusto y se sienta bien. Pongo algo de música para ayudar a destensar el ambiente, y mi lista de reproducción, como siempre, ayudando. «More Than a Woman» de Aaliyah empieza a sonar a todo volumen.

«De perdidos al río», pienso.

Empiezo a cantar la canción modulando mi voz para que suene lo más aguda posible y me muevo al compás de la melodía de R&B. Esto hace que Daniela se empiece a reír.

—Cada día me sorprenden más tus gustos musicales, Enzo. La primera vez que me llevaste al hotel y sonó Guns N' Roses fue una tapadera, ¿no?

—Me has pillado.

—Me gusta que tengas tanta variedad musical.

—A mí me gustas tú. En todas las variedades que me des.

La miro a los ojos y mi mano se mueve sola para acariciar su pierna. Ella baja la vista y en su boca se dibuja una sonrisa. Estaría dispuesto a pagar una cantidad ingente de dinero por que me aseguraran una de esas una vez al día.

—¿Y qué vamos a cenar? Recuerdo que dijiste que no eras buen cocinero. No pretenderás usarme a mí, ¿no? Te advierto que se me da fatal. Si me dejas el tiempo suficiente en una cocina, es muy posible que cree una bomba que acabe con la humanidad. Otra de las razones por las cuales me mudé a Los Ángeles fue esa. Con el ritmo frenético de la ciudad, es más fácil comer fuera de casa o pedir comida a domicilio.

—Había pensado cocinar pasta, pero si prefieres otra cosa, pedimos algo. Y aunque se te diera bien la cocina, preferiría que tus manos estuvieran ocupadas en otro sitio que nada tiene que ver con la comida.

—Dicen que de esperanzas vive el hombre. —Me mira con picardía y levanta los hombros.

—Y también que es lo último que se pierde, Daniela. No lo olvides. —Alterno la mirada entre ella y la carretera mientras voy sorteando coches.

—Le he dicho a Mateo que me iba contigo. A tu casa. ¿Te parece bien? —me pregunta un poco nerviosa.

—Me parece perfecto, te dije que te dejaría que marcaras tú el ritmo, así no tendré que escabullirme de tu hotel la próxima vez.

Que le hable de sus planes conmigo a su amigo me hace sentir bien.

—¿La próxima vez? Señor Silva, está usted muy seguro de que habrá más ocasiones, por lo que veo...

—Todas las que usted quiera, señorita Miller.

El trayecto hasta mi casa se me hace largo de narices, estoy un poco nervioso. Daniela es la primera mujer que va a entrar en ella. Y, aunque también ha sido la primera en estar en la de New Lake —sin contar a mi madre—, esto es distinto. New Lake tiene otro efecto en mí. Estar lejos de aquí hace que me olvide de todo lo que he vivido en esta ciudad. Aquí se encuentran todos los recuerdos que me atormentan. Cuesta olvidar cuando todo lo que me rodea me hace volver al pasado.

Mis encuentros con otras mujeres siempre han sido casuales, y he intentado mantenerlas alejadas de mi entorno para no poner en peligro mi privacidad. Pero con Daniela todo es diferente, yo me siento distinto.

Cuando por fin llegamos y dejo a McFly en el aparcamiento, apago el motor y tomo una gran bocanada de aire, Daniela me mira de forma extraña.

—¿Estás bien? —la observo intentando que no piense que tengo dudas o que no estoy seguro.

—Sí, perfectamente. No te preocupes. Aunque tengo que decirte algo antes de subir.

—¿Debería preocuparme? ¿Ahora es cuando me dices eso de que tienes un cuarto de juegos y tengo que firmar un contrato para

poder entrar en tu casa?

—Joder, no. —Me hace reír y consigue que el nubarrón de mi cabeza se disipe por completo. A esto me refiero cuando digo que con ella es diferente, no sé cómo lo hace, pero tiene ese efecto en mí, natural sin forzarlo.

—No vivo solo —añado, y Daniela me mira atónita.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Tengo un gato, se llama Marty y es un poco especialito.

Como ahora me diga que es alérgica, voy a estar jodido.

—Entonces es como tú —dice riéndose ante la comparación.

—Muy graciosa —añado mientras saco la llave del contacto del coche.

—Espera... —Daniela me agarra del brazo—. ¿Tu gato se llama Marty? ¿Y tu coche McFly? ¿Tienes también un condensador de fluzo? —La carcajada de Daniela resuena por todo el coche.

—No, pero molaría. Y, sí, ahora sabes mi secreto. Soy muy fan de *Regreso al futuro*.

—Vaya caja de sorpresas... Me gusta este Enzo que estoy descubriendo.

—Estoy diseñado para sorprenderte. Aprovéchate, que como yo quedan pocos.

Guío a Daniela hasta el ascensor que lleva directo a mi casa. En cuanto las puertas se cierran, el ambiente entre los dos cambia y yo ya no aguanto más. En un acto impulsivo, bloqueo las puertas y ella me mira interrogante al no entender lo que está sucediendo.

—¿Qué haces, Enzo?

—Joder, esto.

Me lanzo a por su boca con unas ganas que no soy capaz de gestionar. Daniela me recibe con la misma intensidad y nuestras lenguas chocan y lamen en un beso que está lejos de ser casto. Mi

polla se sacude dentro de los pantalones al sentir cómo su cuerpo se tensa con mi contacto.

No sé qué estoy haciendo, pero no puedo ni quiero parar y, al parecer, ella tampoco.

Seguimos besándonos con intensidad mientras nuestras manos buscan los puntos más sensibles del otro. La arrincono contra una de las paredes del habitáculo para poder tener aún más acceso a ella. Mi boca se va deslizando por su cuello al tiempo que Daniela no puede reprimir un gemido ahogado que escapa de entre sus labios y que suena de lo más sexy en mis oídos.

Me vuelve completamente loco, todo en ella acciona un mecanismo de liberación en mí que hace que me sienta menos pesado, como si nada malo pudiera pasar cuando estamos juntos.

Me temo que me estoy volviendo adicto a ello.

—No sé qué me estás haciendo, pero no quiero que esto se acabe nunca.

—Enzo... —susurra pegando su cuerpo aún más al mío, como si nuestra cercanía no fuera suficiente.

Sigo besándola, sigo saciándome de su cuerpo y de las sensaciones que me ofrece, hasta que una voz al otro lado corta el ambiente que se había creado en estos dos metros cuadrados.

—¿Va todo bien, señor Silva? —Es Jeff, el conserje. Debe de haberme visto entrar en el garaje con el coche y le habrá saltado la alarma del ascensor.

Nos separamos a toda prisa, aún con las respiraciones agitadas. Daniela se ríe nerviosa, como si fuéramos dos adolescentes a los que sus padres acaban de pillar besándose a escondidas.

—Sí, perdona, Jeff. Debo de haber bloqueado las puertas del ascensor sin querer..., estaba intentando abrirlas.

—Disculpe, señor. ¿Necesita que llame a alguien? —me pregunta el hombre.

—No te preocupes, creo que ya está. Soy todo un manitas. —Miro directamente a Daniela cuando digo esto, y ella se ríe poniendo los ojos en blanco.

—De acuerdo, señor. Si necesita algo, avíseme.

—Gracias, Jeff. Que pases una buena noche.

El ascensor retoma su marcha. Cuando llegamos a mi piso, estamos muy juntos otra vez y muertos de la risa. Las puertas se abren, saco del bolsillo las llaves de mi casa y abro. Me quedo en el umbral y, en un gesto que intento que sea caballeroso, le cedo el paso a la mujer rubia que está consiguiendo a pasos agigantados devolverme esa luz que se apagó hace años dentro de mí.

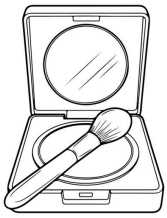
—Bienvenida a mis aposentos, señorita Miller.

—Muchas gracias, señor Silva.

Cierro la puerta con el pie cuando ambos estamos ya dentro.

46

Disfruta de mi chica



Daniela

No sé qué esperaba encontrarme en la casa de Enzo. La de New Lake desprende una energía totalmente opuesta a esta: no sabría cómo describirlo, pero aquí todo parece más triste.

Según entras, hay un gran recibidor que da paso al salón, y de él parte un pasillo en el que hay varias puertas que deben de ser las de la cocina y las habitaciones. Aunque se nota que los muebles y toda la decoración son de diseño, todo es demasiado impersonal. Como si lo hubiera decidido alguien por él y Enzo se hubiese conformado con la primera opción sin mirar mucho más. Falta su esencia.

Eso sí, este sitio nada tiene que ver con la caja de zapatos donde vivo en Los Ángeles, creo que mi piso entero cabe en un trozo del salón.

—¿Qué te apetece tomar? —me pregunta sacándome del análisis mental que estaba haciendo de su casa.

—Una copa de vino blanco —digo con una sonrisa y con su sabor aún en mis labios.

—Eso está hecho. Y, bueno, esto... ¿Quieres que pidamos algo de cena o...?

—No me importa cenar pasta. La que preparaste la otra vez estaba muy rica.

Enzo me ha dicho varias veces que no se le da bien la cocina, pero todo lo que hizo cuando estuvimos en New Lake estaba muy rico. Y, como buena amante de la pasta, podría alimentarme de ella cualquier día a cualquier hora.

—Perfecto. He comprado *guanciale* para hacer carbonara, la auténtica. —Una brizna de emoción se intuye en sus ojos, lo que me hace pensar que quizá esta cita improvisada no haya sido en realidad tan espontánea.

—Me apetece mucho. No todos los días tiene una el placer de poder degustar un plato así hecho por alguien con raíces italianas. Y, además, estoy un poco harta de comer *delivery*. Me va genial algo casero.

—Voy a por el vino, *signorina*. —Me lanza un beso con guiño sugerente incluido y se marcha en dirección a la cocina.

A mí se me escapa otra sonrisa mientras niego con la cabeza, porque este hombre tiene ese efecto en mí.

Me siento en el sofá y espero a que vuelva cuando veo una bola de pelo naranja y de orejas puntiagudas que se aproxima.

—Hola, pequeñín, tú debes de ser Marty, ¿verdad?

El gato me mira como si entendiese lo que estoy diciendo y se acerca rozándome con su cabecita en mi pierna. Aproximo la mano suavemente para que no sienta que invado su espacio y él se estira para hacer contacto. En tan solo unos minutos, lo tengo ronroneando subido en mi regazo.

—Espero que no te importe que haya elegido el mismo vino que tomamos en New Lake. Yo no suelo beber alcohol, y como este te gustó he pensado que estaría bien. Aunque, como te dije, no entiendo mucho de vinos.

Me hace feliz que se haya acordado de esto; parecerá una chorrada, pero que tenga en cuenta esos detalles hace que mi corazón bombee de una manera que me da un poco de miedo admitir.

—Claro, no hay problema. Oye, tu gato es supercariñoso.

—Debes de estar de coña. —Enzo sale de la cocina con una copa entre las manos y nos mira alucinando al vernos en el sofá.

—¿Qué? —le pregunto extrañada. Esta bolita de pelo no podría ser más achuchable.

—Es la primera vez desde que lo acogí en casa que lo veo así con alguien. A mí me tolera más o menos. Pero a Dylan, por ejemplo, lo odia. No se deja tocar prácticamente, y ni mucho menos se muestra tan sumiso. Nunca se había tumbado así con alguien.

—Supongo que tengo un don —sentencio haciendo un mohín.

—Ya veo. Espero que esta noche no termine siendo una lucha entre los dos por ver quién tiene tu atención. —Enzo se sienta en el sofá a mi lado mientras Marty levanta la cabecita y lo mira con cara de pocos amigos.

—Yo también lo espero, porque habrá un claro ganador —lo pico un poco.

—¿Yo? —pregunta con ilusión en la mirada.

—Me temo que no, Silva.

—Maldito gato con suerte.

Cojo la copa que me ofrece con una mano mientras con la otra sigo acariciando a Marty, que ha vuelto a tumbarse relajado entre mis piernas.

Enzo se me queda mirando sin decir nada.

—¿Qué? —pregunto al ver que él sigue sin añadir palabra.

—Nada, perdona. Es que no esperaba que esta imagen me fuese a gustar tanto. Verte con Marty, en mi casa... Lo siento, estoy pensando en voz alta.

—Me gusta que lo hagas, Silva, si lo que vas a decir suena así.

—Voy a empezar a preparar la cena antes de que siga soltando más chorradas y pierda mi imagen de tipo duro. Disfruta de tu copa, Daniela. —Enzo se levanta y señala a su gato—. Y tú, pequeño traidor, disfruta de mi chica mientras puedas, porque has ganado el primer asalto, pero no la guerra.

¿«Su chica»? Al oírlo pronunciar esas palabras unas cosquillitas muy agradables me recorren entera, y sonrío sonrojada sin poder remediarlo. Su chica, yo...

Cuando doy el último sorbo a la copa de vino, muevo con mucha pena a Marty y lo dejo con cuidado en el sofá mientras me levanto.

—Me quedaría toda la noche a tu lado, pero creo que el gruñón que vive contigo también necesita un poco de mi atención. No te importa, ¿verdad?

El gato me mira y se estira entero para después volver a enroscarse, lo que entiendo como una afirmación de que puedo irme hacia la cocina tranquila.

—Qué bien huele por aquí. —Me acerco a Enzo por detrás y dejo la copa en la encimera de la cocina.

—Vaya, pensaba que tendría que quedarme cocinando solo mientras mi gato recibe todas tus atenciones.

—¿Estás celoso de tu propia mascota? —Él se da la vuelta y quedamos cara a cara—. ¿Puedes repetir lo último que le has dicho antes de marcharte del salón?

—Vas a tener que ser un poquito más específica, Daniela. —Me coge por la cintura con sus grandes manos y me acerca a su cuerpo. Yo me arqueo un poco mientras él deposita un beso suave en mi cuello.

—No te hagas el tonto conmigo, sé que sabes a qué me estoy refiriendo.

—En ningún momento he dicho que no lo sepa.

—Enzo...

—¿Te ha molestado que me haya referido a ti como «mi chica»?

—No.

—Bien, porque fuiste «mía» desde que nos cruzamos por primera vez en ese bar.

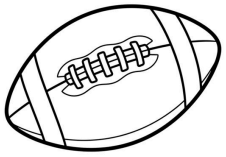
A continuación, tengo sus labios sobre los míos y nuestras bocas empiezan la tortuosa lucha por ver quién desea más de la otra. Mis gemidos se amortiguan con el sonido de la campana extractora y el borboteo del agua mientras la pasta hierve. Pero no es lo único que está caldeado en estos momentos, porque rápidamente y sin poder pararlo nuestras manos buscan el contacto del otro como una carrera de fondo que no tiene fin.

—No sé qué me estás haciendo, Daniela, pero no pares.

—Podría decirte lo mismo, Enzo —susurro contra sus labios cuando nos separamos para tomar aire.

47

Cena y clases de baile



Enzo

Cocinar con Daniela acompañándome se ha convertido en uno de mis pasatiempos preferidos: alterno sus besos y sus caricias con vigilar que nada que no sea yo se queme.

Cuando logro terminar el plato de pasta, pasamos al salón. Daniela me ayuda a poner la mesa y, sin pretenderlo, vislumbro un futuro para mí, uno lejos de mis pesadillas.

Por supuesto, nada de esto ha sido improvisado. Nada más salir de la consulta de Shepherd fui directo a comprarlo todo. Tenía un plan en mente y lo he puesto en práctica en cuanto he tenido la mínima oportunidad.

Terminamos de cenar entre risas, aunque yo aún tengo hambre. Pero no de comida.

—Estaba buenísimo, voy a empezar a pensar que lo de que eres un mal cocinero es mentira.

—Gracias, pero de verdad que no lo es. Aunque mi madre se encargó de que por lo menos supiera preparar la pasta de manera correcta. Herencia familiar. Pero no me pidas que haga nada más.

—Podría pasarme toda la vida comiendo esto.

—Alexa, pon «Dardos» de Romeo Santos y Prince Royce.

Me levanto de la silla y voy hacia Daniela en cuanto empieza a sonar la melodía. Veo cómo ella deja la copa que tenía en los labios y sonríe. Le ofrezco mi mano para que la use de apoyo para levantarse.

—¿Así que me vas a sacar a bailar?

—Te prometí clases de baile también, ¿no? —Su risa recorre toda la estancia y llena mi pecho de una cálida sensación. Desearía poder encerrar ese sonido para que me acompañase en mis días más oscuros.

Al ritmo de nuestros cuerpos, vamos deslizándonos por el salón mientras vibramos y sentimos la música. Daniela se mueve con gracia, se deja llevar por mí sin problema y bailamos en completa sincronía. Empiezo a creer que somos perfectos el uno para el otro.

Pasan varias canciones y nosotros no dejamos de tentarnos sintiendo cada nota, besándonos y disfrutando de la música que caldea también el ambiente.

—Debo reconocer que tenías razón, te mueves muy bien —me susurra.

—¿Suena demasiado pretencioso si te digo que me pone un poco que reconozcas que tengo razón en algo?

—No te acostumbres, Silva. —Giro su cuerpo, acerco su culo a mi polla y ella mueve las caderas de manera sensual contra mi erección.

Marty, que sigue en el sofá, atento a nuestros movimientos, nos mira con desdén y se va, pero no sin antes rozarse con la pierna de Daniela. Después desaparece por el pasillo rumbo a mi habitación.

—Parece que se ha ofendido —dice ella sin quitarle ojo a la bola de pelo que ya no está en nuestro campo de visión.

—Ya lo creo que sí. —Los dos rompemos a reír.

Nos sentamos en el sofá muy cerca el uno del otro, aún sin poder contener nuestra risa por el numerito de mi gato indignado. Pero, al parecer, la guerra la he ganado yo.

Bajo el volumen de la música y cambio el género; un poco de R&B ligero para que la atmósfera íntima siga entre los dos.

Daniela se fija en la foto que hay sobre el mueble de la televisión y se levanta para poder mirarla más de cerca.

—¿Puedo? —me pregunta acercando su mano al marco.

—Sí —respondo casi sin tener que pensarlo.

En otro contexto, este simple gesto me habría hecho sentir incómodo. Es una foto que me recuerda el pasado y el presente. Que las cosas pueden cambiar y que no somos los dueños de nuestro destino. Puede ser difícil de entender, pero es algo privado y muy mío, y a pesar de ello, no me molesta que ella la toque y la mire.

—Sois Dylan y tú, ¿no? —Vuelve a sentarse en el sofá a mi lado con la foto en la mano.

—Y Archie, sí. Los tres. Hacíamos un buen equipo.

Siempre he querido pensar que han sido esos recuerdos los que han hecho que no pierda del todo la cordura.

—Se os ve felices.

—Lo éramos. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo hice el qué?

—¿Cómo aceptaste que tu madre no...? —La expresión de Daniela cambia—. Perdona, no quería...

—Sigue doliendo, Enzo. Si es a eso a lo que te refieres, no creo que nunca deje de doler, ¿sabes? Aceptar que no voy a volver a

verla sigue costándome. Pero a mí, como te dije, me ayudó mucho poder hablar de ella con mi padre y mantener su recuerdo cerca. Me niego a que este se pierda. No quiero tener que esconder lo mucho que significa para mí solo porque haya muerto.

—Ojalá yo pudiera hacerlo.

Daniela me mira clavándome sus grandes ojos marrones y deja el marco de fotos nuevo en la mesita. Después posa su mano sobre mi pierna y la mueve lentamente, dejando una sensación cálida con cada roce.

—Creo que ya estás empezando a hacerlo —dice—. Pero sigues teniendo miedo, te sientes culpable por haber conseguido lo que él soñaba. Y estoy segura de que tu amigo está orgulloso de ti, de todo lo que has logrado.

—No puedes estar segura de algo que no sabes.

—¿Y por qué no me lo cuentas?

—Porque a eso sí que le tengo miedo.

—¿Tienes miedo de lo que pueda pensar de ti? —Asiento—. Entiendo. Me tendrás aquí cuando estés preparado para compartirlo conmigo, Enzo. Pero debes saber que no me asusto con facilidad.

No quiero seguir por ahí, no quiero que los recuerdos empiecen a agolparse en mi cabeza y nos jodan la noche, así que cambio de tercio.

—Eres preciosa —le digo mirándola con fiereza.

—¿Intentas distraerme para cambiar de tema? —contesta acercando su boca a la mía.

—Puede ser... Me encanta esa forma tan tuya de descubrir mis intenciones.

—Y a mí me encantas tú, Enzo Silva.

Y, con esa frase, sellamos el destino de la noche. Nuestros labios colisionan, la ropa va desapareciendo. Entre caricias y risas

terminamos en mi cama, disfrutando una vez más del cuerpo del otro.



Con jadeos, gemidos y promesas, acabamos exhaustos después del orgasmo. Daniela se levanta con intención de marcharse y volver a su hotel. La cojo por la cintura y la devuelvo a mi lado en la cama.

—Ni de coña te vas a ir. Pasa la noche conmigo.

—Enzo, no sé... No sé si es buena idea, mañana grabamos y...

—Prometo llevarte de vuelta al hotel a la hora que quieras, pero quédate, por favor.

—Vale.

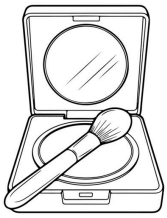
Se acurruca conmigo pegando su culo en mi entrepierna. Tiene el pelo hacia un lado, lo que deja al descubierto su cuello, y no puedo evitar darle pequeños mordiscos.

—¿Te apetece ir a por la segunda ronda?

No hace falta que me responda, porque ya la tengo frente a mí, comiéndome la boca.

48

REC



Daniela

Esa noche «dormí» por primera vez en casa de Enzo, y lo pongo entre comillas porque dormir lo que se dice dormir fue algo que hicimos poco. Me dejó en el hotel a las seis de la mañana para que tuviera tiempo suficiente de darme una ducha, cambiarme de ropa y preparar lo que llevaría al set de rodaje ese día.

Han pasado dos semanas desde entonces, en las que hemos grabado en varios sitios y también en las que hemos pasado la noche juntos. Tanto en su casa como en el hotel. Sin definir qué somos y hasta cuándo durará esto. Nos estamos dejando llevar sin pensar mucho más.

He decidido que no voy a pensar en nada más y únicamente voy a centrarme en lo que somos cuando estamos juntos.

El plan de Valentina de hacer público el documental parece que ha surtido efecto y las amenazas han cesado. Y, aunque alguna revista amarillista ha publicado alguna noticia sobre el rodaje y sobre cuál

será el motivo por el que Enzo Silva ha decidido romper el silencio ahora, hemos podido grabar sin interrupciones.

Estamos a punto de terminar la jornada de hoy. A Enzo por fin se le ve cómodo frente a la cámara, es como si en estas semanas hubiera desaparecido el peso invisible que se cernía sobre su cuerpo. Tengo a mi lado a Dylan y estamos observando la imagen del monitor donde se muestra lo que están grabando.

—Ya me contarás cómo has conseguido que mi amigo se saque el palo del culo, cuñadita —susurra Dylan, porque seguimos rodando y el silencio es parte fundamental.

—Yo no he hecho nada, es todo cosa suya. Cuando deje la NFL quizá se decida por el arte audiovisual, quién sabe. Podría ser el protagonista de alguna adaptación literaria —respondo acercándome a su oído para que me oiga bien.

—Ja, pagaría todo mi dinero a quien sea por poder ver eso. Pero créeme cuando te digo que algo de efecto sí que has tenido en él. Lo conozco, y eso es el amor, que ha conseguido derretir ese corazón de hielo que hacía que no le corriera sangre por las venas. —Dylan habla en voz baja, pero Mateo nos fulmina con la mirada para que nos callemos.

—Deja de decir tonterías, anda —susurro aguantándome la risa porque no quiero volver a ser la diana de las miradas asesinas de mi mejor amigo.

—Corten. Lo tenemos. —La voz de Mateo dando por finalizada la grabación nos saca del habitual vacile que tenemos el representante de Enzo y yo. Y es que mi amistad con su mejor amigo va afianzándose también.

Enzo se une a nosotros y los cuatro repasamos la última toma, por si hay algo que se nos haya pasado por alto. Cuando la damos por

válida, los cámaras y los de sonido empiezan a recoger, pero un ruido hace que todos nos giremos.

—Mierda —exclama Dylan al ver lo que pasa.

El sonido es pronto acompañado por unos flashes que nos ciegan. Varios reporteros se aproximan, micrófono en mano, seguidos por unos camarógrafos. Y empieza el descontrol que tanto habíamos temido y del que pensábamos que nos habíamos librado.

Mateo es el primero en intentar parar el espectáculo.

—No podéis estar aquí, es un rodaje privado —explica tratando de mediar.

—¿Privado? Por favor, estáis en la calle, al aire libre. Enzo, nos gustaría hablar un par de minutos contigo. ¿Qué es esto? ¿Una especie de documental de tu vida? ¿Por qué ahora, después de tantos años de silencio? —pregunta un periodista de muy malas formas invadiendo el espacio, acompañado por su séquito, haciendo caso omiso de las palabras de Mateo.

—No voy a hacer ninguna declaración. Esto no es asunto vuestro —contesta Enzo directamente.

Su mirada me deja helada, y puedo ver que está muy tenso. Tengo miedo de que pueda explotar.

—En eso te confundes..., claro que es asunto nuestro. ¿Qué secretos escondes? ¿Dopaje? ¿Apuestas? ¿Amores prohibidos? ¿Por qué te has mantenido en silencio todos estos años? —lo increpa otra periodista.

Entiendo lo que están haciendo, quieren la noticia fácil, provocarlo para que salte y así tener en primicia el escándalo, ahora que Enzo es tendencia.

—Marchaos, por favor. No va a dar ninguna declaración. —Ahora es Dylan el que se pone delante de su amigo, intentando que este no pierda los papeles.

—¿Estáis tratando de manipular la verdad antes de que salga a la luz? —pregunta otro de los periodistas, volviendo a ignorar las indicaciones tanto de Mateo como de Dylan y haciendo que el compañero que lleva la cámara se aproxime a Enzo sin dejarle espacio casi ni para respirar.

—Aparta esa puta mierda de mi cara —exclama este tensando la mandíbula, señal de que está a punto de reventar.

—¿O qué? ¿La vas a romper? —lo reta el primer periodista, haciendo una señal a otro compañero que lleva la cámara para que no pierda ningún detalle.

En ese momento, y viendo que todo puede irse al traste en un segundo, decido acercarme a él por detrás y agarrarlo de manera sutil de la mano para que la ira que lo está consumiendo lo abandone y vuelva aquí. Que vuelva a mí. En cuanto mi mano toca la suya, Enzo me agarra con fuerza.

—Daniela, llévatelo de aquí. Nosotros nos encargamos de recogerlo todo. Y de distraer a estos gilipollas —me susurra Dylan al oído para que los periodistas no nos oigan.

—Enzo, vámonos —le ordeno mientras tiro con suavidad de él para que me siga.

Le cuesta unos segundos reaccionar, pero finalmente nos ponemos en marcha tratando de huir. Salimos de allí como podemos aprovechando que Dylan y Mateo están intentando calmar las aguas. Pero dos periodistas se han dado cuenta de nuestra escapada y nos siguen.

La situación es tensa, agresiva incluso, porque ellos siguen provocando a Enzo con sus preguntas de mierda, intentando ser de lo más dañino. Cuando por fin llegamos al aparcamiento donde está McFly, al que los periodistas no pueden acceder porque los de

seguridad no se lo permiten, nos montamos en el coche. Noto cómo el aire vuelve por fin a mis pulmones.

—Lo mejor será esperar un poco. —Le paso la mano por la espalda acariciando sus tensos músculos.

Enzo apoya los brazos y la cabeza en el volante, con los hombros caídos. Es evidente que no está bien, pero ¿quién podría estarlo en su lugar?

—Mierda. —Da un fuerte golpe contra el volante.

—Mírame —le exijo, porque, lejos de amedrentarme, lo que quiero es intentar que se calme.

Pero no me hace caso. Está con los ojos fijos al frente, agarrando el volante con las manos tensas.

—Lo sé, ¿vale? Grita, pega, haz lo que necesites para eliminar la tensión que te está consumiendo por dentro. Pero primero mírame, por favor —vuelvo a pedirle con voz firme.

En ese momento, gira por fin la cabeza y consigo que sus ojos conecten con los míos. Le acaricio la cara y él me responde poniendo su mano sobre la mía. La coge y se la lleva a los labios, depositando un suave beso en ella que hace que me arda la piel, consumiéndome.

—Lo siento —susurra al fin con voz ronca.

Aunque no tiene por qué disculparse, él no ha hecho nada malo.

—Has aguantado muy bien. Yo les habría partido la cara a todos. ¿Me oyes? Han venido buscando que explotaras y no lo han conseguido. No les has dado la carnaza que querían —lo animo intentando que su humor cambie.

—He estado a punto de perder los papeles, Daniela. Tantos años aguantando en la sombra, callándomelo todo, para que ahora que por fin estoy intentando hacer las cosas bien... —Está en una espiral

de autodestrucción, y tengo que intentar que cese y entienda que lo que ha pasado no es culpa suya.

—Enzo, para. Después de lo de hoy ya sabemos a qué atenernos. Valentina lo tendrá en cuenta y esto no volverá a pasar. Seremos más cautelosos.

—He sido un iluso pensando que lo dejarían pasar, que se conformarían con cuatro declaraciones por teléfono, que no vendrían a escarbar en la mierda. Pero esa gente... esa gente sabía de lo que estaba hablando, esto no ha sido casualidad —escupe las palabras lleno de rabia, y me parte verlo de esta forma porque no se lo merece.

—Enzo, para —le repito—. Deja de mortificarte, no soporto verte así.

Sorteo el espacio que nos separa y me subo a su regazo. Él mueve el asiento del coche hacia atrás para que yo me acomode.

—Bésame, por favor —me suplica con la mirada triste.

Hago lo que me pide. Nuestros labios se juntan y nuestras manos empiezan a buscar más contacto, más piel. Es un beso intenso en el que pongo toda mi intención para que su tormenta no llegue a puerto.

—Odio que estés así —digo contra su boca.

—No quiero que te veas envuelta en esta mierda, Daniela.

—Deja que sea yo la que decida dónde quiero estar.

—De acuerdo, pero prométeme una cosa: si en algún momento todo esto es demasiado para ti, vete. No necesitaré ninguna explicación, no te suplicaré que te quedes para aguantar nada por mí.

—Enzo...

—Promételo.

—Te lo prometo.

Una promesa en vano que sé que no cumpliré, y menos ahora, que parece que las cosas se están torciendo estando tan cerca del final. Pero entiendo que esto es lo que necesita en este momento para volver a la calma.

—¿Vienes a mi casa? —La necesidad en su voz me pone en alerta.

—Sí, si tú quieres.

—Quiero.

Me bajo de su regazo y vuelvo a mi asiento. Enzo pone en marcha el coche y salimos del aparcamiento.

De camino, Mateo me llama para contarme que está todo en orden: han conseguido deshacerse de los periodistas porque Valentina ha llegado para mediar y la tensión ha disminuido.

Una vez en casa de Enzo, y después de cenar algo rápido, analizo en silencio lo que ha pasado y pienso en todo lo que podría haber salido mal en tan solo un abrir y cerrar de ojos. Tengo los nervios a flor de piel, pero me los trago porque no es lo que Enzo necesita en estos momentos.

Nos metemos en su cama casi sin hablar, pero sin dejar de tener contacto. De pronto es como si entre nosotros no hicieran falta las palabras y hablásemos con el resto de los sentidos.

Él se acerca a mí y va dejando un reguero de besos por mi cuerpo, buscándome. Pero, aunque yo lo desee más que nunca, no sé si es lo mejor en un momento como este.

—¿Estás seguro de que quieres follar? No hace falta...

—No, Daniela. No quiero follar, quiero hacerte el amor.

Me deja desarmada y derritiéndome por él. Nos desnudamos despacio, sin prisas, con las sábanas de satén rozando nuestra piel. Enzo besa con vehemencia cada resquicio de mi cuerpo, consiguiendo que se encienda cada una de mis terminaciones. Cuando se sacia, saca un preservativo del cajón de la mesilla y se

hunde en mi interior suave y lento, consiguiendo que mi espalda se arquee con el placer más absoluto al sentir cómo me llena. Enzo araña cada parte de mi cuerpo con sus embestidas, llevándose con ellas una parte de mi alma, una que siento que él necesita después del día de hoy.

Esta vez percibo algo diferente, aunque no sé qué es, y la intimidad que transpiran nuestros cuerpos hace que por fin todas las dudas que tenía se disipen. Nos estamos entregando el uno al otro de un modo mucho más intenso que en todas las demás ocasiones. Nuestras miradas conectan cuando ambos llegamos al orgasmo al unísono, jadeando sin poder dejar de besarnos.

—Te quiero, Daniela —susurra Enzo contra mis labios mientras sale de mi interior con delicadeza.

Una lágrima escapa de mis ojos cuando pronuncia esas palabras, y es entonces cuando entiendo que estoy enamorada del hombre que ahora mismo me está meciendo entre sus brazos. El vértigo me arrasa porque no sé cómo narices vamos a salir ilesos cuando la voz de «corten» llegue y ya no haya más claquetas que silencien la verdad que tenemos delante de nosotros.

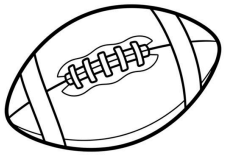
Pero la realidad sale de mi boca en forma de diez consonantes y once vocales:

—Yo también te quiero, Enzo.

Y, así, ambos acabamos de apretar el botón de «REC», sentenciando que todo lo que vivamos a partir de este momento quedará grabado en nosotros sin que jamás podamos borrar ya esta primera toma.

49

Mia mamma



Enzo

Después del altercado con la prensa, retomamos las grabaciones un día después de lo previsto para despistar e intentar que no se repitiese la situación, y, por eso mismo, decidimos grabar también en días alternos. Pero toda la comodidad que había conseguido al sentarme delante de la cámara se ha visto alterada, y vuelvo a estar tenso de narices. Solo tengo ganas de que acabe esto de una vez.

Por si fuera poco, me han llamado de la consulta de Mark porque los resultados de las pruebas que me hicieron están ya listos y debo ir a recogerlos. Trato de autoengañarme pensando que no estoy cagado de miedo, pero lo cierto es que sí lo estoy.

Aunque no todo en mi vida es una basura en estos momentos, porque la tengo a ella. Desde la noche que pasamos en mi casa, en la que le dije por primera vez que la quería, las cosas entre los dos han adquirido otro tono. Me dejé llevar por lo que siento sin tener

miedo a pegarme una hostia, aunque termine pegándomela de igual manera.

Besos a escondidas cuando nadie nos mira en el rodaje, cenas en mi casa, escaparme de su hotel al alba para que no nos pillen... Me encantaría poder gritar como un loco que soy suyo, pero sé que ahora sería muy mala idea añadir más leña al fuego, así que tendré que conformarme con lo que tenemos escondidos del mundo.



La consulta de Mark Shepherd me trae recuerdos del pasado que odio. Las batas blancas, el olor a desinfectante... El silencio de la sala de espera me pone de los nervios.

Estoy sentado aguardando a que me llamen, tratando de pensar en algo que no sea lo que vivimos aquella noche. Pero es inevitable que mi mente no divague y reviva aquellas horas agónicas hasta que supimos que no había nada que hacer por Archie.

Cuando la enfermera sale y me dice que pase, veo la cara del doctor y ya sé que no va a darme buenas noticias. Tampoco esperaba un milagro, pero no sé a qué atenerme viendo la seriedad que me devuelven sus facciones.

—Buenas tardes, Enzo. Toma asiento, por favor.

—Hola, Mark. Supongo que no tienes buenas noticias —le digo mientras me siento.

—En efecto, supones bien.

«Mierda».

—¿Cómo de malas son?

—Lo suficiente para decirte que tenemos que adelantar la operación.

—¿Qué? No, ni hablar. Eso no es posible. Tiene que haber otra solución. Más pastillas, cambiar la medicación, infiltrarme alguna mierda, no sé, lo que sea... Alguna historia experimental... —Gesticulo nervioso mientras las palabras salen de mi boca sin poder pararlas.

—Enzo, tranquilízate. Hemos agotado todas las opciones... La lesión se ha extendido, y si no ha ido a más es porque llevas tiempo sin jugar. Pero te estoy siendo lo más franco que puedo: o te operas a la mayor brevedad o las cosas se van a poner peor. Y cuando eso pase, no voy a poder asegurarte que...

—No sigas. Lo pillo. Joder. —Me llevo las manos a la cara, porque darle un puñetazo a la pared no me parece nada adecuado.

—Lo sé, y lo lamento mucho, pero no hay más que pueda hacer.

Esas son las palabras que tanto temía oír. Y voy directo al grano, porque ya me da todo igual.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunto sin medias tintas.

—Una semana como mucho, quizá dos...

Ni de coña.

—No puede ser.

—En cuanto me digas, programo el preoperatorio y fijamos una fecha.

—No, no puedo. —Me levanto de la silla saliendo por la puerta de la consulta sin mirar atrás.

—Enzo...

Pero yo ya estoy fuera cuando lo oigo pronunciar mi nombre.

¿Máximo dos semanas? No puede ser, no... Me falta el puto aire, y tengo que correr hacia mi coche para meterme dentro e intentar

calmarme. No puedo cometer una puta locura y montar un numerito en plena calle.

Me apoyo en el volante de McFly intentando recuperar la compostura, pero mi cabeza en estos momentos va a una velocidad de vértigo. Llamo a la única persona que puede tranquilizarme en un instante así, porque me siento como un niño perdido y la necesito.

No tarda en responder.

—Tesoro, ¿qué ha pasado? ¿Sabes qué hora es aquí? —En cuanto me doy cuenta de que allí son las dos de la mañana, me siento todavía peor.

—Perdona, mamá. No, no me he dado cuenta de la diferencia horaria. Mierda.

—Esa boca, *figlio*. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No, mamá, no estoy bien.

Cuando logro tranquilizarme lo suficiente, la pongo al día de mi lesión y, aunque primero me como una bronca monumental por no habérselo dicho antes, una vez que termina de sacar su furia italiana se calma y trata de hacer lo mismo conmigo.

—Si ese doctor te ha dicho que la solución es operarte lo más pronto posible, no sé dónde están las dudas, *figlio*. Cogeré el primer vuelo que encuentre para estar allí contigo.

—No es tan fácil, mamá. Ahora no puedo. Debemos terminar el documental y... —Me quedo callado unos segundos intentando encontrar las palabras adecuadas para lo que estoy a punto de confesar.

—¿Y qué más? Por cierto, que de todo ese tema me haya tenido que enterar por Dylan es de tener muy poca vergüenza... ¿Acaso yo te he educado así? ¿Pensabas contarme algún día que mi único hijo está grabando un documental sobre su carrera?

Voy a matar a Dylan en cuanto lo vea, joder.

—Ya, mamá, lo siento. Te lo iba a decir cuando hubiéramos terminado el rodaje.

—Claro, cuando no te quedara más opción. ¿Y qué era lo otro...?

—Pues que también está ella.

—¿Hay una «ella»?

—Sí. Se llama Daniela.

Mi madre suspira al otro lado de la línea.

—Esto sí que no me lo esperaba. Con más razón entonces debo coger ese vuelo. Tengo que conocer a esa chica.

—Frena un poco. No tienes que conocer a nadie. No hemos... no hemos definido aún qué somos.

—Enzo Gabriel Silva, ¿cómo que no habéis definido qué sois? *Ma che razza di uomo ho cresciuto?* Y ahora me dirás que ella también ignora cuál es tu estado de salud, ¿verdad?

—Mamá...

—No, *figlio*, yo te quiero mucho, pero un hombre se viste por los pies. Sé que has pasado unos años malos desde que perdimos a Archie y te encerraste en ti mismo, pero es la primera vez que me hablas de una chica, y no pienso consentir que seas de esos que... ¿Cómo se dice ahora? Ah, sí, que van fluyendo... Más te vale que cuando llegue a San Francisco me presentes a esa chica como tu novia. Te pasaré la información del vuelo en cuanto la tenga. Y, cuando esté allí, ya hablaremos de todo con más calma. *Ti voglio bene.*

—Te quiero, mamá.

Y me cuelga casi sin dejarme terminar la frase.

De puta madre, otro problema más que añadir a mi larga lista de mierdas.



Cuando llego a mi casa me sorprende descubrir quién me está esperando en la puerta. Está tan serio que sé que algo grave ha pasado.

—¿Y ahora qué? —le pregunto en cuanto llego junto a él.

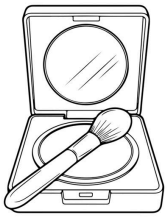
—Mejor vamos dentro, tío —me responde Dylan.

Abro la puerta y entramos en silencio. Cierro expectante, esperando que me diga qué narices pasa, pero el único movimiento que hace mi amigo es tenderme su móvil.

Miro la pantalla y lo que veo me deja helado.

50

La próxima Johanna Mason



Daniela

Como hoy no grabamos, Mateo y yo hemos decidido irnos de «cita» para ponernos al día. Entre todo el lío con los periodistas, sus escapadas con Oliver y las mías con Enzo, no coincidimos ni para tomarnos un café juntos. Aunque trabajamos codo con codo, hay temas que no se hablan mientras estamos rodando e intentando que la prensa no nos joda el trabajo.

Es una de las pocas veces en las que yo he elegido dónde ir; además, es un lugar que no se espera en absoluto. Vamos a un hachódromo para liberar tensiones, que nos hace falta. Seremos los futuros Johanna Mason, uno de nuestros personajes favoritos de *Los juegos del hambre*.

—¿De verdad, Daniela? —me pregunta Mateo cuando descubre dónde estamos y deduce lo que vamos a hacer.

La fachada del local está recubierta de un material que simula piedras grises antiguas y tiene un gran portón de madera en el que

hay un letrero luminoso con dos hachas cruzadas donde se puede leer «Oops My Axe».

—Así es... Va a ser superdivertido.

—Llevas años planeando esta venganza por lo del local liberal, ¿a que sí?

—Cállate la boca y vamos dentro.

Entramos y nos dan un mono de color naranja que nos hace sentirnos como si estuviéramos en una cárcel de alta seguridad. Cuando estamos listos, pasamos a la zona de tiro.

La habitación donde nos meten es parecida a un campo de tiro con arco y tiene protecciones a los lados para evitar accidentes. Hay una mesa con las hachas que vamos a usar y, al fondo, una diana muy grande llena de marcas. Da un poco de mal rollo.

Me fijo en que en la mesita también hay un papel para anotar las puntuaciones de cada uno. Esto va a ser muy interesante.

Me envalentono, cojo una de las hachas que reposan encima de la mesa y la lanzo con fuerza. Resultado: fallo estrepitosamente ante las carcajadas de mi amigo, que no puede aguantarse al comprobar lo mala que soy.

—A ver si en la siguiente te acercas un poco a la diana, Thor Girl —me vacila mientras él se prepara haciendo estiramientos para provocarme.

—Venga, valiente, te toca —lo insto burlándome y sacándole la lengua.

Mateo coge el hacha con decisión y el muy cabrón da justo en el centro.

—¡Toma! —exclama empezando a aplaudir—. Oye, esto es la leche.

—De nada... Ya sabía que te iba a gustar. Llevas siendo un sádico toda tu vida y ahora por fin puedes tirar a matar sin terminar en la

cárcel.

—Aunque vayamos vestidos para entrar en una... Parece que hayamos salido de *Orange Is the New Black*.

—O que nos hayamos escapado —añado mientras ambos nos reímos.

Seguimos lanzando, y yo voy mejorando un poco. Pero, por mucho que me joda admitirlo, esta batalla la está ganando por goleada Mateo. Que además se está viniendo arriba mientras disfruta de mi alma de perdedora.

Estoy a punto de tirar de nuevo. Me concentro al máximo, levanto un dedo simulando que compruebo la dirección del viento y muevo la cabeza de un lado al otro. Cojo postura para intentar hacer diana esta vez. Y entonces mi amigo suelta una bomba.

—Me voy a mudar, Daniela.

Me desestabilizo por las palabras que acaban de salir de su boca y suelto el hacha. Por suerte, cae cerca de mis pies, sin que nadie resulte herido.

—¡¿Qué?! ¿Estás hablando en serio o lo has dicho para distraerme? —le pregunto tratando de entender si está de vacile.

—No bromearía con algo así. El otro día hablé con mi madre, bueno, cenamos..., y no fui solo. Le he presentado a Oliver. Vamos en serio.

—Mateo... —Mi voz sale como un susurro porque sé que este es un gran paso para él. Es la primera vez que le presenta a alguien a su madre, y ya no digamos el hecho de que vaya a dejar su adorado L. A.

—Estoy cansado de todo, Dani. De los viajes, de ir de un lugar a otro, de las largas horas de rodaje y de sentirme solo. Creo que esta vez es de verdad, y no deseo quedarme con las dudas por tener miedo y no arriesgarme. Necesito intentarlo.

—Joder, claro que sí, ven aquí. —Nos fundimos en un tierno abrazo—. Estoy muy feliz por ti. ¿Cuándo voy a tener el honor de conocerlo? Le habrás hablado de tu mejor amiga, ¿no?

—Ya lo creo que sí. Tiene muchas ganas de conocerte. Será pronto, te lo prometo.

—Bueno, pues ahora cuéntamelo todo. Porque no tenía ni idea de que fuerais tan en serio.

—Supongo que el amor funciona así, llega cuando menos te lo esperas. Cuando acabemos de grabar, volveré a Los Ángeles. Tengo un par de sesiones cerradas y después se acabó. Mi idea es mirar algún apartamento por aquí. Mi madre ha tirado de contactos y tengo sobre la mesa una oferta de trabajo como jefe de producción que es bastante jugosa. Es curro de oficina, en el que tendré que planificar rodajes, escenas y trabajar con el equipo que estará a mi cargo. Si te soy sincero, me apetece mucho cambiar de aires. Aunque me da un poco de vértigo, ya sabes. Empezar de cero y todo eso.

—Lo vas a hacer de maravilla, como todo lo que te propones. Suena genial, me alegro mucho por ti. Te mereces ser feliz.

Porque si hay alguien que ha salido dañado en el amor tantas veces que duelen ha sido mi amigo Mateo. Y estoy dichosa de que por fin esté tan ilusionado y contento.

—No soy el único que se lo merece, Dani. ¿Cómo va tu relación con Romeo?

—No quiero pensar en el futuro —le digo en un tono algo amargo.

—¿Por qué?

Es hora de abrirse en canal con mi amigo y soltar todo lo que tengo en la cabeza. Algo que no me he atrevido a decir en voz alta por si esos miedos se hacían realidad.

—Porque no sé si tenemos uno... No hemos hablado aún de nada de eso. No sé qué será de nosotros cuando acabe el rodaje. Todo empezó como un juego en el que nos fuimos dejando llevar, pero las cosas se han ido poniendo serias y...

—El ambiente tampoco es que esté ayudando mucho, ¿no?

—No, él sigue pensando que saldré huyendo por algún motivo que no ha querido contarme. Y, aunque no se lo digo, a veces pienso que quizá tenga razón. Porque cuando lo dice suena muy convencido de que será así. También está todo el tema de la prensa, las amenazas. Me asusta un poco.

—Está hablando el miedo por ti, amiga. No eres de las que huyen, por mucho que el adonis te quiera convencer de ello. Lo que pasa es que estáis en ese punto en el que o tiráis para delante con todo o acabáis con el corazón roto. Y las dos cosas dan un vértigo de la hostia.

—Vaya... El amor te ha vuelto todo un filósofo, ¿eh?

—Vete a la mierda. Y ahora coge esa hacha y vamos a terminar con esto para que pueda proclamarme el septuagésimo sexto ganador de los Juegos del Hambre.



Volvemos al hotel entre risas, con una foto en la que salimos muy poco favorecidos y con un trofeo de plástico malo que le han dado a mi amigo por ganar, y que ha llevado con orgullo durante todo el trayecto.

No llego a entrar en mi habitación cuando me empieza a sonar el teléfono.

—Hola, Dylan.

—Rubia, no te asustes, pero ¿podrías pasarte por casa de Enzo?

—Si me dices eso, vas a conseguir el efecto contrario. ¿Qué ha pasado?

—De verdad que no es nada grave, pero hay un asuntillo que debemos tratar, y es mejor que vengas para que lo veas tú misma y sopesemos las opciones que tenemos.

—Si estás tratando de convencerme para que esté tranquila, te advierto que no lo estás consiguiendo. ¿Enzo está bien?

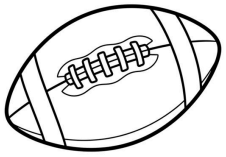
—Sí, pero ven en cuanto puedas, por favor.

—Salgo ya.

Cuelgo y pido un Uber que no tarda en llegar. Me monto en el coche muy nerviosa, porque, aunque Dylan haya intentado mostrarse sereno, hay dos cosas que me han puesto en alerta: la primera, el tono de su voz y la segunda, que haya sido él quien me haya llamado y no Enzo. Algo va mal, y espero no tardar mucho en descubrirlo.

51

Tengo que contarlo todo ya



Enzo

No puede ser cierto. Tengo el móvil de Dylan en mis manos y estoy mirando las fotos que le han enviado, pasándolas una y otra vez de manera compulsiva.

—¿Esto es una broma?

—Me gustaría decirte que sí, pero no. He venido en cuanto las he recibido.

—Hay que pararlo, estas fotos no pueden ver la luz.

—Ya estoy en ello, tío, pero ya sabes cómo va esto. Les vamos a tener que dar algo a cambio.

—Págales lo que pidan.

—No quieren dinero.

—¿Cómo que no? Esas ratas de la prensa siempre quieren eso, dinero.

—Esta vez, lo más probable es que te quieran a ti.

No puedo más, y exploto. Primero saber que las pruebas médicas han salido peor de lo que pensaba, después que Dylan me enseñara las fotos en que se nos ve a Daniela y a mí en primer plano entrando en mi casa, y ahora pensar que me tienen cogido por los huevos. Que lo que querrán será una entrevista en exclusiva o cualquier mierda por el estilo.

Me levanto y ando de un lado al otro del salón mientras mi cabeza va a mil por hora. Solo puedo pensar en Daniela y en cómo se va a sentir cuando sepa que hay unos putos periodistas que a estas alturas ya sabrán hasta el nombre de su padre y dónde vive. No sé cómo gestionar toda esta mierda, y empiezo a verlo todo rojo.

—¡JODER! —grito intentando sacar la ansiedad que tengo dentro de mí.

—Hermano, debes tranquilizarte. Encontraremos una solución.

—Esos hijos de puta no van a parar hasta terminar de destruirme. Saben que voy a contarlo todo y quieren... —Me callo porque me está costando respirar.

—Enzo, para, no sigas por ahí.

En ese momento llaman a la puerta y mi amigo se ocupa de abrir. Entonces oigo la voz de quien acaba de llegar a mi casa y, hecho una furia, voy al encuentro de ambos.

—¿La has hecho venir hasta aquí? —me encaro con Dylan.

—¿Qué pasa? Enzo, ¿estás bien? —me pregunta Daniela con los ojos llenos de una preocupación que me parte el alma.

—Tiene derecho a saber lo que está pasando —sentencia mi amigo.

Me da igual lo que diga, solo tengo una cosa en mi cabeza a la que no paro de darle vueltas.

—¿Te ha seguido alguien? ¿Cómo has venido hasta aquí, Daniela? —Intento dirigirme a ella de forma tranquila, pero no sé si lo estoy

consiguiendo, porque noto cómo las palabras salen atropelladas de mi boca.

—En Uber. Pero ¿quién me va a seguir? —Gira la cabeza alternando entre Dylan y yo, sin entender qué es lo que está pasando.

—Enzo, se te está yendo la pinza. —Fulmino con la mirada a mi amigo, porque ahora mismo estoy muy cabreado con él por haber llamado a Daniela y exponerla así sin necesidad.

—¿Podéis explicarme lo que está sucediendo? —insiste ella, un poco más desesperada que antes.

—Que tu novio se está volviendo loco, eso es lo que sucede.

—No me jodas, Dylan. —Levanto ligeramente el tono porque el muy imbécil está rebasando los límites.

—¿Podéis parar de gritar y contarme de una puta vez qué narices está pasando?

—Perdona, Dani, tienes toda la razón. Lo mejor será que nos sentemos y mantengamos la calma —propone mi amigo, manteniendo una calma que yo ya no tengo. La ha cagado él, y ahora parece que el pirado sea yo.

Ellos toman asiento y me miran esperando que yo haga lo mismo, pero mi cuerpo necesita quemar toda la adrenalina que siento. Debo intentar despejarme un poco, porque ahora mismo me resulta imposible pensar con claridad.

Suelto un bufido y me voy directo al gimnasio ante la atónita mirada de Daniela. En cuanto se da cuenta de mis intenciones, se levanta para venir detrás de mí.

—Ahora es mejor que lo dejes, rubia —le dice Dylan agarrándola de la muñeca.

—Pero...

—Yo te explicaré lo que está pasando y el gilipollas de mi amigo volverá en cuanto se dé cuenta de lo ridículo que está siendo.

Dejo de oírlo en cuanto entro en la habitación donde tengo el gimnasio.

El corazón me va a mil por hora. Miro la barra de *press* de banca como si fuera mi puto enemigo. Le pongo más peso del habitual porque necesito que me cueste, necesito tener todos mis sentidos puestos en otra cosa que no sea todo lo que está esperándome en el salón de mi casa.

Uno, dos, tres, necesito que el dolor que siento se calme. Necesito despertar de una vez de esta puta pesadilla, que todo acabe.

A la octava, mi cabeza se queda en silencio. Solo oigo el crujido de los codos, siento mi pecho ardiendo y el aire que se me escapa entre los dientes. Empujo con rabia, con miedo, con todo lo que tengo dentro.

No sé cuántas repeticiones llevo, he dejado de contar. Cuando creo que ya es suficiente, la barra sube y la dejo caer.

Y entonces la veo. Me siento en la banca y la miro.

—Yo...

—Menudo numerito has montado —me dice clavando su mirada en la mía, con los brazos en jarras.

—Lo siento, necesitaba...

—Tu espacio, lo entiendo. ¿Estás mejor?

—No lo sé. ¿Te vale como respuesta?

—Es un comienzo. —Hace un mohín y se gira hacia la puerta—. Salgamos y hablemos.

Me levanto y voy hacia ella. Se dispone a salir, pero la agarro por la muñeca mientras giro su cuerpo para dejarla frente a mí. Mis manos se aferran a ella por la cintura, pegándola a mí. Daniela me mira directamente a los ojos, sin amilanarse ni un poquito. Esta es

una de las cosas que más me gustan de ella, la fuerza y la entereza que tiene.

Tomo su boca con fiereza y una parte de mí se prepara para su rechazo. En cambio, sus labios me reciben de la misma manera, sin miedo. Pone sus manos en mi nuca, tirando y pidiendo más. Labios contra labios, dientes que rozan y nuestra respiración mezclada con el ruido áspero de la urgencia. Está doliendo y al mismo tiempo sanando.

Nos estamos dejando llevar por el hambre mientras nuestras lenguas se entrelazan en una lucha silenciosa. Hasta que por fin la tensión se va disipando al ritmo que nuestro beso va bajando de intensidad.

—Enzo... —Un suspiro escapa de sus labios y lo atrapo, esta vez con un beso más cálido.

—Vamos fuera.

Mi mejor amigo, que sigue en el sofá con cara de circunstancias, me mira con la ceja levantada mientras nos acercamos y tomamos asiento.

—¿Ya ha terminado el niño con su pataleta? —pregunta con sorna el muy imbécil—. Está al día de la situación, de nada —añade.

La miro a ella intentando ver algún resquicio de lo que está sintiendo.

—Daniela, yo no sabía... —intento excusarme, pero me corta acariciando mi mejilla con suavidad.

—Te dije que estaría contigo pasara lo que pasase, Enzo.

Hablamos sobre las opciones que tenemos, con calma y con la cabeza algo más fría. Me tranquiliza ver cómo se lo ha tomado Daniela y que sigue aquí, conmigo.

—Lo mejor será que se lo contemos también a Valentina. Ella está más acostumbrada a lidiar con esto. Ya lo ha hecho antes.

—Si queréis, puedo hablar yo con ella —se ofrece Daniela.

—No hará falta, rubia. Mañana a primera hora la informaré de este nuevo contratiempo. Hasta entonces, lo mejor será seguir con normalidad. Bueno, parejita, yo me retiro.

—Te acompaño.

Cuando llegamos a la puerta, salgo con Dylan.

—Le diré a Valentina que quiero adelantar las grabaciones en el barrio. Voy a contarlo todo ya.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Vale. Hablamos, tío.

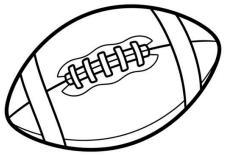
—Gracias, Dylan.

—Te quiero, gilipollas.

Ha llegado la hora de soltarlo todo. Caiga quien caiga.

52

Volver



Enzo

Han pasado dos días desde que hablé con Valentina y le dije que había llegado el momento de contarlo todo. Necesito sacarlo ya. Tener esa baza por si las cosas se ponen más feas de lo que ya lo están.

Hemos conseguido parar la publicación de las fotos gracias a ella y a sus contactos sin tener que entrar en darle explicaciones, pero no sabemos por cuánto tiempo. Ni tampoco si disponen de más material que puedan usar en cualquier momento. Después de nuestra reunión, Valentina dispuso todo lo necesario para que adelantáramos y pudiéramos grabar en el barrio donde me crie.

Aquí empezó y aquí tiene que terminar.

El barrio ha cambiado mucho, en gran parte por las aportaciones que hacemos Dylan y yo a la fundación que lleva el nombre de nuestro amigo Archie Jones. Nos centramos en mejorar lo que tiene que ver con los chavales que viven aquí. Mantenerlos alejados de las

drogas y de las calles es la prioridad. Pero hemos podido renovar también otros aspectos, como que haya espacios públicos activos, más seguridad, e ir saneando las infraestructuras.

Aun con todo, volver aquí no me gusta. Desde que mi madre se marchó, he venido muy pocas veces, y volver a pisar este suelo me pone nervioso. Por eso he pedido venir preparado desde casa para empezar a grabar y pasar el menor tiempo posible en este barrio.

Está todo listo, nadie sabe lo que realmente estoy a punto de desvelar, porque he pedido improvisar las preguntas según vaya mi relato. Dando cuatro datos para que sepan cómo quiero que vayan dirigidas.

Daniela me mira nerviosa detrás de la cámara. Ella tampoco sabe lo que voy a decir hoy, pero es tan lista que intuye que va a pasar algo.

El piloto se enciende, y Mateo da la señal de que podemos empezar.

—Enzo, estamos en el barrio donde creciste. ¿Cómo te sientes al volver a tus orígenes?

—¿La verdad? Tenso. Aquí hay muy buenos recuerdos, pero también muchos malos. Volver siempre es sinónimo de recordarlo a él y a lo que tuve que hacer.

—Durante las entrevistas que hemos mantenido a lo largo del documental nos has hablado de tu amigo Archie y su trágico final. Sabemos que su nombre no es conocido por el gran público, es como si hubiera desaparecido. ¿Tú sabes por qué?

—Sí. Se encargaron de tapar su muerte y de que su nombre no se vinculara ni conmigo ni con ellos.

—¿Puedes ser más específico?

—Archie Jones sufrió una sobredosis mientras estábamos en una fiesta que había organizado parte del equipo directivo de aquel

entonces. Se creían por encima del bien y del mal, hacían y deshacían las cosas como les daba la gana, saliendo impunes de cualquier situación. Si la noticia de la muerte de una de las posibles futuras promesas hubiera llegado a oídos de la prensa seguramente habría sido algo catastrófico. Y, con ello, también se habrían destapado circunstancias mucho más turbias que se daban por aquel entonces en ese entorno. Así que se encargaron de borrar su nombre del mapa..., de que quedara en el olvido.

—¿Y cómo consiguieron hacer eso?

—Porque yo los ayudé. Esa es mi realidad y la carga que llevo a mis espaldas: Enzo Silva es un cobarde, una farsa...

—Pero Archie era uno de tus mejores amigos, ¿por qué te prestaste a ello?

—Estábamos juntos cuando ocurrió. No era la primera vez que mi amigo consumía estando en una fiesta. No era algo que ni a mí ni a Dylan nos hiciera sentir cómodos, pero era muy habitual en el mundillo. La cocaína y otras drogas formaban parte del catering que podías encontrarte en esas fiestas. Se servían en bandejas de plata. En un momento de la noche, Archie y yo nos apartamos del bullicio de la fiesta para hablar. Tiempo después, tras analizar nuestra conversación, deduje que esta fue una especie de despedida..., como si mi amigo supiera que su final estaba cerca. Me hizo prometer que si le pasaba algo yo me haría cargo de su familia y me esforzaría por triunfar en mi carrera deportiva. Los tres venimos de familias complicadas, pero Archie tenía tres hermanos pequeños, su madre se mataba a trabajar y los mantenía ella sola como podía: su padre había fallecido hacía algunos años. Entre risas, le respondí que dejara de decir tonterías, que él mismo sacaría a su familia del barrio en cuanto entrara en el equipo. Que si alguien tenía que triunfar en algo era él. Aún recuerdo lo serio que se puso cuando me repitió que

se lo prometiera. Lo hice, claro que lo hice. Era mi colega, mi hermano. Entonces él se metió otra raya y después todo se fue a la mierda...

—¿Qué más recuerdas de esa noche?

—Todo. Solía tener pesadillas a diario sobre aquello. Al principio pensé que me estaba vacilando, pero cuando vi que no respondía, empecé a preocuparme. Mis gritos llegaron a oídos de Dylan, que vino para saber qué pasaba, y fue entonces cuando Archie empezó a convulsionar. Llamamos a una ambulancia, esperábamos que la gente que había allí nos ayudara de alguna forma. Pero la realidad fue otra. Nos dejaron solos. Entre cuatro guardaespaldas sacaron a Archie y nos echaron de la propiedad hasta que llegó la ayuda. Éramos unos chavales y no teníamos ni puta idea de cómo manejar la situación. Las horas en el hospital fueron muy jodidas mientras esperábamos un milagro que no llegó... Cuando nos dijeron que no había nada que hacer, yo entré en shock.

—¿Qué pasó después?

—Después vino la hostia de realidad... Quisieron tapar lo sucedido para que nadie se enterara. Para ellos, lo importante era que la noticia no llegara a los medios. Y yo me dejé llevar, acepté todo lo que me propusieron bajo amenazas encubiertas, juegos mentales que pasé por alto y que me hicieron creer que lo que estaban haciendo era por mi bien. Que aquello era una forma de protegernos a Dylan, a la familia de Archie y a mí. Sin embargo, lo único que querían era mi silencio para salvarse ellos mismos.

—¿A qué tipo de amenazas te refieres?

—Yo aún no era nadie, y mi carrera dependía de ellos. Con tan solo levantar el teléfono se habrían deshecho de mí. Primero se disculparon por las formas, por echarnos de la propiedad de aquella manera, escudándose en que no se habían enterado de lo ocurrido.

Después se ofrecieron a hacerse cargo de la elevadísima factura del hospital, del entierro..., de todo. Al principio parecía que estaban dispuestos a apoyarnos de manera incondicional, que eran sinceros y se ponían de nuestro lado. Pero yo estaba tan jodido que entré en una espiral de autodestrucción. Empecé a beber, a meterme en problemas. Iba cagada tras cagada pensando que así lograría acallar mi conciencia. No había sido capaz de ver que Archie no se encontraba bien..., me sentía responsable de lo que le había pasado. Ellos borraron las huellas de mis errores, parecía que se preocupaban por mí... Cuando comencé a darme cuenta de lo que estaba sucediendo, quise hablar, y ahí fue cuando empezó a complicarse todo. Conscientes de la culpabilidad que yo sentía, le dieron la vuelta al asunto. Si callaba y los dejaba ocuparse a ellos del tema, si accedía a no hablar más de mi amigo, podría seguir jugando y ganando dinero para hacerme cargo de la familia de Archie y darles así un futuro a sus hermanos. Pero si, por el contrario, no accedía, sacarían a la luz lo que había estado haciendo, mi carrera se iría a la mierda y sería el fin de todos. Me tenían cogido por los huevos, así que acepté... Consentí borrar del mapa a mi amigo y ocultar lo que pasó.

—Pero si sacarte de la ecuación era tan fácil como levantar el teléfono, ¿por qué no lo hicieron?

—Porque esa clase de gentuza disfruta teniendo el control. Y lo tenían si yo acataba sus reglas. He sido como un perro de presa para ellos, encerrado en una jaula con la correa suelta, lo justo para llegar a beber agua.

—¿Y por qué has decidido hablar ahora?

—Se han juntado varios motivos que me han hecho ver que debía ser ahora o nunca... En varias ocasiones me han ofrecido hacer un documental sobre mi carrera deportiva. Desde que decidí alejarme

del ojo público he sido consciente del especial interés que suscitaba mi vida, pero eso no es para mí, no necesito ni quiero reconocimiento. Siempre he declinado la oferta, pero este año mi vida ha dado un vuelco, y ya no tengo nada que perder. Así que he accedido a grabar este documental con una condición: destapar la muerte de mi amigo para que su nombre no quede en el olvido.

—¿Cómo te sientes después de contar la verdad?

—Pues igual de mierda que antes de hacerlo. Con esto no pretendo limpiar mi imagen ni mi conciencia. Lo que busco es justicia, y que se sepa todo lo que encubrieron los directivos de aquel momento.

—¿Sabes dónde están o a qué se dedican ahora?

—No, pero estoy seguro de que esas ratas siguen manejando los hilos ocultos en la oscuridad. Tiempo después de lo que le pasó a Archie, hubo otro escándalo que no pudieron silenciar porque estaban metidos hasta el cuello en él. Supongo que os sonará el «Caso Prisma»: drogas, abuso de menores, invitados vestidos de blanco en fiestas turbias... Terminaron absolviéndolos, porque ya sabemos cómo funciona la justicia cuando hay dinero de por medio, pero su nombre quedó manchado y me consta que los invitaron amablemente a dejar sus puestos directivos. No obstante, se habrían merecido algo bien distinto y cero cordialidades. Hasta para eso tuvieron suerte.

—¿Hay algo más que quieras añadir?

—Sí. Sé que después de esta revelación habrá juicios de valor y que es posible que mi postura no se entienda. Tampoco lo pretendo, porque ni yo mismo la comparto. Ahora que el mundo va a conocer lo sucedido, a lo único que puedo aferrarme es a que con mi testimonio no se repita lo que pasó. A los chavales que sueñan con poder dedicarse a esto algún día quiero decirles que tengan cuidado,

que busquen una red de apoyo. Que no se dejen engañar por el brillo de los focos, porque tras ellos siempre hay sombras. Te lo pintan todo de color de rosa, pero a la primera de cambio te ves solo y hasta el cuello de mierda.

Cuando Mateo da la voz de cortar, me percato del silencio que se ha mantenido a lo largo de mi declaración, y de que por primera vez desde que empezamos con el documental hay una sensación extraña en el ambiente. Casi como si nadie se atreviera a pronunciar palabra. Busco a Daniela con la mirada, pero no la encuentro.

Vale, esperaba que esto pasara. No la culpo, no podría. Me levanto, y es Valentina la primera que se me acerca.

—Enzo, cariño. No-no sabía...

—Lo sé. Supongo que ahora entiendes el porqué de las amenazas para frenarme. Sé que el día que me conociste en aquella fiesta pensabas que solo era un chico perdido. No tenías ni idea de la magnitud de todo lo que llevo arrastrando conmigo tanto tiempo.

—Ven aquí... —Valentina me toma entre sus brazos y me estrecha con fuerza—. A veces tenemos que hacer cosas de las que no estamos orgullosos para poder sacar adelante otras que son importantes.

—Solo espero que esto no te traiga más problemas.

—Que lo intenten, para parar a Valentina Ferrani hace falta mucho.

—Gracias por todo.

Voy adonde está Dylan y, cuando llego, mi amigo me saluda dándome un apretón en el hombro.

—Tío, lo has hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ti.

—Ojalá pudiéramos tenerlo aún aquí, con nosotros.

—Enzo, ahora que ya lo has soltado todo... Vale que tuviste que aceptar callarte, yo también lo hice. Pero nuestro amigo tenía un

problema con las drogas. Tentó mucho a la suerte y esa noche su cuerpo no aguantó más. Aquello no fue culpa tuya, él jugaba a la ruleta rusa, y habría tenido el mismo final tarde o temprano.

—Si yo no hubiera firmado antes que él, si los dos hubiéramos llegado juntos a la NFL...

—¿Nunca te has preguntado por qué no acudió al partido con los ojeadores? Joder, Enzo, te creía más listo...

—Estaba enfermo.

—Y una polla, lo que estaba era drogado hasta las cejas, tío... Aquel día no se tenía en pie. No sé qué mierda se metió antes del partido, pero su problema no empezó porque nos moviéramos con gente importante. Su mierda venía de mucho tiempo atrás, y tú no tuviste la culpa de ello.

—Pero tampoco lo vi venir. No fui consciente del problema hasta que ya fue demasiado tarde.

—Ni yo, porque la realidad es que nuestro amigo supo ocultarlo muy bien. Siempre tan sonriente, siempre de buen rollo, siempre...

No sé en qué momento de la conversación hemos ido levantando el tono de voz hasta llegar a gritarnos, y no puedo con esto. La cabeza está a punto de explotarme, necesito salir de aquí.

—Dylan, para.

—Joder, es que es verdad...

No quiero seguir escuchando las mierdas que me dice mi amigo, así que doy media vuelta y me alejo de él. El cuerpo solo me pide estar con la única persona que sigue sin aparecer por el set. He pensado que habría necesitado unos minutos para gestionar mi confesión pero que volvería. Sin embargo, según va pasando el tiempo, empiezo a creer que se ha marchado y no va a volver.

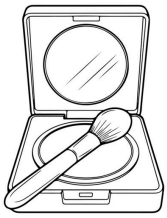
Solo nos queda una última grabación. Valentina sabe que no voy a seguir, que hoy era el último día en el que trabajaba todo el equipo.

Hay material de sobra y solo falta una última cosa en la que participarán los cámaras: el próximo partido que voy a disputar. Ese en el que anunciaré mi retirada oficial.

Estaba esperando a terminar la jornada de hoy para decírselo a Daniela, pero supongo que ella ha tomado su decisión y ya no hace falta.

53

La huida



Daniela

He necesitado ausentarme unos minutos para serenarme. Escuchar a Enzo abrirse en canal de la forma en que lo ha hecho me ha alterado mucho, y he tenido que salir a llorar fuera del set para no interrumpir la grabación.

Llevo un rato pensando qué decirle, cómo hacer que entienda que lo que pasó no fue culpa suya. Hizo lo necesario para poder darle un futuro a la familia de su amigo, que lo había perdido todo. Pero él lleva tantos años martirizándose por su silencio que soy consciente de que nada de lo que yo le diga calmará ese pesar.

Cuando cojo fuerzas para volver, ya han empezado a recoger y no veo ni a Dylan ni a Enzo por allí. Me acerco a Mateo esperando que sepa qué es lo que ha pasado en mi ausencia.

—¿Has visto a Enzo? —Mi amigo niega con la cabeza porque está hablando por teléfono.

—¿No? Mierda —murmuro mientras me muerdo el labio por puro nerviosismo.

El equipo está terminando ya de recoger y me estoy temiendo lo peor al entender que ni Dylan ni Enzo van a aparecer.

Guardo rápido mis cosas y me despido de todos. Saco mi móvil y marco su número, pero no obtengo respuesta. Llamo a Dylan y tampoco me responde. Pero ¿dónde se han metido?

Quizá necesite espacio y tiempo para poner en orden sus sentimientos. La cabeza me va a mil y no sé qué narices debo hacer. Podría ir a su casa, pero sin saber si está allí me parece un poco arriesgado por cómo está el tema con la prensa. Por el momento nos hemos librado de que publiquen las fotos, pero no podemos tentar a la suerte. Sopeso mis opciones, y finalmente decido que lo mejor es volver al hotel y esperar que sean ellos los que se pongan en contacto conmigo cuando vean mis llamadas.

Me acerco de nuevo a Mateo cuando veo que ha colgado para saber si va a volver conmigo al hotel.

—¿Te queda mucho?

—La verdad es que sí. Al parecer, Enzo no quiere seguir grabando, Daniela. Era algo que ya había hablado con mi madre, y ella me lo acaba de decir. Ahora debemos revisar todo el material que tenemos desde que volvimos de Los Ángeles. Cuando termine aquí, me voy con ella para reunirnos con maquetación. Creo que Enzo ha discutido con Dylan y que cada uno se ha ido por su lado. Están intentando localizarlo para ver si él puede aclararnos algo más, pero no...

—¿Cómo que no quiere seguir grabando? —corto a mi amigo, porque en mi mente solo se repite una de las cosas que ha dicho—. Pero aún faltan unos días para acabar. No estoy entendiendo nada...

—No puedo decirte nada más, es todo lo que sé, Dani.

—Vale. Yo me vuelvo al hotel. Supongo que todo tendrá una explicación.

—Si me entero de algo, serás la primera en saberlo, ¿vale?

Salgo de allí arrastrando la maleta junto con mi ánimo. Necesito irme cuanto antes, pero lo primero que me pide el cuerpo es separarme lo suficiente del tumulto para tranquilizarme unos minutos antes de pedir un Uber que me lleve de vuelta al hotel.

Siento una presión en el pecho que me agota. Y un montón de preguntas empiezan a agolparse en mi cabeza. Puedo entender que Enzo no me contara lo que tuvo que hacer cuando sucedió lo de Archie, pero ¿por qué no me ha dicho que había decidido terminar con las grabaciones? ¿Por qué se ha ido sin más? ¿Por qué narices no me coge el teléfono?

Estoy sentada en la acera de la calle, llevo un rato en la misma postura, con la mirada perdida en las fachadas algo descascarilladas del barrio. Me siento agotada y sin fuerzas. Sé que hace rato que debería haber hecho algún movimiento para poner rumbo al hotel, pero mi cuerpo no es capaz de moverse.

Estoy ensimismada oyendo los murmullos lejanos de la gente que camina, del sonido de los neumáticos en la calzada, de la vibración de mi móvil...

«Espera, ¿mi móvil?», pienso.

Lo saco rápido del bolsillo sin mirar quién llama, porque mi cabeza no tiene dudas de que se trata de él.

—¿Enzo? ¿Estás bien? —pregunto acelerada.

—¿Daniela? —Levanto las cejas, extrañada al no reconocer la voz al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Soy Smith, Scott Smith. El hijo de tu casero.

—Eh..., oh, sí. Disculpa, te había confundido con otra persona.

—No te preocupes. Te llamo porque mi padre quiere saber cuándo vas a venir a recoger tus cosas del apartamento.

—¿Cómo dices?... Disculpa, ¿estás seguro de que no te has equivocado de persona?

—Eres Daniela Miller, ¿no? Y tienes un apartamento alquilado en Los Ángeles, California.

—S-sí, pero yo no...

—Mi padre ha alquilado ya de nuevo el apartamento y necesitamos que te lleves tus cosas de allí cuanto antes. De lo contrario, nosotros mismos nos encargaremos de sacarlas y que se las lleve el camión de basura... Tienes dos días más de margen.

—¿Cómo? Pero yo no estoy ahora mismo en Los Ángeles, no...

—Lo siento, pero eso no es problema nuestro...

Y me cuelga el teléfono sin darme más explicaciones. Termino de colapsar y me pongo a llorar como una imbécil en mitad de la calle. ¿En qué momento ha ocurrido todo esto?

Cuando dejo de sentir que soy una persona ridícula llorando como una niña pequeña, llamo al Uber, que me deja en el hotel. Una vez allí, me dirijo a mi habitación. Parece que haya pasado una eternidad desde que salí esta mañana.

Hago una lista mental con todas las cosas que tengo que hacer para intentar no volver a colapsar. Porque será lo que sucederá si no gestiono todo lo que estoy sintiendo. Sin embargo, no tengo la menor idea de cómo empezar.

¿Cómo voy a solucionar este lío en tan solo dos días? Cojo el teléfono y llamo a la única persona que sé que puede ayudarme y hacerme sentir segura. No tarda en responder.

—Papá... —digo, y mi voz suena casi como un alarido.

—Daniela, cielo. ¿Estás bien? —Oír su voz consigue calmarme.

Mi padre había sido locutor de radio en los años que estuvo en la universidad, antes de conocer a mi madre, y tiene ese estilo de voz profunda y relajante. Cuando de pequeña tenía pesadillas era él el que conseguía que volviera a dormirme.

—No, papá. Todo está mal... Acaba de llamarme el hijo de mi casero para decirme que tengo que irme del apartamento.

—¿Cómo que tienes que irte?... ¿No renovaste el contrato antes de viajar a San Francisco con el dinero que te presté?

—Eso creía, pero ahora mismo ya no estoy segura de nada... Si no saco mis pertenencias de allí antes de dos días, lo tirarán todo a la basura. Sé que en su mayoría son solo cosas materiales, pero tengo muchos recuerdos de mamá y gran parte de todo el material de trabajo, y no puedo perder eso también... —Las palabras salen de mi boca entre sollozos.

—Cálmate, pequeña. ¿Cuántos días de rodaje os quedan?

—Según parece, ninguno. Acabo de enterarme de que hemos terminado.

—Vale, cariño, vamos a hacer una cosa. Habla con esa jefa tuya tan elegante y guapa. Cuéntale lo que ha sucedido, seguro que entiende que adelantes tu vuelta de forma inmediata. Coge el primer avión que salga para Los Ángeles, yo cogeré la camioneta e iré para allá a esperarte. Entre los dos sacaremos todas tus cosas del apartamento y después ya pensaremos cómo solucionar este tema.

—Papá, no puedo hacerte conducir tantas horas. Ya pensaré qué hacer. Soy una mujer adulta.

—Siempre vas a ser mi niña. Y un padre por una hija hace lo que haga falta. Déjame que te cuide. El año pasado me aparté y dejé que lo gestionaras todo tú sola, como me pediste. Pero deja que esta vez tu viejo se sienta útil, anda. Avísame cuando tengas el

billete de avión, intentaré llegar a tiempo para ir a buscarte al aeropuerto. ¿De acuerdo?

—Vale, papá. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña.



Unas horas después de hablar con Valentina para contarle este contratiempo, pongo rumbo al aeropuerto.

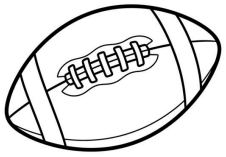
Antes de embarcar y de poner el móvil en modo avión, le escribo un mensaje a Enzo, del que aún no he tenido noticias.

Me vuelvo a Los Ángeles. Escríbeme cuando puedas, por favor.

Pero esta vez el doble *check* no llega.

54

Sube a casa, Gabriel



Enzo

Después de la discusión con Dylan y de no ver ni rastro de Daniela, me he puesto a caminar. No he sido consciente de que mi cuerpo me traía hasta el edificio en el que viví cuando era pequeño, donde, teniendo lo básico, fui el niño más feliz del mundo.

Una añoranza extraña se apodera de mí, los recuerdos llegan de pronto envolviéndolo todo. Y nos veo jugando a los tres en el parque, pasando las horas muertas sentados en un banco o soñando con algún día salir de aquí y poder brindar un futuro mejor a nuestras familias. La ausencia de Archie me sigue pesando, pero hoy de alguna manera he sentido que por fin hacía lo correcto, aunque haya tardado demasiado.

—Gabriel, ¿qué haces aquí, hijo?

Me tenso al oír mi nombre. El nombre de aquel niño que creció aquí. Ese que tan lejano se siente de Enzo Silva. Porque aquí siempre fui simplemente Gabriel, el hijo de Giulia.

—¿Lina? —La madre de Archie se acerca cargada con las bolsas de la compra.

—Anda, no te quedes como un pasmarote y ayúdame con esto —dice señalando las bolsas con la cabeza mientras las deja a mis pies.

—Sí, claro. —Las cojo con ambas manos y por un momento dudo si formular o no la pregunta que ha quedado en el aire—: ¿Quieres que las suba?

—Claro. Qué preguntas haces... Sube a casa, Gabriel. —Me da una palmadita en el hombro para después pasar por mi lado meneando la cabeza.

La madre de Archie abre el portal y yo la sigo. Por mucho que intentamos convencerla de que se mudara, ella siempre se negó. Es la única del grupo de madres que aún sigue viviendo en el barrio. Con cada escalón que subo me parece aún más increíble estar haciendo esto. Volver a poner un pie en casa de mi amigo, después de tanto tiempo.

Entramos y dejo las bolsas en la cocina. De pronto, es como si el tiempo se hubiera detenido. Como si fuera de nuevo aquel chaval con un montón de sueños por cumplir.

—Si estás aquí es porque ya lo has contado todo, ¿me equivoco? —me pregunta Lina.

—Así es. Estás en lo cierto —asiento.

Lina lo sabe todo. Antes de aceptar, hablé con ella. Le pedí permiso para honrar de una vez la memoria de su hijo. Nunca me culpó por lo ocurrido, pero yo decidí mantener la distancia. El dolor se me hacía insoportable cuando estaba cerca, y el sentimiento de culpa amenazaba con volverme loco. En soledad pesaba menos.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—No sé qué responderte a eso.

—Vaya. Tenía la esperanza de que, después de que te liberaras de tus demonios, esa ridícula culpa autoimpuesta se iría con ellos.

—Ya, pues se ve que no, Lina.

—Ve al salón. Vamos a tener la conversación que no quisiste tener hace años.

Hago lo que me pide y me siento en el sofá de tela marrón que ha visto demasiados años pasar. En la casa se respiran recuerdos allá donde mires. Hay un montón de fotos, de trofeos de instituto, de notas de prensa. Solo falta él, aunque su presencia impregne cada rincón.

Mi móvil empieza a sonar, pero cuando voy a responder, se apaga. La batería está agotada, y hasta que vuelva al coche no puedo cargarlo. Así que supongo que todo lo que esté pasando fuera de estas cuatro paredes tendrá que esperar. Porque la mujer con el pelo azabache y rizado como el de su hijo mayor viene hacia mí con una taza humeante y dispuesta a que escuche todo lo que tiene que decirme.

Se sienta a mi lado y me ofrece el café recién hecho que ha traído de la cocina.

—Gabriel, ya basta. Si accedí a que hicieras el documental fue para que quedaras en paz contigo mismo. Tú no tuviste la culpa de nada.

—Lina, encubrí la muerte de tu hijo. Durante años he callado lo que realmente sucedió.

—Callaste porque le prometiste que cuidarías de nosotros. Les diste un futuro a mis hijos que no habrían tenido si no llega a ser por ti. A Archie no le gustaría verte así. Mira, nunca has querido escucharme, pero hoy vas a tener que hacerlo. A raíz de que mi marido muriera, mi hijo cambió. Una madre sabe cuándo empiezan a

torcerse las cosas. Lo vi en sus ojos. Y eso pasó mucho antes de lo que todos pensáis.

—Pero...

—No hay peros, Gabriel. Vas a mantener silencio hasta que termine con todo lo que tengo que decir. A mí también me costó mucho aceptar que mi hijo tenía un problema y que no fui capaz de ayudarlo. ¿Tú sabes lo que es eso para una madre? Mi pequeño..., cuánto dolor debía de tener dentro para necesitar evadirse de ese modo. Lo que te obligaron a aceptar fue deplorable, pero ¿de qué otra forma habríamos salido adelante? Esa gente es mala, llevan el diablo dentro, y si no hubieras hecho ese sacrificio habrían acabado con todos. Lo sabes tan bien como yo. Se aprovecharon de alguien sin experiencia y de una familia que estaba rota por la pérdida.

—No debería haber tardado tanto en hablar, Lina. He sido un egoísta.

—Un egoísta no se habría encargado de que los hermanos de su amigo tuvieran un futuro. Han podido estudiar en las mejores universidades. Pagaste hasta la última de las deudas que teníamos en hospitales por la enfermedad de mi marido. Hijo, tienes que encontrar la paz, todos hemos sufrido ya bastante con esto. Me gusta pensar que, allá donde esté, él también terminó encontrándola al fin. Que Diosito lo tiene bajo su manto. Que nos mira y nos protege desde arriba. Y que, por fin, está con su padre. Esto debe servirte para avanzar y vivir el dolor desde otro prisma, Gabriel.

—Yo... —Me rompo. Me rompo en mil pedazos al ver la entereza de esta mujer. Con esa fuerza descomunal.

—Le prometiste que nos cuidarías. Ahora quiero que me prometas a mí que te vas a dejar de penas y que, en adelante, vivirás por los dos. Por él y por ti.

—Lo intentaré.

—No me vale. Prométeme que lo harás.

—De acuerdo. Te lo prometo, Lina.

Es entonces cuando la madre de mi amigo me abraza y algo sale de mí. Como un peso, una carga.

—Y ahora, ponme al día de tu vida. ¿No va siendo hora de que sientes ya esa cabezota?



Las horas pasan volando, y cuando salgo de casa de Archie ya ha anochecido. Debo ser sincero conmigo mismo y reconocer que la conversación con Lina me ha ayudado de alguna manera a empezar a poner el cierre, aunque va a requerir tiempo. Que haya sido tan franca y me haya puesto las pilas ha sido el empujón que necesitaba.

Me monto en el coche y me voy a casa. En cuanto entro por la puerta, Marty viene directo, esperando ver a alguien que no me acompaña. Cuando entiende que estoy solo me mira de soslayo y regresa a la oscuridad de mi habitación.

Me siento en el sofá y me froto la cara con las manos. Joder, creo que hoy ha sido uno de los días más largos de mi vida. Toco el bolsillo anterior de mi pantalón y entonces recuerdo que mi móvil se ha quedado sin batería. He salido tan revuelto de casa de Archie que he olvidado cargarlo en el coche.

Mierda.

Enchufo el cargador y lo enciendo en cuanto la batería me lo permite. Me empiezan a llegar notificaciones sin parar y me alarmo. Llamadas de Dylan, de Mateo, de su madre y de ella. De Daniela.

Me ha llamado. Eso puede significar que nosotros quizá tengamos una segunda oportunidad. Después veo que tengo varios mensajes, pero el único que me importa es el suyo:

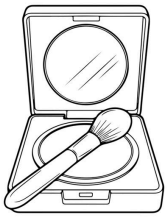
> Me vuelvo a Los Ángeles. Escríbeme cuando puedas, por favor.

Tengo que leerlo varias veces para que mi cerebro no estalle. Es como si no fuera capaz de asimilar las palabras para darles el contexto.

Descubrir que se ha ido, que ha hecho lo que le hice prometer que hiciera si todo era demasiado me duele. Pero hoy he aprendido algo, y es que hay que luchar hasta el final por lo que uno quiere y, joder, por ella sería capaz de hacer cualquier cosa. Ahora necesito estar concentrado para poder jugar el partido de pasado mañana, pero, después, recuperaré a esa mujer cueste lo que cueste. Nuestra historia no es un fuera de juego, es el principio del puto partido más importante de mi vida. Y esta vez pienso ganarlo.

55

De vuelta a Los Ángeles



Daniela

En el aeropuerto, tal como me prometió, me espera mi padre. En cuanto lo veo corro como una loca a sus brazos. Hace más de un año que no estoy con él, y he añorado mucho estar bajo su protección.

—Hola, mi niña, ¿qué tal el viaje? —Se separa lo justo para depositar un beso en mi coronilla—. ¿Has crecido o he encogido yo?

Esa es una coletilla que lleva diciendo desde que tengo uso de razón y, aunque ahora que soy una mujer adulta haya perdido todo el sentido, él la sigue manteniendo. Además de que mi padre es un tipo grande y corpulento, por lo que lo de encoger lo tiene complicado, y yo también lo de crecer.

—¡Papá! —lo riño, y me zafo un poco de su abrazo para poder darle un pequeño golpe en el hombro.

La risa de mi padre resuena en mis oídos y una sensación de estar en casa me coge por sorpresa. Me doy cuenta de cuánto lo he

echado de menos.

—Vamos a por esas maletas, que, conociéndote, ya sé que va a ser más de una. ¿Me equivoco? —Pasa una mano por encima de mi hombro y me atrae hacia sí.

—Papá, la maleta de trabajo la tengo que facturar sí o sí, y la otra es de ropa. No exageres. —Hago un mohín y lo miro con detenimiento—. Te has dejado barba..., ¿hay algo que quieras comentarme respecto a este nuevo look? ¿Alguna crisis de los sesenta que yo desconozca?

—Ahora se lleva así, hija —responde esbozando una sonrisa y pasándose la mano por la barba canosa que adorna su cara.

—Estás muy guapo.

—No seas pelota, Daniela.

Después de recoger las maletas salimos de la terminal y el aire denso de Los Ángeles nos da la bienvenida. Nos dirigimos al aparcamiento donde mi padre ha dejado la camioneta y montamos en ella.

—He cogido dos habitaciones en un hotel cercano a la casa de tu jefa, espero que te parezca bien.

Miro a mi padre, que ahora está ya con los ojos puestos en la carretera, y pestañeo varias veces con extrañeza.

—¿Y desde cuándo sabes dónde vive Valentina?

—Me lo habrás comentado tú en algún momento.

Ladeo la cabeza y levanto una ceja.

—No, estoy segurísima de que nunca te he dicho en qué parte de la ciudad vive.

Mi padre sigue enfocado en la carretera y no añade nada más, pero yo no estoy dispuesta a dejarlo pasar.

—¿Papá?

—Vale..., puede que el año pasado estuviéramos en contacto. Estaba muy preocupado por ti, Daniela.

—Ya, pero eso no responde a mi pregunta de por qué sabes dónde vive...

—Bueno, hija..., una cosa llevó a la otra y ahora somos colegas.

—¿Colegas? ¡Papá! Que sepas que no estoy del todo conforme con esta explicación y no va a quedar así. Me lo tendréis que aclarar mejor tú y tu nueva «colega» Valentina.

—Ya le dije a Tini que no te haría gracia cuando te enteraras.

¿«Tini»? ¡Ay, Dios! Creo que este tema va a necesitar una larga conversación con mi padre, y ahora no es el mejor momento.

—No es eso, papá. Ya lo hablaremos, ¿vale?

—Hija, yo... —intenta excusarse. Reconozco su mirada de arrepentimiento, y tengo muy claro que no me apetece añadir otro giro inesperado a mi vida.

—¿Sabes qué? Estás muy guapo, la barba te queda muy bien —le digo, y mi padre asiente mientras una sonrisa de medio lado aparece en su cara.

Aprovechando el trayecto hasta el hotel, saco el móvil del bolso y lo activo. Miro la pantalla esperando que lleguen noticias de Enzo o de Dylan, pero nada. Trataré de hablar de nuevo con ellos cuando mi padre y yo ya estemos instalados.



Seguimos las señales que nos indican dónde parar y el aparcacoches ya nos está esperando. Mi padre me mira extrañado. Está claro que

Valentina le ha recomendado este hotel, pero no lo ha avisado de las comodidades de las que dispone.

Una vez nos apeamos de la camioneta, yo le quito las llaves de la mano y se las doy al trabajador que espera paciente su propina.

—No estoy acostumbrado a estas atenciones, madre mía.

—¡Ay, papá! —Niego con la cabeza y le doy una palmadita en la espalda—. Venga, coge las maletas.

Me hace caso y entramos. El lobby del hotel Aurora Celeste nos da la bienvenida. En el suelo se reflejan nuestros pasos, y las paredes desaparecen en unos grandes cristales. Giro la cabeza observándolo todo con atención. Definitivamente, este es un sitio que recomendaría Valentina, tiene su esencia y su buen gusto.

—Bienvenidos —nos saluda una voz suave al otro lado de la recepción.

—Tenemos una reserva a nombre de Robert Miller.

—En efecto. Dos habitaciones.

La recepcionista nos da unas indicaciones mientras terminamos de hacer el *check-in* y luego nos encaminamos juntos hasta el ascensor, para después adentrarnos por un largo pasillo enmoquetado en color crema.

—¿Te espero para cenar algo, cielo? —me pregunta mi padre antes de que yo me meta en la habitación.

—Estoy tan cansada que se me ha quitado el hambre... Si no te importa, baja tú.

—¿Quieres que te suba algo?

—No, papá. Nos vemos mañana por la mañana. Descansa.

Mi padre asiente. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

Paso la tarjeta por el lector y la puerta se abre. Las cortinas están descorridas. El sol comienza a caer, haciendo que todo se torne de ese color dorado tan característico de los atardeceres en la ciudad.

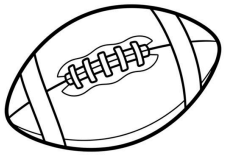
Dejo la maleta a un lado de la cama y me siento en ella con el móvil en la mano. Todo sigue igual, en silencio.

Trato de llamar a Dylan, pero no responde. Pruebo también con Enzo, pero tiene el móvil apagado. No puedo hacer nada más que esperar noticias.

El cuerpo me pide descanso, mañana tengo una mudanza improvisada y decidir qué narices va a ser de mi vida. Supongo que me tocará irme a casa de mi padre y sopesar allí cuál será mi siguiente movimiento. Hasta entonces, por mucho que mi cabeza quiera y necesite respuestas, no puedo hacer nada más.

56

El último ritual



Enzo

Me levanto cuando ya ha amanecido. Podría quedarme un poco más en la cama, pero Marty está inquieto desde hace rato y no para de dar vueltas y de hacer ruido. No puedo culparlo, supongo que él también sabe que todo está a punto de cambiar.

Camino descalzo por el pasillo y noto el frío del suelo, lo que me hace sentir que estoy presente. Hago esto cada vez que tengo un partido importante desde hace más tiempo del que en realidad puedo recordar, es como una especie de ritual. Y hoy es el último. Hoy no hay distracciones, no hay ruido externo. Solo yo y lo que llevo dentro.

Me preparo el mismo batido prepartido de siempre. Lo sirvo en el mismo vaso, ese que guardo para estas ocasiones. Mientras me lo tomo, miro por la ventana y siento una paz desconocida. Respiro distinto de ayer, una parte de mí sabe que no he decidido cuándo

sería el final, simplemente ha llegado y, joder, si hubiese sabido que iba a sentirme así, ojalá hubiera pasado antes.

De alguna manera, hoy, el silencio que lo rodea todo me está ordenando la cabeza. Después voy al gimnasio, donde tantas veces he intentado dejar mi frustración. Todo está lleno de recuerdos que no necesitan fotos. Madrugadas cuando no podía conciliar el sueño, forzarme hasta terminar exhausto, lamerme las heridas. Y ella. Daniela también está aquí, sin pretenderlo, sin saberlo.

Estiro despacio, siendo consciente de cada músculo, agradeciendo a mi cuerpo que me haya traído hasta aquí. Voy hacia el balón que tengo en una peana de adorno y lo hago girar entre las manos, sintiendo el cuero, las costuras. Cierro unos segundos los ojos y repaso muchos momentos felices, cuando todo era más fácil. Todo ocurre en mi cabeza con una claridad que me asombra. El número 11 sigue ahí, viviendo con la misma ilusión que la primera vez. Todo forma parte de mí, los buenos y los malos momentos. Cuando mañana ponga punto final, todo habrá acabado y solo quedarán mis recuerdos.

Atrás quedan los nervios, la ansiedad. Esta es mi manera de cerrar un ciclo. Mañana, cuando salga al campo por última vez, no jugaré pensando que es el final. Lo haré pensando en él, en Archie.



Daniela

Me despierto antes de que la luz entre de lleno en la habitación. Todo está igual, todo menos yo. Tengo el estómago contraído por el día que me espera. Siento que las manecillas del reloj han empezado a acelerar su tictac y que el tiempo se me escapa entre los dedos.

Sigo en la cama mirando al techo. Noto un nudo en el pecho que me impide comprobar si hay alguna novedad en mi teléfono. No sé si quiero saber si tengo noticias o si prefiero seguir así, sin tenerlas.

En cualquier momento mi padre tocará a la puerta, lo mejor será que me levante y empiece el día. Me incorporo despacio, voy hasta el baño descalza y abro el grifo de la ducha hasta que el espejo del lavabo empieza a empañarse. Entonces me meto dentro y dejo que el agua me destense los nudos que siento por todo el cuerpo.

Una vez estoy lista, me acerco a la ventana y la ciudad de Los Ángeles me recuerda qué estoy haciendo aquí. Mi mente divaga, está en otro lugar, imaginando conversaciones que aún no han ocurrido. Pienso en lo que vendrá, en todo lo que podría salir mal. Intuyo que de alguna manera vuelvo a estar en la casilla de salida con un futuro incierto.

Aún no me siento despierta del todo cuando mi padre llama a la puerta. Abro y sonrío como si no pasara nada. Como si por dentro no percibiera que me estoy quemando. Como si el no saber estuviera pesando tanto como el tener noticias.

—Hola, papá. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, cariño. ¿Y tú? —Mi padre ladea la cabeza y me mira frunciendo el ceño—. ¿Estás bien? Tienes muy mala cara.

—Sí, papá, es que la cama es un poco incómoda.

—Vaya. La mía está bastante bien. Esta noche, si quieres, nos cambiamos de habitación. —Al ver que yo no añado nada más, mi padre vuelve a tomar la iniciativa—: ¿Bajamos a desayunar?

—Sí, vamos —digo con un hilo de voz.

—¿Qué te preocupa, cariño?

—Tengo que llamar al hijo de mi casero para quedar a una hora. Le escribí cuando salí de San Francisco para avisarlo, pero no llegamos a concretar nada.

—Espero que al menos den la cara. Alguna explicación nos tendrán que dar... Accedí a venir para no dejarte sola, hija, pero mantengo la esperanza de que podamos solucionar esto.

—No lo sé, papá. Parecía bastante seguro cuando habló conmigo por teléfono. Aunque sea un error, ya le han hecho un contrato a otra persona. La situación no pinta bien.

—No nos adelantemos. Ahora vamos a desayunar, que me muero de hambre.

Bajamos al comedor del hotel, que es bastante amplio y tiene unos grandes ventanales por los que entra la luz, que baña toda la estancia. Las mesas están vestidas con manteles claros y acompañadas de sillas del mismo estilo formal. En un lateral se encuentra el bufet, con una gran variedad de comida para satisfacer el gusto de todos los clientes.

Yo voy directa a la máquina de café. Es de esas en las que solo tienes que apretar un botón y en pocos segundos tienes un café recién hecho. Me dirijo luego hacia la mesa que nos han asignado y me siento. Mi padre no tarda en aparecer con dos platos llenos hasta arriba de comida. Noto cómo me mira antes de empezar a comer.

—¿Solo un café, Daniela?

—Sí, tengo el estómago cerrado.

—Me estás empezando a preocupar, hija.

—Solo estoy un poco nerviosa, papá. No es nada.

—Vale, no quiero agobiarte más. Pero come algo, porque el día será largo. Y, conociéndote, estoy seguro de que tu apartamento estará lleno de cosas que tendremos que cargar.

Asiento y finjo una sonrisa. Acto seguido, cojo un bollito de uno de sus platos y lo como ante la mirada de satisfacción de mi padre.

Terminamos el desayuno y subo a mi habitación a buscar el bolso. Reviso mi móvil por última vez, pero nada. Llamo al hijo de mi casero para avisarlo de que salimos para recoger mis cosas. No tarda en responder.

—¿Sí?

—Hola, soy Daniela Miller. Como te informé por mensaje, ya estoy de vuelta en la ciudad. Salimos dentro de unos minutos hacia el apartamento para recoger mis pertenencias.

—Genial. Entonces voy para allí yo también. Nos vemos ahora. No olvides traer las llaves para devolvérmelas y que podamos dárselas al nuevo inquilino.

—Claro... Hasta ahora.

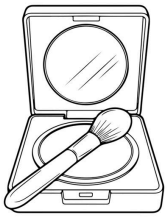
Cuelgo y vuelvo a revisar los mensajes por si hubiera noticias. Es algo absurdo, porque habría saltado alguna notificación, pero aun así no puedo evitar comprobarlo.

Decido dejar mi teléfono en el hotel para no seguir martirizándome. Ahora necesito estar centrada para descubrir por qué los documentos de la renovación de mi contrato de alquiler no llegaron a manos de mi casero. Lo demás tendrá que esperar. Anoto el teléfono de Scott Smith en un papel y salgo para encontrarme con mi padre, que me espera ya fuera de mi habitación.

Voy a solucionar los problemas de uno en uno o terminaré volviéndome loca.

57

Pelirrojos 2.0



Daniela

Nos apeamos de la camioneta y tomo aire mientras cierro la puerta con delicadeza. Volver aquí es como entrar en una escena que me sé de memoria.

Mi apartamento está en una calle muy tranquila de Los Ángeles. Edificios bajos, balcones con bicicletas viejas, alguna que otra planta seca que no ha sobrevivido al sol directo y esa extraña calma de un barrio pequeño en medio de una ciudad tan grande que vibra por sí sola.

Miro al portal que ha sido testigo de mis años aquí y siento una añoranza pesada instalándose en mi interior.

Apoyado en la fachada del edificio hay un chico pelirrojo que mira su teléfono móvil. Supongo que es el hijo de mi casero. Nos acercamos a él.

—¿Scott? —Cuando me oye, levanta la mirada a través de las gafas de pasta negra que lleva.

—En efecto. Tú debes de ser Daniela.

—Sí. Te diría que estoy encantada de conocerte, pero debido a los últimos acontecimientos entenderás que no me hace mucha gracia...

—Y yo te diría que lamento todo esto..., pero la verdad es que me importa una mierda. Solo velo por los intereses de mi padre —añade con desdén. No lo culpo, porque quizá yo tampoco le he entrado de la forma adecuada.

—Me vas a disculpar, chaval —interviene papá poniéndose detrás de mí—, pero los intereses de tu padre quedan en entredicho después de esta jugarreta que le habéis hecho a mi hija, aprovechando su ausencia para vuestros tejemanejes.

—No voy a consentir que este señor que te acompaña ponga en duda la integridad de mi padre. —Scott lo señala con el dedo.

Evito la tragedia agarrando a papá del brazo para frenarlo y que la conversación no siga subiendo de tono.

—Este señor que me acompaña es mi padre, y también está velando por los intereses de su hija, así que vamos a intentar calmarnos —digo—. No entiendo qué es lo que ha pasado y por eso estoy tan nerviosa. Lo dejé todo en regla antes de marcharme...

—La confirmación de la prórroga del contrato llegó, pero semanas después recibimos una carta en la que decías que dejabas el piso.

Miro al hijo de mi casero con extrañeza.

—¿Cómo? Yo no envié ninguna carta... ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

El hecho en sí me parece tan absurdo que mi cerebro está cortocircuitando.

—¿Y no se os ocurrió confirmarlo con mi hija antes de dar por hecho algo así? —pregunta mi padre, que debe de estar flipando tanto como yo.

—Por supuesto que mi padre lo hizo. Incluso estuvo hablando con Daniela por teléfono.

—¿Conmigo?

Esto debe de ser una broma o soy sonámbula y hago cosas mientras duermo.

—Así es, contigo. Y, después de ver que no venías a recoger tus cosas en la fecha que nos indicaste y que el nuevo número de teléfono que nos diste no estaba operativo, mi padre me pidió ayuda. Ya sabes que es un hombre mayor y empieza a tener algún problema de salud, no se entera mucho. Tuve que buscar entre papeles antiguos para dar con tu número anterior.

Pero ¿qué película me está contando?

—Yo no he cambiado de número de teléfono. Sigue siendo el mismo de siempre. Perdona, Scott, pero no estoy entendiendo nada...

—Como suponíamos, se trata de un error —tercia mi padre.

—Error o no, debes sacar las cosas del piso —dice el pelirrojo dirigiéndose a mí—. Dentro de dos días llega el nuevo inquilino y tenemos que dejarlo todo listo. Ignoro si estás diciendo la verdad o te estás tirando un farol, pero no tengo tiempo ni ganas de descubrirlo.

—Esto no tiene ningún sentido.

—Tenemos la documentación que prueba que rescindiste el contrato de arrendamiento, así que...

—Esos documentos son falsos, y se os caerá el pelo cuando se esclarezca todo. Esto no va a quedar así —salta mi padre en mi defensa.

—Papá, déjalo.

—Pero, Daniela, si tú dices que no enviaste esa renuncia ni hablaste con ese señor no podemos dejar esto así, hija.

—Lo sé, pero estoy cansada. Ya veré cómo llego al fondo de este asunto; por el momento solo quiero recuperar mis pertenencias.

—Daos prisa en sacar las cosas, y no olvides darme las llaves antes de irte. Yo os espero por aquí, avisadme cuando terminéis —pide Scott cuando pasamos por su lado y entramos en el portal.

Subo las escaleras con mi padre tras de mí, sin poder dejar de pensar en lo extraño que es todo esto. No sé qué puedo hacer para demostrar que alguien ha falsificado mis datos y se ha hecho pasar por mí para dejarme en la calle. No tiene sentido, parece el argumento de una peli de domingo por la tarde.

¿Quién haría algo así? Y, sobre todo, ¿por qué?

De poco me va a servir discutir con Scott o tratar de convencerlo de lo injusta que es la situación. Tienen mi cancelación del contrato, no hay más que hablar. Aun así, cuando todo esté más calmado, intentaré llegar al final de este asunto.

Una vez dentro, mi padre trata de ser práctico. Empezamos doblando camisetas, guardamos libros, discos y todo mi material de maquillaje. A medida que el piso va quedando vacío, una parte de mí queda de la misma manera. Cuando terminamos, echo un último vistazo al salón, ese que tantos momentos me ha dado, donde he reído y llorado. Intento ser fuerte y autoconvencerme de que esto tarde o temprano iba a ocurrir.

Cierro la puerta despacio dejando las cajas fuera. Las bajamos poco a poco y las vamos cargando en la camioneta.

—Papá, ve montándote. Yo iré enseguida.

—Claro, hija, aquí te espero.

Camino hacia Scott, que ha salido de una cafetería en cuanto nos ha visto abandonar el portal y me está esperando con cara de pocos amigos.

—Todas tuyas —digo tendiéndole las llaves.

Él las coge titubeando. Me doy la vuelta para irme hacia la camioneta.

—Daniela... —Me detengo al oírlo y me vuelvo—. Si lo que has dicho es cierto, yo...

—No te preocupes —lo corto con el mismo desdén que ha utilizado él antes—. Ya da igual.

—Entiéndeme, mi padre no está en su mejor momento, y yo me he encontrado con todo esto. Siento la forma en que os he hablado antes. Sé que no nos conocemos, pero no soy mal tío; puedo entender que esto sea una putada. Solo intento ayudar a mi padre.

—Lo comprendo. Todo ha sido tan precipitado que yo tampoco he tenido tiempo de analizar la situación.

—¿Puedo pedirte algo?

—Supongo que sí.

—Guarda mi número y, si llegáis al fondo de este asunto, llámame, por favor. Intentaré ayudarte.

—Gracias, Scott. Adiós.

Suspiro al montarme en la camioneta. Papá me mira y espera unos segundos antes de hablar.

—¿Me tengo que bajar y decirle cuatro cosas a ese zanahorio?

Se me escapa una carcajada porque no me esperaba que mi padre usara ese calificativo.

—Papá... —lo riño—. No, se ha disculpado. Ha sido algo complicado para todos.

—Daniela, me estás preocupando. Hacía mucho que no te veía tan apagada. Tus ojos, que siempre brillaban como los de tu madre, han perdido todo su esplendor. Estoy seguro de que te pasa algo más.

—Puede que sí. Hay algo más. —Bajo la mirada y su imagen aparece en mis recuerdos.

—¿Algo o *alguien*? —pregunta mientras arranca el motor y se incorpora al tráfico.

—Alguien. —De perdidos al río, nunca le he escondido nada a mi padre, y esta no va a ser la primera vez.

—¿Me vas a hacer abuelo por fin, hija?

—Papá... No, es muy difícil hacerte abuelo cuando parece que al chico en cuestión se lo ha tragado la tierra.

—Así que estás triste por un chico... Como aquella vez que Brian no te llevó al baile...

—¿Por qué siempre que puedes sacas el tema del vecino?

Brian es el hijo de nuestros vecinos, y yo de pequeña tuve una especie de cuelgue por él. Aún no me explico cómo terminé llorando porque, en vez de a mí, llevó al baile de primavera a Mindy. Y mi querido progenitor me saca el tema cada vez que puede.

—Aquella vez tomamos batido de fresa con doble de nata. Así que vamos a buscar un sitio donde nos preparen uno bueno para que te desahogues sobre el nuevo Brian.

—El nuevo Brian se llama Enzo Silva.

Mi padre pega un frenazo y por poco el coche de atrás no nos embiste.

—¿El número 11 de los Redhowls? Hija, no juegues con el corazón de tu padre...

—La verdad es que no sé con qué número juega. Podría ser el 11, sí.

—¿Mi futuro yerno es uno de los mejores jugadores de la historia de la NFL? No puedo creerlo.

—No va a ser tu...

—Enzo Silva, madre mía...

Mi padre sigue divagando un rato más sin que yo pueda hacer nada. Cuando llegamos a Fruity Paws, pedimos dos batidos de fresa

con mucha nata y nos los tomamos con calma mientras lo pongo al día de todo lo que me ha pasado en estas semanas con Enzo.

Y, por primera vez desde que ha empezado mi día, siento que sonreír no me cuesta.



La noche ha caído cuando volvemos al hotel. Después de contárselo todo a mi padre, nos ha parecido buena idea turistear por la ciudad como despedida. Mañana nos marchamos de vuelta a Jerome.

Enciendo el teléfono una vez que me he cambiado de ropa y veo que tengo varias llamadas perdidas de Mateo, pero nada más.

Lo llamo de vuelta, quizá él sí que tenga noticias nuevas.

—¿Dónde narices te habías metido? —pregunta en cuanto descuelga.

—Hola a ti también.

—Joder, Dani, he estado a punto de coger un vuelo y plantarme en Los Ángeles. ¿Dónde cojones estabas?

—He dejado el teléfono en el hotel. He ido con mi padre a recoger mis cosas del apartamento y después hemos pasado todo el día por ahí. ¿Hay noticias nuevas?

—Sí, pero antes: ¿qué tal la mudanza? ¿Has sacado algo en claro sobre lo que ha pasado?

—Prefiero que me cuentes primero tú.

—Lo raro es que te lo tenga que decir yo y tú no sepas nada.

—Pues ya ves...

—Mañana oficialmente terminamos de grabar. Va a jugar un partido y está encerrado en su casa, en plan como superconcentrado

o no sé qué mierdas raras de superestrella de la NFL. Todo está siendo una puta locura, nadie sabe dónde está Dylan, y lo que sabemos de Enzo es porque ha hablado con mi madre.

—Supongo que entonces todo se ha acabado.

—No sé qué decirte, Dani, porque estoy tan perdido como tú. Si hace falta, mañana salto al campo y le parto las piernas por imbécil.

—Lo peor es que me avisó de cómo era, me dijo que me alejara, pero yo terminé cayendo como una tonta.

—Seguro que en su mente retorcida de gilipollas todo esto tiene sentido.

—Cuando llegue la explicación, quizá sea tarde, Mateo. Todo tiene un límite. Mañana me vuelvo a Arizona.

—Entiendo entonces que no has podido aclarar las cosas con tu casero.

—Mi casero tiene una carta mía renunciando al apartamento...

—¿Qué?

—Lo sé, esa misma reacción tuve yo... Ni idea, paso de todo ya. Solo quiero meterme en la cama, despertarme y que haya transcurrido una semana.

—Lo siento, Dani. Mañana te llamo en cuanto acabe el partido, ¿vale?

—Vale. Además, tenemos que hablar de la repentina relación de tu madre y mi padre.

—¿De la qué?...

—Aún no tengo todos los detalles, pero, según mi padre, desde el año pasado, y cito textualmente, son «colegas».

—Hostia puta..., lo que me faltaba por oír.

—Mañana hablamos. Te quiero.

—Y yo, rubia.

Me meto en la cama y empiezo a dar vueltas repasando punto por punto mi historia con Enzo. ¿Fue real? Claro que lo fue, es imposible fingir ciertas cosas, ¿verdad? No lo sé, pero mi corazón prefiere aferrarse a la idea de que realmente lo conocí tal como es, que no fue una máscara, que no ha sido un engaño.

De repente, la pantalla de mi móvil se ilumina y mi corazón empieza a bombear rápido, porque por algún motivo sé que es él.

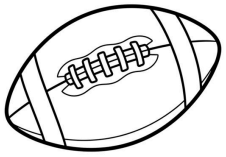
> Estoy saltándome todas mis reglas prepartido,
> pero no podía aguantar más. Sé que dije que te
> respetaría si decidías marcharte, pero me da
> igual. Mañana jugaré el último partido de mi
> carrera,
> y en cuanto salga del puto estadio voy
> a ir a buscarte, Daniela Miller. Porque fuiste mía
> en cuanto cruzaste la puerta de ese bar y ya no
> sé vivir si tú no formas parte de mi vida.

¿Piensa que me fui de San Francisco por él? Mierda, cree que me fui por lo que contó el último día de grabación.

Lo llamo casi sin pensar, pero su teléfono está de nuevo apagado. Debe de ser por lo que ha dicho Mateo, así que creo que me va a tocar esperar a que acabe el partido para aclararle las cosas a Enzo Silva.

58

El partido



Enzo

No estoy nervioso, o de eso estoy tratando de convencerme. He hecho todo lo que suelo hacer antes de cualquier partido. Elegí este sabiendo que no nos jugábamos nada. Es amistoso, de esos que tenemos en la pretemporada. Lo decidí así sabiendo que, cuando finalice y dé la rueda de prensa que hemos programado para después, se formará revuelo con mi noticia. No quería que fuera en algún partido importante y que el resultado quedara empañado de alguna manera por mi decisión.

Mentiría si dijera que no tengo ganas de que esto acabe de una vez por todas. El camino me ha llevado adonde estoy ahora. Mi carrera deportiva ha sido buena y, si echo la vista atrás, no me arrepiento de mi comportamiento en el campo. Siempre he sido implacable. Cuando salgo lo hago con la convicción de que soy el mejor, de que somos los mejores. Y hoy voy a hacerlo de la misma forma, tal y como he hecho durante todos estos años.

El ambiente en el vestuario es pesado, hay una mezcla de concentración y adrenalina, que se complementan. Tengo el casco sobre las piernas, listo para ser usado por última vez. Miro a mi alrededor y siento los ojos de Jack clavados en mí, noto la rabia contenida de su mirada. Quizá no me esperaba hoy aquí, que se joda. Es uno de los motivos por los cuales aún no he anunciado que lo dejo. Antes me daba igual, pasaba de sus provocaciones, pero todo cambió cuando dijo toda aquella mierda sobre Daniela. Quiero que sufra mi presencia hasta el final. Seguramente cuando se entere piense que ha ganado, pero la realidad es que el que pierde es él.

Nos ponemos en pie, me coloco el casco y el sonido cambia. Todo se reduce a mi respiración y mis latidos. A mi mente acuden mi primer partido, mi primer pase completo y el primer golpe que me hizo dudar de si quería seguir con esto.

Y entonces recuerdo por qué seguí.

Las puertas se abren, el estadio ruge. El césped y la afición nos esperan. Antes de cruzar el túnel tomo una bocanada de aire. Me acuerdo de Archie: «Una última vez, hermano, va por ti».

Salgo al campo con el número 11 en la espalda, la cabeza alta y la adrenalina recorriendo todo mi cuerpo.

Estoy listo para acabar solo lo que empezamos juntos. Junto el dedo índice y el pulgar y los acerco a mi boca, debajo del casco. Después lanzo ese beso imaginario al cielo.

Acabemos con esto de una vez por todas.



Daniela

En cuanto le conté a mi padre que tenía que volver a San Francisco, lo primero que hizo fue mirarme con la ceja levantada. Después esbozó una sonrisa de medio lado y por último cogió las llaves de la camioneta sin dudarlo ni un segundo.

Teníamos seis horas de camino y no íbamos a llegar a tiempo para ver el partido en el estadio, así que, después de hablar con Mateo, tomamos la decisión de coger un hotel en las afueras, verlo desde allí y, cuando finalice, mi amigo será el encargado de contarle a Enzo que estoy aquí. El campo en el que juegan se encuentra a una hora de distancia, y estoy segura de que después del mensaje que me envió no tardará en venir a buscarme.

Va a ser la primera vez que vea un partido de la NFL de principio a fin. Y, aunque es muy posible que no me entere de nada y que mi padre vaya a tener que explicarme la mayoría de las jugadas, aquí estamos.

Tras instalarnos, hemos bajado al bar del hotel para picar algo y ver el partido. Hay mucho ambiente, es obvio que no somos los únicos que hemos tenido esta idea. Estamos sentados a una mesa, cada uno con una cerveza bien fría, un plato de alitas picantes y una ración grande de patatas fritas. La televisión nos avisa de que el partido de los Redhowls contra los Chicago Frost acaba de comenzar. Intento prestar atención a lo que está pasando en el campo mientras los comentaristas narran cada jugada, pero la verdad es que no me estoy enterando de nada. Mi padre, en cambio, parece disfrutar de lo lindo.

—Seguimos en directo, esto es la NFL, desde Santa Clara. Un partido amistoso, pero con el mismo ritmo frenético al que nos tienen acostumbrados estos dos grandes equipos.

—El número 11 se coloca en posición. Silva parece que ha vuelto al campo por todo lo alto.

—Así es, Stuart. Tras tantos partidos sin jugar, da la impresión de que ha regresado con más fuerza que nunca. Aún no sabemos el motivo de sus ausencias, pero parece que hoy vuelve dispuesto a darlo todo.

—Se coloca en posición y... atención a la línea ofensiva. ¿Quién es el compañero que tiene a su derecha?...

—Es Turner, el número 68. Siempre ha existido el rumor de que ambos tienen cierta rivalidad fuera del campo, y parece que hoy hay mucha tensión entre ellos.

—¡HIKE!

—Presión inmediata. ¡Ojo con esto, Tom!

—¡PRIMER ENCONTRONAZO! ¡Golpe seco! Eso ha tenido que doler.

—El 11 cae, se queda en el suelo y parece que se está agarrando la pierna...

—En efecto, Stuart. Está claramente dolorido. Eso no es teatro.

Me levanto de la silla asustada, porque, aunque no entiendo nada de fútbol americano, no me parece normal lo que acaba de pasar. Se me encoge el corazón al ver a Enzo agarrarse la pierna de esa forma.

—¿Papá? —Vuelvo a sentarme y le cojo la mano, esperando que me tranquilice.

—No pasa nada, cielo. Los partidos suelen ser brutales, seguro que se recupera. Aunque ha sido una jugada muy rara por parte de su compañero.

Esto no me gusta un pelo, y me remuevo intranquila en la silla.

—¿Quién es el número 68?

—Jack Turner.

Al oír ese nombre, el estómago me da un vuelco.

—Mierda —mascullo para mí.

Mis ojos vuelven a la televisión en busca de algún movimiento nuevo. El corazón me va tan rápido que me palpita en los oídos.

—Máxima tensión en el campo. No sabemos si Silva podrá seguir en el partido.

—Se levanta como puede, parece que cojea. Turner se acerca a él, le está diciendo algo. En estos momentos daría lo que fuera por saber de qué están hablando, pero queda claro que no es una conversación amistosa...

—El entrenador se dirige a él, parece que le está preguntando si puede seguir, el número 11 dice que sí.

—Se coloca el casco y vuelve a su posición, pero camina mal. Hay un murmullo incómodo entre los aficionados. Esto parece una bomba a punto de estallar...

—Menos mal que es un partido amistoso, Tom.

—Nueva jugada, Silva vuelve a colocarse bajo center y, atención, porque Turner vuelve a proteger a su lado. Esperemos que lo de antes haya sido un error.

—Silencio sepulcral.

—¡HIKE!

—¡PERO ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?! ¡NO BLOQUEA! ¡NO BLOQUEA!...

—El 68 se aparta...

—¡LO GOLPEAN DE LLENO! Esto no puede estar pasando.

—¡IMPACTO DEMOLEDOR!

—¡EL NÚMERO 11 CAE DESPLOMADO!

—Parece que está inconsciente en el campo. PLAY OFF *PARA ENZO SILVA.*

—Esto es gravísimo. Es una mala jugada deliberada... No hay dudas.

—Parece que el número 11 no se mueve. Está completamente K. O.

Estoy en shock, Enzo no se mueve y yo solo puedo abrir y cerrar los ojos incrédula por lo que estoy presenciando.

—Que se levante, por favor... Que se levante, papá... —sollozo.

—Tranquila, cariño.

—Papá, explícame qué está pasando. ¿Por qué no se levanta? —Dejo de mirar la pantalla, no puedo seguir viéndolo. Me siento impotente.

—El golpe ha sido muy fuerte. El resto de los jugadores están con él, pidiendo asistencia médica. Han parado el partido, cielo.

—Están yendo directos a por Turner para pedirle explicaciones. Hay gritos, empujones. Todo se acaba de romper...

—Las imágenes de la repetición que estamos viendo en pantalla son durísimas. No hay excusa posible. El paso atrás, el golpe desde dentro...

—Ya están llegando los médicos, Daniela.

Pero yo ya no soy capaz de asimilar nada, lo único que mi cuerpo me pide es estar a su lado.

—El estadio entero en pie con la llegada del equipo sanitario, aplaudiendo con rabia y miedo. No es una ovación, es respeto hacia Enzo Silva.

—Los médicos lo están inmovilizando y lo suben a la camilla. Pero parece que él sigue sin reaccionar.

—Esta ha sido una de las jugadas más duras que hemos podido ver en la NFL, señoras y señores. Estamos a la espera de que nos digan si el partido continúa...

Salgo del bar para intentar coger aire. Me estoy ahogando y parece que me va a estallar la cabeza. Mi móvil empieza a sonar con una llamada entrante de Mateo.

—Daniela, ¿lo has visto?

—Sí, yo... Mateo, dime que está bien. Dime, dime... —Empiezo a llorar y mis manos tiemblan sin poder hacer nada para pararlas.

—No lo sé, Dani. Voy hacia el hospital. Se lo acaban de llevar en una ambulancia. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Él ni siquiera sabe que estoy aquí, Mateo. Piensa que me marché y lo dejé. No hemos podido hablar, y ahora...

—Daniela, seguro que se pone bien. Estas cosas a veces pasan.

—Ha sido el maldito Jack... Grandísimo hijo de puta.

—Lo sé, yo también lo he visto. El ambiente estaba muy raro hoy en el vestuario entre esos dos. Voy a buscarte, lo que tarde en llegar desde aquí, pero mantén la calma, todo saldrá bien.

Cuelgo sin añadir nada más ante la atenta mirada de mi padre, que se acerca y me da un abrazo.

—Ese chico te importa mucho, ¿verdad? —Asiento mientras mis lágrimas caen en su camisa.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte, mi niña?

—Nada, papá. Solo abrázame un poco más.

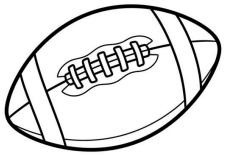
—Eso no tienes ni que pedirlo.

No sé cuánto tiempo paso junto a mi padre para después sentarme en una esquina abrazándome las piernas. Es la voz de Mateo la que me hace volver a la maldita realidad. Me despido de papá y me voy con él.

No hablamos, no hay risas ni vaciles. Solo silencio.

59

La nada



Enzo

Negro.

¿Estoy soñando?

¿Estoy cayendo?

No lo sé, parece que desaparezco.

Vuelvo de nuevo. No sé por cuánto tiempo, no tengo la certeza. ¿Qué me está pasando? No sé dónde estoy. Creo que hay voces. Voces que no tienen caras. Son ecos en la lejanía, como si estuvieran al final de un túnel:

—No se mueve.

—Tenéis que llamar a los médicos...

—¿Respira?

No sé quiénes hablan. Quiero decirles que estoy aquí, que los estoy oyendo, pero no sé por qué no puedo hacerlo. Intento moverme, pero mi cuerpo no me responde. De pronto es como si fuera una pieza inerte.

Negro otra vez.

Veo una luz. Imágenes difusas inundan mi cabeza. Intento recordar qué ha pasado. Había ruido, ¿Jack está a mi derecha? No me mira. La jugada anterior, sus palabras... ¿Qué me había dicho? Me esfuerzo por recordarlo, creo que fue lo que me desestabilizó, algo me dijo, pero no consigo recordar el qué. Después, un golpe.

Mi cuerpo girando sin control. Siento el vacío. Un impacto seco, brutal. Las imágenes no son claras, son como fragmentos rotos. Como flashes que lo ciegan todo. ¿Ese golpe de dónde ha venido? No veo al rival, no veo nada, solo un estallido blanco, y me apago.

Siento frío, un frío que cala hondo. Hay algo duro bajo mi espalda.

¿Sirenas?

Las luces atraviesan mis párpados. Intento abrirlos, pero no puedo. Es inútil.

Jack apartándose, Jack, Jack, Jack y su sonrisa de superioridad. Me duele la cabeza, es un dolor que me cala hasta lo más hondo.

Creo que la pierna me dolía también. Me dolía antes, pero ahora no.

—La presión está bajando.

—¿Me oyes?... Enzo, si me oyes, trata de apretar mi mano.

Quiero gritar, quiero decirles que sí los oigo, joder. Pero mi cuerpo no me responde. No sé si le aprieto la mano. No sé ni siquiera si tengo mano.

Vuelvo a sumirme en la oscuridad. Creo que me voy a quedar aquí un rato más. Aquí, en la nada, no duele, no tengo que esforzarme.

Vuelvo.

El ruido cambia, es ¿metálico? Huele a desinfectante, como cuando estuvimos con Archie. ¿Me he muerto? Es eso. Tiene que serlo.

—A la de tres...

—Cuidado con las cervicales.

Siento que alguien me mueve y el puto mundo revienta en mil puntos de dolor. Siento que mi pecho sube y baja sin que lo pueda controlar. La pierna me duele tanto que grito con todas mis fuerzas, pero no estoy seguro de si la voz sale de mi cuerpo.

Intento abrir los ojos de nuevo.

Nada.

Creo que me llevan a algún sitio. Yo voy detrás, perdido entre las sombras de las que no consigo salir.

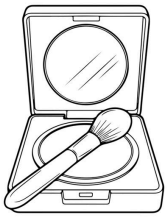
—Parece una contusión cerebral grave.

Creo que es lo último que oigo antes de volver a sumirme en la oscuridad que flota sobre mí como una sentencia.

Y luego, otra vez, la nada. Una nada que ahora duele.

60

Espera, ¿qué?



Daniela

Tengo la impresión de que tardamos una eternidad en llegar al hospital. La prensa se agolpa frente a la puerta delantera; al parecer, no éramos los únicos que sabíamos adónde iban a llevarlo. Me asusto un poco al ver a los reporteros congregados en la entrada, preparados para captar una exclusiva.

—Mateo, no podemos...

—Tranquila, no creo que nos presten atención. Dylan está dentro, ha sido él quien me ha dicho a qué hospital iban a trasladarlo.

—¿Dylan estaba en el estadio? —pregunto, porque yo no he vuelto a saber nada de él.

—No, pero mi madre lo ha llamado en cuanto hemos visto que la cosa era grave, aunque él ya estaba de camino. Ha sido entonces cuando nos ha dicho que lo traían aquí. —Suelto un suspiro profundo y Mateo se acerca a mí—. Saldrá de esta, Dani. Ese tío, además de terco, es duro como una roca. Confía.

Entramos por una esquina evitando a la prensa. Una vez dentro, sigo los pasos de mi amigo, que parece saber adónde nos dirigimos.

Las salas de espera de los hospitales siempre me han parecido lugares extraños donde se acumulan infinidad de sentimientos de las personas que las habitan. Pese a que suelen tener colores claros que deberían ayudar a calmarte, producen el efecto contrario. El silencio que te rodea es tan profundo que te cala hasta los huesos y, al mismo tiempo, temes que se rompa por lo que eso podría implicar.

En cuanto nota nuestra presencia, Dylan, que estaba sentado en una silla con las manos en la cara, se levanta. Cuando veo su rostro, un grito ahogado sale de mi boca. Me acerco rápidamente a él.

—¡¿Qué te ha pasado?! —exclamo llevándome la mano a la boca.

Dylan tiene el labio partido y el ojo derecho inyectado en sangre. El moratón que lo recubre es reciente, pero ha empezado a adquirir ya esas tonalidades que indican que ha pasado al menos un día desde que recibió el golpe.

—¿Esto? —pregunta señalándose la cara—. No es nada. Un recordatorio de que no debo meterme donde no me llaman. Eso es todo. Perdona por no responder a tus llamadas, Daniela. Discutí con Enzo y..., bueno, quise olvidarme de todo. Pero, para variar, las cosas no salieron como esperaba, y he estado encerrado en mi casa lamiéndome las heridas por gilipollas.

—Yo diría que sí que parece algo... Parece que te han dado una buena paliza, tío —añade Mateo con su habitual forma de meter la pata.

—Da igual, de verdad. Prefiero no hablar del tema. Ahora solo me preocupa Enzo.

—¿Sabes algo? —le pregunto rezando por dentro para que me diga que sí.

—De momento, nada. Estoy esperando a que algún médico salga a informar. Cuando he llegado él aún no estaba aquí.

—Dylan, yo... —Me empiezo a romper y siento que las piernas me flaquean.

—Lo sé, Daniela. Pero es un tío fuerte. Seguro que se va a poner bien —intenta tranquilizarme mientras nos sentamos en la sala de espera.

—Pero el golpe ha sido... y estaba tendido en el campo sin moverse. No consigo quitarme la imagen de la mente.

Dylan apoya su mano en mi pierna.

—Lo sé, yo también estaba viendo la televisión. Era un partido importante para él, hoy iba... —Niega con la cabeza—. Da igual.

—¿Iba a qué? —Ladeo la cabeza mirándolo a los ojos.

—Es algo que tendrá que explicarte él cuando podamos pasar a verlo. —El teléfono de Dylan empieza a sonar en ese momento—. Perdonad, es la madre de Enzo.

Se aleja para responder la llamada. No sé qué hacer para no volverme loca, es como si el tiempo se hubiera paralizado. Los minutos se han convertido en horas y, aunque no hay ningún reloj a la vista, el tictac resuena con fuerza en mi cabeza.

Cuando Dylan regresa, aparece un médico que viene directo hacia nosotros.

—¿Familiares de Enzo Silva? —pregunta, y Mateo y yo nos ponemos de pie.

—Sí, yo soy su representante. —Dylan da un paso adelante estrechándole la mano.

—Soy el doctor Harrington, he atendido al señor Silva cuando ha llegado a Urgencias. Vamos a ir punto por punto, ¿de acuerdo?

—¿Cómo está? —escupe Dylan mientras se lleva las manos al pelo echándoselo hacia atrás.

—Está estable, eso es lo más importante. —Mi mano va directa al pecho y respiro. «Está estable», repite mi mente una y otra vez—. Pero la conmoción cerebral ha sido fuerte. Llegó aquí en estado de semiinconsciencia, perdió el conocimiento durante varios segundos después del impacto. Le hemos hecho pruebas que no muestran sangrados ni una lesión cerebral adquirida, pero aún es pronto para decir que está fuera de peligro.

—¿Entonces? —cuestiona Mateo.

—Si todo sale bien con reposo y seguimiento, lo habitual es una recuperación completa.

—¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse ingresado? —pregunta Dylan de nuevo.

—Aún es pronto para saber eso. Las primeras veinticuatro horas son cruciales en su estado. Debemos asegurarnos de que evoluciona favorablemente. Lo que más nos preocupa es su pierna.

—Sí, sobre ese tema..., Enzo ya era consciente de que tendría que someterse a una operación —responde Dylan bajando un poco el tono.

Mateo y yo nos miramos porque no entendemos nada. ¿Enzo tenía una lesión?

—Entonces, usted también lo sabe, ¿verdad? No es algo nuevo, aunque se ha complicado debido al golpe. Tiene una lesión crónica del ligamento cruzado anterior, probablemente con daño en el menisco. Después de consultar sus antecedentes médicos, hemos llamado a su traumatólogo para informarlo de la situación.

—¿Y qué ha dicho? —Dylan sigue hablando en tono bajo. Me pregunto si está intentando que no oigamos lo que dicen.

—Lo que ya suponíamos, que no hay otra opción que no sea una cirugía de urgencia. El problema es que tenemos que esperar para ver cómo evoluciona el traumatismo.

—¿Y podrá seguir jugando? —La pregunta escapa de mis labios y Dylan me dedica una mirada seria.

—¿De manera profesional? No lo creo, señorita.

—Daniela, no te preocupes. —Mi cara debe de haber alarmado a Dylan, que se acerca a mí y posa una mano sobre mi hombro.

—Claro que me preocupo... ¿Cómo se lo vamos a decir?

—En estos momentos, lo primordial es que descanse —interviene el doctor—. Después ya habrá tiempo de hablar con él. Aunque, dada su situación, dudo que él no fuera consciente de que no iba a poder seguir jugando de manera profesional.

—No entiendo... —murmuro alternando mi mirada entre Dylan y el médico.

—Daniela, luego te lo explico —suelta el primero mirándome con fijeza.

—Pero su carrera...

—Su carrera termina aquí, pero su vida no. Y créame que hoy es lo importante —sentencia el doctor sin darme opción a réplica.

—¿Podemos verlo? —pregunta Dylan.

—Esta noche no. Dependiendo de cómo se despierte mañana, quizá sí sea posible que lo visiten. Los avisaré.

—Entendido, gracias por todo. —Dylan se aparta de mi lado y vuelve a tenderle la mano al doctor.

—Buenas noches —se despide el médico, dejándonos solos.

Me paro frente al mejor amigo de Enzo para pedirle explicaciones, porque hay cosas que no me cuadran. Estoy harta de secretos y malentendidos, por hoy he tenido suficiente.

—Dylan, ¿tú sabías lo de la rodilla?

—Daniela, no soy quién para explicártelo. Pero sí, lo sabía. Solo te pido que esperes a que sea él mismo el que te lo aclare todo, por

favor. Conozco a Enzo y, si te cuento su situación, sé que no le va a gustar.

—Supongo que tienes razón.

—Por el momento toca esperar. Podéis iros a descansar si queréis, porque presiento que va a ser una noche larga. Os llamo si hay alguna novedad.

—Yo me quedo. Mateo, vete tú si quieres. Telefonearé a mi padre para avisarlo de que voy a pasar aquí la noche, para que no se preocupe.

—Vale, Dani. Yo tengo que irme, sí. He dejado al equipo medio tirado en el estadio y no sé en qué habrá quedado todo. Cualquier cosa, me avisáis, ¿vale?

—Sí, no te preocupes. Gracias por venir, tío. —Dylan le da un golpe en el hombro y mi amigo le devuelve el gesto.

Mateo se marcha y yo me siento de nuevo en una de las sillas. El silencio vuelve a hacer acto de presencia por unos minutos, pero la necesidad de pensar en otra cosa que no sea el cuerpo de Enzo tirado en el campo hace que mis palabras salgan sin permiso.

—Dylan, cuéntame qué te ha pasado en la cara.

—Venga ya, rubia...

—Me lo debes, por haberme ocultado cosas y no contestar mis llamadas. Ayúdame a pensar en otra cosa, por favor.

—¿Te acuerdas de la chica de la recepción de mi oficina?

—¿Esa con la que no tenías nada pero que te comió con la mirada?

—La misma. ¿Recuerdas también lo que te dije de su padre?

—Sí...

—Bueno, pues después de discutir con Enzo fui a la oficina y estaba ella.

—¡Ay, Dios!

—No es lo que piensas, te juro que intenté mantener las distancias después de saber su edad y quién era su padre. Pero yo qué sé..., los dos habíamos tenido un mal día y..., no pude más, Daniela. Joder, es... Nos pareció buena idea pasar de todo y olvidarnos de que lo nuestro no podía ser, pero su padre nos pilló.

—¿Su padre te ha dejado la cara así?

—No, él se limitó a ordenar y mirar. Fueron sus matones.

—¡¿Cómo?!

—Ya te dije que es el dueño de media ciudad. Para conseguir eso tienes dos opciones: ser un tío de buena familia o uno..., bueno, uno que se dedica a negocios turbios.

—Es lo segundo, ¿verdad?

Dylan asiente y se echa el pelo rubio hacia atrás con desesperación.

—No le gustó lo que vio ni cómo me encaré con él, claro. La relación con su hija no es buena, pero a pesar de todo ella decidió irse con él. Así que ya está. Estoy jodido, porque es la primera vez que me siento de este modo. Mierda, tiene que ser mi puto karma por haber sido un polla alegre toda mi vida...

—Dylan, ¿estás enamorado?

—Hasta las trancas. Al principio solo fue un tonteo en el trabajo, ya sabes cómo soy. Cuando me enteré de quién era y de su edad ya era tarde. Aquella fue una noche larga y muy jodida. Aun así, hice lo correcto, aunque por dentro me estuviera muriendo. Coincidí con Mateo y juntos ahogamos las penas, tampoco fue su mejor noche. Al día siguiente llegué al rodaje hecho mierda. He intentado mantener las distancias, pero revivir todo lo de Archie y después la discusión con Enzo... fue como si mi mundo se viniera abajo, y en ese instante ella estaba allí. Era lo único a lo que aferrarme. Ahora ya no tengo nada porque se ha acabado.

—Dylan, no digas eso.

—No hay nada que hacer, Daniela. Su padre...

En ese momento, una mujer que viene directa hacia nosotros nos interrumpe. Tiene la cara desencajada y los ojos enrojecidos. Pero hay algo en ella que me recuerda a alguien. Su mirada me es familiar.

—¿Dónde está Gabriel? Dylan, ¿dónde está *mio figlio*?

¿Gabriel? Miro a Dylan buscando respuestas.

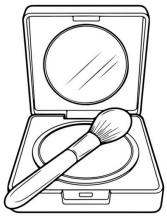
—Giulia, tranquila, está estable. Hemos hablado con el doctor y, aunque hay que esperar, saldrá de esta.

—Han sido las horas más largas de mi vida. Dios santo, menos mal... Nuestro Gabriel está bien.

—Iré a buscar al médico para que sea él quien te lo explique todo. Ahora vuelvo. Por cierto, Daniela —dice mirándome a mí—, ella es Giulia, la madre de Enzo.

61

Enzo Gabriel Silva



Daniela

Dylan se marcha en busca del médico, y yo me quedo delante de esa mujer sin saber muy bien qué decir. Ahora que la miro con más detenimiento, no cabe duda de que es su madre. Misma mirada, misma boca. Con razón me resultaba familiar.

Se detiene frente a mí y el gesto que hace me pilla por sorpresa, me toma entre sus brazos estrechándome con fuerza.

—Así que tú eres *ella* —afirma con un fuerte acento italiano—. *La sua ragazza.* Por fin te conozco, aunque habría preferido hacerlo en otras circunstancias.

—¿Sabes quién soy?

—Por supuesto, *vita mia*. Me habló de ti la última vez que me llamó por teléfono. Eres la primera —lo dice de forma cariñosa, mirándome con ternura.

—¿La primera en qué?

—La primera chica de la que Gabriel me habla. —No estoy comprendiendo por qué lo llama así, precisamente por ese nombre.

—Esta pregunta quizá te resulte un poco rara —digo—, pero ¿por qué lo llamas Gabriel?

—¿Acaso *il mio scemo* no te ha dicho su nombre completo? —Me encojo de hombros porque me ha pillado por sorpresa, pero caigo en la cuenta de que en realidad sí que lo hizo—. Se llama Enzo Gabriel, pero en casa siempre lo hemos llamado por su segundo nombre, aunque a él no le gusta mucho. Creo que por eso cuando empezó su carrera deportiva decidió utilizar el primero, pasando a ser Enzo Silva para el resto del mundo.

No puedo evitar que se me escape media sonrisa al recordar aquella primera conversación en el camerino cuando lo enfrenté y él me respondió preguntándome si acaso Gabriel no podía ser su segundo nombre. Nunca me mintió.

Unos pasos que se acercan por el pasillo cortan nuestra conversación. Dylan y el doctor vienen hacia nosotras.

—¿Es usted la madre de Enzo Silva?

—Así es. Dígame cómo está mi hijo, por favor.

El doctor le cuenta a Giulia lo mismo que nos ha dicho antes a nosotros. Ella lo escucha con atención y, cuando el médico termina de soltar todo el discurso, que resuena en mi cabeza, se marcha dejándonos solos de nuevo. Nos sentamos a esperar porque no hay otra cosa que podamos hacer. La madre de Enzo mira entonces a Dylan con sorpresa.

—¿Y a ti qué te ha pasado en la cara? —le pregunta acercando su mano y pasándosela por la herida del labio.

—Es una larga historia, mami S.

—¿Una larga historia con la falda muy corta, terremoto?

Dylan suelta un suspiro y asiente en silencio.

Giulia posa una mano sobre su pierna y la golpea con mimo. La mía, en cambio, empieza a moverse nerviosa mientras mis dedos buscan compulsivamente alguna pielecilla con la que descargar mi frustración. Empiezo a sentir cómo el techo del hospital me engulle y la angustia se apodera de mí. Me levanto con rapidez cuando un latigazo de sudor frío me recorre todo el cuerpo.

—Voy-voy a por un café. ¿Queréis algo?

—No, cariño, muchas gracias —dice la madre de Enzo negando con la cabeza.

—Rubia, ¿estás bien? —pregunta Dylan alarmado.

—Sí, no te preocupes. Ahora vuelvo.

Me marcho en dirección a las máquinas expendedoras. No quiero café. Necesito estar sola para intentar tranquilizarme. Me dirijo hacia un pasillo que está vacío. Me resulta demasiado blanco, demasiado largo. Soy consciente de que mis pasos suenan más de lo que deberían, y trato de aminorar la marcha.

Las máquinas están al fondo, alineadas contra la pared. Una es de refrescos y otra de café. Se oye un zumbido bajo y constante que resuena de forma molesta en mi cabeza. Me acerco sin intención de comprar nada, sobre todo porque me he dejado el bolso con la cartera en la silla.

Apoyo la palma contra el cristal, que noto helado al tacto y me reconforta. Respiro, como si ese frío pudiera calmar la ebullición que siento en mi interior. El aire que me rodea no calma esa sensación de desasosiego que me recorre por completo. No me sabe a nada, como si el oxígeno fuera un regalo que no he podido abrir. Inhalo despacio, pero el pecho no se me llena del todo, hay una barrera interna que no deja que el aire pase. Exhalo. Vuelvo a intentarlo. Nada. Mi cuerpo está en alerta. El corazón me dice que todo va a

salir bien, pero mi mente no para de tener pensamientos catastróficos.

Cierro los ojos y veo el campo, revivo el golpe y toda la incertidumbre que ha venido después.

A mi derecha oigo unas voces. No veo a nadie, pero me doy cuenta de que la vida continúa mientras la mía parece que está en pausa, unida a la de Enzo.

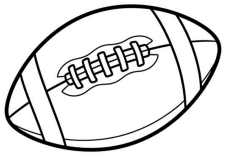
El médico ha sido prudente y, aunque haya un «pero», decido aferrarme a lo que me dicta mi corazón y confiar en que Enzo podrá con esto.

Respiro otra vez. Trato de hacerlo más despacio. Un poco mejor. No estoy bien, pero ya no siento que me estoy rompiendo en mil pedazos. Y sé que esto es lo máximo a lo que puedo aspirar ahora mismo. Hasta que mis ojos puedan ver los suyos y mi boca vuelva a probar su sabor.

Necesito unos minutos más para volver a la sala de espera. Respiro de nuevo y me dejo llevar por el golpe completo de realidad antes de seguir mi camino, aferrándome a la fuerza que hay dentro de mí.

62

Despertar



Enzo

Abro los ojos sin saber si de verdad estoy despierto. En cuanto noto mi cuerpo como si tuviera un yunque encima, me pongo en alerta. Intento mover la mano, pero parece que la orden que da mi cerebro tarda en llegar. La luz me atraviesa de forma letal. Es muy blanca, demasiado. Parpadeo varias veces, pero no cambia nada. No logro que mi vista se adecue y, por ello, veo todo borroso.

—Ya estás despierto. Tranquilo..., no fuerces.

No tengo muy claro de dónde proviene esa voz. Intento mover la cabeza, pero no puedo. Algo me lo impide. Tomo una bocanada de aire y noto cómo mis pulmones se llenan. El aire entra frío y sale caliente. Supongo que eso es buena señal.

Quiero hablar, pero no me sale la voz. Siento la lengua pastosa y la garganta muy seca. Vuelvo a intentarlo.

—¿Dónd...?

—Estás en el hospital, Enzo. Sufriste un fuerte golpe en el partido de ayer. ¿Lo recuerdas?

¿Un golpe? Las palabras rebotan dentro de mi cabeza sin encontrar un sitio donde quedarse. Un recuerdo se cuela sin permiso. El césped, el impacto y el vacío.

—Creo... creo que sí.

—Tardarás un tiempo en comenzar a recordar con claridad. Trata de respirar y estar calmado. Te hemos dado medicación como para un caballo, así que estarás un poco aturdido, es normal.

No sé si «aturdido» es la palabra que yo habría elegido para definir cómo me siento. El mundo va lento, mi cuerpo va lento y mi cabeza parece estar de viaje por el espacio.

Intento levantar la pierna, pero no se mueve. En cambio, un dolor me sube de repente y me roba el aire.

—No es buena idea que hagas eso. El traumatólogo vendrá en unas horas para ver cuáles son las mejores opciones que tenemos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Llevas unas cuantas horas K. O.

¿Horas? Me parece imposible, tengo la impresión de que solo hayan pasado unos minutos.

Cierro los ojos otra vez. Algo tira de mí hacia abajo, como una niebla espesa. Antes de hundirme de nuevo del todo, la voz me devuelve al plano terrenal.

—Voy a avisar a tu familia para que sepan que ya pueden pasar a verte.



Daniela

Creo —y me voy a tomar el atrevimiento de hablar por los tres— que hemos pasado una de las noches más largas de nuestra vida. Cuando la luz del día ha empezado a colarse por las ventanas, la ausencia de noticias se ha hecho más pesada. Pero la emoción que hemos experimentado cuando el médico ha venido para decirnos que Enzo estaba despierto no es comparable con nada que haya sentido antes.

Me quedo fuera de la habitación, apoyada en la pared. La madre de Enzo y Dylan entran sin mí, para evitar que se agobie con tantos estímulos.

—Gabriel, cariño, ¿cómo estás? —Oigo la voz de Giulia, que, aunque intenta parecer tranquila, no lo consigue del todo.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —La voz de Enzo suena pastosa y muy ronca.

—Ya te dije que iba a venir. Estaba de camino cuando Dylan me llamó para avisarme de lo que había ocurrido.

—¿Qué pasa, hermano?

—Dylan, lo que sucedió... Yo... lo siento. Tenías razón. No tengo las ideas muy claras, pero mi corazón me dice que debo pedirte perdón.

—Enzo, ya hablaremos de eso cuando salgas de aquí. Los hermanos discuten, no pasa nada.

—No os vayáis, por favor —dice de pronto, con la voz rota—. No quiero estar solo.

—Gabriel, tranquilo —le susurra Giulia acercándose a él—. No vamos a ir a ningún sitio.

Me acerco a la puerta para poder ver lo que está pasando dentro, pero sin llegar a entrar. Veo cómo él niega con la cabeza, como si no

fuera capaz de terminar de creer en las palabras de su madre.

—Hermano, si no salgo de aquí, búscala. Dile que la quiero. ¿Lo harás? —le pregunta a Dylan con voz rasposa.

—Enzo, se lo vas a poder decir tú. No digas tonterías. Te pondrás bien.

—Se ha ido, pensaba ir a buscarla después de la rueda de prensa. Pero no... no recuerdo bien lo que pasó. Me siento muy raro, es como si no fuera yo mismo.

Se le quiebra la voz. Es muy duro oírlo hablar así. Dylan y Giulia se miran sin saber muy bien qué decir.

—Tío, el golpe fue fuerte, estás de tranquilizantes hasta arriba. Es normal que te sientas así, pero todo va a salir bien. ¿Alguna vez no tengo razón?

—Pensé... pensé que tendría más tiempo. Se supone que siempre lo hay, ¿no?

—Claro que sí, cariño —añade su madre mientras le acaricia el pelo.

Enzo respira hondo en cuanto nota el tacto de Giulia, pero el gesto le provoca una mueca de dolor.

—Mamá, ¿tú vas a ir a buscar a Mia?

—¿Quién es Mia, *figlio*?

—Mi chica. Se ha ido y yo no puedo ir a buscarla.

—¿Está hablando de Daniela? —oigo que Giulia le pregunta a Dylan, y este afirma con la cabeza.

—Decidme que vais a ir a buscarla. —Enzo intenta levantarse, pero no tiene fuerzas. Su madre le coge la mano.

—Ahora tienes que recuperarte. Estás desorientado y es normal, pero cuanto más nervioso te pongas, más lenta será la recuperación.

—Haz caso a mami S., tío. Tienes que descansar.

—No puedo. Solo puedo pensar en ella.

Dylan intercambia una mirada rápida con Giulia.

—Está aquí —suelta entonces su madre al ver a su hijo cada vez más alterado—. Dylan, ve a buscarla y pídele que pase. Quizá así este loco haga caso de una vez.

—¿Ella está aquí? —La voz de Enzo suena con algo más de fuerza.

Dylan asoma la cabeza al pasillo y me hace un gesto para que pase. Hago caso y cruzo el umbral con paso tembloroso, tengo un poco de miedo por lo que pueda encontrarme.

Observo a Enzo con detenimiento. Está visiblemente cansado, tiene las ojeras marcadas. Su piel cetrina contrasta con algunas partes enrojecidas de su cara. Tiene el pelo algo más despeinado de lo normal. Sus ojos, que ahora están vidriosos, intentan enfocarme, pero es evidente que aún le cuesta un poco coordinar. De pronto, me sonríe, y en ese momento mi mundo se detiene y empieza a girar en su órbita.

—Estás aquí. Aquí de verdad... Pero ¿cómo?

Giulia se hace a un lado y yo me acerco a la cama. Las manos de Enzo buscan las mías y tengo que guiarlo hasta ellas. Están frías, y me sorprende, porque las recordaba con otra temperatura.

—Supongo que es posible que nada de lo que te diga ahora lo recuerdes con claridad mañana, pero no me fui por lo que crees, Enzo. Tuve que volver a Los Ángeles por un problema con mi antiguo apartamento. Traté de avisarte, pero no conseguí contactar contigo.

—Pensé que me habías dejado —confiesa—. Me dolía que el tiempo se me hubiera escapado entre los dedos y que no pudiera ir a buscarte.

Parpadea varias veces, como si le costara mantenerse despierto. Aun así, aprieta un poco más mi mano, como si fuera una forma de

asegurarse de que de verdad estoy aquí, que no soy producto de los calmantes.

—No te vayas, aunque me quede dormido. No me dejes, Mia.

—Tranquilo, no me voy a ir a ningún lado.

Intento retener las lágrimas que amenazan con salir, pero no lo consigo. Han sido días llenos de tensión, y supongo que verlo de esta manera ha sido la gota que ha colmado el vaso. El peso de la realidad cae con fuerza sobre mí, porque el futuro es más incierto que nunca. Y aunque mi mano no suelta la suya, su contacto no se siente real.

—No te vayas, Mia. No quiero perderte dos veces —murmura, ya casi dormido.

—No me voy, Gabriel. Ahora descansa.

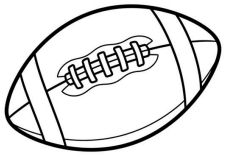
—Te quiero, Daniela.

Lo beso suavemente en los labios. Sus dedos se aflojan despacio, vencidos por el sueño y la medicación, pero antes me aprieta un segundo más, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí.

La habitación se queda en silencio, uno cargado de todo lo que no hemos podido decir. El peso de las horas que llevo metida aquí se ha disipado un poco desde que lo he visto. Desde que mi mirada ha vuelto a conectar con la suya. Y, aunque el futuro es borroso, frágil e invisible, he aprendido que no necesito verlo todo claro para querer caminar hacia él. Que el rumbo puede cambiar, pero que podemos decidir acelerar o frenar, y puede que no sepa adónde quiero ir, pero sí sé con quién quiero hacerlo.

63

Agradecido por estar vivo..., supongo



Enzo

Han pasado tres días desde que llegué al hospital. Mi cuerpo sigue algo pesado, pero mi cabeza está más despierta. Del primer día no recuerdo casi nada, palabras que entraban y salían. Del segundo me acuerdo algo más, pero empezó el dolor y el cansancio extremo, de esos que no se van por mucho que duermas. Y ahora aún no sé cómo me encuentro, porque cada día es una sensación nueva.

La pierna me duele de manera constante, profunda, tengo la sensación de que mi rodilla ha decidido rendirse del todo. Están esperando que recupere algo de fuerza —y que la cabeza me funcione mejor— para la intervención.

Ayer conseguí sentarme durante un momento, apenas unos segundos, pero todo empezó a darme vueltas y tuve que tumbarme otra vez. Me siento como un niño pequeño, pero supongo que debería estar agradecido por seguir vivo, ¿no?

—¡Buenos días, guapo! ¿Qué tal te encuentras hoy? —Daniela entra en la habitación como cada mañana desde que estoy aquí.

—Encarcelado —gruño haciendo un mohín.

—¿Te traigo unas esposas para que vivas la experiencia al cien por cien? —me ofrece entornando la mirada.

—Solo si las puedo usar contigo.

—Veo que vas recuperando tu humor. —Se acerca a la cama y, justo cuando va a darme un beso en la mejilla, giro la cara para robárselo de los labios.

—Estoy hasta los huevos de los besos de niños. —La agarro como puedo pegándola a mí.

Daniela suelta una risita que me sabe de puta madre.

—Para, no quiero hacerte daño.

—Lo que me hace daño es tenerte lejos, esta cama es demasiado pequeña, joder. —Ella me besa deprisa, zafándose después de mi agarre, pero se queda a mi lado—. ¿Dónde está mi madre?

—La he mandado a casa, pero, aun conociéndola poco, estoy segura de que en un par de horas volverá. ¿Te duele? —me pregunta señalando la pierna.

Aún no hemos hablado de la lesión; sé que sabe algo, pero no ha ahondado en el tema.

—Sí, me han avisado de que después de la operación el dolor se calmará y lo tendré más controlado. Daniela, yo... yo no te lo conté, pero iba a hacerlo. Solo estaba esperando a que pasara todo.

—Cuando me escribiste aquel mensaje diciéndome que ibas a jugar el último partido de tu carrera, no pensé que fuera literal. Ahora, visto con perspectiva, no sé por qué no lo vi claro. Creía que sería el último hasta que saliera el documental o algo así.

—Cuando nos conocimos, había pasado algo de tiempo desde que descubrí que mi final en la NFL estaba marcado en rojo con una

fecha, y que esta estaba más próxima de lo que me habría gustado. Por eso acepté el proyecto. Mi idea era dar una rueda de prensa después del partido y anunciar mi renuncia... No contaba con todo esto.

—¿Recuerdas lo que pasó?

—No, y me atormenta. Sé que Jack me dijo algo que hizo que todo se viniera abajo, pero no consigo acordarme de sus palabras. Recuerdo el impacto y que él estaba a mi derecha... Todo lo demás está mezclado.

—Los médicos han dicho que los recuerdos volverán. No tiene sentido que ahora pienses en ese imbécil, ya se está encargando la prensa de joderlo.

—Más le vale esconderse bien, porque cuando salga de aquí...

—Cuando salgas de aquí probablemente vayas con muletas, eso con suerte.

—Pues las usaré para darle una paliza con ellas y metérselas por el culo.

—No hay duda de que hoy ya eres tú.

—Gracias por volver.

—Sé que no te acuerdas de lo que te dije, pero... no me marché del set de grabación por sentirme decepcionada. Me fui porque ver cómo te rompías pudo conmigo. Busqué un lugar donde serenarme para que no me vieras mal, quería ser fuerte por ti, pero cuando volví habías desaparecido. Dylan tampoco estaba, y nadie sabía decirme qué había pasado. Después, me llamó el hijo de mi casero para decirme que tenía dos días para sacar las cosas de mi apartamento. Por eso me marché de ese modo. No tuve más opciones, y las cosas se complicaron más por no poder hablar.

—Me siento como un auténtico imbécil. Pensé que me habías dejado, que después de oírme decir lo cobarde que fui habías dicho

basta. Luego me encontré con la madre de Archie; subí a su casa y estuvimos hablando. Mi móvil se quedó sin batería y perdí la noción del tiempo. Me ayudó a comprender las cosas. ¡Dios, esa mujer es de otro mundo! Entendí que era hora de empezar de nuevo. Estaba decidido a ir a buscarte para traerte de vuelta después del partido. Iba a luchar por nosotros, Daniela.

—No hace falta que luches. Esta guerra la tenías ganada antes incluso de empezar.

—Cuéntame otra vez la movida del contrato de tu piso, por favor.

—Enzo, sé lo que estás haciendo. No es necesario, no me siento abandonada ni relegada a un segundo plano. Habrá tiempo para todo, ahora lo único que me importa es que mi... que tú te pongas bien y que podamos salir de aquí.

—¿Qué ibas a decir? —Fijo la mirada en ella mientras esbozo una sonrisa pícara. Sentir que poco a poco vuelvo a ser yo es algo que no pensé que fuera a alegrarme tanto, la verdad.

—Nada, no empieces. —Mira hacia la pared intentando disimular, pero sus mejillas sonrojadas la delatan.

—¿«Mi hombre»? Naaa, no te pega decir eso. ¿«Mi papi»? —Daniela suelta una carcajada y niega con la cabeza—. Tienes razón, me cortaría los huevos si me llamaras así... Déjame que piense... ¿«Mi novio»? Es eso, ya lo creo. ¿He conseguido ya esa categoría, señorita Miller?

—Eres muy tonto, *Gabriel*...

«Mierda». Había olvidado ese pequeño asuntillo sobre mi segundo nombre.

—¿Quieres hablar de eso? Supongo que mi madre te habrá puesto al día.

—¿De tu nombre completo? Sí, claro. La verdad es que fue algo gracioso preguntarle por qué te llamaba así.

—En mi defensa diré que te lo mencioné...

—En eso tienes razón.

—No estaba en paz con ese nombre, ni con los recuerdos impregnados que había en él. Desde que pasó lo de Archie, digamos que adopté este *alter ego*: Enzo Silva, la estrella distante. No me sentía capaz de ser Gabriel.

—Y, aun así, cuando nos conocimos te presentaste con tu segundo nombre...

—La verdad es que no sé por qué lo hice, aunque te hubiera dicho mi nombre no habrías sabido quién cojones era. Quizá quise jugar a volver a ser yo sin toda esa mierda de mi pasado. Poder ser Enzo Gabriel Silva de nuevo sin sentirme juzgado, sin preguntas incómodas.

—Me gustas en todas tus facetas, Enzo. En cada capa que escondes y descubro poco a poco.

—Mmm, ¿y qué más cosas te gustan? —La atraigo un poco más hacia mí. En momentos así desearía tener más movilidad, pero habrá que jugar como se pueda.

—A estas alturas, deberías saberlas ya todas.

—Por culpa de un gilipollas me dieron una buena hostia y me he quedado algo tonto. Refrésqueme la memoria, señorita Miller.

Daniela sonríe acercándose más a mí, apoya con cuidado los brazos en la cama y baja la cabeza, que queda muy cerca de la mía.

—Ya eras algo tonto antes, Enzo. Y yo creo que algunas cosas las recuerdas muy bien.

Aproximo mi mano a su pelo y lo acaricio, ella cierra los ojos ante ese gesto y se aproxima un poco más a mi boca.

—Estás deseando besarme, Daniela. Deja de hacerte la dura.

—¿Acaso tú no estás deseándolo también?

—Si te dijera todas las cosas que estoy deseando hacerte, reventaría el chisme este al que estoy conectado. Solo un beso, anda.

—Contigo nunca es solo un beso.

Justo cuando estamos a un milímetro de que nuestras bocas se unan por fin, la puerta de la habitación se abre sin previo aviso.

—Disculpad. —Una de las enfermeras entra y Daniela pega un pequeño bote del susto—. Hora de la medicación.

Nos miramos y nos empezamos a reír. Parecemos dos adolescentes a los que sus padres los han pillado haciendo algo que no deben.

—Pienso cobrármelo más tarde —digo.

Daniela hace un mohín y se aparta para permitir que la enfermera haga su trabajo.

—No tardo nada, pronto os dejo a lo vuestro. —Me guiña un ojo mientras se acerca a la mesilla que está junto a la cama para dejar las pastillas y un vaso con agua—. ¿Cómo estás hoy? ¿Algún cambio reseñable?

—Estoy, que no es poco.

—¿Y la pierna?

—Me duele.

—Es normal. Dentro de un rato volverá a pasar el médico. Tómatelas despacio —me indica señalando las pastillas.

—¿Cómo está todo por ahí abajo? —le pregunto refiriéndome a la prensa. Sé que desde que estoy aquí están haciendo guardias en la puerta, y me preocupa que puedan molestar en exceso.

—De momento, despejado, aunque no creo que tarden en volver. Chico, hay que ver la curiosidad que suscitas.

—Me suele pasar, gajes del oficio, supongo. Mi representante está preparando un comunicado para calmarlos un poco. Ya sabes, algo

de carnaza a la que aferrarse. Siento las molestias que hayan podido ocasionar.

—No te preocupes por esas cosas, tú ahora céntrate en mejorar día a día. Luego te incorporaremos para sentarte de nuevo, ¿vale?

—Veremos si soy capaz de no marearme esta vez.

—Poco a poco. Tómate las pastillas. Yo ya os dejo. —La enfermera sale entre risas y cierra la puerta a su espalda.

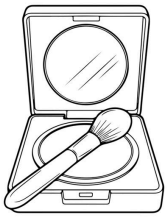
—¿Por dónde íbamos? —pregunto poniendo morritos.

—No tienes remedio.

Con una sonrisa en los labios, Daniela se acerca despacio y por fin me besa. Joder, volvería a pasar por todo lo que he hecho en mi puta vida si al final del camino está ella esperándome. Porque, incluso así, incluso aquí, nosotros merecemos la pena.

64

Cicatrices nuevas



Daniela

A lo largo de esta última semana, Enzo ha avanzado muchísimo. Los médicos están muy contentos con su evolución, y ya está preparado para la intervención de la rodilla.

Mi padre volvió a Jerome hace dos días. Mateo y todo el equipo están de regreso en Los Ángeles para empezar con el trabajo de postproducción del documental, y yo me he trasladado a casa de Dylan, aunque más bien lo ha hecho mi maleta.

Enzo y Giulia insistieron en que me quedara en su casa, pero me sentí un poco abrumada ante la idea. Ella, Dylan y yo nos estamos turnando para hacer las noches, aunque lo cierto es que la mayoría las estoy haciendo yo, y no porque ellos no quieran, sino porque prefiero estar cerca de él.

Durante esta semana también han venido a visitarlo la madre de Archie y sus hermanos. En cuanto se enteraron del ingreso buscaron un hueco para pasarse por aquí. Lina es una mujer muy tierna. En

su mirada se nota el peso de la vida y los golpes que esta le ha dado, pero es tan sabia que da gusto escucharla hablar.

Los chicos del equipo y el entrenador también quisieron venir, pero finalmente el médico indicó que era preferible que no lo hicieran para velar por el descanso de Enzo.

Y hoy ha llegado el día, hoy se hará la operación de la rodilla.

La habitación se ha quedado helada cuando se lo han llevado al quirófano. Llevo unos minutos mirando la puerta, como si fuera capaz de atravesarla. Apoyo la espalda contra la pared y me cruzo de brazos, porque no sé qué hacer para calmar los nervios que están acumulándose en mi estómago. Giulia está sentada en uno de los sillones y Dylan está de pie en la otra punta. Ninguno ha sido capaz de romper el silencio incómodo que nos acompaña hasta el momento.

Dylan se pasa la mano por la cara y resopla.

—Qué mierda, joder —dice al fin—. Odio esperar sin saber nada.

—¿Cuánto han dicho que dura la operación? —pregunta Giulia, cruzando las piernas.

—Unas dos horas, si no hay complicaciones —responde él por inercia.

—Va a ir bien, tiene que ir bien —añado yo en voz alta, intentando así que las probabilidades de éxito sean más altas.

—Claro que sí. Ese cabronazo va a salir de allí pateando culos. —Dylan viene a mi lado y apoya su mano sobre mi hombro.

—Con que salga sin dolor nos vale, *figlio*.

—Estaba tranquilo cuando se lo han llevado —comento más para mí que para ellos.

—Rubia, con lo que le han metido por vena, como para no estarlo... —bromea Dylan—. Vaya viajes se está pegando el tío.

—Verlo tan calmado da un poco de miedo —murmura la madre de Enzo, y él suelta una carcajada seca que resuena en toda la habitación.

—Nunca lo habías visto tan quieto, ¿a que no, mami S.?

—Ni cuando era bebé.

Apoyo la cabeza en la pared y suspiro. El tiempo se ha detenido.

La puerta se abre y los tres levantamos la vista al mismo tiempo. Es el doctor Harrington, acompañado por Mark Shepherd, el traumatólogo que ha tratado la lesión de Enzo durante los pasados meses.

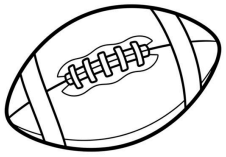
—Buenas tardes. La operación ha ido bien, ahora se encuentra en reanimación —nos informa el doctor Harrington—. En cuanto se despierte, los avisaremos para que pasen a verlo. Y, una vez nos cercioremos de que todo está correcto, lo subirán a la habitación. La lesión era algo más grave de lo que esperábamos, es posible que la recuperación sea lenta, pero con trabajo y esfuerzo logrará tener una buena calidad de vida.

—Gracias, a los dos —agradecemos los tres al unísono, como si estuviera ensayado.

Todo el peso acumulado se va. Ha salido bien. Pienso en la forma en que me miró antes de que se lo llevaran y sonrío. Es posible que haya días lentos, cicatrices nuevas que aprender a leer, pero lo haremos juntos.

65

No estoy solo



Una semana después
Enzo

Estoy a punto de salir por fin del hospital. Están intentando convencerme de que debo hacerlo en silla de ruedas. ¡Y una polla!

—Gabriel, *non puoi* salir andando..., ya sabes que el doctor te ha dicho que para las distancias largas debes usar la silla. Las muletas son solo para distancias cortas —me riñe mi madre como si fuera un niño pequeño.

—Los cojones voy a dejar que esos imbéciles de ahí abajo llenen las revistas con mi puta foto en una silla de ruedas en la que no me cabe el culo.

—*Bada a come parli, Gabriel.* —Mi madre se gira y me mira con desaprobación. Odia que diga tacos y, para su desgracia, estos forman parte de mi vocabulario diario—. Dani, cielo, ¿puedes hacer cambiar de opinión al *testardo* de mi hijo? Me voy fuera porque creo que lo voy a matar con mis propias manos.

—No te preocupes, Giulia, yo me encargo. —Se gira hacia mí mientras sigue con los ojos la silueta de mi madre, que está saliendo por la puerta bastante cabreada—. Enzo, esto es ridículo. Te estás comportando como un niño pequeño. ¿Qué más te da?

—Es que no... no quiero mostrarme vulnerable. No quiero que piensen que han ganado, Daniela. Estos días han sido de los peores de mi vida. No estoy acostumbrado a depender de nadie, joder. Y en esa mierda casi no me entra el culo —exclamo señalando la minúscula silla de ruedas que me han dado.

—Oye..., vamos a esperar primero a que venga el médico a ver si podemos llegar a un acuerdo, ¿te parece? —Daniela se acerca y me besa lentamente. Mi polla da un respingo dentro de mis pantalones, recordándome que sigue viva.

—No sé. A ver, vuelve a hacer eso... —Me besa de nuevo, pero esta vez es más intenso, nos saboreamos un poco más.

—¿Y ahora?

—Ahora me da igual cómo, solo quiero llegar a casa.

Daniela sigue teniendo ese efecto en mí, consigue que mi humor cambie con tan solo besarme.

Desde que salí del quirófano todo ha sido como una montaña rusa de emociones encapsuladas en estas cuatro paredes de mierda. Pero ella ha sido una parte esencial para que no haya caído en la locura. Los primeros días fueron de silencio y ritmo lento, con esa sensación extraña de saber que tenía que empezar de cero.

Me desperté sin saber muy bien dónde estaba ni qué había pasado. Después empecé a sentir el peso de la pierna con un dolor que iba y venía, y recordé por qué estaba aquí. De ese primer día me acuerdo de poco. De mi madre, Dylan y Daniela en la habitación, de las enfermeras entrando y saliendo... Lo demás es todo un borrón difuso.

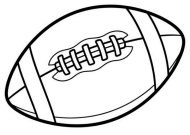
El segundo y el tercer día fueron los peores. El cansancio hizo mella en mí, tenía la sensación de que mi cuerpo lo había dado todo y no le quedaba energía. Mi cabeza estaba al cien por cien, y eso no era bueno, porque empecé a ser más consciente de mi situación y de todo lo que no iba a poder hacer al salir del hospital.

El cuarto día me levantaron por primera vez y fue horrible. No por el dolor, eso lo he llevado bien, sino por no ser capaz de hacer las cosas que en teoría debería saber hacer de manera innata. Todo fue torpe, y cada paso con las muletas era un puto triunfo. En varias ocasiones deseé mandarlo todo a la mierda, pero el brillo en los ojos de Daniela y de mi madre con cada avance me hizo entender que merecía la pena. Que tenía que ser mejor por ellas.

Hoy, el séptimo día, estoy a punto de volver a casa.

Las noches han sido largas. Estoy acostumbrado a no dormir del tirón, pero ahora los motivos son otros. Tengo miedo, tengo preguntas sin respuestas que solo el tiempo va a aclarar. Y no lo estoy llevando bien, aunque intento que no se note.

Debería centrarme en la parte positiva. Mi cuerpo está respondiendo, el dolor casi ha desaparecido, tengo a mi gente cerca y estoy aprendiendo a continuar con mi vida. Ha llegado el momento de enfrentarme a la realidad, y me da miedo no ser capaz de estar a la altura.



Después de que el doctor nos entregase los papeles del alta y me diese las últimas indicaciones sobre los cuidados y la medicación, me

siento a regañadientes en la silla de ruedas y un celador la empuja por el largo pasillo.

Daniela va junto a mi madre, llevando las muletas en la mano. Hemos acordado que para evitar sobreesfuerzos iré en silla hasta la puerta y después la cambiaré por las muletas para llegar hasta el coche. Dylan ya nos está esperando allí. Estoy emocionado por salir por fin de aquí y, a la vez, con un vértigo de la hostia. Sé que va a costar.

En la entrada del hospital, me levanto y Daniela me pasa las muletas. Las puertas se abren y el aire de la calle me da de lleno en la cara.

Y entonces empieza todo.

Hay cámaras, flashes y voces. Demasiado ruido a mi alrededor. Los periodistas se aproximan en manada. A pesar de que enviamos un comunicado para informar de la lesión, está claro que no ha sido suficiente para saciar sus ansias de saber.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Cuándo volverás al terreno de juego?

—¿Te parece justa la sanción a tu compañero por la putada que te hizo en el campo?

No veo quién formula las preguntas, mi cabeza se está atorando en un bucle del que no sé si voy a ser capaz de salir. En ese momento, Dylan intercede poniéndose delante de mí. Yo camino de forma torpe y mi mente me dice que salga corriendo. Siento el impulso de hacerlo, pero sé que sería inútil.

—Sabemos que este es vuestro trabajo, pero Enzo no va a hacer declaraciones. Sufrió una conmoción muy fuerte y aún se está recuperando. Hagamos esto por las buenas, chicos. Os prometo que las respuestas llegarán.

Daniela y mi madre se sitúan cada una a un lado para que no pierda el equilibrio y me ayudan a llegar hasta el coche negro. En cuanto la puerta del vehículo se cierra, mi respiración se acelera sin que yo pueda hacer nada para evitarlo.

—Enzo, no pasa nada. Ya estamos dentro del coche —susurra Daniela.

Me esfuerzo por escuchar su voz y centrarme en eso, pero es inútil. Inspiro. Espiro. Pero el aire no llena mis pulmones. Se queda a medias, quemando todo a su paso.

—Gabriel, cariño. ¿Qué te pasa? —me pregunta mi madre frotándose el cuello.

—Creo que está teniendo un ataque de pánico o algo así, Giulia.

El mundo se cierra, mi cuerpo está dentro del coche, pero yo siento que estoy fuera. Las voces se tornan más altas, las cámaras más cercanas, y los flashes me ciegan, me siento como un cervatillo perdido en mitad de la noche.

Noto un nudo en la garganta y el pecho me oprime con fuerza.

—Enzo, mírame. —Daniela agarra con fuerza mis manos temblorosas.

—No, no puedo...

—Claro que puedes. Estamos aquí contigo, a salvo. —Niego con la cabeza—. Respira, solo respira.

Dylan se sube al coche por el lado del conductor, ajeno a lo que está pasando aquí dentro.

—Todo controlado, tío. ¿Listo para reencontrarte con el demonio de tu gato?

—Dylan, no...

—Joder, mierda. Enzo, colega, puedes con esto, ¿me oyes? Después de todo por lo que hemos pasado, esto está chupado.

—Solo... solo necesito algo de tiempo —les pido mordiéndome los labios.

Mi visión se estrecha y todo se vuelve gris a mi alrededor. Me estoy mareando y temo desmayarme, pues significaría volver al hospital, y eso es lo último que quiero en estos momentos.

—Vamos, cariño, estamos todos contigo. Mírame a los ojos, por favor —me suplica Daniela tocándome la cara con suavidad.

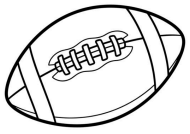
Me obligo a hacerlo, están llenos de miedo, pero también de nosotros. E intento por todos los medios sostenerme en eso.

—Estoy mejor, de verdad —miento.

Dylan pone en marcha el coche y, cuando ya nos hemos incorporado a la carretera, bajo la ventanilla para que el aire me ayude a despejarme. Daniela se acerca para darme un beso en la mejilla.

—¿Qué pasa si no vuelvo a ser el mismo? —le pregunto susurrando, aprovechando su cercanía.

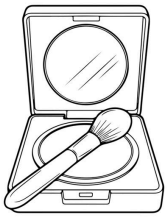
—Que serás otra versión de ti, Enzo. Y estaremos a tu lado de igual manera. No te preocupes por el futuro, ahora céntrate en volver a respirar.



Ya casi estamos llegando a mi apartamento. Tomo una gran bocanada de aire y, aunque veo que el mundo sigue moviéndose rápido fuera del coche, el mío está ralentizado, pero al menos tengo la certeza de que esta vez no estoy solo.

66

Esto no ha terminado



Una semana después
Daniela

Desde que Enzo salió del hospital, hemos intentado alejarlo de los titulares sensacionalistas que se han estado publicando respecto de su lesión y del revuelo que ha habido con Jack. No creo que podamos seguir así mucho tiempo más, sobre todo porque va a dar una rueda de prensa para comunicar que no podrá seguir jugando de manera profesional. Es imposible saber las preguntas que le hará la prensa, y es probable que saquen el tema. Dylan ha dicho —y yo también lo creo— que debemos estar preparados y darle a Enzo las herramientas necesarias para salir airoso ante cualquier contratiempo.

Giulia ha vuelto a Manarola, y yo me he trasladado al apartamento de Enzo, porque él solo no se vale por sí mismo de momento. Por mi cabeza no había pasado la posibilidad de que el motivo de que me mudase con mi pareja fuese ese, ni tampoco tan pronto, pero aquí

estamos. Debo decir que lo está poniendo bastante fácil, aunque una parte de mí tiene miedo de que, cuando se enfrente de nuevo a los periodistas, vuelva a sucederle lo mismo que cuando salió del hospital.

Oigo el ruido de la cama mientras estoy desayunando en la cocina, con Marty ronroneando a mi lado. Me levanto y voy a la habitación de Enzo para pasarle la muleta. El inicio del día siempre es algo más complicado para él.

—¿Cómo te has despertado?

Mientras Enzo se incorpora despacio, me quedo mirándole la venda que le cubre la cicatriz de la pierna, y aprovecho para subir luego la vista y admirar todo lo demás. Durante el tiempo que ha estado en el hospital ha perdido algo de peso y masa muscular, pero sigue teniendo el mismo efecto en mí.

—Lento, como todas las mañanas. Ya sabes que hasta que pase un poco de tiempo la rodilla no irá soltándose. ¿Cuánto rato llevas despierta?

—No mucho, he hecho café. Estábamos desayunando.

—¿«Estábamos»?

—Marty y yo.

—Ese gato...

—Anda, vamos. —Enzo se detiene frente a mí arqueando las cejas.

—¿Eso es un chiste malo?

—No, perdón. —Pero no puedo evitar carcajearme.

La rutina de las mañanas es un poco diferente de la que él estaba acostumbrado. Medicación, hielo y algunos ejercicios, de los cuales siempre se queja porque le parecen ridículos. El fisioterapeuta que está llevando su rehabilitación fue muy claro acerca de cómo proceder y le estamos haciendo caso.

Aprovechamos para ponernos al día con *Dark*, una serie que empezamos a ver en las horas muertas del hospital y a la que nos hemos enganchado tanto que estamos haciendo una maratón con la última temporada.

El tiempo pasa lento. A última hora de la tarde es cuando suele sentirse más cansado. Nos avisaron de que sería normal y le aconsejaron que intentara tomárselo con calma. Parece que está siendo fácil, pero me temo que se está guardando sus sentimientos y que eso acabe explotando de alguna manera.



Ya de madrugada, Enzo empieza a revolverse en la cama, hasta que se despierta entre jadeos y cubierto de sudor.

—¿Estás bien? —pregunto alarmada mientras busco a tientas el interruptor de la luz de la mesilla.

—He tenido un sueño. Daniela, creo que ya lo recuerdo. Ya recuerdo qué fue lo que Jack me dijo.

—Enzo...

—Me encontraba de nuevo en el campo, pero esta vez estaba vacío, no había ruido, solo el césped bajo mis pies. Jack estaba a mi lado, y entonces me miraba la rodilla... Yo lo increpaba y él se me acercaba sonriendo y me decía: «Esto ha sido solo el principio. Pienso hundirte, y luego iré a por tu zorra. Porque el pasado siempre vuelve. Pregúntale qué le parece tener que volver a casa de su padre... Espero que se vaya lo suficientemente lejos de mí como para no poder lanzarme una puta lata de refresco...». Ahí entendí

que era posible que hubiese sido él quien te enviara aquel mensaje cuando estábamos en New Lake. La frase se quedó dando vueltas en mi cabeza y no reaccioné, joder... Debería haber ido a por él...

—Enzo, ¿cómo sabía Jack que iba a tener que mudarme con mi padre? —De pronto, la idea toma forma en mi cabeza—. La cancelación de mi contrato de alquiler..., ¿crees que el responsable podría ser él?

—No lo sé, pero pienso llegar al final de este puto asunto y lo hundiré hasta el fondo del mismísimo infierno para que no vuelva a salir de ahí.

Estando en el hospital le conté a Enzo todo lo sucedido con mi apartamento, y tuve que calmarlo para que no saliese en busca del culpable. Ahora veo la misma rabia en sus ojos al pensar que Jack podría estar detrás de todo. Pero ¿por qué iba a hacer tal cosa? ¿Por qué alguien iba a tomarse tantas molestias? ¿Por venganza? Que sepa lo de mi vídeo no me sorprende, es posible que le haya llegado de muchas maneras.

—Tienes que saber algo... No queríamos decírtelo para no alterarte, pero han sancionado a Jack por conducta antideportiva grave —digo entonces con voz serena.

—¿Qué incluye la sanción?

—Dicen que es la más dura de la historia de la NFL. Suspensión de ocho partidos sin sueldo, una multa bastante significativa y tiene que hacer revisiones periódicas de conducta y ética deportiva. En caso de que vuelva a hacer algo parecido, lo suspenderán de manera indefinida. Un solo escándalo más y está fuera.

—Imagino entonces que ahora mismo debe de estar encerrado en su casa, esperando que se olviden del tema.

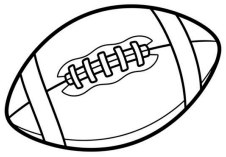
—¿Qué piensas hacer, Enzo?

—De momento, llamar a Dylan.

No sé qué tiene en mente, pero en su mirada hay algo que promete que esto no ha terminado.

67

Él no, pero yo sí



Enzo

En cuanto le conté a Dylan todo lo que había recordado y las sospechas que teníamos, no dudó en decir que me acompañaría a casa del puto Jack. Aporreamos su puerta —bueno, para ser sincero, es Dylan quien se encarga de eso— hasta que esta se abre después de unos largos segundos.

—Vaya, el lisiado y su guardaespaldas... No esperaba visitas. ¿Qué cojones queréis?

—Acabar con esto de una puta vez —sentencio en un gruñido—. Me he acordado de lo que me dijiste en el campo.

Jack intenta cerrarnos la puerta en las narices, pero mi amigo adelanta el pie y se lo impide.

—Me parece que esta vez no te vas a librar, gilipollas —suelta Dylan mientras hace fuerza para abrir y que podamos colarnos. Entro despacio, apoyándome en la muleta.

—Auch, eso debe de doler, ¿no? —dice Jack con sorna, mirándome con una sonrisa de superioridad en la puta cara.

—No más que saber que una carrera deportiva está acabada —replico—. Y no estoy hablando de la mía.

—¿Crees que esa mierda de sanción va a pararme? El golpe que te diste te ha afectado más de lo que pensaba —escupe a la defensiva, y ahora soy yo el que sonríe—. Dentro de cuatro días todos se habrán olvidado de esto. Tú mejor que nadie deberías saber cómo funcionan los escándalos en este mundillo y lo fácil que resulta taparlos con tan solo mover cuatro hilos.

—Si piensas que esto va a quedar así es que me conoces muy poco. Quiero que dejes al margen a Daniela. Sé que estás detrás del acoso al que ha sido sometida y, aunque no tengo pruebas todavía, también sospecho que estás detrás de la falsificación de los documentos de su contrato de alquiler. Lo que quiero saber es por qué.

—Eres tan ridículo... —Echa la cabeza hacia atrás forzando una carcajada—. Deberías haber acabado igual que vuestro amiguito el drogadicto. Y, sí, resulta que después de nuestro pequeño intercambio en los vestuarios, mi primo Liam me contó el percance de la zorrita de tu novia... Deberíais prestar más atención a quién contratáis en los rodajes, sobre todo si pretendéis que no se vaya de la lengua. En cuanto le enseñé una foto suya, la reconoció al instante. Me dijo que habló con ella en el set de rodaje porque su cara le sonaba de algo, pero que no cayó en el momento. Al fijarse más, se le encendió la bombilla. Tío, ese vídeo es oro, te lo juro... Menuda fiera.

—¡¿Por qué?! —rujo con la ira corriéndome por las venas.

—Estaba aburrido y me apetecía joderos un poco. En cuanto noté cómo la mirabas en el rodaje, lo supe. Esa zorra te importaba y me

iba a encargar de poneros contra las cuerdas —suelta con indiferencia—. No fue difícil conseguir la dirección exacta de su apartamento. ¿Sabías que su casero es un señor muy mayor con principio de demencia? Engañarlo fue tan fácil... Eres un puto infeliz, Enzo Silva, y te lo mereces. Siempre paseándote como si nada te importara, aparentando estar por encima de todos nosotros. ¿Pensabas que por fin ibas a ser feliz? Y una polla, hijo de puta... ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Pegarme con la muleta como si fueras una abuelita? Iros de mi puta casa o llamo a la policía.

Estoy a punto de lanzarme a por él sin pensar en las consecuencias, pero Dylan me frena.

—Él igual no puede, pero yo ya lo he perdido todo, polla enana.

Todo pasa muy rápido. Mi amigo le propina un derechazo en la mandíbula a Jack que me duele hasta a mí. El ruido de su puño estampándose contra el hueso resuena por todo el salón. Jack le responde con un empujón bastante torpe, tambaleándose.

—¿Quieres más, hijo de puta? —grita Dylan sin dejarlo responder.

Y vuelve a lanzarse a por él. Lo empuja contra una silla, y el sonido de esta al caer me hace entrecerrar los ojos. Hay una rabia en mi amigo que no me resulta familiar. Es la primera vez que lo veo así, y ahora pienso que quizá esto no solo sea por Jack y sus acciones.

—Dylan, para.

Pero mi amigo no responde. Vuelve a cargar contra el imbécil que está ahora en el suelo, intentando recobrar el aliento. Está aturdido, y veo la cara enfurecida de Dylan, sopesando si seguir pegándole o parar. Me muevo hasta él con torpeza para tratar de calmarlo y que no haga algo de lo que pueda arrepentirse.

—Tío, para. No se merece que te jodas la vida.

—Como vuelvas a acercarte a cualquiera de ellos, te juro que terminaré lo que he empezado, ¿me has entendido? —le grita mi amigo señalándolo con rabia.

—Sí...

—En el fondo siempre has sido un puto cobarde. —Dylan escupe en el suelo cerca de Jack.

La madre que me parió. No quería que la situación se descontrolara hasta este punto.

—Que os jodan —murmura Jack, aún en el suelo.

—¿Más de lo que lo vas a estar tú? Imposible, gilipollas —sentencio yo.

Salimos de la casa y veo que Dylan aún tiene la respiración agitada. Espero a montarnos en el coche para empezar a hablar.

—¿Me puedes explicar qué cojones ha pasado ahí dentro?

—Se me ha ido la pinza..., yo qué sé.

—No me jodas, tío. Me acuerdo de tu cara en el hospital, no has querido contarme qué cojones te sucedió, y ahora te dejas llevar por la ira de esta manera.

—Supongo que estoy hasta los huevos de la gente que piensa que por tener dinero puede hacer lo que le dé la puta gana.

—¿Y qué es esa mierda de que lo has perdido todo?

—Digamos que me he quedado sin oficina donde ejercer mi trabajo.

—Pero ¿qué cojones me estás contando, Dylan?

—Es algo que ha quedado en el pasado, pero la realidad es esa. Por el motivo que sea, me han rescindido el contrato.

—Encontraremos otra.

—¿En esta ciudad? Lo dudo. Además, después del documental, ya sabes lo que va a pasar. No solo he perdido la oficina, también se han encargado de reubicar a mi equipo. Así que todo se ha acabado,

Enzo. Esto era inevitable. Creo que necesito un cambio de aires, hermano.

—Le acabas de partir la cara a un tío por mí, ¿y ahora me sueltas que necesitas un cambio de aires? Por primera vez en años, no te pillo...

—Estoy pensando en irme, empezar de cero en otro sitio.

—¿Cuándo?

—Después de tu rueda de prensa.

—Dylan...

—Lo necesito, Enzo.

Por su forma de mirarme, sé que no hay nada que pueda hacer o decir para convencerlo de que no se marche, aunque me joda.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, ¿verdad?

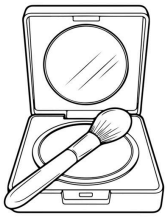
—Necesito que me apoyes en esto.

—En lo que sea, hermano, en lo que sea.

Parece que la vida le está pidiendo a gritos que se libere. Puedo verlo en sus ojos y en cómo le tiembla la pierna mientras conduce. Pero quiero que le quede claro que siempre tendrá un lugar al que volver donde hacerlo sin dar explicaciones.

68

El escudo y la espada



Daniela

Salto del sofá en cuanto oigo abrirse la puerta de la calle. Primero entra Enzo y detrás Dylan, ayudándolo.

—¿Dónde habéis estado?

—En casa del gilipollas de Jack —suelta el rubio sin inmutarse.

—No...

—Está detrás de todo, Daniela. Solo hemos tenido que instigarlo un poco y ha cantado como un pajarito. Lo ha confesado todo. El mensaje que te enviaron a tu cuenta de Instagram, lo del contrato de alquiler... Todo. La gente como él está tan orgullosa de sus mierdas que no les cuesta mucho reconocer sus actos para meter más aún el dedo en la llaga. Pero esta vez irse de la lengua le ha salido caro —me explica Enzo algo alterado.

—No te habrás atrevido a pelearte en las condiciones en las que estás, ¿no? —A este hombre lo veo capaz de cualquier cosa.

Vamos hacia el salón y nos sentamos en el sofá.

—No, ha sido aquí mi colega Hulk Hogan. Si no lo llego a parar...

Fulmino con la mirada a Dylan en cuanto Enzo lo señala.

—¿Le estás cogiendo el gusto a meterte en peleas o qué? Sois idiotas. Tú por ir de matón por la vida, y tú por acompañarlo. Y si pensáis que Jack no tomará represalias es que estáis tontos.

—Daniela, si eso pasa, estaremos preparados. Por el momento vamos a intentar reunir todas las pruebas que podamos para empapelar al gilipollas ese, o al menos para tenerlo atado con la correa corta —añade Dylan intentando calmarme.

—Es que no lo entiendo... ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Por qué iba a tomarse tantas molestias para dejarme en la calle?

—No lo sé. ¿Envidia?... ¿Porque es un hijo de puta?... Existe la gente mala sin más. Personas que se sienten bien hundiendo al resto. —Dylan se encoge de hombros al no encontrar una explicación lógica.

—Chicos, si sabe lo de mi vídeo..., ¿qué le impide sacarlo otra vez a la luz y que todo el mundo lo vea de nuevo?

—No hay nada que se lo impida, Daniela, pero ese poder se lo estás dando tú. Quizá vaya siendo hora de que seas tú misma la que dé su versión de los hechos.

—¿Cuál creéis que es la mejor forma de hacerlo?

—Ay, rubia, déjame eso a mí. Tengo algo en mente —sentencia Dylan con una sonrisa.

—Confío en ti.

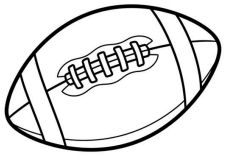
—Escuchadme los dos...

Enzo y yo nos miramos y asentimos mientras Dylan nos cuenta el plan que se le ha ocurrido para que mi versión tenga la mayor repercusión posible. Es algo arriesgado que nos va a poner a todos en la palestra, pero estamos de acuerdo en que su idea es la mejor si queremos conseguir algo.

Por fin me siento animada a contar lo que pasó, y seguiré los consejos que me dé Dylan para hacerlo. Llevo más de un año viviendo con miedo, sin defenderme, y ya va siendo hora de sacar el escudo y la espada.

69

Cuando los focos se apagan



Enzo

La sala de prensa del estadio Redwood Field está ya llena antes incluso de nuestra llegada. Las cámaras y los micrófonos están listos. Los periodistas que se han reunido hoy aquí no tienen ni idea de lo que estoy a punto de regalarles. Algunos me vieron empezar, presenciaron cómo fui avanzando en mi carrera, y hoy también van a ser testigos de cómo le digo adiós.

Tomo asiento despacio, ayudado por Dylan. Hay un leve murmullo en la sala y se nota la tensión en el ambiente.

Respiro.

—Gracias a todos por venir —digo—. Ya sabéis que estas cosas no se me dan bien, así que no voy a alargar esto mucho más. Lo que voy a deciros hoy estaba previsto que os lo contara el día del partido, pero por motivos más que obvios no pudo ser. Ha sido una decisión necesaria y a la vez liberadora, pero el camino para llegar

hasta ella ha sido duro. Aquí va. —Hago una pausa y los miro a todos por unos segundos—. Dejo la NFL de manera definitiva.

Se oye el clic de las cámaras y un susurro que recorre la sala de un extremo a otro.

—Hace meses me detectaron una lesión en la rodilla, una que debía ser operada para obtener calidad de vida pero que me impediría mantener mi carrera como deportista profesional. Muchos habéis especulado sobre el motivo de mi ausencia en varios de los partidos de la última temporada. Ya tenéis la respuesta. —Levanto la mirada un segundo. Veo caras serias e incluso algunas tristes. Otras ya pensando en los titulares—. Este deporte me lo ha dado todo, una identidad, una forma de entender la vida y muchos grandes momentos que siempre quedarán en la memoria de los aficionados. Pero también me ha quitado mucho... Me arrebató a uno de mis mejores amigos, una etapa de mi vida y parte de mi identidad. —De pronto me siento invadido por las emociones y hago una pausa para poder continuar—: No voy a mentir, duele que de un día para otro te digan que tienes que dejar tu trabajo porque tu cuerpo ha dicho basta. No obstante, no me voy con las manos vacías...

Mi mirada la busca entre los asistentes hasta que por fin la encuentro. Está sentada al fondo, tratando de pasar desapercibida. Sin embargo, no lo consigue, porque yo siempre termino encontrándola donde sea.

—Antes de empezar con la ronda de preguntas, que sé que tendréis, necesito decir algo más —prosigo—. Cuando todo se rompió y mi futuro se volvió borroso, hubo alguien que llegó de forma inesperada para recordarme quién soy realmente. Quien siempre he sido, aunque lo hubiera olvidado. Alguien que se quedó, a pesar de todo. —La miro con fijeza y sigo hablando—: Puede que ahora ya no tenga un campo al que volver, pero sí tengo una vida

que construir... Y quiero hacerlo contigo. Delante de todos, sin armaduras, sin cascos y, lo más importante, sin miedo. Hoy y en todo lo que venga después, Daniela Miller, porque no quiero seguir escondiéndome.

El silencio es absoluto, les estoy dando un espectáculo que no se esperaban.

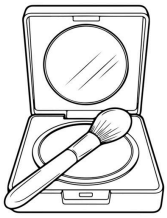
—Y, dicho esto, si tenéis alguna pregunta, estaré encantado de responderlas.

Las manos se levantan casi al mismo tiempo en que les doy paso. Ninguno quiere ser el segundo en preguntar. Contesto con buen ritmo a todo lo que puedo, e incluso hablo del documental dejando entrever qué es lo que van a encontrar en él. Me preguntan por Daniela, por Jack, y si su mala jugada ha tenido realmente algo que ver con mi retirada. Dejo claro que mi destino estaba ya decidido antes de que eso pasara, pero que es cierto que lo complicó todo más.

Y por fin, las cámaras se apagan y los focos dejan de cegarme. Por primera vez entiendo que hay preguntas que no buscan titulares: algunas solo buscan entender qué pasa cuando un sueño termina y otro empieza a formarse.

70

Cuando por fin te atreves



Daniela

Un día después de la rueda de prensa de Enzo, el plan de Dylan ha surtido efecto. Antes del anuncio, abrí mi perfil privado de Instagram, cambié el nombre de usuario por mi nombre real y, cuando él acabó, yo ya tenía una buena comunidad de seguidores curiosos. Si iba a contar mi verdad, lo haría con el mayor número de personas como altavoz.

Me siento en un rincón de la casa donde la luz es buena y abro la cámara del móvil para empezar a grabarme. No me he preparado un guion, quiero abrirme y soltarlo todo sin filtro, a corazón abierto.

Hola, mi nombre es Daniela Miller, y hace un año me convertí en un meme.

En una imagen congelada y sacada de contexto en un vídeo de pocos segundos. Un chiste que acabó con mi carrera como maquilladora profesional. Quizá algunos me reconozcáis y otros

hayáis borrado mi cara de vuestra memoria. Hoy quiero defenderme de lo que pasó y que sepáis las consecuencias que tuvo.

Hace un año, Miguel Giró, director audiovisual que muchos conoceréis, me acusó de agredirlo aprovechando aquel clip de vídeo que se hizo viral en cuestión de horas. Pero la parte que se le olvidó contar fue la del maltrato al que él sometía al equipo con el que trabajaba. Lo que visteis en ese fragmento fue una reacción visceral después de oír en qué términos asquerosos se refería a mí y a mis compañeras de equipo.

En la industria he tenido que aguantar a demasiados tipos como él. Por desgracia, vivimos en un mundo de depredadores que ansían atrapar a su próxima víctima. Niñas en sesiones de fotos en las que el fotógrafo misógino de turno las llama «gordas» de manera sibilina y encubierta, celebridades que piensan que su fama les puede abrir las sábanas de cualquier cama, caiga quien caiga, y directores demasiado déspotas para reconocer su propio fracaso.

Sé que tipos así existen en muchos ámbitos en los que hay una figura de autoridad, cualquiera puede buscar en internet testimonios que te ponen los pelos de punta y te dejan una sensación de injusticia en la punta de la lengua.

Asumo mi culpa, la violencia nunca es la solución, pero las consecuencias que pagué creo que fueron demasiado altas. Él aprovechó la oportunidad para promocionar su película. Publicidad gratuita utilizando mi imagen y mi integridad. Consiguiendo que la burbuja se hiciera cada vez más grande y solo me explotara a mí en la cara. Le serví sin querer la venganza en bandeja de plata.

Nadie salió en mi defensa, me vi sola y sin poder probar la verdad. No culpo a mis compañeros de equipo de ese momento, sé que hacerte un hueco en la industria no es fácil, y que muchos callaron por miedo a verse en mi misma situación.

Noches sin dormir con un futuro incierto, amenazas de muerte, insultos y mofas. Nadie te prepara para el acoso, venga en el formato que venga. Uno no nace con un manual para no tener miedo al salir de tu casa a comprar el pan, pero esas son las consecuencias de no medir las burradas que podemos llegar a decir cuando estamos detrás de una pantalla.

Se cuelan en tu cabeza, te despiertan por la noche y hacen que dudes de ti misma cuando estás intentando encontrar una salida para tu carrera.

No trato de dar pena, pero creo que es necesario abrirme y contaros esto.

Un año después, sigo sintiendo ese miedo a que alguien me diga algo, a que me reconozcan por ese vídeo y eso vuelva a repercutir negativamente en mi vida y en mi trabajo. Y no quiero seguir viviendo así. No quiero que gente desconocida tenga ese poder sobre mí. Esta vez decido no callarme, quiero gritarlo a los cuatro vientos y ayudar a alzar la voz a personas que se sientan como yo. En un mundo donde las mujeres hemos aprendido a callar para sobrevivir, quiero pensar que cada vez que una se atreve a hablar se resquebraja ese miedo que nos mantiene en silencio. Y cuando a esa voz se unen otras, deja de ser una historia aislada para convertirse en un grito imposible de ignorar.

Si habéis llegado hasta aquí, os doy las gracias. Y espero que este vídeo os invite a reflexionar sobre el impacto que pueden tener a veces nuestras palabras.

Lo cuelgo nerviosa por lo que pueda pasar después, pero lo hago y respiro hondo cuando entiendo que ya está, que no hay vuelta atrás.

Las notificaciones no tardan en llegar, aunque prefiero no mirar por el momento lo que dicen, ya habrá tiempo para ello. Lo

importante para mí es que lo he hecho, me he defendido y me siento liberada después de tanto tiempo.

Voy al dormitorio, donde está Enzo descansando. Me siento a su lado y posa su mirada sobre mí en cuanto siente el peso de mi cuerpo sobre la cama.

—¿Ya está?

—Sí.

—Estoy muy orgulloso de ti, Daniela.

—Ah, ¿sí? —Acerco mi cara a la suya.

—Ya lo creo que sí —asegura lamiéndose los labios.

—¿Cuánto, Gabriel? —inquiero acortando aún más la distancia que nos separa.

—No te haces una idea, Mia.

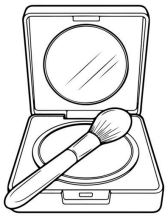
Cuando nuestros cuerpos están ya lo suficientemente cerca, nos besamos. Lo saboreo con delicadeza porque me apetece perderme en su boca, aunque sea un beso lleno de preguntas que, por ahora, no tienen respuestas.

Lo primero es la recuperación de Enzo, lo demás irá llegando. Porque he decidido no dejar que el miedo siga marcando mis pasos. He aprendido que no siempre se empieza de cero porque todo esté resuelto, sino porque quedarse quieta duele más. Los nuevos comienzos a veces no llegan con promesas claras, sino de un modo inesperado o en forma de persona. Un vínculo que crece sin que te des cuenta y te recuerda que, por mucho que luches contra tus sentimientos, estos siempre terminan ganando.

Enamorarte sin buscarlo es una manera silenciosa de volver a creer. Por el momento prefiero quedarme en el ahora, en construir lo nuestro paso a paso. Ya habrá tiempo para conversaciones en las que decidir nuestro futuro. Por ahora seguiremos con el botón de «REC» encendido.

71

Por fin puedo respirar



Ocho meses después
Daniela

Mi vídeo tuvo más repercusión de la que esperaba, y gracias a él muchos levantaron la voz para contar su experiencia, no solo con Miguel Giró, sino también con individuos semejantes. Me abruma todo el apoyo que aún sigo recibiendo.

Volviendo al *infraser*, le pareció buena idea enviarme un mensaje con todo tipo de amenazas, reconociendo que mi testimonio era cierto y diciendo que iba a demandarme si no retiraba el vídeo de las redes sociales. Mensaje que el equipo de abogados de Enzo usó para mandarle un burofax solicitándole que hiciera un comunicado público en el que me pidiera disculpas y reconociera su dudoso comportamiento. El cobarde parece que tuvo miedo. Lo hizo y después me bloqueó.

He retomado mi actividad en redes sociales, subiendo trabajos antiguos y algunos nuevos, porque, después de contar mi verdad, mi

teléfono volvió a sonar y mi e-mail se llenó con propuestas de trabajo. Por el momento solo he aceptado los que he podido cubrir sin tener que moverme de San Francisco.

Dylan se marchó porque necesitaba un cambio de aires. Nos entristeció mucho su partida, pero le brindamos todo nuestro apoyo.

Por fin conocí a Oliver, el novio de Mateo. Y, mira, al final resulta que los dos hemos empezado una vida en San Francisco. En cuanto el trabajo de postproducción terminó y acabó con algún otro proyecto que tenía pendiente, empezó con su nuevo empleo aquí. Está más feliz que nunca y se ha dejado su pelo castaño natural, señal inequívoca de que mi mejor amigo ha comenzado una nueva etapa.

En cuanto a Jack, quedó demostrado que es un gilipollas. No tuvimos que investigar mucho para comprobar que efectivamente había sido él quien se había hecho pasar por mí falsificando los documentos que le envió a mi antiguo casero. Engañar a un señor mayor no debió de costarle mucho, pero precisamente por ese motivo no fue nada cuidadoso. Gracias a la colaboración de Scott, reunimos las pruebas necesarias para poder interponer una denuncia. La policía no tuvo dificultades para hallar pruebas de que él era el responsable de todo. Falsificación de documentos y suplantación de identidad, la sentencia fue favorable para nosotros y desastrosa para él. Arresto domiciliario y una cuantiosa multa, pero debido a que ya estaba bajo vigilancia tras lo sucedido con Enzo, este último escándalo ha supuesto el fin de su carrera profesional. No hemos vuelto a saber nada más de él y, aunque no le deseo el mal, estoy satisfecha de que sus acciones no hayan quedado impunes.

Sin embargo, yo prefiero centrarme en cosas más alegres. Enzo está prácticamente recuperado de la operación. Ha sido un largo

camino que le ha supuesto un gran esfuerzo; poco a poco ha ido recuperando peso y masa muscular, lo cual es fundamental en su caso. Su médico se muestra muy satisfecho con su evolución y, por supuesto, él también está muy contento. Creo que dejar las muletas ha sido una de las experiencias más felices de su vida.

Hoy es un gran día, y en casa se notan los nervios. Él sale de la habitación vestido con un esmoquin que hemos elegido para la ocasión y no puede sentarle mejor. Me quedo unos segundos de más mirando al hombre que me quita el sueño todas las noches, y no precisamente por preocupación.

—Estás muy guapo, Gabriel. Mira, creo que, después de verte, hasta Marty está empezando a quererte más.

—Tú no te quedas atrás, Mia. Pienso arrancarte ese vestido en cuanto volvamos de la premier.

—¿Estás nervioso?

—Estoy cagado.

—Las críticas están siendo muy buenas, Enzo. Como era de esperar, nadie te culpa por lo que hiciste.

Se enviaron muestras del documental a diferentes medios del sector y todos coinciden en que *Enzo Silva, la verdad sobre las sombras* es una historia desgarradora que merece ser vista. La mayoría halaga su valentía por abrirse en canal de la manera en que lo ha hecho. No obstante, estas semanas de promoción han sido duras para él, aunque no lo diga.

Ha empezado a ir a terapia de nuevo. Soltarlo todo lo ayudó a aceptarse, pero el trauma por lo que vivió y calló seguía estando ahí. Una vez que el impacto por la lesión que sufrió se calmó, volvieron las pesadillas y el peso de tantos años de silencio. Lo está ayudando mucho y dándole herramientas para sacar, por fin, todo lo que tiene dentro.

—Ya veremos si el gran público opina lo mismo que esos críticos lameculos —replica.

Entorno los ojos y niego con la cabeza antes de coger el bolso y salir de casa.

McFly nos espera en el garaje para llevarnos al lugar donde va a estrenarse el documental.



Enzo

La noche ha caído en la ciudad y, para cuando llegamos al Roxie Theater, ya hay una multitud de periodistas y fans esperando. La campaña de marketing está siendo brutal y hay una gran expectación por el documental, lo que hace que tenga los nervios a flor de piel.

Durante décadas, aquí mismo se han contado historias incómodas, pero necesarias y valientes. Estrenar aquí no ha sido una casualidad: ha sido Valentina Ferrani, que ha hecho magia una vez más.

La fachada está iluminada con su inconfundible neón y en la marquesina puede leerse el título del documental. El estreno se efectuará de manera simultánea en varios cines del país y en diferentes plataformas de *streaming*, así que cuando salgamos de aquí muchas personas conocerán ya la verdad sobre mi historia y la de mi hermano Archie Jones. Decir que temo lo que venga a continuación es quedarse corto, pero aceptaré todo lo que tengan que decirme sabiendo que por fin he hecho lo correcto.

Entramos después de contestar algunas preguntas a la prensa y posar con todo el equipo. Confieso que me estoy reconciliando también con esa parte de mi vida.

Tanto Lina como los hermanos de Archie han acudido a la premier y, aunque les pregunté si querían posar conmigo y estar al frente como protagonistas, han preferido mantener un perfil bajo y sostenerme sin hacer ruido.

Aunque la sala está llena, el ambiente es cercano. Mientras nos dirigimos a nuestros asientos veo muchas caras conocidas. Están casi todos los chicos del equipo, el entrenador, mi madre... Daniela toma mi mano y nos sentamos. Las luces se apagan y el murmullo de la gente se transforma en un profundo silencio. El documental empieza y la sala se convierte en un espacio compartido donde los presentes por fin serán testigos de toda la verdad. De la cara oculta de la fama y de las consecuencias que nadie se atreve a contar. Y, en parte, aunque la verdad resulte incómoda, también es liberadora.

Al acabar, las luces se encienden de nuevo y suena un aplauso largo y sincero. Parece que lo peor ya ha pasado y, después de ver el resultado en la pantalla grande, sé que todo ha merecido la pena.

Casi dos horas de mí, siendo más yo que nunca.

Me levanto y me dirijo al centro de la sala.

—Gracias a todos por venir. Aunque este documental lleve mi nombre, en realidad es la historia de tres amigos a los que quizá la vida les quedó grande cuando estaban empezando a vivirla. —Busco a Dylan entre los presentes, pero no lo veo, supongo que no habrá podido venir. Él también es parte de esto, de nuestra historia—. Hoy se cierra un ciclo para mí. Este documental significa mostrar lo que llevo tanto tiempo guardando y poner un punto final. —Dirijo un gesto con la cabeza al público a modo de agradecimiento y

aprovecho para salir por la puerta de emergencia que han abierto los empleados de seguridad.

Cuando el aire de la calle me da en la cara, me concedo unos segundos para inhalar y respirar hondo.

—¿Demasiadas emociones, hermano? —La voz de Dylan me sobresalta.

—Has venido, tío.

—¿Cómo no iba a hacerlo?... Lo que pasa es que he llegado un poco tarde, ya no estoy acostumbrado al tráfico de la ciudad.

—¿Cómo estás?

—¿Quieres la respuesta rápida o la larga?

—Quiero la verdad, Dylan.

—Jodido pero contento. ¿Te vale?

—¿Has sabido algo más de ella?

—Ha vuelto con su ex. Ese al que su padre había elegido a dedo y con el que juraba que no volvería nunca. Supongo que no siempre ganamos los buenos. Siempre hay idiotas que terminan llevándose a la chica, como tú.

—Vete a tomar por culo. Ven aquí, gilipollas.

Abrazo a mi mejor amigo, al que hacía meses que no veía. No quiso entrar en detalles sobre lo que le pasó, tampoco pregunté demasiado. Nunca lo había visto tan afectado. Dylan siempre ha sido el gracioso, el que tapa todo lo que le pasa con humor, y aunque es el mejor sacando de los problemas a la gente que quiere, se le da como el culo cuando se trata de gestionar los suyos propios.

—¿Cuál va a ser la siguiente parada en tu descubrimiento personal?

—Mañana pongo rumbo a Calistoga para visitar a mis amigos de los viñedos y, después, quién sabe. No lo tengo claro.

Tras perder la oficina y decidir que tenía que irse, Dylan vendió su casa de San Francisco por una generosa cantidad y se marchó a la aventura. Nos llama todas las semanas para ponernos al día sobre las paradas que va haciendo y no nos perdemos ninguno de los *vlogs* que sube a su canal de YouTube, pero la verdad es que echo de menos al muy cabronazo. Es la primera vez que estamos separados, y su ausencia se nota.

—Estás más feo que nunca, pareces un hippie. —Lleva el pelo más largo y se ha dejado crecer la barba.

—Y tú más gilipollas de lo habitual, mi ausencia te está afectando más de lo que esperaba. ¿Dónde está la rubia?

—Creo que sigue dentro.

—¿Y la fiesta dónde es?

—Joder, ya veo que se te ha pasado el rollo budista ese con el que llevabas semanas, ¿no?

—Soy como un camaleón, amigo. Voy cambiando de colores según el entorno en el que esté.

—Es en el Black Dog. Hemos cerrado el local entero para la ocasión.

—Tirando la casa por la ventana..., ese es mi humilde amigo antifiestas.

—Después de tantos años, algo se me tenía que terminar pegando de ti.

—¡DYLAN! —La voz de Daniela nos llega como una exhalación, y acto seguido mi chica se lanza emocionada a los brazos de mi amigo.

—Rubia, menudo recibimiento. Mi propuesta de matrimonio sigue en pie, por si este gilipollas deja de cumplir en algún momento.

—Que te jodan.

—¿Qué tal estás? Te sienta muy bien ese estilo más bohemio. Me gusta. —Dylan me mira con cara de satisfacción y yo le saco el dedo corazón. Daniela, en cambio, nos observa a ambos desaprobando nuestro comportamiento—. Echaba de menos estos momentos de sentirme como una profesora en una clase de niños. Por cierto, ya se han ido casi todos, venía a buscarte.

—¿Hay alguna novedad? —pregunto echándome el pelo hacia atrás.

—Está teniendo muy buen recibimiento en redes sociales, Enzo. Ahora vamos a disfrutar de la noche, que te lo mereces.



La fiesta transcurre sin problemas. Algunos periodistas se acercan intentando sacarme un poco más de información sobre mis próximos movimientos. Soy amable, pero no entro en detalles.

—Dani, tía, creo que vamos a terminar siendo hermanastros. ¿Tú has visto a esos dos? —le pregunta Mateo a Daniela, señalando a su madre y al padre de mi novia.

—No exageres, déjalos. A mí me parecen supermonos —responde ella con una sonrisa en los labios—. Y solo están bailando.

—Tu padre y mi madre están perreando. Por Dios, que alguien me saque los ojos.

—Amor, eres un exagerado, yo pienso como Dani —añade Oliver, el novio de Mateo—. Míralos, parecen dos adolescentes.

—No me apetece ser el padre de mi madre y tener que darle la charlita de que hay que usar protección y todo ese rollo. Creo que

en parte me ayudó tanto a conseguirme otro trabajo para tener vía libre.

—De verdad, eres de lo que no hay —replica Daniela entornando los ojos.

Ni Valentina ni Robert han confirmado que sean pareja, ambos aseguran que solo son colegas, pero la química que tienen es innegable. Daniela lo lleva muy bien, la verdad, quiere mucho a Valentina, y ver ilusionado a su padre de nuevo es lo que más feliz la hace.

—Mateo, el universo se está vengando por haber tocado los cojones tanto tiempo —añado yo con sorna.

—Que te den, Cara Acelga.

Le lanzo un besito y él me responde sacando su dedo corazón y plantándomelo en la cara.



La puerta de mi apartamento se cierra con un clic seco y de pronto el mundo entero vuelve a reducirse a nosotros.

Le quito el abrigo despacio a Daniela y lo dejo sobre una silla, como si el tiempo fuera algo que nos perteneciera. Sé que le dije que me moría de ganas por arrancarle el vestido, y lo pienso hacer, pero antes quiero saborearla entera, sin prisas.

Nos miramos sin decir nada más, volviendo de esta manera a la calma que nos ha acompañado durante estos meses. La beso hasta saciarme y caminamos enredados hasta la habitación.

Antes de tumbarla en la cama y seguir saboreando su cuerpo, la miro y sonrío de medio lado mientras me lamo el labio inferior. Ella suelta una carcajada al entender mi siguiente movimiento. Cojo la fina tela roja de su vestido y tiro de ella tensando mis músculos. En el suelo de madera suena el repiqueteo de los botones de la prenda al caer.

—¿Siempre cumples tus promesas, Gabriel?

—Siempre, Mia.

Mis manos repasan cada una de sus curvas como si fuera un mapa que ya me sé de memoria. Daniela me desnuda tomándose su tiempo también, como si esto se hubiera convertido en una tortura que duele y gusta a la vez.

La tomo en brazos y la tumbo sobre el colchón. Me bebo sus gemidos al tiempo que aumenta el ritmo de nuestras respiraciones. La temperatura del dormitorio sube y mis pensamientos se nublan solo de pensar en entrar en ella.

Creo que nunca conseguiré saciarme del todo.

Hacemos el amor sin prisas, tan solo disfrutando el uno del otro.

El amanecer nos sorprende abrazados. Daniela tiene la cabeza apoyada sobre mi pecho y suelta un suspiro.

—¿Qué te pasa?

—Nada, solo estoy cansada.

—Ni hablar, ese suspiro no ha sido de cansancio. Estuviste muy callada gran parte de la noche. Al principio pensaba que estabas nerviosa por el estreno, pero ahora empiezo a dudarlo.

—Es que he recibido una oferta para un proyecto —dice al fin—. Se trata de una adaptación literaria que van a empezar a grabar dentro de un mes. Me han ofrecido ser la directora del departamento de maquillaje. Va a ser una gran producción, la propuesta es muy jugosa, pero...

—Pero ¿qué?

—Es en Los Ángeles, Enzo.

—¿Y cuál es el problema?

—Que tendría que irme allí.

—De eso nada; *tendríamos* que irnos allí, querrás decir. No me dejes fuera de la ecuación.

—¿Vendrías?

—Daniela, durante todos estos meses has parado tu mundo por quedarte a mi lado. Te he visto rechazar demasiados proyectos por estar cerca de mí, aun cuando tu carrera ha vuelto a despegar. No sería justo que te quedaras anclada y siguieras rechazando producciones que sé que te hacen ilusión. Si tu mundo está en Los Ángeles, el mío también. No hay nada que nos ate a San Francisco, así que acepta ese proyecto. Ya va siendo hora de que sea yo el que haga algo por ti.

—Te quiero, Enzo.

—Te quiero, Daniela.

La vida en ocasiones nos puede llevar a perder lo que queremos, a tomar decisiones que nos pesan durante mucho tiempo. Y otras veces, en medio del caos, somos capaces de encontrar algo que nos sostenga. Y eso, incluso en los días más oscuros, es razón suficiente para luchar y seguir. Porque vivir siempre merecerá la pena. Porque con ella a mi lado por fin puedo respirar.

Epílogo

Daniela

Mi situación laboral durante este tiempo ha sido una auténtica locura. A veces echo la vista atrás y aún recuerdo a esa yo perdida —que ahora me parece tan lejana— que no sabía qué iba a ser de su vida, que se sentía una fracasada en el sentido más estricto de la palabra.

Tras terminar de rodar la adaptación del libro *Bajo el cielo de River Town*, decidimos mudarnos de manera definitiva a Los Ángeles. Tuvimos que llegar a un acuerdo. Enzo no estaba por la labor de volver a vivir en el caos del centro de una gran ciudad, así que buscamos una casa en el barrio residencial de Brentwood que cumpliera con nuestras expectativas. No fue fácil encontrarla, pero sí lo fue tomar la decisión, porque en cuanto vimos la discreta fachada en tonos grises, simplemente supimos que era esa.

Cambiar de aires nos vino bien, sobre todo a Enzo. Después del estreno del documental, y pese a que casi todas las críticas eran buenas, alguna no lo fue tanto, y tras unos meses de idas y venidas entre ciudades, marcharnos le dio un respiro, algo nuevo en lo que poner el foco.

Aquí ha empezado a entrenar a unos chavales de una asociación que intenta mantenerlos alejados de las calles, y están como locos con que su entrenador sea la antigua gran estrella de la NFL Enzo

Silva. Creo que, para él, está siendo una forma de reconciliarse con su historia deportiva.

Marty tiene un jardincito por el que salir a pasear de vez en cuando y disfrutar de su buena vida de gato.

Mi padre y Valentina, o Tini, como la llama él, nos han visitado de vez en cuando, juntos y por separado. Van a su ritmo, y yo soy feliz siempre y cuando ellos lo sean.

Mateo y Oliver están organizando su boda. Viajaron hasta Los Ángeles por sorpresa para darnos la noticia. Ver para creer, la verdad. Mi amigo me pidió que fuera su dama de honor, y yo le dije que sí entre lágrimas. No podemos vernos tanto como nos gustaría, pero, para sorpresa de nadie, hablamos prácticamente a diario. En ningún universo podríamos vivir sin contarnos nuestras mierdas.

Dylan sigue viajando por el mundo, las cosas le van bien, o eso nos dice. Su canal de YouTube se ha hecho bastante popular, y ahora es una especie de gurú de viajes. Mientras él sea feliz, nosotros también. Aunque, siendo egoísta, tengo ganas de que vuelva, y creo que mi novio también. Pero eso será cuando él se sienta preparado para hacerlo. Y entonces lo estaremos esperando con los brazos abiertos.

Las historias no siempre tienen un final feliz, o final siquiera. En ocasiones el destino nos presenta otro mapa opuesto a lo que pensábamos. Todo puede cambiar en un instante, las decisiones que tomamos son el ancla que determinará las consecuencias. Lo que para algunos es un ejemplo de debilidad para otros es la forma de renacer cuando no encuentran la salida.

Con focos todo se ilumina, todo parece irradiar una luz casi mágica, pero es cuando estos se apagan que empieza el verdadero camino en el que tú mismo tienes que guiarte en la oscuridad. Y

cuando consigues llegar al final del metraje es cuando te das cuenta de lo que de verdad vale la pena.

Tengo en mis manos la instantánea que nos hicimos con el Golden Gate de fondo el día que decidimos mudarnos de manera definitiva a Los Ángeles y mi mente empieza a divagar. Empecé esta historia arrepentida de haber aceptado un trabajo que terminaría poniéndome contra las cuerdas, pero el tiempo se ha encargado de enseñarme que, si tuviera un condensador de fluzo y un DeLorean para viajar al pasado, repetiría todo cuanto he hecho para que mi futuro fuera este.

—Daniela. —La voz de Enzo me pone en alerta, salgo al jardín en su busca.

—¿Qué pasa?

—Es Dylan, va a volver.

Sonrío incrédula ante la noticia.

Pero, al mirar por mí misma el teléfono de Enzo, entiendo que hay historias que, aunque se toman un descanso sin avisar, cuando menos te lo esperas regresan para que las retomes justo donde las dejaste. Como si la distancia hubiese sido una pausa necesaria para poder seguir grabando.

Agradecimientos

¿Qué hago redactando los agradecimientos de mi segunda novela? No tengo la menor idea, pero aquí vamos.

Empiezo como la otra vez: dándote las gracias a ti, que sostienes este libro entre tus manos. Tanto si es la primera vez que me lees como si has decidido volver a confiar en mí, gracias. Gracias por adentrarte en estas páginas, por regalarme tu tiempo y permitir que mis palabras formen parte de tu historia. Espero, de corazón, que hayas disfrutado del viaje.

A mi editora, Esther Escoriza, gracias una vez más por confiar en mis palabras y por cuidar y mimar tanto *Play off*. A veces el ruido de fuera puede hacernos dudar, puede hacernos perder el rumbo, pero siempre aparece alguien que te recuerda que lo estás haciendo bien. Gracias por ser esa voz.

A todo el equipo de Esencia: sin vosotros nada de esto sería posible. Gracias por apostar, por sostener y por acompañar.

A V: *You get the best of both worlds.* Te dije que lo pondría, y aquí está. Porque hay promesas pequeñas que también sostienen grandes cosas.

A mi familia, que sigue ahí, apoyando mis sueños y celebrando cada logro, por pequeño que sea, como si fuera gigante. Gracias por no dejarme caer cuando dudo y por creer incluso cuando yo no lo hago.

A mis amigas, esas que siempre están, las que sostienen sin saberlo. La vida adulta es complicada, caótica, a veces abrumadora,

pero la distancia se vuelve pequeña cuando el vínculo es real. Gracias por ser hogar.

Layla, mi asesora personal, gracias por estar en cada pasito que he dado, por preguntar, por implicarte, por ayudar y por ese optimismo que ilumina hasta los días más grises. El aura, ya sabes. Celebraremos esta publicación con un mojito en la mano, como debe ser.

Noe, por muy cuesta arriba que se nos ponga la vida, aquí seguimos peleando. Te quiero muchísimo y no puedo estar más orgullosa de compartir camino contigo. Gracias por quedarte, incluso en las tormentas.

Itsas, mi lectora cero eterna. Por los siglos de los siglos. Gracias por arañar ratitos al reloj para hablar de libros, de series o del guaperas del momento (sí, Damiano David, va por usted). Que nunca nos falten historias que comentar.

Maddi, Ari y Alma, gracias por seguir abrazando mis sueños como si también fueran vuestros. Espero que esta historia os haya hecho enamoraros un poquito de su protagonista. En un mundo donde todo es tan volátil, encontrar personas de verdad es todo un privilegio.

Ester, mi rubia favorita, nunca podré agradecerte todo lo que haces por mí. Gracias por alegrarte de mis logros como si fueran tuyos. Por estar al doscientos por cien. Por soñar conmigo, por escuchar, por estar simplemente. Afrontar nuevos retos contigo a mi lado siempre es más fácil. «Porque así somos los exitosos».

Sara, mi pilar, mi dupla galáctica. Hay amistades que cruzan una línea invisible y se convierten en familia. En esa familia elegida. Gracias por el apoyo, por la ilusión y por el cariño que le pones a todo lo que tiene que ver con esta *personaja* que llegó a tu vida casi por casualidad. Amiga, la vida se complica, cada día es una nueva

batalla, pero saber que puedes contar con alguien lo cambia todo. Los regalos más importantes no siempre vienen envueltos: a veces llegan en forma de persona. Personas que no solo te ven, sino que te leen. Te *stefaneo*.

A los lectores que me dieron la oportunidad en mi primera novela, a los que os emocionasteis con esa historia, a los que hicisteis posible esa ansiada segunda edición. Gracias por coger a mis pequeños y tratarlos con tanto cariño. Gracias por sostener mis sueños.

A todos los que habéis venido a mis presentaciones y firmas. Aún se me hace raro todo eso, pero vuestro cariño me da fuerzas para seguir escribiendo cuando las dudas aparecen.

Gracias también a la unidad N2 y a parte de los trabajadores de Petronor. Nunca imaginé que mi libro llegaría a tantos de vosotros. Espero que lo hayáis disfrutado. ¿Qué puedo decir? Tengo a la mejor vendedora del mundo infiltrada allí.

A mis hijos. Por vosotros movería el mundo entero. La maternidad es una montaña rusa, llena de subidas vertiginosas y bajadas inesperadas, pero no os cambiaría por nada. Sois mi motor, mi raíz y mi impulso.

A Rubén, mi compañero de vida, el verdadero protagonista de mi historia. Puede que no controles las sombras, ni tengas los ojos azules más profundos que el océano, ni huelas a madera y pino..., pero eres mi mundo entero. Y eso no hay protagonista de moralidad gris que pueda superarlo.

Y, por último, quiero darme las gracias a mí: Zuri, has publicado tu segundo libro, no te quites mérito. Como la protagonista de esta historia, muchas veces me he sentido perdida, sin saber qué hacer con mi vida. De niña soñaba con dedicarme a algo relacionado con la escritura. En mi cabeza siempre vivían miles de historias. La vida

me llevó por otros caminos y aquel sueño quedó relegado a eso: un sueño lejano.

Terminé dedicándome a la estética y al maquillaje profesional, otra forma de arte, si me preguntas, y sigue siendo una de mis pasiones. Pero siempre sentí que mi lugar estaba también en otro sitio. Y hoy puedo decir que creo que, por fin, lo he encontrado. Que el sueño ya no es solo un pensamiento: ha tomado forma.

Si he olvidado mencionar a alguien, lo siento. Este espacio también es para ti. Gracias a cualquier persona que mis neuronas no hayan sido capaces de recordar, pero que mi corazón sí guarda.

Y ya está.

Si has llegado hasta aquí, que sepas que te quiero mucho.

Hasta que nos volvamos a leer.

Banda sonora

«All by Myself», ℗ 1996 Sony Music Entertainment Canada, Inc., interpretada por Céline Dion.

«Maria Maria», ℗ 1999 RCA/JIVE Label Group, a unit of Sony Music Entertainment, interpretada por Santana y The Product G&B.

«Sweet Child o' Mine», ℗© 2006 Scott D. Davis (BMI), interpretada por Guns N' Roses.

«Crazy», ℗© 2006 Aerodisc Partnership, interpretada por Aerosmith.

«S&M», ℗© 2011 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Rihanna.

«Con calma», ℗© 2019 El Cartel Records, interpretada por Daddy Yankee.

«Downtown», ℗© 2026 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Anitta y J Balvin.

«Necio», ℗ 2014 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Romeo Santos y Carlos Santana.

«Nothing Breaks Like a Heart», ℗ 2025 Sony Music Entertainment Italy, S. p. A., interpretada por Damiano David.

«Die with a Smile», ℗© 2024 Interscope Records, interpretada por Lady Gaga y Bruno Mars.

«More Than a Woman», ℗© 2001 Blackground Records, LLC, interpretada por Aaliyah.

«Dardos», ℗ 2025 Sony Music Entertainment US Latin, LLC, under exclusive license from I Love Amiguita, Inc., interpretada por Romeo Santos y Prince Royce.

Play off
Zuri Elidan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Mireya Murillo
Fotografía de la solapa: Archivo de la autora

© Zuri Elidan, 2026

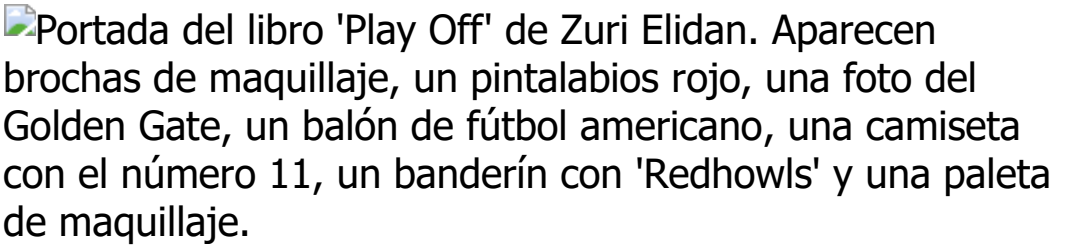
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Wearva / Shutterstock y Md-Rofikul / Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-08-32193-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro 'Play Off' de Zuri Elidan. Aparecen brochas de maquillaje, un pintalabios rojo, una foto del Golden Gate, un balón de fútbol americano, una camiseta con el número 11, un banderín con 'Redhowls' y una paleta de maquillaje.